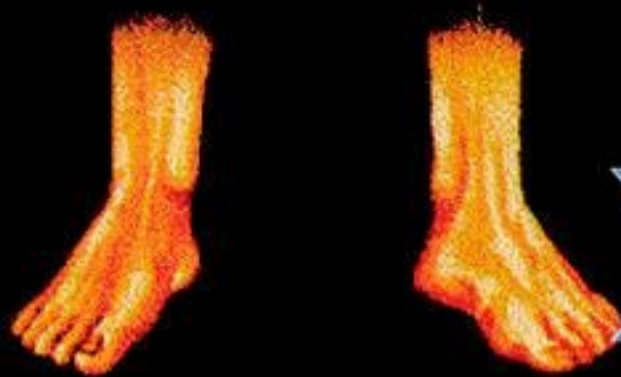




La Reencarnación de Peter Proud

Max Ehrlich



Lectulandia

Un profesor universitario sufre recurrentes y extrañas pesadillas que lo llevan a creer que está siendo poseído por el espíritu de un hombre muerto. Su decisión de investigar el problema lo llevará muy lejos...

Lectulandia

Max Ehrlich

La reencarnación de Peter Proud

ePub r1.0

Titivillus 08.03.2018

Título original: *The Reincarnation of Peter Proud*

Max Ehrlich, 1974

Traducción: Antoni Prigau i Rodríguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Margaret

PRIMERA PARTE

El cuerpo de B. Franklin, impresor, cual las tapas de un libro viejo, con su contenido arrancado y despojado de sus inscripciones y dorados, yace aquí, pasto de los gusanos, pero la obra no se perderá porque volverá a aparecer, como él creía, en una nueva y más perfecta edición revisada y corregida por el autor.

BENJAMÍN FRANKLIN

Salió del chalet y se adentró en la noche.

Iba completamente desnudo.

La luna se mostraba a poca altura sobre la montaña que dominaba el extremo norte del lago. Casi luna llena. Desmochada, parecía brincar entre las nubes en movimiento. El hombre, tambaleante, con paso inseguro, le dedicó una sonrisa burlona. Su imagen se hizo doble a sus ojos. Había ahora dos lunas en vez de una. Se concentró con gran esfuerzo y consiguió enfocarlas juntas de nuevo.

El lago se extendía ante él como oro empañado. Una brisa desapacible, agudizada por un súbito descenso de temperatura insólito para principios de otoño, hacía temblar la superficie del agua. El vientecillo dejaba oír un leve y triste lamento al escurrirse, susurrante, entre los pinos, robles, arces y abetos. Olía a bálsamo, a humo de leña, a hojas muertas. Era un mensaje prematuro del invierno. El hombre tembló un poco al sentir la primera y sutil cuchillada del viento, pero, unos instantes después, casi dejó de notarlo. Le causaba más bien un efecto estimulante.

Rió a carcajadas, con exuberancia, mientras pensaba: «¡Eh, eh, miradme, contemplad al Gran Jefe Dos Lunas blandiendo en el aire su clava de guerra! ¡Heme aquí, en la floresta primitiva, junto a las relucientes aguas del Gitche Gumee!».

Empezó a bajar hacia el embarcadero por la corta pendiente. Había un sendero de grava bordeado de piedras enjabelgadas, pero, por ir descalzo, lo evitó. El césped estaba cubierto de agujas de abeto balsámico. Sintió debajo de ellas una fría alfombra.

Llegó al desembarcadero y dio por él unos breves y silenciosos pasos. Jamás en su vida había experimentado aquella sensación tan maravillosa. Ahuecando las manos sobre su boca, lanzó un salvaje grito de guerra que resonó de un extremo a otro del lago. No había nadie que se hubiera quedado a la intemperie y que pudiera oírle. Todos los chalets estaban cerrados y oscuros. Todo el mundo se hallaba en sus casas.

«No hay nadie más que yo por estos contornos. El Gran Jefe Dos Lunas.

»El último mohicano».

Rió de nuevo a carcajadas.

Una locura. Sabía que estaba bebido. Con todo, su percepción era más aguda que nunca. Lo veía todo con gran claridad, como si formara parte de un cuadro familiar.

La sombra que pasaba por detrás de la cortina de la ventana iluminada del chalet, allí detrás, entre la oscuridad de los árboles. El hogar al aire libre, una forma grotesca a la luz de la luna, con su parrilla oxidada, ennegrecida por la grasa quemada de cien asados. La mesa plegable, llena de manchas de excrementos de pájaro, ahora casi cubierta de hojas muertas. Todos los detalles aparecían clarísimos. Un taparrabo colgando, apelmazado, en la horqueta de un árbol. La ballenera a seco y descansando sobre la quilla, terminada su temporada de actividad. Un encerado cubría parcialmente su blanco casco. La canoa, al otro lado del embarcadero. Un viejo

zapato de lona encallado bajo medio metro de agua. Su punta había sido detenida por un entrelazamiento de ramas sumergidas, ya saturadas de humedad. Oscilaba como un pez muerto que, dirigiendo hacia arriba su mirada, le reprochara su proceder. El destello de una lata de cerveza, algo más lejos, brillando a través del agua como la mirada siniestra de un ojo invisible. Al otro lado del lago, junto a la lejana orilla, vio un rojo letrero de neón que asomaba por encima de un pinar. Aún estaba encendido.

La muestra luminosa deletreaba una palabra: *Puritano*.

«¡Vaya! —pensó—. ¡Pues aquí voy yo!».

No se zambulló. El agua, cerca del embarcadero, era demasiado poco profunda. Si tenía que palmarla, no sería desnucándose. Se sentó en el borde del embarcadero y se dejó deslizar dentro del agua. Estaba muy fría. Se quedó sin resuello al recibir el helado choque en la entrepierna. Sintió encogerse sus genitales.

Luego empezó a nadar con largas y ágiles brazadas, en línea recta, hacia el centro del lago. Hacia el letrero de neón de la lejana orilla.

Tras el primer choque, el frío no lo molestaba. Su cuerpo desnudo parecía impenetrable, aislado. Se sentía fuerte y poderoso. Tuvo la sensación de que era capaz de continuar eternamente adelante de aquella manera.

Siguió nadando sin cesar. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Sin embargo, su ritmo empezó a vacilar. Sólo un poco, de modo imperceptible. Sólo podía deberse a su imaginación, naturalmente.

Poco a poco, la euforia que sentía al principio comenzó a decrecer. Notó la disminución del efecto de la bebida. Se sentía más y más sereno, y frío. Se debía a la baja temperatura del agua y al ejercicio, por supuesto. Habría debido tomar otro trago antes de salir, uno especial para el camino.

No estaba preocupado. De hecho, no lo estaba. Era muy buen nadador. Estaba seguro de que podría conseguirlo. Había cruzado aquel lago a nado muchas veces. Y sin demasiado esfuerzo.

Pero nunca con el agua tan fría.

Sus brazos parecían volverse cada vez más pesados. Empezó a dolerle la espalda. Su cuerpo estaba perdiendo su alcohólico y húmedo abrigo. Sentía como el frío entumecedor se filtraba hacia sus huesos. Ahora se encontraba casi en el centro del lago. Se volvió hacia arriba e hizo el muerto unos momentos. Dirigió la mirada hacia la fea cicatriz que tenía en el costado izquierdo, un poco más arriba de la cadera. Y a sus genitales, encogidos por el frío. Pequeños mechones liberados de la negra maraña de pelo de su entrepierna ondeaban suavemente, movidos por el leve vaivén del agua.

Se sentía cansado, muy cansado. Procuró no ser presa del pánico.

En algún lugar, saltó un pez. Oyó el grito de un somorgujo, procedente del punto en que se veía la montaña, allá a lo lejos. Desde donde se encontraba ahora, se ofrecía a su vista una panorámica de toda la línea de la ribera. El follaje tenía un aspecto casi llameante. Colores otoñales. Rojos, bermejos, amarillos. Podía ver un claro de piedra lisa en la montaña, una mancha pelada en medio de la espesura de los árboles. De

pronto, la mancha desapareció al quedar la luna oculta por una nube. Ahora, toda la línea de la orilla se había sumergido en la oscuridad. Excepto la única y distante luz de la ventana del chalet de donde él había salido.

Se puso a nadar de nuevo. Dedujo que se hallaba en el centro del lago. Podía seguir adelante, o podía dar media vuelta y volver a nadar hasta el punto de partida. Podía escoger: la distancia era la misma. Decidió seguir adelante.

«Estúpido bastardo...».

Lo había olvidado. Estaba desnudo como una rana. Se imaginó a sí mismo saliendo del agua por el otro lado del lago. Preguntando a la gente si podía usar su teléfono. Probablemente llamarían a la policía.

Vaya borrachera que había pillado, allí abajo...

Se volvió y empezó a nadar en dirección opuesta para regresar. Observó que la luna se había ocultado por completo. El frío se estaba apoderando de él de un modo que no le gustaba nada. Le pareció que hacía una eternidad que estaba nadando. Le pareció que la distancia entre él y la orilla había aumentado en vez de disminuir. La luz de la ventana del chalet no se había acercado. Más bien se había alejado. Había transcurrido más tiempo del necesario para cubrir aquel trecho.

Sacaba los brazos del agua sólo con gran esfuerzo. Ya no eran de carne sino de piedra. Sus piernas se hundían más y más. Empezó a resollar, cada inspiración le costaba un torturante esfuerzo.

Se percató de que jamás lo conseguiría.

Se percató de que había hecho cuanto había podido, de que nunca volvería a hacer nada más, de que aquello era el fin de su vida en plena juventud y de que era una cochina manera de morir. Aquella lejana luz se hizo borrosa; el poco aire que absorbía entraba como fuego en sus pulmones... y oyó sus propios gritos. Ya no sentía frío. Su cuerpo estaba entumecido; era un cuerpo impersonal, una máquina que se movía por el agua sin que se supiera cómo, tal vez por instinto, obedeciendo a puros reflejos, ya sin ninguna fuerza de voluntad. «Abandona —pensó ahora—. Abandona, chico, la cosa no tiene remedio; párate, y a descansar... y déjate ir... a dormir, a dormir...».

Y fue entonces cuando lo oyó. El ruido de un motor fuera borda, a lo lejos. Se oía cada vez más fuerte y parecía que se dirigía hacia él.

—¡Aquí, aquí! —gritó.

Gritaba, chillaba, imploraba, temeroso de que, quienquiera que fuese, no diera con él en la oscuridad.

Entonces la vio, conduciendo el bote hacia él. Ella paró el motor, y la canoa se acercó con suavidad, silenciosa. «¡Dios mío! —lloró—. ¡Dulce Marcia, hermosa Marcia, te quiero, nena!».

Apareció una tajada de luna por detrás de la nube. Dio al lago un brillo sobrenatural. La mujer parecía un fantasma cubierto con un abrigo de pieles. Su cara tenía una blancura cenicienta y la rigidez de la cera. Inexpresiva. Fríamente hermosa.

Él recuperó un tanto las fuerzas. El calor renacía en su cuerpo, volvía a sentirse fuerte. Esperaría, haciendo lo posible por mantenerse a flote, a que ella lo alcanzara.

—Marcia —dijo—, fue sin querer... Yo no quería decirte lo que te dije allí abajo. Su cara conservaba su rigidez.

«He de subir al bote», pensó él.

—Lo lamento de veras, lo lamento.

—Ya lo sé. Son tantas las veces que lo has lamentado...

—Estaba borracho. No sabía lo que decía. Me odio a mí mismo por lo que hice allí abajo, te lo aseguro.

Estaba realmente arrepentido. Le pareció que la cara de Marcia se suavizaba un poco. Era el momento de dar en el blanco.

—Te quiero, Marcia. Siempre te he querido —aseguró. Sabía que había llegado a su corazón.

—Muy bien. No volveremos a hablar de ello. Jamás volveremos a hablar de ello.

Cogió un remo e hizo maniobrar el bote de modo que se orientara de popa hacia él, para que pudiera agarrarse a la embarcación sin volcarla. Desde el agua, la contempló y pensó cuan hermosa era. Su rostro se mantenía inexpresivo. Bajo aquella luz, no acababa de parecer real. Ahora era más bien una máscara de delicados tonos dorados. Los ojos azules, azules, increíblemente azules. La pequeña nariz recta en el perfecto óvalo de su cara. El cabello negro, en desorden, con una de sus onduladas guedejas cayéndole sobre la cara y el cuello como el ala de un pájaro. Su rostro tenía un ligero matiz oriental. El artesano que había pintado aquella máscara se había excedido un poco con la boca, lo mismo que con los ojos. Era una boca de un rojo maduro, de un rojo de fresa reventada, con los labios blandos, llenos y jugosos. A esta luz, parecía casi obscena, una cuchillada sensual en el cartón piedra.

Luego él se puso boca arriba y se dejó flotar mientras ella se acercaba.

El bote llegó a su lado. Estaba a punto de volverse para alcanzar la popa, cuando, inesperadamente, ella se puso de pie. Ahora la máscara se animó. De súbito, su cara adquirió una extraña expresión. Era una expresión perversa, retorcida. La roja cuchillada se partió para revelar unos nítidos dientes. Cogiendo el remo con las dos manos, lo levantó por encima de su propia cabeza. Entonces, el abrigo, que sólo se sostenía sobre sus hombros, se abrió y cayó a sus pies. No llevaba nada debajo. Él vio las rojas señales de contusiones alrededor de su cuello y en el comienzo de la espalda; el largo y flexible cuerpo; los firmes y redondos senos bien separados entre sí, con los pezones erguidos por el frío; su delgada cintura; su liso y tenso vientre; sus largos muslos de suavidad lechosa; su montecillo de finos y ensortijados pelos; y en ese momento, en ese congelado momento, advirtió incluso la pequeña marca nacimiento en la parte baja de su abdomen, un poco más arriba del mechón de pelos del pubis, la extraña marca azul de nacimiento que tenía la forma de un diminuto diamante.

Marcia bajó el remo con todas sus fuerzas. Él recibió el certero golpe en su descubierta entrepierna.

Gritó de dolor. Se dobló sobre su estómago gritando todavía. Pudo aún dar una mirada hacia arriba, hacia ella. La mujer levantó de nuevo el remo. Resolló al pegar con él hacia abajo. Esta vez dio a su víctima en plena cabeza. El golpe pareció penetrar en su cráneo. Lo golpeó una vez, y otra, y otra...

Confusamente, oyó su propia voz que gritaba: «¡No, Marcia, no!».

Tuvo la impresión de que aquellos gritos venían de muy lejos. Le pareció que el cráneo iba a estallarle. Ahora, al volver a mirarla, apenas si la vio. Desesperadamente, alargó el brazo para alcanzar el bote. Consiguió cogerse a él por un lado, lo justo para sostenerse. Ella volvió a levantar el remo y descargó el golpe sobre los dedos agarrotados en el borde de la canoa. Él se soltó. Vio su cara un breve y último instante. Vio, entre tinieblas, sus ojos clavados en él, llenos de furia salvaje, sus nítidos dientes, todo el ardor del odio que la poseía.

Su rostro se desvaneció.

De súbito, lo envolvió la oscuridad y un intenso frío. Le zumbaban los oídos. Daba vueltas y más vueltas hacia abajo. Lo mismo que un acróbata dando volteretas por el aire en una película a cámara lenta. A cada vuelta, sus brazos parecían dar un amplio abrazo en el vacío, mientras sus piernas permanecían extendidas y separadas, siempre hacia abajo, hacia abajo. No intentó moverse. No podía moverse. Era un extraño y lento descenso, como en sueños.

Fue la cabeza la que chocó primero con el fondo. Su cara se hundió en el frío lodo, entre los hierbajos, casi hasta el cuello. Su cuerpo se arqueó hacia arriba un momento y cayó después inerte para descansar en el cieno.

Luego estallaron sus pulmones.

Abrió los ojos. Tenía el cuerpo bañado en sudor.

Siempre que tenía este extraño sueño, esta pesadilla a la que él había dado el nombre de Sueño del Lago, se despertaba agotado, como si no hubiese dormido nada.

—¡Por Dios, Pete!

Nora, apoyada sobre los codos, lo miraba con fijeza, con los ojos abiertos de par en par, pálido el rostro. Se había desembarazado de la ropa de cama y sus pechos, sin trabas, asomaban por el camisón.

—Oh... —gruñó él—. ¿Qué pasa, Nora? ¿Qué es lo que no anda bien?

—¿Y me lo preguntas? Acabas de darme un susto de muerte. Eso es lo que has hecho. —Le mostró el brazo—. Mira, piel de gallina. Todavía estoy temblando. Estaba aquí, dormida, y de golpe he oído esa voz que chillaba. Aquí mismo, a mi lado. Me he despertado y he visto que eras tú. Hablabas en sueños. Bueno, lo que hacías era gritar. Pero no... no eras tú.

Él sabía que estaba expuesto a que aquello le sucediera, tarde o temprano. Volvió la cabeza y miró a través de los cristales de la ventana; vio lo mismo de siempre: palmeras y limoneros al otro lado de la terraza; más allá de la piscina y del patio, apartamentos con jardín. Detrás de éstos, la hilera de altos edificios de oficinas del Wilshire Boulevard, resplandecientes de blancura al sol de la mañana. Y al fondo, a lo lejos, la gran extensión del este de Los Ángeles que el *smog* empezaba ya a enturbiar.

—Pete, tú no me escuchas.

—Te he oído.

—Estoy tratando de decirte que ha sido horrible. Esa voz de loco saliendo de tu boca... No te pertenecía en absoluto.

—¡Vaya...! —Quiso mostrar indiferencia—. ¿Y cómo sonaba eso?

—No eso. *Él*.

—Muy bien. *Él*.

—Era una voz extraña. Más profunda que la tuya. Más áspera. Dios mío, aún estoy temblando...

«Parece una historia de terror —pensó—. *X habla de nuevo*».

Vio que Nora estaba realmente asustada, y trató de calmarla tomándolo a broma.

—Nora, ¿no te había dicho nunca que soy un esquizofrénico?

—¿Qué?

Ella lo miró, perpleja, y él sonrió burlonamente.

—De veras. De día, soy el doctor Peter Proud, brillante y joven profesor adjunto de la Universidad de California, Los Ángeles. Habiendo elegido como especialidad la investigación de la historia y cultura de los indios norteamericanos. Conocido por mi caballerosidad, tolerancia y humanitarismo. Querido por todos mis estudiantes y colaboradores de Facultad. Podría llamarse Doctor Jekyll a este lado de mi

personalidad. Pero, de noche...

—Basta, Pete —dijo ella, furiosa.

—Perdona.

—¿Quién es Marcia?

—¿Marcia?

—Has gritado varias veces su nombre mientras dormías.

—No conozco a ninguna Marcia.

—¿Estás seguro?

—Jamás he conocido a nadie con este nombre.

—¿Jamás?

—Jamás en mi vida. Esa dama es una extraña.

—Entonces, habrás oído su nombre en alguna parte. O habrás conocido una Marcia en algún sitio, y ya no te acuerdas. De todos modos, gritabas algo así como: «¡No, Marcia, no!» —Se estremeció—. O, para decirlo con mayor exactitud, era *él* quien gritaba. —Dejó caer sus largas piernas sobre el borde de la cama—. Todavía me dura el malestar. Perdóname, necesito ir al lavabo.

Atravesó la habitación con unos leves pasos, y él oyó el portazo que dio tras entrar en el cuarto de baño.

Se volvió para mirar el reloj. Eran las seis y cuarto.

El Sueño del Lago... Tenía otros igualmente disparatados, pero éste era el más frecuente. De un tiempo a esta parte, lo tenía dos veces por semana. Era siempre monótonamente igual, hasta el último detalle.

Él moría siempre del mismo modo.

Se encontraba nadando en aquel lago, y aquella mujer, Marcia, llegaba en el bote, y siempre cruzaban exactamente las mismas palabras. El escenario nunca cambiaba; todos los detalles parecían estar congelados. Siempre se volvía boca arriba para flotar y ella levantaba siempre el remo para dejarlo caer en su entrepierna, luego sobre su cabeza y después sobre sus dedos agarrotados al borde de la embarcación; tras esto, él se hundía, se hundía, dando vueltas sobre sí mismo, como en las veces anteriores.

Y Marcia. «La chica de mis sueños», pensó.

También salía en la mayoría de los otros. Éstos eran sueños más cortos, en realidad fragmentos, pero no dejaban de repetirse, como el Sueño del Árbol, por ejemplo. Ninguno de ellos tenía nada que ver con recuerdos de su infancia. Eran claramente de otro tiempo y lugar. Seis meses atrás, habían empezado a deslizarse en su inconsciente. No sólo habían permanecido, sino que se habían hecho más frecuentes y más intensos. Y parecían haber ahuyentado cualquier otro sueño que pudiese haber tenido, los de tipo normal, ésos que se olvidan al día siguiente.

Lo más extraño de estos singulares sueños era el hecho de que los recordaba hasta el menor detalle. Los había registrado en un cuaderno de notas que llevaba, y, como en el Sueño del Lago, nada había variado en ellos.

En los sueños era siempre ese mismo hombre, el hombre a quien distinguía como

X en sus pensamientos. Y aquella extraña y misteriosa dama, Marcia, estaba habitualmente con X. Parecían vivir en determinada ciudad o población. La población, en tales sueños, le era muy familiar. Podía ver la calle principal con el puente en arco del ferrocarril tendido sobre ella. Podía ver una especie de torre municipal frente a una plaza central. Podía ver las tiendas, las casas, las caras de la gente en las calles. Sabía que nunca había estado en aquella población, nunca en su vida. Estaba seguro de ello. No obstante, podía verlo todo con increíble claridad. Incluso sus inmediaciones, sus calles suburbanas.

Muchos de estos sueños eran escenas invernales. El suelo cubierto de una espesa capa de nieve. Ventiscas. Pero lo cierto era que sólo había visto nieve en contadas ocasiones, únicamente en las cumbres de las montañas que rodeaban la cuenca de Los Ángeles o cuando había ido a esquiar a Aspen o a Mammoth. Había nacido en California y allí había vivido siempre.

Pero más inexplicable resultaba aún aquella palabra: «Puritano», que no aparecía solamente en el Sueño del Lago, sino también en los demás. La veía en algunas muestras o letreros de las tiendas, en algunos edificios y en una cárcel. Parecía sugerir Nueva Inglaterra. Pero no había estado en Nueva Inglaterra en su vida. Había estado en el Este varias veces, en la ciudad de Nueva York y en Washington, aunque nunca en Nueva Inglaterra.

Ahora, por lo visto, se le presentaba otro problema. Empezaba a hablar en sueños. No él, en realidad, sino el hombre que designaba con una X.

Dos semanas antes había pasado la noche en la casa que sus padres tenían en Palm Springs. Al despertar, vio a ambos en su habitación con sus ropas de noche y la mirada fija en él. Parecían aterrorizados. Habían oído gritos en el dormitorio. Lo mismo que Nora, dijeron que era la voz de otra persona, de un extraño. Habían pensado que se trataba de un ladrón que había irrumpido en la habitación y que tal vez lo había despertado, y que lo que habían oído eran los gritos del intruso en medio de la lucha...

Y aun antes de eso, en un hotel de Las Vegas. Aquella noche, con Sybil Wilson. Los de la Twentieth Century Fox tenían que rodar una película sobre los apaches, y habían decidido que todo tuviera la mayor autenticidad posible —el vestuario tribal, las costumbres y otras particularidades—. Alquilaron, pues, sus servicios en calidad de lo que ellos llaman asesor técnico. Filmaron exteriores en el desierto, al sur de Nevada, usando Las Vegas como base, y Sybil Wilson fue la *script-girl*. Una cosa había traído la otra, hasta que, finalmente, la chica había ido a parar a su dormitorio.

A primera hora de la mañana, despertó del Sueño del Lago, y vio que ella lo miraba pálida de terror mientras se vestía a toda prisa. Un instante después salía corriendo de la estancia. Más tarde, cuando la llamó, Sybil le dijo con frialdad que no le gustaban los hombres que hablaban mientras dormían, especialmente de aquella manera tan horripilante. Sin duda alguna, la muchacha había deducido que se trataba de alguna clase de locura.

Él sabía que estaba pasando por alguna extraña experiencia psíquica. Ignoraba de dónde venían aquellas fantasías y por qué las sufría. Y sentía la natural preocupación. Había ido a ver a un psiquiatra, un tal doctor Ludwig Staub, muy acreditado y muy caro. Después de algunas sesiones con Staub, pudo ver que el psiquiatra estaba desconcertado.

—Estos sueños suyos —le dijo Staub— no son, al parecer, nada ordinarios, no tienen el sentido clásico de los sueños corrientes. Yo más bien los llamaría alucinaciones. Son fijos y reiterativos, y usted los recuerda de un modo extraordinario. No parecen proceder de ningún estímulo sensorial subjetivo cuyo rastro podamos seguir. Si puede servirle de consuelo, le diré que no son de carácter esquizoide. Los sueños de los esquizofrénicos suelen ser sin relieve, vacíos, nada evocadores. Éstos pueden soñar una silla, una tetera, o un camino que conduzca a algún lugar, es decir, un objeto de determinada clase. Estos sueños no tienen acción ni personajes. En cambio, los sueños de usted o, mejor dicho, sus alucinaciones, son mucho más complejos y detallados. Y no se aprecia en usted ningún síntoma de esquizofrenia.

Esto le sirvió de alivio. Y el doctor Staub prosiguió:

—De momento, no parece estar usted muy perturbado... Quiero decir emocionalmente. Es natural que sienta curiosidad. Se trata de algún tipo de aberraciones psíquicas, tal vez de recuerdos del cine. Sería posible sacarlas a la superficie, pero la tarea sería larga. Además, señor Proud, he de decirle con toda franqueza que no puedo darle ninguna respuesta concreta.

—Pero los sueños parecen ser totalmente sobre otra persona —insistió Peter.

—¿Quiere decir sobre ese hombre al que usted llama X?

—Sí.

—X es usted mismo.

—¿Y qué opina usted de esa ciudad que veo siempre...?

El psiquiatra sonrió.

—Doctor Proud, ¿quiere usted sugerir que tiene alucinaciones sobre alguna vida anterior? ¿Que éstas son alguna manifestación psíquica de la reencarnación?

—No lo sé. Es un pensamiento que ha pasado por mi mente.

—También yo he pensado en ello —dijo Staub, sin dejar de sonreír—. Pero lo dudo. Cuando uno ha muerto, ha muerto. Claro que, en sueños, es posible retroceder hasta la niñez, incluso hasta la infancia. Pero sólo hasta donde puede llegar el recuerdo de una vida real, actual. He tenido pacientes que creían efectivamente que eran la reencarnación de un faraón, de un soldado de las legiones de César o de un miembro del gabinete de Abraham Lincoln. Citan a Edgar Cayce; cuentan cuanto pueda desearse sobre Bridey Murphy. Quieren creer que, una vez muertos, volverán a nacer. Una creencia generalmente inofensiva que les proporciona cierto consuelo. Forma parte de la escena oculta de nuestros días. Muchas personas no son capaces de enfrentarse con la realidad. O la encuentran desagradable. Encuentran sus vidas

vacías y sin recompensa, por lo que buscan otras respuestas: el karma, el vudú, la astrología, e incluso la brujería. Todo esto son paparruchas, por supuesto. Pero tienen todos una mística común. Si se cree en algo, ese algo se convierte en realidad.

Nora salió del cuarto de baño y regresó a la cama junto a él.

—Muy bien —dijo—. Ahora ya puedes contarme qué fue todo eso.

—¿Qué fue todo *eso*?

—Ese sueño.

—No tendría ningún sentido para ti.

—No espero tanto, pero cuéntamelo de todos modos.

Se lo explicó de mala gana. Ella reflexionó unos momentos. Luego observó:

—Esas cosas indias, en el sueño... Y el hecho de que tú enseñes precisamente esta especialidad... Podría ser una simple asociación.

—Podría ser algo más que esto.

—¿Sí?

—Da la casualidad que tengo un dieciseisavo de sangre india.

—Vamos... No me tomes el pelo.

—No, en serio. Mi tatarabuelo, o algo así, era un piel roja séneca. Los sénecas pertenecen a la nación iroquesa. Según parece, él era un jefe y ella una mujer a quien había hecho cautiva y a la cual convirtió en su *squaw*, es decir, en su esposa blanca. Esto forma parte de la historia de mi familia, y nunca he sabido si debía creérmelo. Podría tratarse de un simple cuento romántico.

—Nunca me lo habías dicho.

—Y tú nunca me lo habías preguntado. —Sonrió entre dientes—. Espero que no tengas prejuicios raciales.

—¿Yo? No seas bobo. —Rió—. No todas las chicas tienen ocasión de dormir con un auténtico norteamericano de pura cepa como tú. Parte indio y parte blanco, anglosajón y protestante. En nuestros días, es muy *in* ser étnico. —Entonces su sonrisa se desvaneció—. Lo que más me extraña, lo único que no puedo olvidar, es esa voz que he oído salir de ti.

—Míster Hyde.

—Sí. ¿Sabes en qué me hace pensar?

—¿En qué?

—En el «hombrecillo» de que habla Sir James Frazer en *La rama dorada*. Es un estudio clásico del mito. Yo escribí un ensayo sobre ello en mi último curso. Frazer dice que el hombre primitivo creía que todo animal vive y se mueve sólo porque hay otro animal que vive en su interior. Y lo mismo con los hombres. Un hombre vive y se mueve sólo porque hay un «hombrecillo» dentro de él. Hoy lo llamaríamos alma. Si el «hombrecillo» está presente, hay vida. Si está ausente, es la muerte. Mientras se duerme, el «hombrecillo» se halla temporalmente ausente. En los sueños, el

hombrecillo abandona el cuerpo y va de una parte a otra, visitando los lugares, viendo las personas y realizando los actos que sueña el soñador. En este caso, *tu* hombrecillo tenía una cita. Con una dama llamada Marcia. Una cita nada inofensiva, por cierto.

—Muy interesante —dijo él.

—Sabía que quedarías fascinado. —Luego, de golpe—: Ya es hora de que nos vistamos, ¿no crees? ¿Quién se ducha primero?

—Tú —respondió él.

Y se quedó allí echado, pensando en Nora Haines.

«Es una buena chica... No tiene nada de tonta y da gusto mirarla. Estupenda en la cama, y se puede hablar con ella. Por lo que parece, nos gustamos. La prueba está aquí, entre estas sábanas inarrugables.

»*Pregunta*: Prematuro, desde luego. Pero no tan pasajero. ¿Es algo que podría durar? ¿Hasta completar toda la ruta?

»*Respuesta*: ¿Quién sabe? Es demasiado pronto para decirlo. Pero podría ser, podría ser. Ya estoy un poco cansado de ir por ahí con una y otra».

Se habían conocido hacía poco más de un mes. En aquel momento, era profesora auxiliar en un curso de sociología preliminar. Era una muchacha que sabía lo que quería. Se había encariñado con él inmediatamente, y no tenía manías en cuanto a las relaciones sexuales. De hecho experimentaba un saludable placer en ellas. Una semana después de haberse conocido, habían ido al pequeño apartamento de Nora, donde ella le había dado acogida en su cama, y sacaron la conclusión de que su armonía era completa.

Fue así de simple y placentero. Tres semanas después, ella se iba a vivir con él.

La muchacha salió del cuarto de baño con la piel enrojecida, envuelta en una de sus grandes toallas rusas, y empezó a vestirse.

—Nora —le dijo él—. ¿Por qué estas prisas? ¿Por qué vestimos ya?

—Tengo cosas por hacer.

—Todavía es temprano.

Él apartó la sábana que lo cubría y se mostró echado de espaldas, desnudo, con los brazos y piernas abiertos. Ella observó su reflejo en el espejo y se volvió para verlo mejor.

—Creía que estabas cansado.

—De *esto*, no.

—Ya lo veo. ¿Sabes qué te digo, querido? Que esa chica de tu sueño, esa Marcia, era una verdadera perra. ¡Mira que querer aplastar una cosa tan hermosa! Es una auténtica obra de arte. Un monumento. No supo apreciar tus valores.

—Cierto —dijo él, sonriendo—. ¿Y tú?

—Yo sí, ¡ya lo creo!

—¿Como para quedarte un poco más?

—Lo siento, hoy no, Napoleón. Aún es pronto, lo sé, pero tengo una clase a las nueve y quiero llegar temprano para corregir antes algunos trabajos de los estudiantes

y permitir que mi rostro recobre poco a poco su seriedad habitual, para poder aguantar el tipo ante aquellas jóvenes y ávidas caras que parecen de verdaderos profesionales. No quiero tener el aspecto de una gata de Cheshire que acaba de pasar una larga noche con un viril Micifuz y que, encima, acaba de zamparse a lengüetazos un tazón entero de espesa crema. Mis alumnos son muy listos, muy perceptivos. Se dan cuenta de estas cosas. Especialmente las chicas. Y ahora, por amor de Dios, querido, levántate para que podamos desayunar. Estoy muerta de hambre.

Salió de la cama bamboleándose y entró en el cuarto de baño. Observó su cara en el espejo. Estaba macilenta, como si no se hubiese acostado en toda la noche. Sombras bajo los ojos, y éstos convertidos en rendijas.

«Veintisiete años, y hoy parece que tenga cuarenta».

Pensó que de buena gana se dejaría caer en la bañera y se pondría a dormir de nuevo. Tendría que hacer un esfuerzo para arrastrar su cuerpo hasta que terminase el día. Luego pensó en Sam Goodman. Goodman era un amigo suyo, y un compañero de tenis, pero era algo más que eso. Era el profesor del departamento de psicología que dirigía el Laboratorio del Sueño experimental de la UCLA^[1]. Había hablado a Sam de aquellas disparatadas alucinaciones que tenía, así como del hecho evidente de que éstas habían alterado el contenido normal de sus sueños. Sam se había mostrado inmediatamente interesado por el caso. Había sugerido que Pete fuera al Laboratorio del Sueño y se sometiera a las pruebas de rutina. Tal vez podrían obtener algunas respuestas. Los compromisos existentes no permitían hacer el examen en aquel momento, pero Sam no dejaría de avisarle a la primera oportunidad que se presentase.

Cogió la máquina de afeitar y empezó a hacerla zumbar sobre su áspera barbilla. Luego entró en la ducha. Hasta cierto punto, le sabía mal haber tenido que contar a Nora el Sueño del Lago. No le había dicho, por supuesto, que se había repetido muchas veces de la misma manera. Ni tampoco le había hablado de los otros. Los que había registrado en su negro cuaderno de notas, cada uno con un nombre especial. Los recitó mentalmente, uno a uno.

El Sueño de la Ciudad. El Sueño de la Torre. El Sueño del Tenis. El Sueño de la Ventana. El Sueño de la Casa. El Sueño del Acantilado. El Sueño de la Guerra. El Sueño del Árbol. El Sueño del Niño. El Sueño de la Cárcel. El Sueño de Cotton Mather.

Miró fijamente al espejo y, por un instante, vio una cara que no era la suya: X.

¿O era la suya? «Dios mío —pensó—, ¿me estaré volviendo un psicópata?». Se estremeció.

Su primera cita era a las diez, con dos estudiantes de último curso. Querían hablarle de posibles temas para sus tesis. Luego el almuerzo, después una clase y un seminario. Y, finalmente, una última visita al dentista. Un día normal, sin emociones.

El Summit Plaza era un elevado edificio de apartamentos, con una altura de catorce pisos, de los cuales los dos últimos eran viviendas con terraza. Su nombre se mostraba en esmalte dorado sobre una gran marquesina roja que cubría la imponente entrada. Había un cuadro de interiores junto al reloj, y un empleado uniformado estaba siempre dispuesto a aparcar los coches de quienes iban llegando en uno de los garajes subterráneos. Peter disponía de un apartamento de un dormitorio en el quinto piso, y conducía un Mercedes 450 SL. Todo ello, por supuesto, era imposible contando sólo con el sueldo de un profesor adjunto y era causa de que sus colegas lo consideraran un *rara avis*. Pero Peter tenía la suerte de no verse obligado a enseñar para vivir.

Entró en el vestíbulo. La muchacha encargada del cuadro de interfonos, una gordinflona rubia oxigenada, le dedicó una sonrisa. Cuando no estaba tomando llamadas y mensajes, dividía su tiempo entre los seriales que contemplaba en un televisor portátil que tenía al lado del cuadro y un libro de astrología. En aquel momento, observó Peter, le tocaba el turno a la astrología.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Edna.

Se entregaron al juego de todos los días.

—¿Cuál es mi horóscopo para hoy, encanto?

—A ver... Usted es un Libra, ¿no?

—Sí.

Sabía su signo de memoria, pero, aun así, lo preguntaba siempre. Torció el rostro, concentrándose.

—Déjeme pensar. Estamos en diciembre. El sol cruza en estos momentos la cuarta morada solar de usted. Urano y Plutón continúan su lento paso por su segunda morada solar. —Abrió el libro y encontró la página—. Urano que rige su morada solar de amor verdadero, hace posible que busque y halle episodios románticos capaces de transformar su vida gracias a acontecimientos llenos de color y de intensas emociones. —Lo miró y sonrió—. Apostaría a que sé de quién se trata.

Peter sonrió entre dientes.

—Yo apostaría a que usted lo sabe.

La muchacha volvió al libro. Entonces su cara se nubló mientras examinaba la página.

—Oh, oh... Hay más.

—¿Sí?

—«Sin embargo —leyó—, pueden presentársele problemas en el transcurso del

día. Acaecimientos inesperados. Contrariedades. Sus influencias planetarias le aconsejan no seguir sus actividades habituales de cada día. Es mejor que hoy se quede en casa, que descansa tranquilamente, que lea, duerma, medite».

—¡Mire qué bien! —exclamó él.

Ella lo miró, preocupada.

—En serio. Yo, en su lugar, hoy no saldría.

—He de hacerlo, Edna. Tengo citas, clases, cosas así.

—¿Y no puede anularlas?

—No. Es imposible.

—Entonces, tenga cuidado. Se lo ruego. Conduzca con precaución.

—Gracias, Edna. Lo haré. Es usted muy amable al prevenirme.

Bajó al garaje en el ascensor.

«Es increíble. Se traga todo eso».

Su coche ya estaba en la rampa. Saludó al encargado con un movimiento de la mano e hizo arrancar el coche hacia fuera.

Mientras subía por el Sunset Boulevard, trató de descifrar lo que le sucedía.

¿Por qué tenía aquellas extrañas alucinaciones? ¿Quién era X? ¿Era alguien que intentaba decirle algo? Hasta el momento, no había habido nada extraordinario en su vida. Sí, había tenido los problemas propios de la niñez y la adolescencia, pero no pasaron de ser normales. Nunca se había considerado un neurótico, y la gente decía que estaba maduro para su edad. En resumidas cuentas, reflexionó, era como si la vida y los actos de Peter Proud hubiesen sido razonablemente determinados de antemano. Ningún altibajo. Ninguna crisis de importancia.

Había nacido en Los Ángeles y allí había vivido durante toda su vida. Sus padres habían acordado llamarle Peter, y él siempre se había mostrado susceptible respecto a su nombre. Peter Proud^[2]. Sonaba como si lo hubieran sacado de un cuento de Perrault, y siempre motivaba pequeñas bromas por parte de la gente. Sus amigos lo llamaban Pete. Era descendiente de una antigua familia de California. Su padre, John R. Proud, había hecho una fortuna con los bienes inmuebles, comprando terrenos escogidos cuando aún se cotizaban poco, en Wilshire, en Orange County y en el Valle. Nadie podía soñar entonces la tremenda inmigración que experimentaría California después de la guerra, y John Proud vendió entonces a precios altos. Ahora, estaba más o menos retirado y vivía con la madre de Peter en una casa de Palm Springs, provista de sauna y piscina y situada frente a un campo de golf.

Por alguna razón, él, Peter Proud, se había sentido siempre apasionadamente interesado por los indios norteamericanos y su historia. No por su remota herencia al respecto. Era algo más que eso, algo más profundo. Experimentaba una especie de identificación afectiva con ellos, algo así como la sensación de un verdadero parentesco. De niño, leía cualquier libro referente a los indios que le viniera a las manos. Iba a ver cuantas películas se proyectaban sobre ellos. A los diez años, podía nombrar la mayoría de las principales tribus de la nación.

Como estudiante aún no graduado, en Berkeley, había seguido cursos de la historia y antropología de los indios norteamericanos; había pasado dos años de profesor ayudante y había obtenido su doctorado después de una brillante tesis sobre las tribus del Altiplano. Había atraído una atención considerable y le había dado no poco renombre en su campo.

Finalmente, recibió una oferta para enseñar en la UCLA, y él la aceptó, renunciando a la oportunidad de trabajar junto a su padre en los negocios inmobiliarios. Tenía dos hermanos que ya se habían comprometido a dirigir la Proud Corporation, mientras que él no tenía el menor interés en la construcción y venta de grupos de viviendas o centros comerciales. Su padre tuvo una desilusión, pero se mostró generoso al asignarle una renta nada despreciable. Podía así vivir confortablemente y dedicarse, además, a la enseñanza.

Tenía ahora veintisiete años y aún no se había casado. Las mujeres lo encontraban, con razón, atractivo y bien parecido. Había tenido un par de asuntillos de poca duración y había vivido algún tiempo con una estudiante de último curso de psicología. Le habían gustado muchas de las mujeres que había conocido y había creído amar a unas cuantas, pero nunca lo bastante para un compromiso permanente.

Había tomado cierta afición a la música clásica; le gustaba jugar una partida de ajedrez o de *bridge* de vez en cuando; y en el golf su *handicap* era cinco. Había jugado a *rugby* en Berkeley, pero su verdadero juego era el tenis.

«En realidad —pensó—, nada más que tonterías. Y es casi seguro que cuando se llega al final de todo eso, sólo se encuentra el vacío. Sin ningún propósito definido, sin ningún futuro, todos nos dirigimos al mismo sitio.

»Como aquel dicho sobre Salomón Grundy —siguió pensando—. ¿Cómo es? ¡Ah, sí! Salomón Grundy. Nació en lunes. Lo bautizaron en martes. Se casó en miércoles. Enfermó en jueves. Empeoró en viernes. Murió en sábado. Lo enterraron en domingo. Y éste fue el fin de Salomón Grundy^[3].

»Y el fin de todos nosotros. Amén.

»Hoy —pensó por último— no soy sólo un soñador. Soy también, Dios nos asista, un filósofo».

Siguió rodando hacia el oeste por el Sunset. Entró en el campus, giró a la izquierda y se dirigió hacia la Estructura de Aparcamiento Número Tres.

Una barrera con franjas pintadas impedía la entrada. Podía ser levantada electrónicamente alargando la mano desde la ventanilla del coche e introduciendo una tarjeta sensibilizada en una ranura. Buscó la tarjeta amarilla en su bolsillo interior, pero no estaba allí. Lanzó un taco en voz baja al recordar que la había dejado en otra chaqueta. Un modo desastroso de empezar el día, pensó. En cualquier caso, significaba un contratiempo, tiempo perdido. El aparcamiento en el campus no era nada fácil. Tener presente aquella maldita tarjeta era algo primordial.

Bueno, tendría que arreglárselas. Salió haciendo marcha atrás y dio una vuelta hasta encontrar uno de los aparcamientos al aire libre. Había allí un quiosco provisto

de ventanillas, con un guardián de servicio. Éste le dio una ficha. Volvió entonces a la Estructura de Aparcamiento Número Tres, esperó durante cinco minutos hasta que los coches que hacían cola hubieran entrado, introdujo la ficha en la ranura correspondiente y cruzó la barrera.

En medio de su irritación, no pudo menos de sonreír irónicamente. «Primer tanto para Edna».

Aparcó el Mercedes en la segunda planta. Destacaba ostensiblemente entre los Volkswagens, Datsuns, Toyotas y Pintos. Casi todos los de la Facultad tenían coches pequeños. Dos profesores que en aquel momento salían de los suyos, se quedaron mirando el vehículo y después a él. Parecían resentidos, tanto por el coche como por su dueño. Ordinariamente, ello habría podido turbarle. Hoy, con su estado de ánimo, le importaba un pepino.

Salió del garaje y caminó hacia el Bunche Hall. El edificio se sostenía sobre unos enormes soportes que lo mantenían elevado por encima del suelo, y toda la extensión de su fachada, hecha de un material de aspecto metálico, reflejaba los árboles y los otros edificios. Hacía un hermoso día, claro, soleado, y muy cálido para diciembre. Grupos de estudiantes, los chicos con barba y vaqueros, las muchachas, también con vaqueros, largas y ondeantes sus cabelleras, se esparcían sobre el césped o junto a los retorcidos olivos del lado sur del Bunche Hall, y también sobre la baja pared de ladrillo que bordeaba el parterre situado frente al edificio.

Entró en el vestíbulo, y se detuvo un momento para examinar algunas de las tarjetas sujetas con tachuelas sobre el tablero de anuncios de los estudiantes. Había los de costumbre: «Se alquila cuarto». «Se necesita compañera de habitación, no fumadora». «Viajes charter a Nueva York y a Europa». «Se vende guitarra eléctrica Showman Kustom». Alguien más quería deshacerse de una moto Yamaha reconstruida; tenía que sacrificarse porque necesitaba ¡dinero! El Club Kung Fu se reunía de nuevo, y otras por el estilo.

Pero eran mucho más numerosos los anuncios pertenecientes al ocultismo y a quienes lo practicaban. Adivinación con tarots, por Cassius. La voz de Isis, madre cósmica. Cantos *tanya*, poemas del mito y del infinito... Sólo pequeñas reuniones. Gurú Rara Das, adivino kármico. Centro espiritista... «Extended la Hermandad de los Orígenes». Círculo de la alegría cósmica. Jesucristo en el Árbol de la Vida. La llave del logro espiritual por la respiración. Centro bioenergético anal. Hechizos. Instituto de habilidades humanas. Encuentros astropsicológicos. Y «LA VERDAD TE DARÁ LA LIBERTAD», otro «Centro» especializado.

Todos eran Edna, estos días. El mundo estaba lleno de idiotas, todos ellos en busca de respuestas.

Lo mismo que él.

El segundo alumno de último curso de Peter, Ed Donan, entró para la discusión de su

tesis. Era alto, con barba y algo desgarbado. Llevaba una delgada carpeta que contenía un breve bosquejo del tema que proponía para su tesis.

—Siéntese, Ed.

—Sí, señor.

Peter nunca se había acostumbrado por completo a su papel de «señor». Ni tampoco al papel de doctor Proud. Sólo tenía un par de años más que Donan.

—Bien —dijo, con un movimiento de cabeza dirigido a la carpeta—. Hablemos de eso.

—El tema que quisiera examinar es el paralelo entre *La interpretación de los sueños* de Freud y la cultura de la divinidad de los sueños de los iroqueses.

«Dios mío —pensó—, ¿qué es esto? Primero Nora, ahora Ed Donan».

—Explíquese.

—Bien, no es probable que Sigmund Freud hubiese tenido nunca conocimiento de la idea iroquesa de la divinidad de los sueños. Sin embargo, los ritos de los iroqueses ofrecían la misma «estrategia terapéutica» para la catarsis. Tenían oportunidades rituales para la realización del deseo mediante los sueños. Tenían juegos o competiciones de adivinación de los sueños y constituían una sociedad que les concedía gran valor.

—¿En qué documentación se basa, Ed?

—En los relatos que los misioneros jesuitas enviaban a sus superiores. De 1611 a 1768.

—¿Se refiere usted a *Las Relaciones*?

Donan hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Y especialmente la *Relación* enviada por el padre Regueneau en 1649. Usa un lenguaje que habría podido ser empleado por el propio Freud.

—Adelante.

—Los iroqueses sabían, del mismo modo que lo sabía Freud, que los sueños pueden ocultar, más bien que revelar, los deseos del alma. Hablo tanto de sus sueños personales como de los sueños de visitación. Su idea terapéutica consistía en representar, en reproducir realmente sus sueños... Hacer que llegaran a ser verdaderos. Si no se permitía al deseo contenido en el sueño que se realizara físicamente, este deseo se rebelaba contra el cuerpo causando varias enfermedades. Lo llamaban *ondinnonk*, un deseo secreto del alma manifestado por un sueño. Podría darle algunos ejemplos...

—¿Sí?

—Por ejemplo, los sueños personales de los seneecas, según los relata el padre Fremin.

»Sí, señor. Éste no va a ser un día cualquiera».

—Un guerrero seneeca —prosiguió Ed— sueña durante la noche que está tomando un baño. Tan pronto como despierta, corre desnudo hacia las otras cabañas. Pide allí que le echen calderos de agua por todo el cuerpo, sin que le importe lo fría que esté.

Se sabe que algunos sénécas fueron a un lugar tan lejano como Quebec, a una distancia de ciento cincuenta leguas, según dice el padre Fremin, sólo para hacerse con un perro que habían soñado haber comprado allí. La misma idea impera en las otras naciones de la confederación: los mohawks, los oneidas, los onondagas y los cayugas. E incluso entre sus parientes los hurones del Canadá. —Aquí, Ed Donan hizo uso de la carpeta—. «En 1656, un onondaga soñó que dormía con dos mujeres casadas durante cinco días. Otros hombres le prestaron gustosamente sus mujeres para que el sueño pudiera hacerse realidad y satisfacerse así el *ondinnonk*. En 1642, un hurón soñó que era cogido vivo en un combate por indios no hurones. Era un mal sueño, y se celebró un consejo tribal para discutirlo. El soñador, con su propio consentimiento, fue torturado y quemado con estacas llameantes. Otro hurón soñó que había sido atrapado por sus enemigos y que le habían cortado un dedo. Entonces, él se cortó realmente ese dedo. Otro soñó que su cabaña había sido pasto de las llamas. Los jefes, después de la debida deliberación, quemaron ceremoniosamente su cabaña para cumplir el mandato del sueño. Y así sucesivamente». —Miró a Peter con ojos de miope, a través de los gruesos cristales de sus gafas—. Bien... ¿Qué le parece?

—No está mal. Sólo que hay una pega.

—¿Sí?

—Me parece recordar que un tal Anthony Wallace lleva ya hecha una considerable cantidad de trabajo en este campo.

—Sí —repuso Donan en seguida—, conozco a Wallace. He usado su obra como material de consulta y le concedo el crédito que merece, por supuesto. Pero yo quiero profundizar más, hacer una investigación más completa de las *Relaciones*, elaborar el paralelo con Freud.

—Sí, pero continúa usted en terreno ajeno, Ed —dijo Peter—. Debería usted tocar otros aspectos *realmente* originales. Yo le diré cuáles. ¿Por qué no investiga algunas otras tribus? Los indios del Altiplano, quizás. O las tribus del Sudoeste. O la Gran Cuenca. Tal vez hayan tenido alguna clase de *ondinnonk* propio. Entonces, dispondría usted de algo completamente distinto.

Donan pestañeó a través de sus lentes, manifiestamente inseguro sobre si debía alegrarse o no de la sugerencia de Peter. No obstante, dijo:

—Es una buena idea. Podría haber algo útil en eso, doctor Proud. Lo estudiaré.

Cuando Donan se hubo marchado, Peter se retrepó en su sillón y cerró los ojos. Se sentía muy cansado y un poco tembloroso. Descolgó el teléfono y marcó el número de Nora.

—*Ondinnonk* —dijo.

—¿Qué?

—Una palabra india. Significa: «Hay alguien ahí que está jugando conmigo».

—Oh...

—¿Qué me dices de ir a comer?

—No puedo —contestó ella—. Tengo dos conferencias. —Luego—: Pete, he leído algo esta mañana. Sobre el somniloquio.

—¿Qué?

—Somniloquio. El hablar durante el sueño. Ahora, todo esto ya no me sorprende ni asusta tanto. No es que se sepa mucho todavía, pero se ha llegado a *algunas* conclusiones. Por ejemplo, algunas personas hablan mientras duermen casi cada noche. Los hay que incluso lo hacen cuando dan una simple cabezada, o soñando despiertos. Las mujeres hablan más en sueños que los hombres.

—¡No me digas!

—No lo tomes a broma —dijo ella—. Hablo en serio. También quería decirte que se da el caso de que, a veces, lo que se habla durante el sueño es confuso. Quiero decir que es un galimatías que nadie puede entender. Hay personas que susurran; otras gritan, lo mismo que tú. Y otras hablan con voz completamente distinta de la suya. Lo mismo que tú. Conque... al fin y al cabo, no es una cosa tan extraordinaria.

—Liquidado Mister Hyde.

—Sí. Aunque todavía se me pone la carne de gallina cuando pienso en ello, ahora me siento mucho más tranquila. Y espero que tú también.

—Oh, sí, sí... Yo también —dijo él.

Apenas había colgado el teléfono, cuando le dio el dolor. Vino de golpe, como siempre. Y, como siempre, en el mismo sitio: en el costado izquierdo, un poco más arriba del hueso de la cadera.

Era un dolor agudísimo. Como si un asesino hubiera clavado en su costado un puñal al rojo vivo.

Se puso de acuerdo con su ayudante para que diera la clase y luego llamó al consultorio del doctor Tanner. Dijo a la muchacha que se trataba de una urgencia —la misma tontería de otras veces— y que iba en seguida.

Colgó. Se recostó hacia atrás en su sillón y cerró los ojos.

«Segundo tanto para Edna».

Una enfermera lo condujo a una de las reducidas salitas de reconocimiento. Por fin, entró el doctor Tanner. Tenía algunos años más que Peter, un amigo, y también un gran aficionado al tenis.

—Hola, Pete. Por aquí otra vez, ¿eh?

—Sí, y sentado aquí como un monigote desde hace media hora.

—Perdona. Un día muy movido, hoy. Supongo que vuelve a ser lo de la cadera.

—Sí.

—¿Mucho daño?

—Horroroso.

—Le daremos una mirada.

Tentó la región de la cadera y sus alrededores con los dedos.

—¿Alguna reacción a esto? ¿Más dolor? ¿O menos?

—No. Exactamente igual.

Hizo doblar y levantar la pierna a Peter de varias maneras.

—¿Alguna tirantez?

—No. Exactamente igual.

Miró en la carpeta de su historial.

—Veamos. Viniste por primera vez por esto hace unos seis meses. Luego dos visitas más. Dos rayos X. La última radiografía sólo hace un mes. Negativa. Ni rastro de cualquier patología intrínseca. Ni la menor prueba objetiva de ninguna enfermedad. Buenos huesos y buenos tejidos completamente sanos.

—Entonces, ¿por qué este dolor?

El doctor Tanner pareció perplejo.

—Que me maten si lo sé. No hay antecedentes de ninguna lesión en esa zona. El dolor no se manifiesta durante ningún movimiento ni como resultado del mismo. — Volvió a mirar en la carpeta—. Viene y se va al azar. Duración, de una a tres horas. Y después, de súbito, desaparece por completo. —Miró fijamente a Peter—. ¿Cómo te vino esta vez?

—Estaba sentado en mi escritorio. Hablando con alguien por teléfono. Colgué, y ¡cataplum!

—¿Y esto es todo?

—Esto es todo.

Tanner meneó la cabeza.

—Verás... No quiero que creas que lo digo para salir del paso, pero es muy posible que el dolor sea psicósomático. Aunque esa región es precisamente un sitio donde no suelen observarse reacciones de esta clase. Por lo común, la gente padece dolores psicósomáticos en la espalda o las piernas. O bien sufren de jaquecas, dolores de estómago, dolores en el pecho o úlceras. Con todo, supongo que cualquier parte del cuerpo ha de ser vulnerable. —Rió—. Hay un caso, por curioso que parezca, en

que podría darte un diagnóstico *seguro*: si tuvieras una pierna de madera.

—¿Sí?

—Los amputados sienten a veces dolores... en un miembro fantasma. En una pierna que ya no poseen, por ejemplo. Su experiencia ha sido tan traumática que se imaginan que tienen los mismos dolores que podrían sufrir si su pierna fuera de verdad. Y lo mismo les sucede a las mujeres con los fantasmas del pecho en la postmastectomía. Pero, diablos, Pete. A ti no sé qué decirte. Excepto que, orgánicamente, tienes esa región completamente sana. Mira, te daré una inyección. Puede que te alivie el dolor. —Luego, mientras preparaba la aguja—: ¿Qué tal un poco de tenis la semana que viene?

—Muy bien. ¿Qué día?

—El miércoles. El día libre de los doctores... ¿Cuándo si no?

Salió del consultorio y entró en el ascensor. Mientras bajaba, recordó de pronto la cicatriz de la cadera de X.

Se echó hacia atrás en el sillón del dentista.

Su boca estaba abierta como la de un pez muerto. Su mandíbula estaba entumecida bajo los efectos de la novocaína. Mantenía los ojos cerrados mientras la fresa zumbaba en su muela. Los dedos de Martin Stein, doctor en odontología, olían a antiséptico y a esencia de menta. Lo notaba cada vez que hurgaban en su boca. Cesó el zumbido.

—Muy bien, Pete. Ya puedes enjuagarte.

Había estado a punto de cancelar esta cita. Pero el dolor del costado había desaparecido al cabo de diez minutos de haber dejado el consultorio de Charlie Tanner, y había decidido ir al dentista después de todo. Al parecer, este día era para él el de los doctores.

Antes de la inyección, Stein le había dado un líquido tranquilizante, una pócima rosada en un vaso de papel. Ahora se sentía relajado, un poco soñoliento.

—Abre bien la boca.

Sintió que le llenaban la boca de quincalla. El aspirador de saliva, trozos de algodón, una cosa metálica, la cubeta para la impresión de la dentadura. Por último, Stein le dijo que mordiera y que mantuviera los dientes apretados. Sólo un momento, lo justo para que el molde se endureciera.

El dentista salió para atender a otro paciente en la sala contigua. Peter sospechó que había aún una tercera sala. Probablemente lo tenía todo perfectamente cronometrado. Inyectar al uno, perforar al dos, llenar al tres. Y no se olvide de enviar todas las facturas a primeros de mes, señorita Delaney. El sonido de la música ambiental se filtraba a través de las estancias, soso pero sedante. Sus ojos se hicieron pesados. El aerodinámico sillón resbalaba bajo la curva de su espina dorsal. Estaba casi echado sobre la espalda, como un astronauta en espera del lanzamiento. La rojez

de la puesta de sol californiana penetraba por la abertura que dejaban los postigos medio cerrados de la ventana, y llenaba de destellos los tubos de acero inoxidable y demás objetos cromados.

Fijó su mirada en la franja rectangular de la luz de la lámpara situada exactamente sobre él. En el recuadro de la misma se veía la marca de fábrica: Castle. Le parecía recordar que había visto este nombre inscrito en el equipo de todos los dentistas que había visitado.

C-A-S-T-L-E.

Letras blancas sobre fondo oscuro. Se quedó mirándolas como hipnotizado. Empezó a descomponerlas para formar vocablos de cuatro letras, como si se tratara de uno de esos juegos de palabras que salen en la página de pasatiempos de los periódicos.

Case, cesa, ates, alce, sale, seca, tase, tela, teca, leas, late, lesa, esta...

Oscurece temprano en diciembre. Advertía, por la luz que dejaban pasar los postigos de la ventana de Marty Stein, que la noche estaba a punto de vencer al crepúsculo. Apenas podía distinguir, por entre los postigos, la parte alta de un elevado edificio del no muy lejano Wilshire Boulevard. Había un letrero luminoso en la terraza. No podía verlo muy claramente, pero parecía anunciar un Banco. ¿El Banco de América? ¿El United California Bank? No estaba seguro.

Entonces, se abrieron los postigos y vio que estaba equivocado. El enorme letrero de la terraza decía realmente: PURITANO.

Sin embargo, no era muy fácil ver el rótulo porque estaba nevando. La nieve caía espesa, azotando los cristales de la ventana. Una buena ventisca. Podía oír el aullido del viento. Batía ruidosamente las paredes. Los cristales de la ventana se habían cubierto de hielo. Notó su frialdad al apoyar la nariz contra ellos, mientras trataba de ver lo que había más allá. Pero ya no podía ver el letrero. Nevaba demasiado.

La nieve se apilaba a su alrededor en altos montones. Ahora, se encontraba en una calle muy concurrida. Tránsito y tiendas. Podía leer algunos letreros: Sastrería Puritana, Restaurante Puritano. La gente pasaba por su lado, le daban empujones. Llevaban botas y chanclos y se cubrían con grandes abrigos para resguardarse del frío. Veía claramente sus caras, pero ninguna de ellas le era conocida. Más lejos, calle abajo, un viaducto en arco del ferrocarril, al parecer de piedra gris, se extendía sobre la misma calle. En aquel momento, un tren retumbaba sobre él. Y, más allá de todo eso, vio una especie de torre municipal.

Ahora la nieve había desaparecido. Era un hermoso día de cálido verano. Se encontraba de pie en el mirador de la torre. Era una especie de balcón muy pequeño, y sólo podía ver sin estorbos por encima de su barandilla. Se hallaba a gran altura sobre la ciudad. Desde allí, podía contemplar el ancho río, una «S» invertida yacente bajo el sol. Al otro lado del río, veíanse edificios y fábricas, cuyas chimeneas trazaban delicadas formas de humo sobre el pergamino azul del cielo. Mirando hacia abajo por entre los balaustres de la barandilla, divisó los coches que se movían en la

profundidad y observó lo que parecía ser alguna especie de plaza pública. Había dos monumentos en la plaza, dos estatuas, cada una sobre su correspondiente pedestal. Desde ésta altura, no podía identificarlas. Había paseos en diagonal con bancos.

Después, sin transición, una secuencia a continuación de la otra:

Ya no estaba al aire libre, sino en un recinto pequeño, limitado, detrás de unos barrotes, como si se encontrara en una jaula o en una cárcel, donde estaba contando dinero.

Y entonces, al otro lado de los barrotes, apareció ÉL. El Puritano. Aquel a quien recordaba como a «Cotton Mather»^[4]. Una figura gigantesca, aterradora, que se alzaba como una torre por encima de él. Mirando hacia abajo, le clavaba la mirada con ojos fríos, sin vida. Todos sus detalles aparecían claros. Llevaba una túnica color rojo oscuro sujeta a la cintura por un cinturón de cuero. Sobre ella, una chaqueta sin mangas grisácea. Un jubón y unas calzas de piel ribeteadas de hule. Un gran sombrero cónico de ala ancha. Un amplio cuello blanco de lino. Medias botas con brillantes hebillas de plata. La expresión dura y severa...

Luego volvió a encontrarse en el exterior. De nuevo un caluroso día de verano. Estaba jugando a tenis con Marcia en una cancha de arcilla. Había un pequeño estanque o lago a la izquierda, y a la derecha un gran edificio bajo e irregular estilo Cape Codd^[5]. Más allá, la verdosa extensión de un campo de golf: onduladas y verdes colinas, immaculados caminos de acceso, pequeñas depresiones del terreno cuyo fondo arenoso blanqueaba al sol. Marcia llevaba una falda blanca, blusa y zapatos de lona del mismo color, y un pañuelo también blanco alrededor de su negro cabello. La dama vestida de blanco. No estaban jugando un partido en serio, simplemente voleaban. Él conducía el juego dando instrucciones a Marcia. «Devuélvela», le decía una y otra vez. «Devuélvela». A ella no parecía gustarle lo que él le decía. Su cara, reluciente por el sudor, se veía tensa, seria en su concentración. «Devuélvela», le gritaba él. «Devuélvela»...

De pronto, se encontró conduciendo un coche. Corriendo velozmente por una ancha carretera bordeada de altos y magníficos árboles. El coche tenía la capota bajada. Una mujer estaba sentada a su lado. No era Marcia, sino otra mujer: una pelirroja. Iban a gran velocidad. La luna mostraba sólo un delgado creciente. Los cabellos de la mujer volaban al viento hacia atrás. Era tan hermosa como Marcia, pero de una belleza distinta. Parecía extática bajo la sensación de velocidad y el efecto del viento. Tenía la cabeza recostada en el respaldo del asiento, y cantaba una tonada al azar, sin nombre. Pero a él era el coche lo que realmente le interesaba. Éste sí que era una auténtica belleza: tapizado de cuero rojo, alfombrado negro, el tablero de instrumentos de rojizo y nudoso nogal, y el velocímetro con una aguja que cambiaba de color según la velocidad. La aguja se mantenía verde de cero a cincuenta kilómetros por hora, amarilla de cincuenta a cien, y roja más allá de cien. Notó incluso lo que marcaba exactamente el cuentakilómetros. Había una radio con pulsadores para la elección automática de frecuencias montada en el centro del

salpicadero. El coche era largo, bajo, con nervio. Tenía un radiador largo, vertical, con pequeñas barras horizontales, grandes tapacubos y grandes y curvados parachoques. El volante era bajo, situado a nivel inferior al del capó. Neumáticos superanchos con los costados blancos. Modelo clásico. Miró a la pelirroja y le sonrió. Pisó el pedal del gas y se pusieron a volar.

Repentinamente, oyó un timbre, sostenido e insistente. Abrió los ojos. Vio el rojo cielo a través de la ventana. El contador de tiempo acababa de dispararse, y en seguida se dio cuenta de que Marty Stein se inclinaba de nuevo sobre él. Los dedos con sabor de menta volvieron a hurgar una vez más en su boca.

—Muy bien, Pete. Veamos cómo ha quedado esto.

Todos aquellos sueños le eran muy familiares. El Sueño de la Ventana, el Sueño de la Calle, el Sueño de la Torre, el Sueño de la Cárcel, el Sueño del Tenis. Y, por supuesto, el sueño de Cotton Mather, el del enorme puritano clavándole los ojos desde arriba. Algo resultaba curioso en este último. La figura del gigante nunca se movía. Podía ser un indicio. Parecía sugerir una vida inmóvil. ¿Acaso una pintura? Podía ser. Lo preguntaría a su padre. Tal vez había un retrato de su antepasado puritano en algún lugar. La Vieja Progenitura de los Proud. Los viejos hipócritas habían sido cortos en cuanto a tolerancia, pero largos en lo referente al *ego*. Lo sabía porque cierta vez había ido a la Biblioteca de Investigación y había desenterrado un raro volumen sobre la oligarquía puritana en Norteamérica. Todo aquel que era alguien en la Vieja Colonia de la Bahía de Massachussetts tenía, al parecer, su retrato pintado.

Ya había tenido antes todos estos sueños, y sabía que volvería a tenerlos. Pero, esta vez, tenían una novedad adicional. Una nueva ficha para aquel disparatado panteón, una nueva y brillante alucinación que añadir a las que tenía registradas en su libro negro: el Sueño del Automóvil.

Seguía sentado en el sillón del dentista, ahora presa de agitación. Aquellos pequeños fragmentos de su inconsciente, aquellas imágenes misteriosas a la vez que familiares, parecían cernerse constantemente sobre él como buitres al acecho. Pero, en esta ocasión, no se habían presentado durante el sueño profundo. Por primera vez, se habían colado quedándose casi en la superficie. Por primera vez, habían invadido un ensueño diurno. Y, por primera vez, había aparecido otra mujer, además de Marcia.

«Tercer tanto para Edna».

Aquella noche, más tarde, después de que Nora se marchara a una reunión, decidió trabajar en el libro que estaba escribiendo: *El piel roja: orígenes y cultura. Su papel en América, presente y futuro*. No había trabajado nada en el proyecto desde hacía semanas.

Removió y examinó el montón de carpetas que contenían los datos de su investigación. Al cabo de un rato, hizo algunas anotaciones y escribió un par de párrafos sobre una nueva irrupción que algunos indios habían hecho en el edificio que

alojaba la Oficina de Asuntos Indios, de Washington. Tachó lo que había escrito y probó de nuevo. Ahora todavía le gustaba menos que antes. Por último, soltó la pluma, cerró de unos manotazos sus libros de referencias y puso sus notas y recortes en sus correspondientes carpetas.

«¡Maldita sea! ¡Sólo vulgaridades!». Cada vez se sentía con menos ánimos para echar adelante aquel proyecto. Peor aún, en aquel instante no sentía el menor interés por él. En cierto momento, el libro había sido para él un proyecto en el que había puesto muchas ilusiones, pero le había dedicado pocas horas de trabajo, o casi ninguna, durante los últimos seis meses.

Desde que aquellos sueños, o alucinaciones, o lo que fueran, habían empezado, había notado cierta pérdida de energías. A veces, tenía la sensación de carecer de ellas por completo. Llegaba incluso a ser incapaz de concentrarse; su mente divagaba o quedaba totalmente en blanco. En otras ocasiones, su vista se enturbiaba o sus reflejos físicos parecían entorpecerse. Lo notaba especialmente en la calidad del tenis que jugaba. Y no era capaz de hacer con muchos bríos cualquier otra cosa.

Por si fuera poco, se estaba volviendo irritable. Hablaba en forma airada a la gente, a sus alumnos o a su ayudante, sin tener la menor razón para ello. Hasta ahora, Nora no lo había advertido, o si lo había observado no lo demostraba. Él se había esforzado en no mencionarle siquiera lo que tanto le preocupaba. Pero sabía que, más tarde o más temprano, si aquello continuaba, no tendría más remedio que decírselo.

Reconocía que estaba asustado. A veces, tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no dejarse llevar por el pánico. Al principio, no había tenido la menor duda de que se trataba de un fenómeno psíquico temporal. Estaba seguro de que las alucinaciones desaparecerían. Pero cuando no sólo continuaron, sino que se hicieron más frecuentes y empezaron a interferirse en sus actividades de cada día, empezó a preocuparse de veras. No tenía idea de lo que sucedía en su inconsciente. Al parecer, nadie lo sabía. Y si un psicoanalista como Ludwig Staub tampoco lo sabía, la cosa no era como para tomarla a la ligera. Estar enfermo y encontrarse sin diagnóstico era una situación que habría podido aterrorizar a cualquiera. Si un paciente sabía que tenía cáncer, contaba al menos con un diagnóstico. Aun cuando supiera que el mal acabaría con él, entretanto se acostumbraba a soportarlo. Si uno sabía lo que tenía, podía por lo menos hacer algo, *intentar* algo. Pero todo lo que él podía hacer era sufrirlo, como un estúpido animal. Cada noche temía el momento de irse a dormir. A veces, luchaba por mantenerse despierto. Y no era que los demonios se posesionaran de él todas las noches. De vez en cuando, le dejaban toda una noche libre.

Además, se sentía acosado, objeto de una fatídica elección. «¿Por qué yo? —pensaba—». Con tantos millones de personas como hay en el mundo, esto tenía que sucederme precisamente a mí. Peter Proud, psicópata. Pero un psicópata muy especial. Único. Hasta mi psiquiatra puede asegurarlo. La prueba debidamente registrada en la libreta de notas que tengo siempre en la mesita de noche. El libro de mis sueños. *Diario de mis sueños*, por Peter Proud. Sería estupendo para una revista

de ocultismo. ¿O —siguió pensando sardónicamente— por qué no basar una disertación escolar en este tema? En la jerga de mi profesión, *Disertación sobre fenómenos oníricos insólitos sin relación alguna con el medio consciente. Una serie de alucinaciones psíquicas que desafían a los métodos de análisis conocidos: un reto a Freud, a Jung, a Stekel y a los tradicionalistas*, por Peter Proud, licenciado en filosofía y letras, doctor en filosofía.

Lo único que deseaba era deshacerse, de un modo u otro, de aquellas alucinaciones morbosas. Volver a los hermosos y normales sueños freudianos, como matar a su padre o violar a su madre.

Había dicho a Nora, por supuesto, que más tarde o más temprano tendría que ser uno de los pacientes experimentales del Laboratorio del Sueño de Sam Goodman. No le había dicho por qué, naturalmente. Sólo le había explicado que Goodman necesitaba voluntarios, y que él no podía negarse a colaborar. Dormiría por lo menos diez días fuera de casa. Nora había sonreído y le había dicho que, llegado el caso, regresara lo antes posible. Había añadido que, entretanto, se sentiría terriblemente desdichada, sola en su cama fría. Se había acostumbrado al placer de su compañía, pero sería valiente y haría lo posible por sobrevivir.

Él pedía a Dios que Sam Goodman y su Laboratorio del Sueño consiguieran algo, lo que fuera.

Aquella noche, tuvo el Sueño de la Casa.

Estaba de pie delante de una casa. Formaba parte de una hilera de otras casas, todas del mismo aspecto y estilo: el que dominaba en aquella calle. Pero ésta era *su* casa. Tenía dos pisos. La fachada del piso superior era de tablas de madera marrón, la del de abajo estucada de blanco. Había un gran soportal de tres arcos, y vio que era la tercera casa a partir de la esquina. Entonces, vino el Sueño del Árbol. Al parecer, se hallaba en un parque. Había un mausoleo cuadrado detrás de él. Lo coronaban las estatuas de mármol de un hombre y una mujer; el brazo del hombre rodeaba protectoramente la cintura de la mujer. En cuanto a él mismo, estaba de pie frente a un gran árbol, a unos cien pies del mausoleo. Era un muchacho, de unos trece o catorce años, y le acompañaba una muchacha de casi la misma edad. Las facciones de la chica aparecían borrosas, pero él sabía que no era Marcia. Era pecosa, y una larga cabellera castaña le caía hasta media espalda. Reía. Él, con un cuchillo, estaba grabando unas iniciales en la corteza del árbol. La corteza era dura, y hacía un gran esfuerzo para cortar profundamente las letras. Pero no podía ver cuáles eran...

Algunos días después, Sam Goodman le telefoneó para decirle que estaban dispuestos a recibirle en el Laboratorio del Sueño.

Y allí fue un lunes por la noche, según las instrucciones recibidas, a las once en punto.

Sam Goodman lo estaba esperando. Era un hombre joven parcialmente calvo, de tez morena, con un gran bigote militar y unos inteligentes ojos negros. Llevaba una camisa de vivo color encarnado y pantalones de pana marrón. Sonriendo, le dijo:

—Antes de desnudarte, te haré dar una vueltecita por nuestro reino de los sueños. Una cortesía de la casa. A propósito, aquí distinguimos a nuestros durmientes por un número en vez de hacerlo por el nombre. Sólo para dar mayor anonimato e impersonalidad a la cosa. Y para conservar tu historial como un caso estadístico más. Eres el durmiente número siete de esta tanda.

Lo condujo a lo largo de un pasillo, explicándole al mismo tiempo que su equipo se componía de cinco investigadores de los sueños. Todos ellos eran estudiantes de último curso que estaban preparando su doctorado, y se encargaban de unos diez durmientes por noche.

Sam lo hizo pasar a una gran sala llena de unos aparatos de acero inoxidable en forma de caja, de los que salían gran número de hilos y cables. Cada uno tenía conectada una pluma automática que se movía de un extremo a otro de un tambor de papel cuadriculado. Cada equipo estaba también provisto de un registrador de cinta magnetofónica siempre a punto de ponerse en funcionamiento.

—Ésta es nuestra sala de EEG.

—¿EEG?

—Electroencefalógrafos. Registran los sueños de nuestros durmientes sin despertarlos. Están dotados de electrodo que detectan el ritmo de la respiración, los movimientos del cuerpo, las ondas cerebrales y los rápidos movimientos de los ojos, y permiten que todo esto se exprese en una gráfica. ¿Me sigues?

—Sí.

—Muy bien. Tenemos diez durmientes en habitaciones individuales. Cada uno tiene un número. Cuando uno de ellos comienza a soñar, todo se pone en funcionamiento para registrar aquí todo lo necesario. Podemos saber, por las ondas cerebrales, el rápido movimiento de los ojos y otros datos, cuando, poco más o menos, el sueño se está terminando. Hacemos sonar entonces un timbre en la habitación del durmiente y lo despertamos de golpe. Lo llamamos el timbre despertador. En ese momento, es capaz de recordar, en la mayoría de los casos, la totalidad del sueño que acaba de tener. Dispone de un micrófono en su habitación, y nos pasa la información aquí, donde la registramos en cinta magnetofónica.

Los investigadores estaban sentados ante pequeñas mesas donde estaban instalados los equipos individuales. Charlaban, fumaban y bebían café en vasos de

papel. Todos parecían algo aburridos, pero sus ojos no dejaban de moverse continuamente hacia los tambores rotatorios, en los que las plumas iban dibujando trazos dentados. Sam Goodman lo presentó entonces a un joven de cabello ensortijado y ojos azules.

—Charlie, aquí está nuestro nuevo sujeto. El doctor Peter Proud. Charlie Townsend. Llevará el número siete, Charlie.

Charlie sonrió.

—¿Qué tal, Siete? Bienvenido a la fábrica de fantasías.

—Mucho gusto en conocerle, Charlie.

—Pronto dejará de creerlo así. ¡Ya verá cuando le despierte a media noche! —Se volvió hacia Goodman—. ¿Lo preparo ahora, Sam?

—No. Es la primera vez. Cuidaré yo mismo de él.

Cuando se dirigían hacia la puerta, uno de los investigadores gritó:

—¡El número cinco está terminando!

Goodman fue hacia él y, juntos, se situaron frente a uno de los aparatos. Ambos se quedaron mirando fijamente el tambor rotatorio. Ahora, la pluma se movía furiosamente. Pasaba rápidamente de un trazo parecido a altos montes y profundos valles a un trazo casi rectilíneo.

—¿Qué fase, Paul? —preguntó Goodman.

—Fase uno; el EEG indica el final del ritmo *alfa*. Crestas y valles aplanados. Ha perdido el contacto con el mundo exterior. Movimientos oculares más activos.

—Éste no tardará mucho. Vigílelo.

El trazo se mantuvo uniforme durante cosa de un minuto. Luego Goodman dijo:

—El EEG está empezando a cambiar su amplitud. Cortas ráfagas a una frecuencia de cincuenta ciclos por segundo. Está entrando en la fase dos.

—Sí. Y la rapidez de los movimientos oculares decrece. El sueño casi ha terminado.

—Muy bien. Déle el timbrazo. Despiértelo.

El investigador apretó el botón. El micrófono de la habitación del durmiente les devolvió un fuerte toque de timbre. Volvió a oírse de nuevo. El investigador puso en marcha el registrador de cinta magnetofónica. Una voz irritada y soñolienta se oyó por el altavoz:

—Basta, basta... Ya estoy despierto... ¡Maldito timbre!

El investigador cerró el timbre y habló por un micrófono.

—¿Qué sueño ha tenido, Número Cinco? ¿Lo recuerda?

—Sí, hombre... Pero creo que sería mejor pasarlo por alto.

—¿Por qué?

La voz, de un hombre joven, vaciló.

—Es bastante puerco.

—Cuéntelo de todos modos. Si no lo registramos, no podremos pasarlo a su psiquiatra.

—Muy bien. He soñado que me levantaba de la cama. He ido al lavabo y he abierto el grifo del agua. Bueno, no lo he abierto porque no funcionaba. He intentado hacerlo girar una y otra vez, pero la cosa no iba, y ni una gota de agua. Entonces he llamado al fontanero. Al cabo de un momento, se ha abierto la puerta, y ha entrado una persona vestida con un mono de fontanero. Primero, he pensado que era un hombre. Luego, he visto que era una mujer. Me he quedado la mar de sorprendido. Le he dicho que era una burrada... Quiero decir eso de hacer de señora fontanera. Yo no creía que sirviera para aquella clase de trabajo. Entonces, se ha quitado el mono, y he visto que no llevaba nada debajo; ha quedado completamente desnuda. Como si nada, ha ido al lavabo, ha dado un simple papirotazo al grifo, y éste se ha puesto a dar vueltas. El agua iba a salir de un momento a otro. Pero, antes de que lo hiciera, ¡vosotros, hijos de perra, me habéis despertado! —El durmiente parecía agraviado y defraudado a un tiempo—. Quiero decir que ustedes me han despertado... y precisamente en el momento en que yo iba... bueno, ustedes ya me entienden. Y aquí me he quedado, con una calentura como no pueden imaginarse.

—Lo sentimos mucho. Cinco —dijo el investigador.

—¿Cree que le gustará, al doctor Melnicker, este sueño?

—Seguro que sí. Ahora, procure dormir de nuevo.

—Lo intentaré, pero no será fácil.

—Pruébelo de todos modos. Buenas noches, Cinco.

Paul paró la cinta. Luego, sonriendo, dijo a Goodman:

—¿Le gustaría escuchar un análisis improvisado?

—Adelante.

—Ese chico ve la realización sexual en términos de fontanería. El grifo es un símbolo del pene del soñador, el hacer girar el grifo es una manipulación genital, y el chorro del agua equivale a la eyaculación.

Sam Goodman rió.

—Lo que sí es cierto es que le ha estropeado usted el plan.

—Si lo hubiese sabido, no lo habría despertado.

Caminaron a lo largo de otro corredor al que Sam Goodman llamó la «Calle de los Sueños».

A ambos lados, había una serie de habitaciones, cada una de las cuales estaba ocupada por un durmiente. Peter pudo oír los pausados ronquidos de todos ellos.

—Todos duermen ya a pierna suelta menos tú —dijo Goodman.

Abrió una puerta marcada con un siete e introdujo a Peter en un pequeño cubículo. Era de estilo monástico: una sencilla cama, parecida a un diván, con mantas y sábanas de color caqui, una silla, un lavabo y un compartimiento para el retrete. En la pared, a la altura de la cabeza del durmiente, había una caja-panel de la que salían hilos con los correspondientes electrodos y en la que estaban instalados un altavoz, un timbre corriente y un micrófono, elementos conectados con la sala de los EEG. Esto era todo.

Sam sonrió ante la expresión de Peter.

—Bien, ¿qué te parece?

—No es exactamente el Beverly Hilton.

—¿Qué esperabas, pues? ¿Alfombras de pared a pared? ¿Mobiliario Luis XV? No vas a vivir aquí, sólo dormirás en este sitio. Ahora, métete el pijama y pondremos esto en marcha.

Cuando Peter estuvo listo, Goodman adhirió los electrodos del EEG —diminutos discos en los extremos de hilos conductores de colores— en su frente, cuero cabelludo, lóbulos de las orejas, y un poco más arriba de los ojos.

—¿Cómo te sientes con todo eso pegado?

—Pues bastante pegajoso.

—Es cola coloidal. Se usa para poner parches a los boxeadores profesionales. Hemos descubierto que va mejor que la cinta adhesiva.

Pegó otros electrodos en el pecho de Peter para medir los latidos de su corazón, y otros en sus brazos. Estos últimos, dijo, formaban parte de un electromiógrafo destinado a medir la actividad micro-muscular. Conectó un dispositivo provisto de una célula fotoeléctrica que estaba unido al colchón de muelles de modo que registrara los períodos en que Peter se agitase y diera vueltas en su cama.

Después, Goodman cerró la luz.

—Buenas noches, Peter. Felices ritmos *alfa* y *beta*.

La puerta se cerró y Peter se quedó solo. Se sentía ridículo, echado allí como un hombre mecánico con las conexiones necesarias para ver y oír. Los hilos conductores salían de su cabeza como la cabellera de Medusa.

Después de un buen rato, se durmió.

Y, durante los diez días siguientes, tuvo reservada su habitación para dormir cada noche en el Laboratorio del Sueño.

Primeramente, Charlie Townsend le ponía todos los hilos necesarios. Y luego a dormir. Después sonaba el bronco timbre, y él se despertaba de repente. En seguida, la voz de Townsend en el altavoz de su habitación:

—Cuéntenos su sueño, Siete.

Y siempre la misma respuesta:

—No recuerdo ningún sueño.

Lo despertaban tres o cuatro veces cada noche. Ninguna de ellas podía recordar nada sobre sueño alguno. Nunca en aquel momento. Nunca cuando lo despertaban. Nunca recordaba ningún sueño cuando *se suponía* que debía recordarlo.

En cambio, cuando se suponía que no estaba soñando, cuando sus ojos no mostraban movimientos rápidos y los valles y crestas apenas aparecían en el EEG, tenía todos los sueños de la serie.

Según sus cálculos, había tenido el Sueño del Lago tres veces; dos veces, el

Sueño del Automóvil, el Sueño de la Casa, el Sueño del Árbol y el Sueño del Tenis; y el resto de ellos, una vez cada uno.

Cada vez que entraba en el laboratorio para pasar la noche en él, notaba que era objeto de curiosidad por parte del personal. Se quedaban mirándolo con fijeza un momento y luego desviaban la mirada. Cada vez se daba cuenta con mayor certeza de que algo especial estaba sucediendo en relación con su caso. Intentó sonsacar a Charlie Townsend al respecto. Pero Townsend se limitaba a decir:

—Lo siento. No está previsto que yo deba hablar de esto con usted. Por lo menos hasta que contemos con todos los datos y tenga el correspondiente permiso del doctor Goodman.

Ahora, era el «doctor Goodman» en lugar de «Sam». Peter lo encontraba demasiado profesional, demasiado serio. Se sentía molesto. Todos se comportaban con el mismo condenado misterio. Había demasiado silencio en cuanto a él se refería.

Había notado que, después de la primera noche, Goodman no había vuelto a aparecer por el laboratorio. Todo parecía indicar que temía verse cara a cara con Peter. Peter lo llamó por tres veces a su despacho antes de que, por fin, contestara.

—Sam, ¿cuál es mi diagnóstico?

Le pareció que Goodman hablaba con prevención.

—No puedo darte mi impresión hasta que haya reunido todos los datos, Pete.

—¿Y cuándo será esto?

—Dentro de un par de días.

—Pero, oye, ¿no podrías adelantarme *algo*?

—No te impacientes, Pete. Tal como te he dicho, necesito un par de días más.

Colgó. Algo le decía que Sam no era sincero. Había cierta tensión en su voz; era forzada, ambigua. O al menos así lo parecía. Llegó a pensar que, después de todo, tal vez eran imaginaciones suyas, que quizá veía fantasmas donde no los había.

Había ya dormido diez noches seguidas en el laboratorio.

El onceavo día, llamó de nuevo a Goodman.

—Sam, ya pasó un par de días más. Ahora ya podemos hablar de eso, ¿no?

Hubo una larga pausa al otro extremo de la línea. Luego oyó un suspiro.

—Muy bien, Pete. En mi despacho. Esta tarde a las cuatro.

Sam Goodman acercó una cerilla a su pipa. Se apagó. Probó con otra.

—Pete, hemos llegado a algunas conclusiones. O, más bien, conjeturas.

—¿Sí?

—Al principio, creíamos que eras un caso extremo de amnesia onírica. Pero, después de haberte despertado algunas veces, hemos llegado a la evidencia de que sufres de lo que nosotros llamamos carencia onírica. Cierta grado de esta carencia suele darse a menudo. Pero la tuya es total. Eres un hombre que no sueña en absoluto. Prácticamente, no has tenido movimientos oculares rápidos. Apenas si han quedado

registrados algunos. Y lo mismo con el EEG. Tus ondas cerebrales eran muy pequeñas, sólo daban señales muy débiles.

—Pero yo soñaba, Sam. Tenía los mismos sueños de que te había hablado.

—Es posible. Pero no quedaron registrados como sueños.

—Entonces, ¿qué demonio son?

—No lo sé. Hace años que me dedico a la investigación de los sueños, y tú eres un caso único en mi experiencia. Staub los llamó alucinaciones, ¿no es cierto?

—Sí.

—Muy bien. Entonces, esto es lo que deben de ser. O también podrían ser recuerdos, visiones, revelaciones. Que me maten si lo sé. Pete, estás sufriendo alguna experiencia psíquica poco corriente. No sé de qué clase. Es cuanto yo puedo decirte.

—No —repuso Peter—. Sabes más de lo que me dices. Dímelo sin rodeos, ¿oyes? Tengo algo digno de serias preocupaciones, ¿verdad?

Goodman evitó su mirada.

—Habría preferido que no me preguntaras esto.

—Pero te lo pregunto.

La pipa de Sam Goodman se apagó. Cogió un librito de cerillas para encenderla de nuevo. Luego las echó sobre la mesa.

—Pete, ante todo debes comprender que yo no sirvo para hacer de joven Doctor Jones, como ése que sale en la televisión. Yo sólo puedo ofrecerte hechos ciertos tal como los conozco. Cierta cantidad de sueños normales es una necesidad para cualquier ser humano. Tanto física como mentalmente. Al parecer, asegura la inmunidad contra la psicosis.

—Sigue.

—De hecho, nadie sabe por qué. Claro que hay otras teorías. Las personas que se ven privadas de los sueños son incapaces de descargar ciertas tensiones, ya infantiles o de otro tipo. El ciclo onírico nocturno facilita la relajación de estas tensiones. Si el ciclo se suprime, las tensiones pueden quedar reprimidas y, en determinado momento, abrirse camino del modo que sea. Cuando esto sucede, la mente queda sumergida en imágenes deformadas. Los sentidos se llenan de confusión. Las percepciones ordinarias se embotan. Digámoslo de otro modo. Cuando soñamos, podemos entregarnos a nuestras locuras todas las noches de nuestra vida, en silencio y sin peligro alguno, en vez de hacerlo durante el día.

—En otras palabras, estoy predestinado. Tarde o temprano, acabaré loco. Me volveré un chiflado. Un psicópata.

—Yo no he dicho esto.

—Pero es lo que has dado a entender.

—Escúchame —dijo Goodman con cuidado—. Estoy de acuerdo en que tienes un problema. Un problema serio, sí. Pero todo esto es prematuro. No tenemos ni un solo precedente...

—¡Maldita sea! —exclamó Pete, furiosamente—, ¿quieres ser franco conmigo de

una vez? Si no empiezo a soñar normalmente dentro de poco, me espera un brillante futuro: el de un idiota hecho un lío. ¿Es esto? ¿Sí o no?

—Tómalo con calma, Pete. Tenemos todavía tiempo por delante. Tiene que haber algún medio de sacarte de esto. No soy el único que puede ayudarte.

Pete seguía allí sentado, estremecido. Sam continuaba hablando, pero él apenas si oía lo que decía.

Aquella noche no llegó a pegar ojo.

A la mañana siguiente, ojeroso y con la mirada turbia, salió a toda prisa en dirección norte, hacia una población del Mono County llamada Bridgeport. Había sido contratado por los Servicios Legales de los Indios de California y el Fondo de los Derechos de los Nativos Americanos para testificar a favor de una pequeña colonia de indios paiutes que intentaban conservar ocho hectáreas de tierra ancestral. El gobierno la necesitaba para un proyecto federal de cultivos.

Su cometido consistía en testificar, como experto, que los miembros de la colonia eran descendientes legítimos de los paiutes originales; y, además, que sus antepasados habían ocupado aquel territorio mucho antes de que el primer hombre blanco llegara a su valle situado entre las alturas de la tierra, y que la ocupación de la zona era enteramente legal, con arreglo a un tratado. Si los paiutes perdían aquella tierra, y con ella su estado legal establecido, se quedarían sin calificación para acogerse a la ayuda federal en cuanto a viviendas y otros programas destinados a mejorar sus vidas sin ocupación determinada y dependientes de la asistencia pública.

Cuando fue llamado a testificar, su intervención fue un fracaso.

Simplemente, estaba cansado. No hubo modo de que coordinara su testimonio. Tuvo fallos de memoria. Tuvo que recurrir repetidamente a los datos que llevaba en su cartera de mano. Removió los documentos interminablemente, intentando encontrar los que necesitaba. Podía oír los inquietos movimientos de cuantos se hallaban en la sala de la audiencia, sus cuchicheos ante lo inesperado de la situación. Titubeó y tartamudeó en su exposición inicial del caso. Un abogado del Ministerio del Interior empezó a contrainterrogarlo y, en cierto modo, hizo caer a Peter en la trampa de sus propias contradicciones. Cuanto decía parecía inconsistente, irreal. El testimonio de Peter, con ser merecedor de simpatías, resultó perjudicial. Prácticamente, reconoció que aquel grupo de paiutes eran unos intrusos en tierra ajena. Según un documento de privilegios extendido en 1914 por la Oficina General del Catastro, el terreno había sido vendido a un no indio que alegaba que la zona estaba desocupada. Peter sabía que esto era ilegal, pero, por estar desquiciado aquel día, fue incapaz de probarlo. Cuando terminó la vista, salió de la sala sin poder evitar su sonrojo. Un senador del Subcomité de Asuntos Indios en el Senado que simpatizaba con la causa de los paiutes le lanzaba miradas de indignación. Los que lo habían contratado se mostraban hostiles, con los labios apretados. Los pocos paiutes presentes se limitaban a clavarle sus miradas. Sabía que recordaría aquellas caras doloridas y desesperanzadas durante mucho, muchísimo tiempo. Salió por fin a la calle. Sabía que, en aquel momento, no estaba en condiciones de hacer el viaje de regreso a Los Ángeles. Estaba demasiado cansado. Necesitaba dormir.

Encontró un motel y se quedó en él.

Primero, tuvo el Sueño de la Criatura. Se hallaba en una habitación silenciosa, la de una criatura, a las altas horas de la noche. Había allí una cuna blanca con las sábanas rosadas. Rompió el silencio el lloro de un bebé. Fue hacia la camita y lo cogió en sus brazos. Podía sentir la trémula y caliente mejilla de la criatura contra la suya, y notaba el olor de sus heces y orines. Entonces, apareció ella en el vano de la puerta; vestía un camisón, y contemplaba la escena con cara contrariada. Era Marcia...

Luego, casi inmediatamente, el Sueño del Acanalado. Era de noche y se encontraba en la cumbre de una loma cubierta de hierba, en el mismo borde de un acanalado, y abajo, en el valle, podía verse un sinuoso río y la miriada de luces de una ciudad que se extendía en ambas orillas del mismo. Estaba con Marcia, los dos se hallaban desnudos, y se hundieron en la hierba, ella con las piernas abiertas para él, él encima de ella...

Y, por último, de nuevo el Sueño del Automóvil.

Igual que las otras veces, hasta el último detalle. Era un coche descapotable, con la capota plegada, e iban a gran velocidad. Podían ver pasar como relámpagos las ramas de los árboles sobre sus cabezas. El cielo estaba claro y salpicado de estrellas. La luna era un delgado creciente. La mujer pelirroja llevaba un pañuelo encarnado alrededor del cuello. Su cabello ondeaba al viento, y había en su cara una expresión de éxtasis. La oía cantar, pero no podía identificar la canción. El motor zumbaba y ronroneaba. El coche se movía con suavidad, sin vibraciones. Tenía la sensación de que pronto se elevarían por los aires, como si se encontraran en la pista de despegue de un aeropuerto. Pronto dejarían el suelo y volarían por encima de los árboles, hacia las estrellas.

La muchacha tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Seguía cantando, pero las palabras se perdían en el viento.

Pero de nuevo, como otras veces, era el coche lo que más le encantaba. Largo y bajo, liso, suave. Grandes parachoques curvados. Alfombrado negro, tapizado de cuero rojo. El tablero de instrumentos de rojizo y nudoso nogal. El velocímetro por indicador cromático. Observó lo que marcaba el cuentakilómetros: exactamente 29.787 kilómetros. Aunque desde su asiento, detrás del volante, no podía ver el exterior, sabía el aspecto que tenía. Su pasajera no dejaba de cantar, indiferente a todo. Con los ojos cerrados y una extática sonrisa en sus llenos y rojos labios.

Pisó el pedal del gas. La aguja del velocímetro cambió de color. Del amarillo al rojo. Ciento diez kilómetros. Ciento treinta... Ahora volaban. Volaban realmente...

Despertó...

Había dormido durante toda la tarde y toda la noche. Se vistió, desayunó y se dirigió al aeropuerto.

En el avión, se puso a pensar en el Sueño del Automóvil. Empezaba a obsesionarlo. De todos sus sueños, era el más detallado y el más específico. Podía ver literalmente aquel coche. Era casi estremecedora la claridad con que lo veía. Y el

número de kilómetros recorridos. Exactamente 29.787. Era imposible mayor exactitud.

Era un coche de modelo antiguo. Un coche de calidad, clásico, construido mucho tiempo atrás. Eso lo sabía muy bien. Y no precisamente por ser un fanático de los coches clásicos. Los coches antiguos no le interesaban. Había visto una exposición de esta clase de automóviles, cierta vez, en un museo, no recordaba dónde. También había visto *rallies* de coches fuera de serie: los hombres con aquellas antiguas gorras de conductor y gafas protectoras; las mujeres con sombreros de ala ancha y el velo cubriéndoles la cara. Había visto cómo sus coches desfilaban por la autopista: Fords modelos T, Pierce Arrows y otros por el estilo. Sabía que aquella gente pertenecía a un club o algo parecido. Celebraban banquetes, asistían a las subastas y vigilaban los anuncios de venta de coches clásicos. No obstante, tenía la impresión de que el coche que aparecía en sus fantasías era mucho más moderno que aquellas piezas de museo. Empezaba a roerle la curiosidad. Apenas podía esperar el momento del aterrizaje del avión en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

Recogió su coche y, en vez de irse a casa, se dirigió directamente hacia el campus. Después de aparcar, continuó a pie. Pasó rápidamente por delante del Sunche Hall y el Haines Hall y cruzó la Plaza Dickson. Ahora, se sentía impelido, empujado. El corazón le latía con fuerza, la excitación fustigaba su sangre.

Entró en la Biblioteca Powell y fue derecho a la mesa de la bibliotecaria. Había dos estudiantes delante de él. Aguardó con impaciencia. El uno quería saber dónde podría encontrar un libro sobre el arte del bordado. El otro deseaba enterarse de dónde podría encontrar material sobre los procesos de transformación de la energía en la cinética química. Se informó amablemente al muchacho de que no había elegido el lugar adecuado, de que lo que buscaba lo hallaría en la Biblioteca de Investigación.

Por fin, le tocó el turno a Peter.

—¿Qué desea?

—Desearía encontrar un libro sobre coches antiguos. Coches clásicos.

—Sí, a ver... —Pensó un momento—. Creo que tenemos varios.

Condujo a Peter a una de las estanterías.

—Los encontrará usted aquí.

Había varios libros sobre el tema. Se puso a examinarlos detenidamente uno a uno. Desechó en seguida los que describían los coches muy antiguos y otros que se referían especialmente al antiguo Modelo T, los Durants y los Marmons. *Su* coche no tenía tantos años.

Otros, como *Historia gráfica del automovilismo*, *Coches de los primeros años treinta*, *Tesoros de coches de los Estados Unidos*, *Coches clásicos y deportivos*, merecieron su atención página por página. Estudió las ilustraciones una tras otra. Coches del pasado con nombres familiares: Cadillac, Lincoln, Chrysler. Otras marcas vagamente familiares: Pierce Arrow, Duesenberg, LaSalle, Daimler, Cord y Stutz. Y nombres exóticos y casi olvidados: De Grand Lux, Hispano Suiza, Isotta-Fraschini,

Marmon, Peerless, y Wills Sainte Claire.

Y, entonces, lo vio. En la página 158 de *El gran automóvil americano. Su coche.*

Era una réplica exacta del de su sueño, bellamente fotografiado, tanto interior como exteriormente. Lo habría reconocido en cualquier lugar.

Leyó el texto que había debajo de las fotografías.

PACKARD CLIPPER. Fuera de serie convertible. El último de los Packards clásicos. Empezó a fabricarse el 25 de agosto de 1941. Dejó de fabricarse el 9 de febrero de 1942, cuando un decreto gubernamental suspendió, para mientras durase la guerra, la producción de nuevos modelos de coches. Durante dichos cinco meses, se fabricaron 33.771 unidades de este tipo.

Estos lujosos y caros coches de ocho cilindros se identificaban por su largo radiador vertical con pequeñas barras horizontales, así como por sus grandes tapacubos. Los parachoques también eran de buen tamaño y elegantemente curvados. El Clipper era popular, entre los que podían permitirse su posesión, por su diseño largo y bajo, apropiado para las grandes velocidades.

El interior de este modelo está tapizado con auténtico cuero rojo y alfombrado de negro. Se caracterizaba por su tablero de instrumentos de rojizo y nudoso nogal y por un receptor de radio con pulsadores para la elección automática de frecuencias montado en el centro del salpicadero. Una de sus características especiales, y exclusiva del Clipper, era su velocímetro por indicador cromático. Éste cambiaba de color a medida que el coche cobraba velocidad. De cero a cincuenta kilómetros aparecía verde; de cincuenta a cien, amarillo; y a velocidades superiores a cien, rojo...

Llevó el libro a la máquina Xerox, sacó una fotocopia de la página 158 y la deslizó dentro de su cartera de mano.

Poco después de haber salido de la biblioteca, se detuvo en medio de la Plaza Dickson. De pronto, había quedado rígido e inmóvil.

Apenas si se daba cuenta de que era un foco de atención. Grupos de estudiantes que pasaban por aquel lugar se paraban un momento para mirarlo con curiosidad. Una muchacha se volvió, como si fuera a preguntarle si se encontraba bien, pero luego cambió de parecer, se encogió de hombros y prosiguió su camino.

Quedó clavado allí un buen rato. De repente, se le había ocurrido que él nació en 1946. Exactamente el 10 de octubre de 1946. Casi por el mismo tiempo en que aquel coche estaba de moda.

Empezó a andar hacia la Estructura de Aparcamiento Número Tres. Ya no tenía la menor duda respecto a ello. Él había vivido en alguna vida anterior encarnado en el hombre a quien llamaba X. Se preguntó qué clase de persona pudo ser X, qué

pensaba ese X, qué hacía, qué pensaban los demás de él. De pronto, le vino a la imaginación, con gran sobresalto, la idea de que tal vez X había sido una mala persona. Tal vez había cometido alguna falta imperdonable por lo que respectaba a aquella mujer llamada Marcia. Si no, ¿por qué había esgrimido con tanta saña con odio tan manifiesto, su arma mortífera? ¿Por qué le había quitado la vida en la flor de la edad?

¿Y antes de X? Admitir la reencarnación equivalía a admitir que uno había vivido muchas vidas anteriores. Que uno había nacido, y muerto, y vuelto a nacer. El alma era siempre la misma, sólo que habitaba en un cuerpo tras otro. ¿Quién había sido él antes de X? ¿Qué clase de hombre? ¿Bueno? ¿Malo? En la actualidad, se consideraba a sí mismo una persona decente. En cambio, a juzgar por lo que sabía, podía haber sido, en alguna vida anterior, un violador o un asesino. La idea no era agradable. Pero daba por descontado que jamás llegaría a salir de dudas.

Aquella noche, llegó a la conclusión de que no podría mantener por más tiempo a Nora en la ignorancia de cuanto le sucedía. Se lo contó todo, de un tirón, desde el principio hasta su reciente descubrimiento en la biblioteca.

—Debo de haber tenido otra vida antes de ésta. *Antes del* 10 de octubre de 1946. Sé que era el hombre que jugaba al tenis, el que nadaba en el lago, el que conducía aquel coche. Y esa mujer, Marcia, debió de ser algo mío. Mi esposa, mi amante, *algo*.

—Sí, claro... Has sido reencarnado. Moriste y volviste a nacer. Pero no sabes ni tu nombre, ni tu graduación, ni tu número de serie.

—No.

—Vaya... —Suspiró—. Tu caso es peor que el de toda esa gente de los manicomios. Al menos, *ellos* saben que son Napoleón, o Juana de Arco, o el General Grant.

—¡Maldita sea! ¡Hablo en serio!

—Lo sé, Pete. Pero... la verdad, eso de la reencarnación...

—Mucha gente cree en la reencarnación, Nora.

—No te lo discuto. Miles, tal vez millones. Y hay también los que creen en los mapas astrológicos, en los naipes tarots, en la brujería, y en los gurús que te leen el porvenir a veinticinco dólares por hora. La mayoría de ellos son unos chiflados, o nada más que unos incautos. Sé que son muchos los que creen en la reencarnación, pero creerían en cualquier cosa que les proporcionara una salida, que les diera ocasión de huir de la realidad. Viven a la espera de milagros que les hagan sentirse mejor. De todos modos, mirándolo bien, todo eso no son más que manías, chifladuras.

La vagarosa mirada de Peter se detuvo en la muñeca izquierda de Nora, en la que llevaba dos brazaletes de cobre. Se les atribuía la propiedad de proteger contra la artritis, el reumatismo, la ciática, y los dolores del codo de los tenistas. Había observado que lo llevaban muchas mujeres y algunos hombres.

Nora advirtió su sonrisa. Su cara enrojeció.

—Ah, sí... —dijo—. Los llevo por capricho. Una tontería como cualquier otra... Tú ya lo sabes.

—Sí —dijo—, yo lo sé muy bien.

—¡Oh, vete al infierno! —Rió, pero después se puso seria—. Y ahora dejémonos de bromas, Pete... Reflexiona un poco sobre todo esto y te darás cuenta de lo ridículo que resultas. Según tú, se muere, pero no se muere de verdad. El alma no va al cielo o al infierno, como dicen esos predicadores que lanzan rayos y centellas, sino que se queda vagando por ahí hasta que encuentra alojamiento en otro cuerpo. Esa nueva morada puede ser un cuerpo que nazca diez años después de tu muerte, o cien, o los que sean. Y así una y otra vez. Total, que la vida no es más que un gran viaje turístico llamado karma. Y ahora dime: ¿Eres capaz de tragártelo, todo esto? ¿Tragártelo de

veras?

—No lo sé.

—Mira, chico... Cuando mueres, mueres para siempre. Cuando te entierran bajo tierra o te asan en el crematorio, todo ha terminado para ti. Ya no eres más que un montón de productos químicos convertidos en cenizas. Ya no te queda ningún otro... reestreno.

Él reflexionó unos momentos.

—Nora, quisiera probar una cosa.

—¿Qué?

—Pondré un magnetófono junto a la cama. Si vuelvo a echar esas voces que oíste, tal vez podrás grabarlas. Quiero oírlas.

—¿Para qué?

—Sólo para oírlas. Bueno, para oírle a él.

—Pete —dijo ella—. Hazme caso. Déjalo estar. No compliques las cosas.

—Tengo que probarlo.

Sintió que Nora lo sacudía furiosamente. Había conseguido despertarlo. Abrió los ojos y vio que se hallaban a primera hora de la mañana. Como la otra vez, la muchacha estaba pálida y temblorosa.

—Escucha —le dijo Nora, mientras ponía en marcha el magnetófono.

Primero, Peter oyó lo que parecía la respiración de alguien; después, una risa ahogada. Entonces se escuchó... un largo, penetrante y horroroso grito. Una especie de alarido, algo semejante a un grito de guerra.

Peter escuchaba estupefacto, helado hasta la médula de sus huesos.

—Dios mío... —dijo en voz baja—. Oh, Dios mío...

—Ahora viene una pausa —dijo Nora—. No se oye nada durante un corto rato.

Al cabo de unos momentos, él oyó la Voz. Por primera vez.

«Marcia, fue sin querer... Yo no quería decirte lo que te dije allí abajo».

Peter escuchaba, pasmado, mientras sentía estremecerse sus músculos. La Voz era la de un extraño, más profunda que la suya, con un timbre diferente. Había en ella cierta rudeza, un tono despreciativo, y algo que sugería el rechinar de dientes, a causa del frío del lago, por supuesto. Tenía un ligero acento. ¿Nueva Inglaterra?

«Lo lamento de veras, lo lamento».

Ahora, el tono era de disculpa, de arrepentimiento. No obstante, las palabras tenían un leve matiz de insinceridad.

«Estaba borracho. No sabía lo que decía. Me odio a mí mismo por lo que dije allí abajo». Un momento de silencio. Después: «Te quiero, Marcia. Siempre te he querido».

Frío. Sin sentir su cuerpo. Hablando medio sumergido en el lago. Lo recordaba muy bien.

—Aquí hay otra pausa, más larga que la otra —dijo Nora.

Peter esperó. Naturalmente, sabía lo que venía después. Estaba preparado para ello, pero no del todo.

«¡No, Marcia, no! ¡NO!».

Aquel grito era pura agonía. Agudo, instintivo, irreal.

—Dios mío... —volvió a decir Peter.

Tras esto, nada más que silencio. Se sentía enfermo. Enfermo del alma. Nora cerró el aparato.

Peter no sabía prácticamente nada de la reencarnación. Estaba vagamente enterado de que en Oriente la gente creía en ella como parte de una religión. En Occidente, era considerada como una tontería. Quien creía en ella en nuestro mundo occidental era tenido por un chiflado. Pero no era ningún secreto para muchos de los estudiantes. Hablaban con desenvoltura y demostrando un buen conocimiento de la materia, de un buen o un mal karma. Lo que uno había hecho en alguna vida anterior tenía mucho que ver con quien uno era y hacía en esta vida. Y el modo de comportarse en esta vida influía decisivamente sobre la condición en que se viviría en la próxima y la conducta que se llevaría en ella.

No tenía a mano ningún gurú que pudiera ponerlo brevemente al corriente del tema, pero los tableros de anuncios del campus podían decirle a dónde debía dirigirse.

La librería llamada El Árbol de la Vida estaba situada en la avenida Melrose. Peter esperaba encontrarse con alguna especie de tiendecilla psicodélica, un agujero en la pared atendido por excéntricos con barbas y largas túnicas. En vez de ello, se halló en una gran librería bien iluminada y decorada con sumo gusto, y hormigueante de clientes. Al parecer, era uno de los principales centros de ocultismo del sur de California. Había tres amplios departamentos repletos de libros, y un par de salas de *lectura* donde periódicamente médiums, astrólogos, videntes, lectores de tarots, curanderos, brujas y hechiceros se turnaban a horas determinadas para sus adivinaciones a precios módicos. Había incluso en el programa un llamado a sí mismo «platillovolantero», que dedicaba su clarividencia a los fanáticos de los platillos volantes. Allí podían *leerle* a uno sus vidas anteriores a veinticinco dólares por sesión. O darle una interpretación de lo que su aura significaba. O se podía aprender a curar por la imposición de las manos. O versarse en numerología, espiritismo, quiromancia, percepción extrasensorial, psicoquinesis y, desde luego, yoga. Algunos de los médiums anunciaban precios especiales en sus folletos. Una copa de champán, descuentos sobre ciertos libros, y tres *lecturas* por el precio conjunto de cincuenta dólares. En una larga mesa situada en la parte posterior del local, los clientes podían degustar tres exóticas mezclas de té por cuenta de la casa.

La librería estaba decorada con biombos de mimbre, pinturas hindúes, signos cabalísticos y del Zodíaco. Se vendían en ella productos tan exóticos como incienso tibetano elaborado a mano, incienso indio de las Grandes Alturas de la Meseta Negra, ginsen rojo, flautas de bambú hechas a mano, banderas de oraciones tibetanas, horóscopos, rosarios de madera de sándalo, lavanda de cedro, y almohadas y cojines de meditación.

Lo que sorprendió a Peter fue el hecho de que no todos los clientes eran de pelo largo. Había de todo un poco dentro de lo corriente: hombres en traje de calle, amas de casa y matronas, acicaladas muchachas con aspecto de mecanógrafas o de secretarías particulares de señorazos de los negocios.

Se acercó a una de las empleadas del gran mostrador. Era de aspecto joven y sano, y llevaba unas gafas tipo Benjamín Franklin. Podría haber sido una vendedora de los almacenes Brentano's.

—¿Qué desea usted?

Se sintió aturullado.

—Estoy interesado en algo sobre la reencarnación.

La empleada le sonrió.

—Lo mismo que todo el mundo. La reencarnación está actualmente en auge. Tenemos mucha literatura sobre el tema.

Le dijo que fuera a la parte posterior del establecimiento y que girara a la derecha, donde encontraría dos estanterías de libros sobre la reencarnación. Al hacerlo, Peter pasó por delante de una de las salas de *lectura*. La puerta estaba entreabierta, y pudo ver que tenía lugar una conferencia. El conferenciante vestía ropajes negros y cuello de eclesiástico. Llevaba perilla, y sus ojos estaban pintados de modo que parecieran oblicuos; era totalmente calvo. El público escuchaba pasmado su declamación:

—Soy un discípulo del Papa Negro, jefe absoluto de la Iglesia de Satanás. Creemos en el poder del diablo. ¿Sabéis por qué la gente anda hoy día tan dislocada, tan llena de fobias y manías? Pues porque se niegan a sí mismos los placeres de la vida que merecen. Viven reprimidos, bajo la tiranía del pecado. En cambio, en la Iglesia de Satanás no existe el pecado. En ella, el único pecado es el de *no* pecar. Pecar es lo natural. La virtud es una patraña. El amor corrompe. El Papa Negro publica encíclicas. Dice que el hombre debe disfrutar ahora, en vez de esperar a ser recompensado en el cielo. La Iglesia Negra es una religión que se basa en el desenfreno. Haced lo que os dé la gana. Comed, bebed, sed felices. Quebrantad todas las reglas. Hombres, fornicad con cuantas mujeres queráis, ni que sea con vuestra madre, con todas. Mujeres, fornicad con cuantos hombres queráis, incluso con vuestro padre. Lanzaos de una vez. Entregad vuestra alma a Satanás. ¡Vivid! Y que nadie os engatuse con esa paparrucha del amor. No ha habido en la historia ningún gran movimiento de amor que no haya terminado con la matanza de incontables cantidades de gente para probarles cuanto los amaban. Cuantos hipócritas pisaron esta tierra llevaron siempre los bolsillos repletos de amor.

El público rió. El conferenciante sonrió con malicia a sus oyentes. Vio entonces que la puerta por la que Peter les estaba espiando estaba entreabierta, y ordenó que la cerraran.

Peter escogió dos libros y volvió a la parte delantera de la tienda. Lo atendió la misma muchacha. Mientras comprobaba los libros que él había cogido, le dijo:

—¿Le interesaría que le leyeran sus vidas anteriores?

Él la miró con aire de asombro.

—No comprendo...

—Parece usted conocer el tema. Sólo pensaba que quizá le interesaría ver a un buen clarividente. A veces, cuando se tienen fobias o cosas raras de éstas, ellos pueden

ayudar a esclarecerlas.

—No conozco a ningún clarividente —dijo Peter.

—Pues yo sí. Forma parte de mi trabajo en esta casa. Sé cuáles no son más que unos charlatanes. Cuando me entero de que un nuevo o nueva médium ha empezado a ejercer, voy a verlo para que me haga una lectura. Y, claro, resulta que no ignoro nada sobre mis vidas anteriores. También sé, desde luego, lo que me ha sucedido en ésta. No hay, pues, que extrañarse de que esté en condiciones de probar a toda esa gente y, si la lectura que me hacen no es acertada, no los recomiendo a los clientes que vienen a la tienda. Podría decirse que soy una especie de policía del ocultismo. Son muchas las personas trastornadas que les pagan con buen dinero ganado a costa de su sudor para que les tracen un cuadro de sus vidas. Y esto para poder decirles qué decisiones deberían tomar, ¿sabe usted? Hay clientes nuestros que están al borde de la chifladura. Si no se les hacen lecturas que respondan a la verdad, vaya usted a saber lo que podrían llegar a hacer... Así que, si quiere usted un buen clarividente, puedo recomendárselo.

—No sé. No había pensado en ello.

—Se trata de una mujer. Es maravillosa cuando se pone a leer vidas anteriores. Se llama Verna Bird. Es una verdadera médium, absolutamente auténtica. Es la clarividente número uno de California, tal vez de todo el país. ¿Me creerá usted si le digo que todas las estrellas de cine van a consultarla? Quiero decir las más importantes. Y la gente toma el avión desde todas partes del país para venir a verla. —La empleada alargó la mano hacia dentro de un cajón—. Ésta es su tarjeta. Puede quedársela. Está muy ocupada. Por esto no recibe al primero que llega. Tendrá que pedir hora por teléfono. Puede usted mencionar mi nombre, si le place. Dígale que habló con Janet, de El Árbol de la Vida.

Escuchó la cinta una y otra vez.

La voz de X era para él un tormento y una provocación. A veces, veía en X una obscena aberración de él mismo. En otros momentos, lo consideraba como otra persona distinta, como otro ser completamente ajeno a él que, de algún modo, se hubiese alojado en su cuerpo, el de Peter Proud. Cuando se acostaba, tenía la sensación de que X estaba al acecho en algún lugar, a punto de entrar en escena en su inconsciente. Poco antes de caer dormido, rogaba, suplicaba a X: «Déjame tranquilo esta noche. Quédate fuera de mis sueños. Tú y Marcia, por favor...».

Entonces, de pronto, horrorizado, se daba cuenta de lo que estaba haciendo y se detenía. Y quedaba tendido en la cama, tembloroso, bañado en frío sudor. A esto había llegado: a hablar a los personajes de sus alucinaciones como si fueran seres reales y pudieran oírle. Esto, pensaba, era el comienzo; era el camino seguro para convertirse en una especie de *zombie*^[6]. Desde su conversación con Sam Goodman, no había vuelto a ser el mismo. El miedo había penetrado hasta la médula de sus huesos. Sentía que empezaba a deslizarse hacia un profundo y oscuro abismo. Cada vez era más irritable. Todo le parecía desenfocado; le costaba concentrarse. Sufría fallos de memoria. Empezaba a ser víctima del insomnio. Luchaba contra el sueño para evitar nuevos encuentros con X.

Hacía lo posible para no dejarse llevar por el pánico. Lo que más le aterrorizaba era el hecho de que nadie pudiera ayudarle. Staub, Goodman, Tanner... Nadie. Su enfermedad era terminante, sin remedio aparente..., a menos que pudiera exorcizar de algún modo a aquellos extraños compañeros de sus noches.

Buscó la tarjeta que le había dado la empleada de la librería El Árbol de la Vida, y pensó: «¿Por qué no? Es casi seguro que todo sea una farsa, pero, ¿qué puedo perder?». Había leído lo que se había escrito sobre el clarividente Edgar Cayce y los milagros a que había llegado. Por desgracia, hacía mucho tiempo que Cayce había muerto, por lo que sólo le quedaba un recurso; el mejor, dentro de las circunstancias: confiar en su médium local.

La casa estaba situada en Laurel Canyon, cerca de Mulholland Drive.

Un edificio estucado de rosa. Era de aquel estilo llamado castellano en Hollywood: tejado de tejas rojas, balcones muy salientes, con oxidadas barandillas de hierro forjado en forma de rejas curvadas hacia fuera; una enorme piscina, totalmente seca; paredes y basamentos agrietados por el tiempo; un descuidado jardín desbordante de hierbajos. Una reliquia de los años treinta. Se preguntó si alguna de las estrellas de otros tiempos había vivido en aquella mansión. Harold Lloyd, Laura LaPlante o Carole Lombard. La casa tenía un maravilloso aspecto de museo que lo sugería.

No había timbre. Dio un ligero y discreto golpe de aldabón en la gran puerta de

roble. La abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años. Su cara era vulgar, su vestido de modelo antiguo, más bien pasado de moda. Lo observó a través de sus gafas con montura de acero.

—¿La señorita Bird?

—Oh, no... —dijo—. Yo soy Elva Carlsen, la secretaria de la señorita Bird.

Él se presentó, y la mujer lo condujo, a lo largo de un oscuro pasillo, a una salita de espera sin ventanas débilmente iluminada por una simple lamparilla de mesa.

—Firme en el registro, por favor.

La secretaria abrió un grueso libro de registro y le ofreció una pluma. Peter firmó con su nombre. Entonces, ella le dijo bruscamente:

—Bueno, así, ¿qué clase de lectura desea?

—No sé... —y luego añadió, sintiéndose un poco ridículo—: ¿Qué clase de lecturas hay?

—Hay la lectura de la vida corriente. Treinta y cinco dólares. Luego hay la lectura de vidas anteriores, con un diagrama de dichas vidas pasadas. Cincuenta dólares. Y después hay la lectura de Curación Espiritual. Incluye no sólo la lectura de las vidas anteriores sino también un mensaje espiritual de la señorita Bird sobre los problemas actuales del interesado. Setenta y cinco dólares.

«Vivámoslo a lo grande —pensó—. Aunque me quede sin un céntimo».

—Me decido por la lectura de Curación Espiritual.

—Creo que es lo más acertado, joven —dijo Elva Carlsen—. Muy acertado. Tenemos tantos problemas en estos tiempos... Demasiados. No puede usted figurarse la cantidad de personas que vienen aquí en busca de ayuda. Bueno, si se espera un momento, iré a ver si la señorita Bird puede ya recibirle.

Se fue, diligente, y Peter dio una mirada a la estancia. Los muebles eran pasados de moda, estilo Grand Rapids; tapizados y con paños de adorno. Esperaba encontrar algo más exótico, con litografías de deidades indias, estatuillas de Buda, mapas astrológicos, radiantes soles psicodélicos, incienso... Algo que dijera: «Aquí vive un místico».

Sabía que la señorita Bird podía permitirse un establecimiento más lujoso. Los precios de sus lecturas eran realmente abusivos. Tales honorarios habrían sido normales, o tal vez inferiores a los normales, si se hubiese tratado de un psiquiatra respetable. Supuso, pues, que aquel ambiente tan sencillo era calculado. Edgar Cayce había sido un hombre humilde que vivía sin ostentación alguna a su alrededor. Y tenía entendido que Verna Bird era discípula y admiradora de Cayce. Cuando se es aprendiz de un maestro, se procura emular al maestro. Pero había una diferencia: Cayce cobraba muy poco por sus lecturas, y a veces nada. En cambio, Verna Bird, al parecer, sabía ver las buenas oportunidades, y las aprovechaba.

Una serie de fotografías en la pared llamaron su atención. Pertenecían a algunas estrellas de Hollywood, las más importantes, las que solían ocupar los lugares de honor en las marquesinas de los cines de todo el país. Y había en todas ellas una

dedicatoria demostrativa de agradecimiento. «A Verna, que salvó mi vida». «A la maravillosa señorita Bird, quien me mostró la luz». «A Verna, Dios te bendiga. ¿Cómo podré llegar jamás a agradecértelo, querida?».

Aquellas dedicatorias resultaban interesantes como testimonios e impresionantes por la forma en que estaban expresadas. Con todo, Peter las miró más bien con escepticismo. Los superlativos eran cosa corriente en los actores y actrices. Para ellos todo era fabuloso. Habría sentido más confianza si aquellas frases hubieran sido escritas por científicos, banqueros, abogados o muchos otros tipos de personas más pragmáticas. Él mismo no esperaba ningún milagro de la señorita Verna Bird. Era un hombre a punto de ahogarse que se agarraba a cualquier cosa que flotara, siquiera fuese una paja.

La secretaria volvió a entrar en la salita de espera.

—La señorita Bird ya puede recibirle —dijo—. Sígame, por favor.

Por otro oscuro pasillo, llegaron al gabinete de consulta de Verna Bird.

Era una estancia amplia y clara. Dos grandes ventanas daban al jardín desbordante de vegetación y a la piscina vacía. Los muebles, lo mismo que en la salita de espera, eran corrientes, monótonos. Estanterías llenas de libros, un escritorio y una *chaise longue*. Había un magnetófono encima de la mesa. Lo único que salía de lo vulgar eran dos gatos siameses vivos que, de cuatro patas sobre el escritorio, se quedaron mirándolo con fijeza; y un pequeño altar sobre una mesita de té con ruedas. O al menos le pareció que era alguna especie de altar. Consistía en una pequeña losa de mármol con una vela a cada extremo; roja la una y blanca la otra. Por lo demás, la habitación era igual a las muchas que habrían podido encontrarse en cualquier barrio suburbial de la clase media.

—Verna, éste es el señor Proud. Peter Proud.

—Peter Proud —dijo Verna, sonriéndole—, bello y extraño nombre. Me complace mucho su visita, querido.

Peter farfulló algo sobre lo mucho que le complacía encontrarse allí. La clarividente era una mujer alta —quizás un metro ochenta— y delgada. Se mantenía erguida como si perteneciera a una casta superior. Peter pensó que debería de tener poco menos de sesenta años. Sus ojos eran azules y brillantes, y su cabello, teñido de rojo, apilado al estilo llamado «chaparrón». Llevaba una larga y holgada bata encarnada y sandalias enjoradas.

—Siéntese aquí, querido. —Le indicó un sillón situado frente a la *chaise longue*—. Póngase cómodo. Puede quitarse los zapatos y aflojarse la corbata, si lo desea. Aquí no nos preocupa mucho la etiqueta. —Sonrió a su secretaria—. ¿Verdad, querida?

—Cierto, Verna.

Se sentó, sintiéndose un poco ridículo. Se notaba a sí mismo rígido, como un personaje de una comedia victoriana inglesa. No le habría extrañado que, de un momento a otro, le acercaran el carrito del té para servirle la infusión con pastas a la

Arsénico y encaje antiguo. «Dormirá usted muy bien en el sótano, querido mío, cuando haya tomado un poco de este vino de bayas de saúco». Qué idiotez, haber ido a un sitio como aquél...

Uno de los gatos siameses le dio un susto al saltar inesperadamente, desde el escritorio, a lo alto de una estantería de libros. Arqueó el lomo, bufando y clavándole los ojos. Era un hermoso animal negro, con los ojos como ágatas azules y ese clásico felino propio de los símbolos gatunos egipcios.

—Basta ya, Yang. No seas malo. —Verna sonrió entonces a Peter—. No le haga caso, querido. No es usted el único. Sucede que es simplemente hostil a *todo el mundo*. ¿Verdad, Elva?

—Sí, querida. Es verdad.

—Unos gatos muy hermosos —dijo Peter sin demasiado entusiasmo.

—¿Verdad que sí? —dijo Verna, sonriendo satisfecha—. Son mi orgullo y mi alegría. Éste es Yang. Bueno, ya lo conoce. El otro es Yin.

—Elva —dijo la clarividente—, antes de empezar la lectura del señor Proud, ¿podrías decirme si tenemos prevista alguna otra para más tarde?

—Sí, todavía otra.

—¡Maldita sea! —exclamó Verna Bird—. Tenía hora en el salón de belleza para que me arreglaran el cabello. ¡Qué lío! Ahora tendré que dejarlo. Tendrás que volver a pedir hora, querida.

—Sí, después lo haré.

Verna Bird se volvió hacia Peter.

—Perdone, querido. Cosas de mujeres. Bien... ¿Está usted a punto?

—Sí.

—Muy bien. Usted se limitará a permanecer sentado en ese sillón. Debe sentirse perfectamente relajado. Cuando el sujeto está en tensión, me cuesta mucho captar sus vibraciones. Procure sentirse en armonía con el mundo. En paz. Puede hacerme las preguntas que desee cuando no entienda alguna cosa. Pero no las haga a no ser que se trate de algo importante. ¿Comprende usted?

—Sí.

—Muy bien, Elva. Empecemos.

Verna Bird se echó en la *chaise longue* y se quitó las sandalias sacudiendo los pies. Mientras tanto, su secretaria preparó el magnetófono. Sacó un rollo de cinta de su caja y marcó ésta así: «Lectura n.º 1877. Peter Proud». Le añadió entonces la fecha y la dejó sobre una pila de otras cajas. Todas estaban etiquetadas con el nombre del sujeto, el número de la lectura y la fecha. Al parecer, llevaban un registro completo en cinta magnetofónica de todas las lecturas. Después, Elva se dirigió al rincón donde se hallaba la mesita de té con el altar y la situó cuidadosamente delante de Peter. En la situación en que él se encontraba, sentado en el sillón, podía ver directamente, por entre las dos velas, a Verna Bird acostada en la *chaise longue*.

—La vela roja representa al Diablo —dijo la clarividente—, y la blanca al Amor.

El Amor y el Odio. Dios y el Diablo. Y el hombre eternamente atrapado entre estas dos pasiones.

Hubo un leve cambio en la voz de Verna Bird. Se había vuelto más profunda, más resonante, vibrante. Sus párpados daban muestras de querer cerrarse. Sus manos reposaban blandamente a ambos lados de su cuerpo. Peter se sentía como un maldito bobalicón más, sentado allí como cualquier otro zoquete supersticioso, contemplando a la clarividente por entre las dos velas.

Entonces, Elva Carlsen entró en acción. Se llevó un dedo a los labios, indicando a Peter que guardara silencio en aquel momento. Fue hacia las ventanas, echó las persianas y corrió las cortinas. Ahora la oscuridad era casi total en la habitación. Seguidamente, la secretaria encendió las velas.

Las llamas chisporrotearon un instante, luego lucieron inmóviles. Peter no apartaba la vista de la clarividente. Estaba desconcertado. De pronto, la mujer pareció transformarse por entero en otra persona. Abrió los brazos y las piernas y se quedó mirándolo con fijeza. Sus ojos eran dos gemas montadas en dos oscuros agujeros de su pálida cara. Eran casi hipnóticos. Se sentía incómodo bajo su mirada. Parecían perforarlo, ver a través de su carne y aún más allá. Yacía completamente inmóvil, sin mover ni un solo músculo. Peter incluso pensó si habría cesado de respirar. Daba la sensación de alguien en *rigor mortis*. La roja bata caía en pliegues simétricos a su alrededor. Todo tenía el aspecto, tanto el cuerpo como el ropaje que lo cubría, de haber sido cuidadosamente preparado, al objeto de producir determinado efecto teatral, por un director cinematográfico... o tal vez por un especialista en pompas fúnebres.

El silencio era absoluto en la estancia. Peter se revolvía incómodo en el sillón. Se decía a sí mismo que aquello era puro teatro, que formaba parte del negocio. Todos los de aquel ramo tenían alguna clase de ritual, y Verna Bird no era diferente. Sin embargo, se sentía inquieto. Habría preferido que Verna dejara de mirarlo con aquellos ojos azules que no pestañeaban.

Por fin, los párpados de la mujer empezaron a entornarse, y se puso a respirar profundamente. Peter dedujo de ello que Verna había entrado en trance. Esperó.

Por espacio de un minuto, no hubo nada más que un profundo silencio. Tenía que seguirles la corriente. No ignoraban cómo prolongar un efecto. La luz de las velas, y las sombras danzando en la habitación. La médium meditando. Se estaban ganando a pulso los setenta y cinco dólares. Pasó otro minuto. Él esperaba que sucediera algo de un momento a otro. Miró de soslayo a Elva Carlsen. Estaba sentada a su lado, erguida y rígida en su silla, las manos cruzadas, pendiente su mirada de la clarividente. Peter iba a decir algo, a preguntarle qué venía a continuación, pero ella sacudió la cabeza antes de que él pudiera hablar. De nuevo, se puso un dedo sobre los labios como advertencia.

Entonces, de súbito, Elva habló a la clarividente.

—Tenemos un alma aquí.

—Sí —dijo Verna Bird—. Veo el alma.

—Y tenemos un cuerpo que aloja esa alma.

—Veo el cuerpo.

—¿Ves otros antes de éste?

—Veo otros. Los cuerpos son diferentes y viven en diferentes épocas. Viven y mueren, conforme a la voluntad de Dios. Y el alma pasa de uno a otro.

—Háblanos de los cuerpos que ves.

—Ahora me dirijo al cuerpo que tengo ante mí, el que ahora posee el alma. Hablo de tus vidas anteriores. Te veo por primera vez más de tres mil años atrás. Vives en la tierra de Egipto y eres un esclavo hitita. Son los tiempos de la decimonona dinastía. Tu nombre es Chalaf.

»Eres un hábil trabajador de la piedra, y te afanas bajo el ardoroso sol en templos como la Gran Sala Hipóstila de Karnak y el templo funerario llamado Ramesseum, de Tebas. Apenas te dan lo suficiente para comer, y sufres a menudo los latigazos del capataz.

»Entonces, junto con varios centenares de otros trabajadores, te destinan a trabajar en una gran estatua de Ramsés. Se levanta en Abu Simbel, desde donde se domina la orilla del Nilo. Es una figura colosal que se eleva a gran altura en el cielo.

»El día es caluroso; hace poco que el Nilo ha desbordado, y el valle está lleno de verdor. Por el propio Nilo, se deslizan hombres en pequeñas embarcaciones hechas de cañas, y se detienen de vez en cuando en las espesuras de papiros para recoger de las trampas allí dispuestas las aves acuáticas atrapadas, de las cuales aprovecharán sus blandas y suaves plumas. Pero tú, Chalaf, nada tienes que ver con eso. Tu obligación es la de trabajar en el coloso desde el alba hasta la puesta del sol. Sólo conoces el látigo, el agobiante peso de la piedra y los sofocantes ardores del sol. En este día, la gigantesca estatua de Ramsés está ya casi terminada. Está sentado en su trono, sereno y majestuoso, con los ojos cerrados, en actitud de bendecir. Hay otras figuras esculpidas debajo de él, apiñadas a sus pies. Son otros miembros de la familia real, y en ellas están trabajando en este momento, puliendo piedra.

»Por encima de ti, otros hombres arrastran bloques de piedra, rampas arriba, mediante cuerdas de junco. De pronto, pierden el control de uno de los bloques. Se sale de la rampa. Cae y rebota directamente hacia ti. Intentas apartarte de un brinco, pero ya es demasiado tarde. No te aplasta, pero un canto del bloque de piedra te da en la cadera y te derriba. Sientes un agudísimo dolor en tu cadera izquierda. Intentas levantarte. No puedes moverte. El capataz principal, conocido por el nombre de Bak, viene hacia ti. Te dice a gritos que te levantes. Lo intentas de nuevo, pero no lo consigues. El dolor de tu costado te hace perder el conocimiento. Te golpea con el látigo, una vez, y otra, pero no sirve de nada.

»Tú, Chalaf, ya no tienes ninguna utilidad para el Faraón. Bak decide que deberás yacer a los pies de la estatua de Ramsés hasta que el sol te mate. Entonces, te abandonarán en el desierto para que te devoren las fieras y las aves de presa.

»Pero da la casualidad de que una dama de la corte viene río arriba en un barco. Es llevada a tierra en la litera real, y te ve yacente bajo el sol. Hay piedad en sus ojos. O tal vez algo más... porque eres un hombre hermoso con tu pelo negro, tu curvada nariz hitita y tu delgado y joven cuerpo. Llama al capataz principal y ordena que seas ofrecido al Nilo.

»Y así lo hacen. Bak ordena a los hombres que te aten piedras a las manos y a los pies. Te ponen en una camilla de cañas. Sonríes a la dama; tus ojos le dan las gracias por su merced. Ella te devuelve la sonrisa. No te da miedo morir. Recuerdas una vida anterior en el Imperio Antiguo, cuando tú mismo eras de sangre real, el primer dignatario encargado de la administración de la Casa Real. La muerte es un sueño, y volverás a vivir aún muchas vidas. Tal vez, en una de ellas, encuentres de nuevo a esta princesa real. Ella será otra mujer, y tú serás otro hombre, pero vuestras almas se reconocerán...

»Ahora, dos fuertes hombres te levantan y hacen que te deslices al agua desde la litera. Y te hundes, te hundes en las oscuras profundidades, hasta que llegas al fondo...

Verna Bird hizo una pausa. No se oía otro sonido que su larga y sostenida respiración y el ligero zumbido del magnetófono. Sus ojos seguían cerrados. Entonces, Elva Carlsen dijo:

—¿Ves otros cuerpos? ¿Otras vidas pasadas?

—Veo otras. Pero hay demasiadas sombras para poder decir mucho de ellas. Vuelvo a verte como esclavo, pero, esta vez, en una galera romana. Rubio, fornido, del norte, de la Galia. Tu nombre es Vercinex. Hay una gran tempestad cerca de Creta, y mueres en el mar con todos los demás. *No* puedo ver nada más de esta vida en particular...

Volvió a quedar silenciosa. Y Peter pensó, sudoroso, en lo disparatado de su situación. Chalaf, Vercinex, todo eran absurdos, tonterías. Pero, por otra parte, en ambos casos, acababa ahogado. Y después había aquel detalle de la lesión en la cadera...

Verna Bird permaneció silenciosa durante dos minutos enteros. Peter miraba de reojo a Elva Carlsen. Finalmente, se atrevió a decir:

—¿Ya hemos terminado?

Elva le lanzó una mirada de reprobación por haber profanado el silencio. De nuevo, llevó el dedo a sus labios. En aquel momento, de golpe, Verna Bird dijo:

—Veo otro cuerpo.

—¿Tiene nombre ese cuerpo?

—Makoto Asata.

—¿Cuándo tiene el cuerpo su existencia?

—En el siglo diecisiete, en el Japón. Así es cómo gira tu rueda del karma. Tú, Makoto Asata, vives excluido de la sociedad, menospreciado por los demás. Eres un *buraku-min*, un paria. Tú y los de tu clase tenéis ocupaciones tan despreciables como

las de matar animales para obtener cuero de su piel, enterrar a los muertos, mendigar, y decir la buenaventura. Como todos los *buraku-min*, estás obligado a mantenerte apartado cuando pasan los demás. Mientras ellos permanecen de pie, tú te arrodillas en su presencia. Eres un trabajador de la piel, confeccionas sandalias. A la desgracia de tu miseria, debes añadir el hecho de haber nacido lisiado. Tienes la pierna izquierda más corta que la derecha, y debes andar apoyándote en un bastón. Un día, terminas un par de sandalias para un personaje importante. Mientras habláis de su precio, debes permanecer de rodillas. Él te tira el dinero, y tú tienes que recogerlo del suelo, con lo que evita contaminarse.

Todo esto pesa mucho sobre ti. Y tú, Makoto Asata, te das cuenta en ese día de que ya no puedes soportar por más tiempo la vida. Decides ir en busca de la muerte, sabiendo que vivirás después otra vida. Por poco mejor que sea la próxima vida, habrás tomado una buena decisión. Por lo tanto, haces el peregrinaje a la cumbre del Fuji-Yama. Es una subida larga y difícil teniendo en cuenta tu deficiencia, y el dolor del costado izquierdo te es casi insoportable. Pero, por fin, llegas a tu destino. Y te echas en el hirviente caldero, en el cráter.

La clarividente hizo una pausa. Estuvo casi un minuto sin pronunciar palabra. Entonces, Elva Carlsen dijo:

—¿Ves alguna otra vida pasada?

—Veo otra —respondió Verna Bird—. Tu alma ha viajado, ha ido muy lejos, y ha esperado cien años antes de encontrar nueva morada. Eres un muchacho indio llamado Caballo Rojo y perteneces a la tribu de los pawneos. Cuando llegues a la mayoría de edad, serás un guerrero.

»Pero un día la tragedia cae sobre ti. Tu tribu está en guerra con otra. Ese día, vuestros guerreros traen prisioneros a su regreso. Algunos son torturados y quemados. Es la costumbre. Otros son entregados a los muchachos para que se diviertan con ellos. Los prisioneros son atados en sendos árboles, y se permite a los muchachos que los maten disparándoles flechas con sus arcos. De este modo, tienen no sólo ocasión de probar su destreza, sino que se inician también en la emoción de matar al enemigo. El objetivo es no matar al prisionero inmediatamente, sino clavarle las flechas de modo que quede vivo y se prolongue su sufrimiento.

»Tomas parte en este emocionante juego, y te muestras en él mejor que todos los demás. Te acercas a la víctima para extraerle tus flechas, con el fin de volver a usarlas. Mientras lo haces, uno de los otros muchachos dispara una flecha antes de tiempo. Por encontrarte aún delante del blanco, eres alcanzado en el costado izquierdo y caes al suelo. La sangre sale a borbotones de la herida.

»Oscilas entre la vida y la muerte durante muchos días. Finalmente, te recuperas. Pero ahora tu vida ha cambiado. La flecha te ha dejado tullido.

Andas con dificultad. Y no puedes correr en absoluto.

»Poco después, llegas a la edad propia del joven guerrero. Pero no puedes realizar tus aspiraciones. No puedes ir a cazar con los demás. Cuando las partidas de

guerreros salen a luchar, tienes que quedarte en casa con las mujeres. Es mucho más de lo que puedes soportar. La muerte es preferible a una vida como ésta.

»Cierta noche, tienes un sueño. Has soñado cómo morirás. Y sabes que debes reproducir ese sueño, realizarlo de verdad. De otro modo, tu alma, en tu vida siguiente, estará en constante tormento. Te diriges a la cercana orilla del lago y tomas una canoa. Esto sucede en otoño, y el agua está fría, muy fría. Lo sabes por experiencia, cuando nadas, esa frialdad, unida a tu defecto físico, no te deja ir muy lejos. Te sientas en la canoa y das desde ella una última mirada al mundo. Coges luego tu lancha y das cortes en el fondo de la canoa de abedul hasta hacer en él un agujero. Se hunde. Nadas, pero por poco tiempo. Quieres que el lago te abrace. Y, por último, tú también te hundes, te hundes, hasta sumirte en el cieno y los hierbajos del fondo. Y así termina esta vida...

Peter estaba estremecido. «Dios mío... —pensó—. Un clásico caso de *ondinnonk...*». Miró fijamente a Verna Bird. ¿Cómo podía saber ella nada sobre esto? ¿Era sólo una coincidencia? Tal vez. Se dijo que debía comprobar cuanto antes si los pawneos practicaban la realización de los sueños.

Verna Bird quedó silenciosa por un buen rato. Luego Elva Carlsen preguntó:

—¿Hay todavía alguna otra vida después de ésta?

—No veo ninguna.

Entonces, Peter se oyó decir a sí mismo:

—Hay otra. Yo sé que hay otra.

—No veo ninguna otra. Excepto la del cuerpo ahora aquí presente.

—Antes de mí —gruñó él—. Una vida inmediatamente anterior a ésta. ¿Quién era yo en ella? ¿Cuál era mi nombre?

—No hay nada —dijo Verna Bird—. No veo ninguna. Sólo oscuridad.

Se quedó allí sentado. Ahora sudaba. Le apretaba el cuello de la camisa y se lo aflojó. Las sienes le palpitaban. Sintió el impulso de ir hacia Verna Bird, hacia su *chaise longue*, y sacarla de su trance de una sacudida, de decirle a gritos que actuara un poco más, que le contara el resto. Entonces, oyó que Elva Carlsen decía con voz tranquila, dirigiéndose a Verna Bird:

—Le has hablado de sus vidas anteriores. Ahora bien, este cuerpo ha pedido una lectura de Curación Espiritual. —Una corta pausa, y luego—: ¿La tienes para él?

—Sí, la tengo.

—¿Cómo puede curarse?

—Hay fantasmas que lo atormentan. Debe retroceder, volver hacia atrás y enfrentarse con ellos. Entonces, quedará libre.

—¿Y esto es todo?

—No —dijo Verna Bird—, hay algo más. Ha sido elegido. Cuando haya hecho esto se convertirá en un profeta. Porque tiene un mensaje para el mundo. Y es Dios quien le ha dado este mensaje.

De repente, terminó la lectura. Verna Bird abrió los ojos. Su secretaria se apresuró

a encender las velas y luego fue hacia las ventanas, descorrió las cortinas y alzó las persianas. La estancia se inundó de luz, la luz blanca y cálida de una tarde de California del Sur. Fuera, los dos gatos siameses, Yin y Yang, se perseguían el uno al otro por el borde de la piscina vacía.

Verna Bird extendió los brazos y bostezó. Después, sonrió y dijo a Elva:

—¿Qué, Elva? ¿Ha sido una buena lectura?

—Maravillosa —respondió Elva. Quitó la cinta del magnetófono, escribió algo en ella y la introdujo en la caja ya clasificada—. Ésta ha sido muy interesante, Verna.

Peter miró con fijeza a la clarividente.

—¿No sabe usted lo que acaba de decirme?

—No tengo la menor idea, querido. Nunca sé lo que digo a la gente cuando estoy en trance. De vez en cuando, escucho alguna cinta si Elva me dice que es interesante. Pero no creo que hubiese podido escuchar todas las lecturas que he venido haciendo a lo largo de tantos años. Son centenares. —Se volvió hacia la secretaria—. ¿Exactamente cuántas, Elva?

—Mil ochocientos setenta y siete.

Verna Bird sonrió.

—¿Lo ve usted? Por otra parte, las lecturas sólo tienen importancia para mis clientes; no para mí. Sea lo que sea, querido, supongo que lo que le he dicho no le habrá molestado.

—No —dijo él.

—Me alegro. Siempre soy honesta en mis lecturas, sea cual sea su contenido. No podría evitarlo aunque lo intentara. Es comprensible que sólo un fraude puede dar buenas noticias a todo el mundo, precisamente de la clase que la gente desea oír. A veces, los hay que se ponen histéricos y me llaman mentirosa o farsante. La gente de cine, por ejemplo, se muestra muy sensible respecto a sus lecturas. El otro día, estuvo aquí una artista cinematográfica que casi..., bueno, más vale dejarlo.

De pronto, algo que tenía lugar en la parte exterior de la ventana distrajo su atención: los dos gatos corriendo por el borde de la piscina.

—Elva, ¿te has dado cuenta? Yang parece un poco más delgado.

—Ya lo sé. No come tanto como Yin.

Verna Bird pareció preocupada.

—Tal vez si le diéramos aquella comida especial para gatos... La de hígado concentrado con todas aquellas vitaminas.

—Muy bien, veré si la encuentro en el supermercado.

Entonces, Elva fue hacia la puerta de la habitación y la abrió.

—Nuestro próximo cliente está al llegar, Verna. Debería usted prepararse.

Verna asintió con la cabeza. Seguidamente, sonrió a Peter.

—Adiós, querido. Y buena suerte.

La secretaria lo condujo corredor abajo. La siguió como un autómata. Oyó su propia voz que decía «adiós» en el instante en que cogía la puerta para salir. Oyó

entonces que le decían suavemente:

—Señor Proud, olvida usted algo.

—¿Sí?

—Los honorarios. Son setenta y cinco dólares.

Cuando volvió al Summit Plaza, Edna le entregó un mensaje telefónico. Era de Sam Goodman y llevaba la indicación «Importante». Sam quería almorzar con él al día siguiente. Sugería la Sala Sunset del Holyday Inn, junto a la autopista de San Diego. Si Peter no podía acudir, debía llamar a la oficina de Sam y dejar recado en tal sentido. Si no, Sam iría directamente al motel.

Cuando Peter entró al día siguiente en la Sala Sunset, Sam ya estaba sentado a la mesa. Sam fue al grano tan pronto como hubieron pedido algo de beber.

—Pete, he estado pensando en tu situación. Hasta ahora has seguido el camino ortodoxo, y nadie ha podido ayudarte. Sin embargo, creo que hay otros procedimientos.

—¿Sí?

—¿Has oído hablar alguna vez del doctor Hall Bentley?

El nombre le parecía familiar —sonaba en el mundo de las noticias— pero no podía identificarlo.

—Bentley es uno de los más eminentes parapsicólogos del país. Estaba en Berkeley, pero se marchó para poder proseguir libremente sus prácticas e investigaciones. Tiene una oficina aquí mismo, en Los Ángeles, y acaba de llegar de realizar algún programa de investigaciones en Europa. Es un experto en fenómenos «psi».

—¿Psi?

—Equivale a fenómeno psíquico. Hombres como Bentley, y Rhine en la universidad de Duke, e Ian Stevenson en la de Virginia, están trabajando en estudios de la mente humana, pero mucho más allá de cuanto ya sabemos. Es decir, más allá de todo lo que podemos probar por métodos conocidos o definir mediante leyes físicas conocidas. Zonas como la clarividencia, la telepatía, la hipnosis, la percepción extrasensorial, la psicoquinesia o la telequinesia. Es posible que tú sitúes estos campos dentro del ocultismo. Sin embargo, los parapsicólogos como Bentley son verdaderos científicos de reconocida seriedad, muy respetados por sus profundas indagaciones.

—Interesante —dijo Peter—. Pero ¿cómo puede ayudarme?

—Es experto en hipnotismo. Lo que a ti te interesa es deshacerte de esas fantasías que tienes durante el sueño. Tal vez él pueda hacerlo para ti.

Peter miró fijamente a Sam.

—¿Crees de verdad que es posible?

—Podría serlo. Se hipnotiza a la gente para librarla de toda clase de problemas que la atormentan. Tal vez la cosa daría resultado en tu caso. Sea como fuere, vale la pena hacer una prueba.

Peter pensó un momento en ello; luego, se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Ya he probado todo lo demás...

—Exacto. Yo lo arreglaré todo con Bentley. No somos amigos íntimos, pero lo conozco lo suficiente.

Es un hombre muy ocupado, y no estoy seguro de que pueda tomar nuevos pacientes. Pero, a veces, he admitido alguno de los suyos en mi Laboratorio del Sueño, y me debe este favor. No le diré de qué se trata... Tú vas allí en frío y se lo cuentas todo a tu manera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Precisamente ha escrito un artículo que podría interesarte. Lo encontrarás en el número de *Parapsychology* del mes pasado. —Hubo una sonrisilla maliciosa en la cara de Sam Goodman—. Se titula: «Argumentos a favor de la reencarnación». Como puedes ver, está interesado en el tema.

—A deducir por el título cree en él.

—No exactamente. Él sólo dice que su postura es abierta y despreocupada respecto a la cuestión. Hace una serie de suposiciones, y entonces... Bueno, mejor será que lo leas tú mismo. De todos modos, muchas de sus conclusiones no son aceptadas... Quiero decir por parte de los que pertenecen al *establishment* ortodoxo. Y esto a pesar de la brillante labor que ha llevado a cabo en su campo. Muchos de ellos lo han llamado charlatán. Pero lo que sucede en realidad es que no les gustan las mentes abiertas. Les dan miedo.

Peter buscó la revista en la biblioteca y leyó el artículo.

Bentley empezaba con un prólogo: la reacción espontánea ante el tema según su propio modo de sentirlo; una reacción puramente personal, puramente subjetiva.

«Me parece increíble —decía en su escrito—, y me deprime al mismo tiempo, ver al mundo occidental prisionero del miedo a la muerte en vez de hallarlo esperanzado con la perspectiva de otra vida. No soy un hombre religioso, y nadie ha podido probarme que Dios existe. Pero cuesta creer que nos limitemos a nacer, a sufrir y a morir. De las cenizas a las cenizas, del polvo al polvo. Cuesta creer que esto es todo lo que hay.

»Si esto es así, en primer lugar, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Con qué fin hemos venido, por qué razón? ¿Sólo para comer, dormir, defecar, fornicar, amar y odiar a los demás, sufrir dolores, disfrutar de un poco de placer y después morir? ¿Tiene que estar necesariamente la vida tan falta de esperanzas, por considerar que la muerte acaba con ella, la vivamos como la vivamos?

»Cuando morimos, morimos para siempre, se nos dice. La muerte es el final. Pero ¿lo es realmente?

»Yo, francamente, no lo creo. Creo, como hombre racional, que debemos estar aquí por alguna razón más importante, algún propósito más grande que tiene continuidad. El hombre siempre ha sido consciente, en algún profundo y místico nivel, de que hay otra parte de él que no tiene nada que ver con el pensamiento

lógico, algo que está mucho más allá de éste».

Todo esto, según decía Bentley, era simplemente una expresión de fe por parte suya. Lo que ahora proponía era examinar en su totalidad la idea de la reencarnación como científico, fría y objetivamente.

Primero, decía, la idea de la reencarnación era más antigua y mejor establecida que cualquiera de las religiones actuales. Era tan digna de crédito, e incluso más lógica, que cualquier otra de las religiones existentes. Aún en nuestros días, más de mil millones de personas del planeta creían en ella. La mayoría pertenecían a Oriente, pero la creencia se estaba extendiendo rápidamente por el mundo occidental. La reencarnación no era simplemente una superstición para consuelo de idiotas; muchos hombres de razón e inteligencia reconocidas creían o habían creído en ella. Entre éstos estaban Gandhi, Benjamín Franklin, Henry Ford, Masefield, Yeats, Robert Browning, Schopenhauer, Nietzsche, Thomas Huxley, Voltaire, Goethe, Ibsen, Spinoza, Platón, y Oliver Wendell Holmes.

«Los profesores de nuestras universidades, los científicos, tachan a las sociedades parapsicológicas, a los grupos ocultistas, de absurdos, incomprensibles, quiméricos, inmaduros, inconsistentes y fraudulentos. Estos grupos no ortodoxos consideran al llamado *establishment* como rígido, arrogante, intolerante y acomodaticio. Ambos tienen parcialmente razón y parcialmente no la tienen, y los unos pueden aprender recíprocamente de los otros. Algún día unirán sus esfuerzos de modo constructivo, y es posible que el catalizador sea la reencarnación.

»Los materialistas dicen que sólo es real lo que se puede ver o medir, o, dicho de otro modo, identificar a través de los sentidos. Pero esta clase de materialismo pertenece ya a otra época. Cualquier niño con la mínima educación científica sabe hoy día que nadie ha podido ver nunca un átomo. Existe sólo por deducción, pero aceptamos que está ahí. En cambio, muchos psicólogos, la mayoría de mis colegas, no aceptan la idea de que existe el alma. ¿Por qué? Porque nadie ha visto nunca ninguna. Me refiero aquí al “alma” como a algo viviente que deja el cuerpo a su muerte y se marcha a continuar su existencia en otro lugar.

»Los que ridiculizan el concepto de “renacimiento” pretenden enterrar toda prueba de reencarnación. Dicen que ésta es sólo la representación de un deseo. Es, según ellos, un subterfugio, una negativa a enfrentarse con el futuro en el terreno racional. Pero examinemos ahora este concepto sobre una base racional. Una aproximación ortodoxa, científica, a cualquier problema es hacer cierto número de suposiciones razonables, y después eliminarlas o probarlas por la aplicación de la lógica. En nuestro caso, podemos hacer tres suposiciones. La primera es la de que cuando se muere se muere para siempre. Según esto, el alma, si es que existe, muere con uno. La segunda consiste en la idea de que uno tiene alma, y de que esa alma va al cielo o al infierno según como uno se haya comportado en la vida. Y la tercera es la idea de la reencarnación. El alma es inmortal y es llevada de una vida a otra.

»Por lo que respecta a la primera suposición —decía Bentley—, nadie ha probado

nunca que cuando se muere se muere para siempre. Sé que mucha gente insiste en que esto es verdad, pero no hay verdaderos indicios que así lo prueben. En cuanto a la segunda suposición, nadie ha probado nunca que un alma haya ido al infierno o al cielo. Pero examinemos la tercera suposición, la idea de la reencarnación.

»Aquí, debemos considerar cierto fenómeno. No verdaderas pruebas, tal vez, y en modo alguno pruebas científicas, pero interesantes aun así. Consisten en la observación, en el testimonio de personas vivientes y en fenómenos de memoria que nadie puede explicar.

»Ante todo, hay el problema del *deja vu*. Los escépticos arguyen que si hemos vivido efectivamente con anterioridad, ¿por qué no podemos recordar nada de nuestras vidas pasadas? Pero lo cierto es que al parecer, muchos de nosotros hacemos precisamente esto. Casi todo el mundo ha pasado por la experiencia de ir a algún lugar que no había visitado nunca en su vida, y tener no obstante la inexplicable sensación de que ya había estado allí, de que había visto antes aquel sitio: una colina, una carretera, un pueblo, una vista. Hay miles de casos contados por personas, personas racionales e inteligentes, que abonan el *deja vu*. Los psiquiatras ortodoxos dan la explicación de que se trata de “la apertura de la puerta de una falsa memoria”. Pero no explican nunca en qué se basa esta “falsa memoria”.

»Hay otro fenómeno, un fenómeno que es indiscutiblemente universal. Uno conoce por primera vez a un extraño por el que uno siente intensa simpatía o intensa aversión a primera vista, aun antes de haber cambiado una sola palabra. Y uno no puede explicarse por qué. Cuando un muchacho y una muchacha se conocen por primera vez, hay a menudo atracción instantánea o “amor a primera vista”. ¿Por qué sucede esto? Algunos lo atribuyen a una misteriosa atracción química. Otros dicen que el extraño le recuerda a uno alguien que uno amó, odió o temió. En nuestra época, los llamados hijos de Acuario le dan el nombre de vibraciones. Pero nadie la ha explicado nunca de una manera efectiva. ¿No podría ser que estas atracciones o repulsiones procedieran de recuerdos soterrados de alguien a quien conocimos en una vida anterior? Para mí, esta explicación es al menos tan buena como cualquiera de las otras teorías, y, probablemente, mejor».

Pero las pruebas a favor de la reencarnación, señalaba Bentley eran todavía más sorprendentes en la conducta de los niños.

«Los investigadores han registrado centenares de casos en todo el mundo en que determinados niños parecían recordar alguna vida anterior. Insistían en que eran alguien más, un adulto en una vida pasada, y describían lugares donde no habían estado nunca. Esto podría tomarse por charla infantil sin sentido o por fantasías, pero lo cierto es que las personas y lugares nombrados por tales criaturas, así como algunos de los hechos que contaron, fueron luego comprobados y confirmados por expertos investigadores imparciales».

Citaba algunos casos famosos de memoria prenatal en criaturas: el de Shanti Devi; y del muchacho japonés Katsuguro, citado principalmente por Lafcadio Hearn,

así como otros. Había también los trabajos llevados a cabo por Stevenson, de Virginia, respecto a la memoria prenatal de los niños. Era un punto interesante el de que, en la India, cuando una criatura hablaba de ser alguien más o de haber vivido en otro tiempo en algún otro lugar lejano de su pueblo de nacimiento, era escuchada con la mayor seriedad. Aquí, en Occidente, cuando las criaturas hablaban de lo mismo, lo que decían era considerado como fantasías infantiles, y no se les daba ninguna importancia o se hacía lo posible por quitársela. Los niños no encontraban facilidades para referir estos recuerdos prenatales, y terminaban por reprimirlos. Es así como estos recuerdos llegaban a «perderser» para ellos.

Un tercer fenómeno, proseguía Bentley, era la existencia de niños prodigio, como, por ejemplo, Mozart y Mendelssohn, que escribieron grandes sinfonías a muy temprana edad, o como el famoso ajedrecista Samuel Reshevsky, que, a la edad de cinco años, jugó con tres campeones europeos a la vez y los ganó a todos. Había quien intentaba explicarlo en el terreno de los genes, pero tampoco esto ha sido demostrado de modo concluyente. La reencarnación tenía una explicación más interesante. ¿No habrían podido adquirir estos niños prodigio sus habilidades siendo adultos en una vida anterior y haberlas traído simplemente a su vida actual? De nuevo, esta hipótesis es tan buena como cualquier otra, si no mejor.

«Finalmente —escribía Bentley—, los parapsicólogos, como yo mismo, han podido hacer retroceder en sus evocaciones a personas en estado hipnótico, no ya hasta sus primeros días de bebé, sino hasta más atrás, hasta donde recuerdan, o pretenden recordar, alguna vida anterior. Algunos, durante esta regresión, han hablado incluso en lenguas extranjeras que les eran totalmente desconocidas.

»Por desgracia, nunca se han podido demostrar con indicios materiales estas vidas anteriores. Ello se debe a que los sujetos retroceden a épocas del pasado demasiado lejanas para que sus experiencias puedan corroborarse de modo fidedigno. Es esta falta de documentación lo que en el fondo no permite ofrecer pruebas concluyentes de la reencarnación...».

La oficina de Bentley se hallaba en el Rodeo Drive. Era modesta en extensión, pero amueblada con gusto. El parapsicólogo recibió a Peter con una sonrisa y le indicó un sillón con la mano.

—Siéntese, doctor Proud.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, de cabello gris oscuro y penetrantes ojos grises bajo pobladas cejas. Para Peter, parecía más un entrenador de *rugby* que un parapsicólogo.

Bentley le presentó una cigarrera de plata.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias.

—Sam Goodman se ha mostrado muy misterioso respecto al problema de usted. Sólo me ha dicho que estaba pasando por una curiosa experiencia psíquica que le causaba muy malos ratos. La llamó increíble, absolutamente única. Y Sam no es un hombre precisamente dado a los superlativos. —Sonrió—. Como puede suponer, me tiene usted intrigado.

—Doctor Bentley, estoy en un apuro. Con franqueza, estoy asustado.

—¿Y si me lo contara?

—No sé siquiera por dónde empezar.

—Para empezar, retroceda un poco. Hábleme de usted. Quién es, a qué se dedica, quiénes son sus padres. Después, puede usted ir al grano. Cuéntemelo exactamente cómo sucedió, y sin olvidar nada.

Peter miró el reloj de reojo.

—Esto requerirá bastante tiempo.

—Relájese. Nos sobra tiempo. Y yo soy un buen oyente.

Señaló un pequeño magnetófono sobre su escritorio.

—¿Le importa que lo use?

—No.

—Bien. A algunos parece molestarles. Pero a mí me gusta tenerlo todo grabado en cinta. —Cogió el pequeño micrófono y dijo—: Cinco de febrero, 1974. Entrevista inicial con Peter Proud. Recomendado por el doctor Samuel Goodman. —Entonces Bentley se respaldó e hizo una señal a Peter indicándole que empezara.

El parapsicólogo permaneció inmóvil y silencioso mientras duró el relato. Ni por un momento apartó los ojos de la cara de Peter. Cuando éste se adentró en la descripción de sus sueños, Bentley pareció especialmente fascinado. Peter se lo contó todo excepto su visita a Verna Bird. Lo omitió por vergüenza. Temió que Bentley lo tomara por un idiota.

Cuando hubo terminado, Bentley siguió mirándolo con fijeza.

—Bien, es usted un ejemplar único. Se lo digo yo.

—¿Sí?

—Son muchas las personas que han venido aquí para contarme sus vidas anteriores. Habían navegado con Ulises, o hablado con Jesucristo en calidad de pastor de Galilea, o luchado contra los galos con César. Pero usted es el primero que ha entrado en mi despacho con la pretensión de tener recuerdos prenatales que pueden llamarse recientes. —Hizo una pausa—. ¿Está usted seguro de que estos sueños nunca varían? ¿No aparece nunca en ellos algún elemento nuevo?

—No.

—Interesante. Usaré una palabra más apropiada: increíble. Sam Goodman tenía razón.

—Lo que yo desearía saber es... ¿Podrá ayudarme usted?

—No lo sé. Todavía estoy digiriendo lo que acaba de contarme.

—Quiera Dios que pueda llegar a saber lo que me sucede. Si usted tiene alguna idea, por pequeña que sea...

—Permítame que le exponga mi modo de ver la cuestión. Si hombres como Staub no saben de qué se trata, nada puedo hacer yo para echar más luz al problema. Es decir, nada puedo hacer en el terreno *de ellos*. Pero, sin que pretenda hinchar demasiado la labor que hemos estado haciendo en el campo «psi», puedo decirle esto: tenemos razones para creer que, dentro de la limitación de nuestros conocimientos, los sueños periódicos como los suyos pueden ser un indicio de genuinos recuerdos prenatales. El hecho de que los mismos detalles se repitan minuciosamente una y otra vez, da aún más fuerza a esta posibilidad. Y el hecho de que estos sueños sean de una época casi contemporánea, los hace todavía más intrigantes. Sin embargo, desde su punto de vista, son torturantes y debilitantes, tanto mental como físicamente. Y, con el tiempo, podrían llegar a ser peligrosos. Es importante que penetremos del todo en ellos, si podemos. Mi sugerencia, doctor Proud, es que probemos con la hipnosis regresiva.

—¿Hipnosis regresiva?

—Sí. De tarde en tarde, conseguimos que alguna persona retroceda, en estado de trance, hasta recuerdos prenatales. Según parece, son capaces de recordar detalles de sus vidas anteriores. Quisiera probarlo con usted. Si da resultado, puede que abramos una puerta muy importante.

—¿Qué quiere usted decir?

Bentley dio un hondo suspiro.

—Doctor Proud, en todos los casos que conozco en que un sujeto haya retrocedido hasta el estado prenatal, los «recuerdos» habían ido muy atrás en el tiempo..., tan atrás que nadie podría verificarlos y probar la reencarnación. Incluso la célebre Bridey Murphy retrocede demasiado para que puedan obtenerse fácilmente pruebas conclusivas. Se supone que nació en 1798 y murió en 1864. La controversia sobre ella sigue todavía, y proseguirá durante mucho tiempo, porque no hay modo de comprobar el caso.

Bentley hizo una pausa.

—Y ahora llega usted y deja caer esta bomba en mis brazos. Sin recurrir absolutamente a la hipnosis regresiva, ha experimentado fragmentos de sueños que serían contemporáneos a no ser por unos pocos años de antigüedad. Todos ellos caen dentro del mismo período; basándonos en el Sueño del Automóvil, como usted lo llama, en algún momento de los años cuarenta. Pero tenga presente que esto es sólo lo que dice la alucinación. Ello no significa que sea verdad. De momento, no lo acepto, al menos sin reservas. Podría haber aún la posibilidad de que hubiese visto usted una fotografía o dibujo de ese coche, o el propio coche, mucho tiempo atrás y lo hubiese almacenado en su banco de memoria. En ninguno de sus sueños puede recordar ningún nombre, como el de alguna persona, de la ciudad..., algo cuyas huellas podamos seguir y *probar*. No obstante, sí podemos hacerle retroceder hasta la memoria prenatal, condición ésta de suma importancia, tal vez consiga usted algo, como el nombre de esa ciudad en que vivía o, mejor aún, el del hombre a quien llama X, Si usted supiera el nombre de la ciudad, por ejemplo, podría volver a ella para visitarla. Hallaría respuestas. Por descontado que, si existe realmente, seguirá en su lugar.

—Dios mío... —dijo Peter en voz baja—, esto es tremendo.

—Ya lo sé —dijo Bentley secamente—. La perspectiva es interesante. Pero no cuente demasiado con el éxito. Ya hace mucho tiempo que se acabaron los milagros, y no creo que nada haya cambiado al respecto. Aun así, si usted está de acuerdo, podemos probarlo. Estoy decidido a ello. Y si no da resultado, intentaremos atacar su problema mediante la sugestión por hipnosis. Quiero decir que trataré de librarlo de las alucinaciones por sugestión..., exorcizándolas, por así decirlo. Bien, ¿qué me responde usted?

—Al punto a que he llegado, probaría cualquier cosa.

—Muy bien. ¿Qué le parece mañana en mi despacho a las diez?

Cuando se hubo cerrado la puerta, Hall Bentley se respaldó en su sillón y cerró los ojos.

Había motivos para que se excitara su imaginación.

Al principio, escuchó la historia de Peter Proud con incredulidad, pero después aquel relato sacudió su ánimo. Había luchado por mantener su frialdad, por presentar sólo su apariencia profesional a Peter Proud. No quería que su paciente notara siquiera la excitación que bullía en su interior; habría podido desconcertarlo. El uso eficaz del trance dependía de la fe y la confianza que el paciente tuviera en el hipnoterapeuta; sin ello, habría resistencia a la propia entrada en trance. Además, el sujeto hipnotizado era muy sensible a cualquier estímulo de cuanto le rodeara de forma inmediata, en especial el estado emocional del hipnoterapeuta.

Hall Bentley anuló todas sus citas para el resto del día. Y aquella noche no pudo dormir.

A la mañana siguiente, Bentley vio que Peter estaba tenso, nervioso.

—¿Qué he de hacer, primero?

—Lo primero que debe hacer es relajarse.

—No me es fácil. Me he esforzado muchas veces en conseguirlo.

—¿La idea de la hipnosis lo inquieta?

—Creo que sí, un poco.

—No hay razón para ello. Si responde usted, encontrará la experiencia agradable.

Qué... ¿comenzamos? Suponiendo que se sienta en condiciones para empezar...

—Jamás estaré tan a punto.

—Muy bien, Pete —dijo Bentley, pasando a llamarle por su nombre de pila tranquilamente y con naturalidad—. Quítese los zapatos y aflójese la corbata. Échese en el diván y descanse la cabeza en estas almohadas. Deje que su cuerpo se afloje. Respire hondo unas cuantas veces...

Entonces, habló por el magnetófono:

—Es miércoles por la mañana. Fecha: seis de febrero de 1974. Hipnotizador: el doctor Hall Bentley. Lugar: mi oficina en Rodeo Drive, Beverly Hills, California. Sujeto: el doctor Peter Proud, de veintisiete años de edad, profesor de la Universidad de California, Los Ángeles. No había hipnotizado nunca a este paciente ni había practicado en él la regresión.

Cerró el micrófono con un «clic». Fue entonces hacia las ventanas y echó las persianas. Regresó junto a su mesa y encendió una pequeña lámpara de escritorio. Entonces se sentó en uno de los cómodos sillones, encendió un cigarrillo y miró a Peter.

—¿Aún se siente tenso?

—Sí.

—Descanse. Quédese ahí tendido y nada más. Intente vaciar su mente del todo. Respire profundamente algunas veces más.

Hubo un corto silencio. Bentley estaba sentado en el sillón como un Buda inmóvil, mirando fijamente a Peter. El reloj de encima de la estantería, junto a los trofeos náuticos, marcaba con su tic-tac el paso de los segundos. Peter sintió aflojarse un poco sus músculos. Empezó a sentirse algo soñoliento. Bentley se introdujo la mano en el bolsillo y sacó de él un disco plano y dorado, del tamaño aproximado de medio dólar, que pendía de una delgada cadena. Brillaba bajo la luz.

—Ahora quiero que haga diez respiraciones profundas. Inspirando y expirando, hacia dentro y hacia fuera, lentamente. Profundas, bien profundas. Ahora fije los ojos en este disco. No deje de mirarlo. Así. Rebájese, relájese...

Su voz era calmante, tranquilizante. Empezó a hacer girar el disco que colgaba de la cadena. Peter no apartaba su fija mirada del disco en rotación. La cara de Bentley

se desvaneció. Lo mismo hizo el resto de la habitación. Ahora, no veía nada más que el brillo del disco dorado.

—Ahora cierre los ojos. Escuche mi voz. Contaré hasta diez. Cuando llegue a diez, usted se encontrará relajado por completo.

Bentley empezó a contar a ritmo lento. A Peter le parecía que su voz retrocedía. Le parecía una voz que no saliera de cuerpo alguno, una voz que llegara de muy lejos.

—Sus brazos y piernas se vuelven pesados. Usted tiene la sensación de que todo su cuerpo se hunde en el diván. Ahora está solo. Oye mi voz, pero viene de lejos. Volveré a contar hasta diez. Cuando llegue a diez flotará usted lejos. Lejos de donde se halla ahora. Estará en un lugar agradable, pero lejano. Y seguirá oyendo mi voz.

La voz de Bentley contó lentamente hasta diez. Parecía alejarse más y más. Pero Peter podía oírla con claridad. No parecía pertenecer a nadie en particular. Era simplemente una voz.

—Usted sigue oyendo todo lo que digo. Ahora, escúcheme. Usted es libre, y flota a lo lejos. Está solo. Es feliz, está relajado y solo. Ya no tiene ningún problema. ¿Oye todavía mi voz?

—La oigo.

—Usted no puede abrir los ojos. Intente abrirlos. —La voz era sosegada, serena, sedante. Peter ni siquiera probó a abrirlos. No quería hacerlo—. Ahora está usted dormido. No despertará hasta que yo lo despierte. Y contestará usted todas mis preguntas sin despertarse. ¿Comprende usted?

—Comprendo.

De pronto, la voz lejana pareció haberse acercado hasta su oído.

—Muy bien. Ya puede abrir los ojos. Despertará en seguida.

Abrió los ojos. Hall Bentley seguía sentado en el mismo sillón, mirando a Peter como antes. Pero ahora estaba en mangas de camisa. El cenicero que tenía junto a él estaba lleno de colillas.

—¿Cómo se siente?

Peter se estiró. Se sentía deliciosamente relajado.

—Me siento fantásticamente. ¿Ya ha terminado todo?

—Sí.

—¿Cómo lo he hecho?

—Ha sido usted un buen sujeto, de verdad. Muy responsivo. Por lo menos a la hipnosis.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué he dicho?

Bentley no contestó en seguida. Su rostro era inexpresivo. Fue hacia las ventanas y subió las persianas. La luz del sol lo inundó todo. El resplandor hizo parpadear a Peter. Yacía blandamente de espaldas en el diván. Se sentía maravillosamente

descansado, como si hubiese dormido veinticuatro horas seguidas.

—Bien... ¿Qué he dicho?

—Será mejor que lo escuche de la cinta. Literalmente.

Bentley puso en marcha el magnetófono. Primero, la voz del parapsicólogo hacía algunas preguntas a Peter, preguntas de rutina. Su nombre, edad, dirección. Las cosas por las que se interesaba, además de la enseñanza. Entonces, de súbito:

«—Bien, Pete, sigue usted dormido. Profundamente dormido. Ahora, vamos a retroceder. Iremos hacia atrás en el tiempo. Y en el espacio. La próxima vez que vuelva a hablarle tendrá usted ocho años de edad, y podrá contestar mis preguntas. Ahora usted tiene ocho años. Ahora va a la escuela, ¿verdad?

»—Sí.

»—¿Qué escuela?

»—La Escuela Larkin.

»—¿Quién se sienta delante de usted?

»—Una chica. Una chica de cabello negro.

»—¿Cómo se llama?

»—Elisabeth.

»—Elisabeth ¿qué?

»—Rhodes.

»—¿Y quién se sienta al lado de usted?

»—Un chico.

»—¿Su nombre?

»—Ernie. Ernest Harris.

»—¿Quién es su profesora?

»—La señorita Ellis.

»—¿Qué aspecto tiene?

»—Pelirroja. Gorda. Y tiene una verruga en la mejilla.

»—¿Cuál es el tema favorito de usted?

»—Los indios.

»—¿Le gusta estudiar sobre los indios?

»—Sí».

Peter escuchaba la cinta sorprendido, no porque le permitiese recordar aquellos detalles ya olvidados desde hacía tanto tiempo, sino porque su voz había cambiado. Era la de un niño de ocho años, aguda, un poco chillona. Sintió un ligero estremecimiento.

La cinta prosiguió:

«—Bien, Pete, ¿cuándo empezó a aprender a jugar al tenis?

»—A los siete años.

»—Vamos a retroceder, Pete. Cuando vuelva a hablarle, usted será un año más joven. Tendrá siete años. ¿Comprende?

»—Sí.

—Ahora usted tiene siete años.

»—Sí.

»—¿Cómo aprende a jugar al tenis?

»—Tomo lecciones.

»—¿Quién le da las lecciones?

»—Un profesor de tenis.

»—¿Cómo se llama?

»—Corrigan. Señor Corrigan.

»—¿Juega usted bien?

»—Muy bien.

»—¿Cómo de bien?

»—El profesor de tenis está sorprendido. Dice que no lo comprende.

»—¿Dice algo más?

»—Dijo que es..., bueno, lo dijo con una palabra...

»—¿Qué palabra?

»—Increíble.

»—¿Quiere decir que a él le sorprende lo bien que ha aprendido?

»—Sí.

—¿A quién le dijo esa palabra?

»—A mi padre.

»—¿Puede contarme qué más le dijo a su padre?

»—Le dijo que mi forma era estupenda. Le preguntó si ya había jugado antes.

»—¿Y qué respondió su padre?

»—Dijo que no, que era la primera vez que jugaba.

»—Y, entonces, ¿qué dijo el señor Corrigan?

»—Pues... Movi6 la cabeza. Dijo esta palabra... Increíble. Y que debía de haber nacido con una raqueta de tenis en la mano.

»—¿Esto dijo? ¿Son éstas sus palabras exactas?

»—Sí».

Peter mir6 de reojo a Bentley. No tenía el menor recuerdo de esta conversaci6n. Sólo recordaba vagamente a Corrigan. La cinta continu6:

«—Ahora usted tiene seis años. ¿Comprende? Ahora tiene seis años.

»—Sí.

»—¿Recuerda a sus amigos?

»—Sí.

»—¿Cómo se llaman?

»—Joe Morris. Tiene pecas y los ojos azules. Steve Marks. Es moreno y algo gordo. Ollie Peters. Es el mayor de todos, y el que corre más de prisa. Jimmy Drummond. Es escocés.

»—¿A qué juega usted?

»—A todo.

- »—¿Hay algún juego que le guste más que los otros?
- »—Sí.
- »—¿Cuál es?
- »—Indios y *cowboys*.
- »—¿Dónde lo juega?
- »—Cerca de donde vivo, Pacific Palisades. Calle Vista, treinta y dos.
- »—¿Usted de qué hace? ¿De indio o de *cowboy*?
- »—Siempre hago de indio.
- »—¿Por qué?
- »—Me gusta. Me gusta ser indio. Todos mis amigos quieren ser *cowboys*.
- »—¿Es usted algún indio determinado?
- »—Sí.
- »—¿De qué clase?
- »—Un sénéca.
- »—¿Sabe algo de los sénécas?
- »—Conozco muchas tribus. Pero cuando soy indio siempre soy un sénéca».

Peter, allí escuchando, se había quedado helado. Aquello era tremendo. Hacía muchos años que había olvidado a aquellos niños. Sus nombres y sus juegos. No los habría vuelto a recordar ni que hubiese transcurrido un millón de años. Sin embargo, allí estaban, saliendo ahora de su boca.

La cinta prosiguió:

«—Ahora, descanse y relájese un poco. Estaré un momento sin preguntarle nada. Quiero que ahora retroceda por sí mismo. Irá hacia atrás en el tiempo y en el espacio. Ahora usted tiene cinco años. Piense en cuando tenía cinco años. Piense en alguna escena de aquellos tiempos. Piense en algo que le sucedió entonces. —Una pausa. Y luego—: Ahora tiene cuatro años. Piense en algo que le sucedió entonces. No es necesario que me lo diga; piense sólo en ello. Ahora, retroceda un poco más. Retroceda, retroceda. Véase cuando tenía tres años. Ahora, usted tiene tres años. ¿Qué ve a los tres años?».

La voz era infantil.

«—Tengo un perrito.

»—¿Un perrito de verdad?

»—No, de juguete.

»—¿Cómo es?

»—Es negro y tiene la cola peluda. Y los ojos encarnados. Y un collar blanco.

»—¿Cómo se llama?

»—Blackie.

»—¿Dónde está usted ahora?

»—En un coche con mi padre y mi madre. Yo llevo a Blackie conmigo. El coche corre.

»—¿Y qué más?

»—Me asomo por la ventanilla. Y Blackie cae del coche, a la carretera. Y entonces otro coche pasa por encima de él.

»—¿Y usted qué hace?

»—Lloro.

»—Ahora usted tiene dos años. Dos años de edad. Véase como un niño de dos años. Ahora, vaya más atrás. Tiene un año. Un año de edad. Piense en algo que le sucedió cuando tenía un año. Piense en ello un momento. Muy bien. Ahora, retroceda, retroceda, retroceda en su mente. Retroceda hasta cuando nació».

Ninguna respuesta. Y de nuevo la voz de Bentley.

«—Piense. Vuelva al día en que nació. ¿Qué siente?

»—Soy muy pequeño. Estoy enroscado. En un sitio oscuro. No puedo ver...».

De pronto, Bentley paró la cinta. Mostró una fotografía a Peter.

—Le he tomado esta fotografía con una Polaroid. He pensado que tal vez la encontraría interesante.

Al parecer, Bentley había subido las persianas lo suficiente para tener la luz necesaria con que tomar la fotografía. Era muy clara. Peter estaba enroscado sobre el diván en la posición de un feto.

Entonces, el parapsicólogo volvió a poner en marcha el magnetófono. De nuevo la voz de Bentley:

«—¿Oye usted algo?

»—Oigo un ruido dentro de mí. Algo que late. Mi corazón. Y oigo también otro ruido. Fuera de mí.

»—¿El corazón de su madre?

»—Sí.

»—Y luego, ¿qué?».

La vocecita chillona se llenó súbitamente de terror.

«—Algo me agarra la cabeza. Frío. Duro. Me aprieta. Empieza a tirar de mí y me saca del sitio oscuro y caliente. Todo me causa daño. Me gusta el sitio oscuro y caliente. No quiero dejarlo. Sigo mi movimiento hacia fuera. Es difícil respirar. Salgo, la cabeza en primer lugar. Algo me levanta, me sostiene por las piernas. Todo me hace daño. Me pongo a llorar. Hay algo alrededor de mi cuello. Empiezo a ahogarme, no puedo respirar. Entonces me quitan esa cosa...».

Peter escuchaba, pasmado. De pronto, recordó una conversación que su madre había tenido con unos amigos hacía mucho tiempo. Entonces era todavía un niño. Habían estado hablando del embarazo de cierta mujer, y su madre dijo que Peter había nacido con la ayuda del fórceps y que estuvo a punto de ser estrangulado por el cordón umbilical al enroscársele alrededor del cuello.

Entonces, se oyó la voz de Bentley. Era apacible, sosegada. No se notaba en ella el menor tono de apremio.

«—Ahora irá usted todavía más atrás. Usted va hacia atrás, atrás, atrás. Hacia antes de que estuviera en aquel sitio oscuro y caliente. Sí, usted puede hacerlo. Puede

ir atrás, atrás, más atrás. Mire en su memoria. Está usted a punto de partir hacia antes de esta vida. Recuerde alguna otra vida, algún otro tiempo, algún otro lugar. Usted recordará cosas, cosas que sucedieron. Usted podrá hablarme de ellas. Ahora, piense. Hace mucho tiempo. ¿Qué ve usted?».

Hubo un largo silencio. De pronto, una voz:

«—Un lago. Veo un lago».

Peter casi saltó de su sillón. Ahora oía la voz de X. La transición había sido impresionante.

«—¿Está usted cerca de ese lago?

»—Sí.

»—¿Cómo se llama usted?

»—No lo sé.

»—Piense. ¿Cómo se llama?».

Una pausa. Después:

«—No lo sé».

La voz de Bentley era insistente.

»—Pruebe. Haga un esfuerzo para pensar. Piense.

»—No lo sé. No lo sé. —Parecía irritado.

»—Muy bien. Está usted cerca del lago.

»—Sí.

»—¿Qué nombre tiene el lago?

»—No lo sé.

»—Piense.

»—No lo sé.

»—Muy bien. ¿Está usted solo, ahí? ¿O bien con alguien?

»—Con otra persona.

»—¿Quién?

»—Marcia.

»—Marcia ¿qué?

»—No lo sé.

»—¿Cuál es el apellido de ella?

»—No lo sé.

»—Muy bien. Dígame pues lo que sí sabe.

»—Es de noche. He salido de la cabaña. Estoy desnudo. El viento es frío. Tiemblo un poco. Pero pronto dejo de sentirlo...

»—Continúe...

»—Hay luna. Es casi luna llena. Me siento bien. Muy bien. Camino hacia el embarcadero. Hago una pequeña danza guerrera...».

A partir de este punto, la voz de X relató todo el episodio, hasta el último detalle, exactamente como él, Peter Proud, lo había soñado una y otra vez. Hasta el horrible fin. Luego hubo una pausa de varios minutos.

Peter se sentía totalmente distinto, separado de X. Eran dos personas diferentes. Después del instante del nacimiento, había entrado en escena un extraño. Un extraño familiar, pero un extraño al fin y al cabo.

Entonces, intervino la voz de Bentley.

«—¿Hay algo más? ¿Puede ir todavía más atrás?».

Hubo una pausa. Después:

«—Veo un automóvil.

»—¿Sí?

»—Conduzco este automóvil. La capota está bajada. Hay una muchacha a mi lado. Canta.

»—¿Hacia dónde conduce usted el coche?

»—No lo sé.

»—¿Cómo se llama la muchacha?

»—No lo sé.

»—¿Cómo se llama usted?

»—No lo sé.

»—Muy bien. Siga usted retrocediendo. ¿Qué más ve?».

X relató entonces, uno tras otro, el Sueño de la Criatura, el Sueño del Tenis, el Sueño de la Cárcel, el Sueño de la Torre y todos los demás, hasta llegar al Sueño del Árbol. En ninguno de ellos había mencionado nombre alguno, ni tampoco hechos nuevos. El Sueño del Árbol iba a ser la última posibilidad.

La voz de Bentley se hizo aún más apremiante.

«—Ahora dígame lo que ve.

»—Veo un árbol.

»—¿Sí? ¿Dónde está ese árbol?

»—En una especie de parque. En las afueras de una ciudad.

»—¿Cómo se llama el parque?

»—No lo sé.

»—¿Qué nombre tiene la ciudad?

»—No lo sé.

»—Piense —insistió la voz de Bentley—, haga un esfuerzo para recordar.

»—No sé el nombre de la ciudad. No lo sé.

»—Usted estuvo allí. *Debe* saberlo.

»—No. —La voz se irritó de nuevo—. No lo sé. No lo sé.

»—Muy bien. ¿Qué ve?

»—Estoy en ese lugar. Con una muchacha.

»—¿Es Marcia, la muchacha?

»—No. Es otra chica.

»—¿Cómo se llama?

»—No lo sé.

»—¿Cuántos años tiene usted, ahora?

»—Soy joven.

»—¿*Muy* joven?

»—No lo sé.

»—¿Qué está haciendo?

»—Estoy grabando mis iniciales —y las de ella— en la corteza del árbol.

»—¿Qué iniciales son?

»—No lo sé. No puedo verlas.

»—Intente verlas.

»—No puedo. ¡No puedo verlas!».

Tras unos minutos de silencio, Bentley cerró el magnetófono.

—Bien, eso es todo. Nada utilizable. Nada nuevo. Ni un nombre en ninguna parte, ni una huella.

—¿Por qué no podré recordar nada más?

—No lo sé.

El parapsicólogo sacó el carrete de cinta del magnetófono y cerró de un golpe la tapa del aparato. Estaba francamente decepcionado.

—Sólo podemos teorizar. Es indudable que ha presentado usted una gran resistencia a la exploración, incluso en estado hipnótico. Por alguna razón, no ha querido abrir la puerta. O, dicho de otro modo, no ha querido abrir la caja de Pandora. Por miedo, tal vez, de llegar al fondo de ese tremendo misterio, de revelarse usted a sí mismo. Por temor, quizá, de no poder soportar todo lo que descubriera, de que llegase a enloquecer.

Peter estaba aún aturdido por lo que había oído en la cinta; por todos aquellos nombres que había recordado hasta el mismo día de su nacimiento. Pero más allá de éste, nada. «Sólo contaré hasta aquí y basta —parecía haber dicho X—. Si no quiero recordar, nada podéis hacer para conseguirlo».

—No sé... —dijo Bentley, no muy convencido—. Si probáramos otra vez... Quizá podríamos hacerle descender a una etapa más profunda...

Era fácil ver que Bentley no tenía muchas esperanzas en esta posibilidad.

—De hecho, no cree usted que dé resultado, ¿no?

—Si he de decirle la verdad, no. —Y añadió, con esperanza—: Pero podríamos probar aún otro método.

—¿Sí?

—El electrochoque.

—¿Tratamiento de choque?

Bentley asintió con la cabeza.

—Hay una teoría según la cual la aplicación del electrochoque antes de la hipnosis produce resultados interesantes: cambia temporalmente las características de la memoria, de modo que el paciente presenta menor resistencia. Por supuesto, deberíamos experimentar con una corriente muy débil...

—¿Experimentar? ¿Quiere acaso decir que esto no se ha probado nunca con

nadie?

Bentley vaciló.

—Hombre, sí... Se ha probado.

—¿Con quién?

—Con los esquizofrénicos.

Peter clavó los ojos en el parapsicólogo.

—No creo ser un esquizofrénico, Hall.

—No he dicho que lo fuera —se apresuró a decir Bentley—. Es tan sólo algo que podríamos considerar.

—No. No quiero ser el conejillo de Indias de nadie. Y no quiero que me revuelvan los sesos para probar *nada*.

—Muy bien —dijo Bentley—. No se lo reprocho. Creía que llegaríamos a alguna parte. Olvidemos todo esto e intentemos librarle de otro modo de ese mono que lleva usted a cuestras. Probaremos con la sugestión por hipnosis. ¿Qué le parece mañana por la mañana, a la misma hora?

—¿Cree que hay alguna posibilidad...?

—No lo sé. En hipnoterapia, es arriesgado hacer predicciones. Hemos tenido algunos buenos resultados en ciertos traumas que implicaban trastornos del sueño, amnesia y cosas por el estilo. Todo lo que podemos hacer es probar.

Hall Bentley, cuando su paciente se hubo marchado, fue hacia un armario y se sirvió un trago. Se sentía muy cansado y muy deprimido.

«Vaya chasco que me he llevado...», pensó. Por un instante, había cobrado grandes esperanzas, sobre todo cuando vio que su paciente era *capaz*, primero, de entrar en estado de trance y, segundo, susceptible de regresión. Por un instante, había creído que allí, aquel día, Peter Proud se convertiría en la prueba viviente de la reencarnación. Que allí se haría historia, que harían estremecer al mundo. Tal perspectiva era mil veces más emocionante que andar sobre la luna.

Pero su paciente no se había movido de cero.

Esperanzado, había perseguido a este fantasma durante años. Pero siempre llegaba al mismo callejón sin salida. Teorías, conjeturas, incluso cierta dosis de lógica. Pero nada de pruebas definitivas. En aquel momento, estaba convencido de que jamás encontraría ninguna. Y todo aquel que creyera realmente que ello era posible no hacía más que engañarse.

«¿Lo cree usted posible? Estupendo. Ahora sólo le falta probarlo, doctor».

A la mañana siguiente, Bentley hipnotizó de nuevo a Peter. Cuando lo tuvo en estado de hipnosis, comenzó:

—Ha tenido usted esos sueños. Los mismos sueños. Pero, en realidad, son alucinaciones. Son perjudiciales. Son pesadillas que trastornan su sueño. Agotan sus energías. Por lo tanto, debe librarse de ellos. Ya ha tenido demasiados. Los olvidará del todo. Nunca existieron...

Como por milagro, los sueños desaparecieron.

Las noches transcurrían, una tras otra, sin sueño alguno. Peter se despertaba descansado, con nuevas fuerzas. El hombre a quien él llamaba X había muerto, al parecer, desde hacía algún tiempo. Ya no andaba por las calles de la misteriosa ciudad, ni jugaba al tenis, ni conducía el gran Packard, ni contaba dinero en la cárcel.

Con el tiempo, volvió a soñar. Pero ahora sus sueños eran diferentes, como los de todo el mundo. Sus sueños se identificaban con recuerdos de la infancia o con figuras conocidas. Sueños en que los personajes le eran familiares: su padre, su madre, sus amigos, Nora. Y, en cuanto a los lugares, reconocía los de sus recuerdos presentes.

A la larga, las alucinaciones se convirtieron en un gran sueño, en una serie de pesadillas que había tenido en otros tiempos. De cuando en cuando consultaba la libreta de notas que había llevado. Ahora podía leer su contenido con curiosidad y sin identificarse con él. Sólo veía en aquello las más disparatadas fantasías.

Volvió a ser él mismo, el mismo de antes. Trabajaba bien, daba clases, hacía sus investigaciones.

Llegó a completar ocho capítulos de su libro. Tenía buen apetito. Aún jugaba más al tenis que antes, y su juego y sus reflejos eran más vivos. Le parecía gozar de doble energía en comparación con la que tenía antes. Se sentía estupendamente. Y en paz.

Sus relaciones con Nora mejoraron. Sabía que andaban mal últimamente, que, de hecho, ella había estado a punto de dejarlo. Sabía que no había sido fácil vivir con él. La muchacha había seguido a su lado, aunque consciente de que resistía un desafío. Y su vida sexual se resintió con ello. Ahora todo había vuelto a la normalidad.

A veces hablaban de matrimonio, pero de una manera deliberadamente vaga. Quizá, decían. Algún día. Sin embargo, ambos sabían que en realidad no era posible, que no lo era para toda la vida. Se apreciaban el uno al otro, eso sí, tanto física como intelectualmente. No se limitaban a gustarse mutuamente, pero algún día, ellos lo sabían, aquello terminaría, con la profunda pena y el gran sentimiento de haber perdido algo importante por ambas partes. Pero entretanto gozaban el uno del otro de día en día.

Entonces, una noche, sin más ni más, sin que lo esperaran, su tranquila existencia se quebrantó.

Sucedió unos dos meses después de su última sesión con Hall Bentley, durante las vacaciones a la mitad del curso de primavera. Él se hallaba extendido en el diván frente al televisor, mirando con indiferencia el final de un programa y el inicio de otro. El programa que estaba empezando era una de esas películas documentales que producían a veces las cadenas de televisión para convencer a la Comisión Federal de Comunicaciones de que trabajaban efectivamente en favor de la utilidad pública y vitalmente interesadas en elevar el nivel cultural del pueblo norteamericano. Ésta, según el título que le daba comienzo, trataba de «La cambiante faz de Norteamérica».

Aquella tarde había jugado tres duros partidos de tenis y ahora se encontraba en su segundo martini. Se sentía agradablemente cansado y soñoliento. Tenía que hacer un esfuerzo para mantener los ojos abiertos mientras miraba la pantalla. Nora estaba en la cocina asando bistecs. Se quejaba de ciertos contratiempos de su empleo. Él sólo la escuchaba a medias mientras ella se expresaba cada vez con mayor irritación:

—Ese bastardo para el que trabajo, el doctor Lohrman, hace días que está inaguantable. Debe de tener algún problema con su mujer o con alguna otra cosa. Creo que ella lo ha dejado. Sea lo que fuere, lo hace pagar a todos sus ayudantes, especialmente a mí. Por lo visto, no hago nada bien. ¿Y sabes qué te digo de él?

—¿Qué?

—Que lo encuentro poco honesto. Intelectualmente deshonesto. He sabido por casualidad que cogió un artículo que descubrió en una oscura publicación alemana, lo parafraseó un poco, y ahora lo usará en una obra suya sin citar a su verdadero autor...

En la pantalla del televisor, se puso a hablar un narrador. Estaba de pie sobre un enorme mapa de los Estados Unidos. Aquél era un programa, dijo gravemente, sobre la Norteamérica contemporánea. «Sobre la Norteamérica en que ustedes y yo vivimos hoy. La Norteamérica que la mayoría de nosotros amarnos. Vamos a mostrarles cómo ha cambiado su faz, hasta dónde ha llegado Norteamérica, dónde se encuentra ahora. De qué modo ha cambiado su población, su economía regional y otros aspectos durante los últimos cincuenta años».

Peter apuró su último martini. Cada vez se sentía más soñoliento. La voz de Nora seguía llegando de la cocina. Vagamente, le oyó decir que estaba harta de ser profesora auxiliar, sobre todo a las órdenes de un idiota exigente como Lohrman. Estaba inaguantable. Y allí se encontraba ella, una candidata a doctora en filosofía, tratada como una niña, recibiendo unos honorarios miserables y pagando aún por la enseñanza que recibía. Por añadidura, había comparecido ante el comité doctoral para presentar el tema de su tesis al presidente, un pretencioso hijo de perra, quien lo había rechazado. Le dijo que debía elegir un tema de orientación más problemática. ¿Pero, qué demonio significaba *aquello*?

Su voz pasó a segundo término. Se había convertido en una lejana cháchara. Peter miraba fijamente la pantalla del televisor. Ahora, las imágenes aparecían y

desaparecían como relámpagos; eran rápidas vistas de varios pueblos y ciudades. Granudas fotografías tomadas hacía ya mucho tiempo, de la clase que ahora llamarían «americana», es decir, de las que habían pasado a formar parte de los materiales característicos de Norteamérica, de su civilización y cultura. El narrador hablaba en este momento de la Costa Este, específicamente de Nueva Inglaterra. Muchos años atrás, decía, era una zona industrial de vital importancia. Allí, en aquellos pueblos y ciudades, hubo industrias de la seda, del papel, de herramientas, de los tintes, de hilados y tejidos y de armas de poco calibre. Había sido una región de hábiles artesanos, inmigrantes procedentes del terruño muchos de ellos, yanquis nativos los otros. Pero los tiempos habían cambiado. Muchas de las industrias habían cerrado y se habían trasladado al Sur, donde la mano de obra era más barata. Las vistas, un montaje de diferentes tomas, seguían pasando una tras otra: pueblos y ciudades de hacia 1920, desde Maine a Connecticut. Mostraban calles céntricas, fábricas, zonas residenciales, monumentos, plazas públicas y así sucesivamente, sin que nada se identificara con ningún nombre.

De pronto, Peter se incorporó con la rapidez de un rayo. Acababa de verla allí, en la pantalla del televisor. Su ciudad.

Estaba seguro. Había visto una rápida imagen de la calle principal que tan bien conocía. El puente de piedra del ferrocarril encima de la calle, con su parte inferior curvada en forma de arco. Luego una instantánea de la plaza que recordaba. Y la torre, una réplica exacta de la que había visto tantas veces en el Sueño de la Torre.

Habían sido sólo vislumbres. Sin que se diera el nombre de la ciudad. Pero acababa de verla allí, en aquella pantalla. *Su* ciudad.

Estaba rígido, mirando fijamente la pantalla. Ahora, el narrador hablaba del Sur. Vistas de otras ciudades, de otros pueblos, pasaban con rapidez, como disparos. Se sentía empapado de frío sudor. Entonces, gritó:

—¡Nora!

Ella vino corriendo de la cocina, alarmada.

—¿Qué pasa?

Le dijo lo que acababa de ver. Lo soltó farfullando, echando las palabras a borbotones. Ella lo miraba con fijeza.

—Pete, estás loco.

—Te digo que sí. Acabo de verla.

—No es posible.

—Te juro que la he visto...

—Muy bien —dijo ella—. Crees que la has visto. Tal vez la hayas visto, pero en tu imaginación.

—No.

—Querido —le dijo ahora pacientemente—, esa ciudad no existe. En cualquier caso, no se trata de la que soñabas. Simplemente, estabas echado en el diván, habías tomado un par de martinis y estabas medio dormido. Has soñado despierto, ¿sabes?

Has visto pasar rápidamente todas esas vistas, y no has hecho más que identificar un par de ellas con tus recuerdos. Has tenido una especie de alucinación...

Él la miraba fijamente. Ahora no estaba tan seguro.

—¿Lo crees así?

—No lo creo, lo sé.

—Juraría que acabo de verla. Aquel puente en arco del ferrocarril. Aquella calle. Ahí mismo, en la pantalla. Mirándome, cara a cara. Y la plaza pública, y la torre.

—La próxima vez, querido —dijo ella—, ten cuidado con los martinis. Sobre todo estando tan cansado. Y ahora, ¿qué tal si fueras a lavarte? Estos bistecs ya están casi listos.

Más tarde, no pudo dormir. Daba vueltas en la cama, tratando de volver a crear aquellos breves momentos ante el televisor. Ahora no creía en su memoria. Tal vez se había adormilado o, simplemente, había visto visiones.

Sin embargo, le había parecido que estaba tan *seguro*...

Sólo había una manera de averiguarlo. De un modo u otro, tenía qué volver a ver aquella película.

Llamó a las oficinas de la cadena de televisión en Burbank. Sí, tenían una copia de la película, pero la guardaban en una caja fuerte. Mostrarla en privado estaba en contra de las normas de la entidad. No obstante, si quería presentar una solicitud por escrito, harían lo posible para darle el curso adecuado. En resumen: un callejón sin salida.

Peter cambió de táctica. Tenía algunos amigos en la industria de la televisión, y uno de ellos conocía al productor de aquel programa, un tal Paul Daley. Podía encontrarse a Daley en las oficinas de la cadena en Nueva York. El productor debía de tener una copia de la película televisada, y, si Peter quería, su amigo pondría en antecedentes a Daley para que él mismo pudiera llamarle personalmente.

Peter telefoneó a Daley a Nueva York y, tras mencionar el nombre de su amigo, contó al productor una vaga historia sobre su deseo de recoger datos de la ciudad donde estuvo el hogar de su infancia, y que se dirigía a él por suponer que en su película figuraban vistas de tal lugar. Le explicó, sin dar importancia a la cosa, que tenía que ir al Este para otros asuntos y que le gustaría tener ocasión de ver la película. Daley se mostró complaciente.

Después de esto, habló con Hall Bentley. El parapsicólogo lo escuchó hasta el final sin hacer el menor comentario. Peter se lo contó todo, incluso su proyectada visita a las oficinas de la cadena de televisión y la reacción de Nora.

—¿Sabe qué le digo, Pete? Que tal vez ella tenga razón. Podría haber sido sólo una ilusión.

—Le juro que vi esa ciudad.

—¿Con una seguridad del ciento por ciento?

—No.

—Entonces, *creyó* haberla visto.

—Sí, pero en aquel momento *estaba* seguro.

—Escúcheme. Es posible que la viera usted efectivamente, por así decirlo. Estaba usted bebiendo, cansado y medio adormilado. Sus ojos estaban fijos en la pantalla. Sitúese usted. Van pasando las imágenes, vistas de pueblos y ciudades de Nueva Inglaterra. Usted tiene una imagen mental de *su* ciudad de Nueva Inglaterra, la de sus sueños. Es una imagen muy viva. Usted *quiere* ver esa ciudad, tanto que podría decirse que le sale por los ojos. Entonces, usted no hace sino proyectarla sobre la pantalla, entre las otras vistas.

—Muy bien. Comprendo lo que quiere decir.

—Otra posibilidad. Tal vez se adormiló de verdad y tuvo esta alucinación. Como las otras.

—No he vuelto a tenerlas desde que usted me...

—Nunca he dicho que los resultados serían permanentes. Podría volver a las andadas en cualquier momento.

—Pero, ¿por qué *en aquel momento*? ¿Por qué tuve precisamente esa alucinación en el mismo instante en que estaba mirando justamente aquel programa?

—Lo ignoro. A no ser que las imágenes que vio mientras estaba todavía consciente la desencadenaran...

—Aun así, es una gran coincidencia, ¿no le parece?

—Le citaré otra todavía mayor —dijo Bentley secamente—. Sueña usted determinada ciudad; y después, milagro de milagros, la ve en un programa de televisión.

Permanecieron un momento en silencio.

—Hall...

—Qué...

—Supongamos que no es ninguna coincidencia. Supongamos que es una realidad. Supongamos que todo estaba dispuesto.

—¿*Dispuesto*? —Bentley lo miró, perplejo—. No comprendo...

—No sé cómo explicárselo. Me doy cuenta de lo extraño que esto le parecerá. Sin embargo, tengo esa impresión. De que alguien o algo está tratando de decirme algo. De no ser así, ¿por qué aquellas alucinaciones? ¿Por qué yo? ¿Y por qué *dio la casualidad* de que precisamente yo escogiera aquel programa y viera lo que vi?

—No hemos aceptado todavía que usted viera nada.

—Hay un modo de saberlo.

—¿Sí?

—Voy a Nueva York. La respuesta está allí, en aquella película. O la vi o no la vi.

Bentley guardó silencio unos momentos. Después dijo, pensativo:

—Pete, no quiero que me interprete mal. No es mi deseo despreciar su parecer, pero yo soy un científico. Mi naturaleza y mi profesión me obligan a ser escéptico, a probar toda historia que caiga en mis manos abriéndole agujeros por todas partes, para convencerme de que, aun así, no hace agua. Sin embargo, no soy un científico

tan puro como *eso*. Usted dice que tiene esa impresión, la de que alguien está tratando de decirle algo. Podría ser cierto. Después de todo, estas alucinaciones tuyas son absolutamente únicas. Como usted sabe, he entrevistado a miles de pacientes, y nunca he dado con un caso que se pareciera ni remotamente al suyo. Hasta un idiota debe admitir que a nuestro alrededor pasan cosas incomprensibles para todo el mundo. No por hallarse más allá de nuestra limitada comprensión deben considerarse como inexistentes. A cada momento rompemos nuevas fronteras de la percepción humana. Usted ha soñado una ciudad, y ahora cree que la ha visto en la televisión. Quizá todo le sucedió por pura casualidad. Lo que me recuerda algo que Anatole France dijo sobre la casualidad. ¿Conoce usted la cita?

—No.

—«Casualidad es el seudónimo que usa Dios cuando no quiere firmar con su propio nombre».

Bentley se quedó un momento silencioso. Luego preguntó:

—¿Cuándo se marcha usted?

—Mañana por la mañana.

—Quiero que haga una cosa. Y debe hacerla hoy. Antes no se vaya.

—¿Qué?

—¿Dónde tiene aquella libreta en que registraba todos sus sueños?

—En casa. ¿Por qué?

—Vaya a su casa y cójala tan pronto como llegue a ella. Saque entonces dos fotocopias de sus anotaciones. Envíeme una por correo certificado. Cuando la reciba, la pondré, sin abrir, en una caja de caudales. Junto con la cinta que grabamos mientras usted se hallaba en estado hipnótico.

—¿Y la otra copia?

—Vaya a un banco, antes no cierren, y alquile una caja de seguridad a su nombre.

—Ya tengo una.

—Ya lo suponía, pero tome *otra* en otro banco. Ponga la otra copia en esa caja. Entonces, no vuelva a hacer ninguna visita a dicha caja. No vuelva siquiera a acercarse a ella hasta que yo se lo diga. El empleado del Banco registrará su nombre y la fecha de hoy en la ficha de la caja, además de la correspondiente entrada. Será la única anotación, lo que probará que usted nunca hizo una segunda visita. —Dio una mirada a su reloj de pulsera—. Tendrá que darse prisa para poder hacer todo esto.

—¿Y por qué todo esto?

—Se lo diré en una sola e importante palabra: pruebas. ¡Si llegamos a conseguir algo, nos serán necesarias todas las que tengamos a nuestro alcance!

Aquella noche dijo a Nora que iba a Nueva York. Y, mientras hacía la maleta, le explicó por qué.

—Estás chiflado —le dijo ella.

—Tal vez.

—Debes darte cuenta de que lo que haces es completamente irracional.

—No lo sé.

—Pues yo sí. —Ahora estaba enojada—. Tú no viste nada en el televisor. Nada en absoluto. Excepto lo que *quisiste* ver. No reconociste ninguna ciudad. Ninguna ciudad con que hubieses soñado ni nada parecido. Todo fueron fantasías tuyas. ¿Eres capaz de comprenderlo?

—Lo sabré cuando esté allí.

—Escúchame, Pete. Quédate aquí. Aquí, tal como estabas, te sentías estupendamente. Sin alucinaciones. Ahora vuelves a enredarte, a meterte en berenjenales. Déjalo estar, Pete. Déjate de exploraciones. Quédate aquí.

—No puedo, he de ver esa película.

—Ya veo que has tomado una decisión, y que nada de lo que te diga podrá cambiarla.

—Lo siento, Nora.

—Muy bien —dijo ella—. He intentado hacer un esfuerzo, pero no puedo más. Con franqueza, Peter, me das miedo. No creo que obres con sensatez. Creo que estás al borde del abismo y no te das cuenta. De todos modos, no me encontrarás aquí cuando vuelvas.

Cogió un avión con salida a las 8,45 de la mañana y llegó al aeropuerto Kennedy unos minutos antes de las cinco de la tarde. Recogió su maleta y caminó hasta el bordillo de la acera. Hacía frío y caía una espesa lluvia. No había pensado en llevarse el impermeable, y tiritaba ya cuando consiguió un taxi. El tránsito estaba enmarañado cuando salieron de la autopista Van Wyck. Durante un buen rato marcharon paso a paso. Fuera, la ciudad casi se esfumaba en una gris opacidad. La lluvia caía inclinada y con fuerza contra las ventanillas del coche. Se sentía cansado y deprimido.

Tomó habitación en un hotel y cenó en ella. No tenía ganas de salir. Oía cómo el viento aullaba y gemía en el exterior por desfiladeros de acero y cristal. Seguía lloviendo con intensidad. Cuando miró a través de las ventanas, la ciudad le pareció hostil, perteneciente a otro planeta. Se sentía allí como un extraño, como una persona desplazada. Más que eso. Se sentía como si hubiese sido víctima de una burla.

«¿Qué estoy haciendo aquí?».

Como un idiota, había viajado hasta allí sólo para perseguir una fantasía. Ahora estaba seguro de que no había visto nada, de que aquello no había sido más que otra alucinación. Esta convicción fue creciendo en su interior a partir del momento en que subió al avión. Estaba seguro de que si el vuelo no hubiese sido sin escalas, habría dado media vuelta y habría regresado volando a casa. Incluso Bentley se había mostrado escéptico, y Nora lo había creído loco. Ahora la había perdido. Cuando Peter subió al apartamento, ella estaba todavía en él recogiendo sus cosas. Él le rogó que se quedara, pero ella permaneció rígida, como ausente. Por toda respuesta le dijo que volvería más tarde, el mismo día, para llevarse el resto de lo que allí tenía. Entonces, él se marchó.

Se acostó más deprimido que nunca.

Aquella noche volvieron, por primera vez después de muchas semanas. Uno tras otro. Primero, el Sueño del Árbol. Luego, el Sueño de la Torre, el Sueño del Dinero, el Sueño del Tenis y todos los demás. Y, al final, como siempre, el Sueño del Lago.

Paul Daley, el productor de *La cambiante faz de Norteamérica*, era un hombre joven. Recibió a Peter en su despacho y después lo condujo a la sala de montaje. Cuando un ayudante de montaje hubo cargado la movióla con la película, Daley se volvió hacia Peter.

—Voy a ponerla en marcha. Yo miraré por este ocular, pero, si permanece usted a mis espaldas, podrá ver también el paso de la película. Cuando vea aparecer la ciudad, dígame que pare. Podré así inmovilizar la escena para que pueda mirarla cuanto quiera. ¿De acuerdo?

Peter asintió con un movimiento de cabeza. Notaba en su pecho una opresiva sensación. Entonces, el pánico se apoderó de él. «No habrá ninguna ciudad», pensó.

No hubo nunca ciudad alguna. Ni en esta película ni en ningún lugar. Y, si no había ninguna ciudad, ¿cómo podría decir a Daley que parara la máquina? ¿Dónde? ¿En qué punto de la película? Era absurdo. Él, Peter, haría el peor de los ridículos. «Pues yo creía que la ciudad estaba aquí. Siento haberle hecho perder el tiempo, señor Daley. Debe de ser algo que sólo soñé». Cuando el productor lo echara de allí, nada tendría que reprocharle.

—Muy bien. Pasémosla.

Daley pisó el pedal. Se oyó un fuerte zumbido. Mirando por el ocular, por encima de la espalda de Daley, Peter vio aparecer el título, y después al narrador de pie sobre el enorme mapa de los Estados Unidos que había en el suelo. La boca del narrador se movía, pero no salía ningún sonido de ella. Peter recordó vagamente la sustancia de lo que decía. «La Norteamérica que ustedes y yo amamos». «Cómo ha cambiado su faz». «Dónde ha llegado y dónde se encuentra ahora...».

—Ese montaje viene ahora —dijo Daley—. Abra bien los ojos.

De súbito las imágenes aparecieron en la pantalla, granudas, viejas. Ciudades de Nueva Inglaterra. Humeantes fábricas. Calles principales. Bosques. Cadenas de montañas. Ríos y campos. Granjas. Primeros planos de caras. Parques y monumentos. Blancas iglesias coloniales. Plazas públicas. Trabajadores saliendo, hormigueantes, de las fábricas. Transeúntes cruzando las calles. Primero una ciudad, después otra. Luego otra.

A Peter le parecían interminables. En cualquier momento, lo sabía, se pasaría a las vistas del Sur, y todo habría terminado. No sólo la secuencia, sino también sus esperanzas. Tal vez si avisara ya a Daley...

De pronto, la vio.

—¡Pare!

Daley paró bruscamente la movióla. El productor preguntó:

—¿Cuál? ¿La que acabo de pasar? ¿La de la torre?

—Sí.

La palabra salió de él con voz ronca. Daley lo miró de reojo con curiosidad. Peter quedó cubierto de frío sudor. Siguió mirando por el ocular, pero la ciudad ya no estaba allí. La pantalla mostraba otra vista.

—La he hecho avanzar más de la cuenta —dijo Daley—. Haré retroceder la película y luego inmovilizaré la imagen para que usted la vea.

Pisó de nuevo el pedal. Las vistas se deslizaron de nuevo en orden contrario. Entonces, Daley inmovilizó la imagen.

Su ciudad. Allí estaba. Era real. La vista se había tomado desde la torre. A lo lejos se veía el río, con su curva en forma de S invertida. Debajo mismo, estaba la plaza, los monumentos y paseos que tan familiares le eran, los bancos donde se sentaba la gente. Exactamente como lo había visto tantas veces en el Sueño de la Torre. Daley hizo correr la película un par de imágenes más atrás. Ahora vio lo que parecía ser una calle principal, con el puente de piedra del ferrocarril, con la curva en forma de arco

en su parte inferior. Lo habría reconocido en cualquier lugar. La gente se apiñaba en las calles. Llevaban vestidos pasados de moda. Debían de haber tomado la película durante los años veinte. En su sueño, por supuesto, la veía en un período mucho más reciente, en los años cuarenta. Pero era su ciudad; de esto no había duda. La imagen corrió ante sus ojos en la pequeña pantalla.

—Creo que ya está —dijo Daley—. No hay ninguna más.

Llamó al ayudante de montaje, y el hombre se puso a descargar la moviola. Daley se quedó mirando a Peter de nuevo.

—Parece usted trastornado —dijo—. ¿Ha sido tal vez ese nostálgico impacto?

—Creo que sí. No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—No me ha hecho sudar mucho. Contento de haberle ayudado.

—Ahora, si sólo pudiera saber el nombre...

—Quizá se lo pueda encontrar.

—¿Sí?

—Ésa era una cinta de las que tenemos almacenadas. Podría ser que el nombre de la ciudad estuviese en el registro de películas. Vamos a verlo abajo.

Tomaron el ascensor y volvieron al despacho de Daley. Éste sacó una carpeta de su archivador y dio una mirada a unas cuantas páginas, luego se detuvo y frunció el entrecejo.

—Aquí no hay nada. Ningún nombre. La película sólo lleva la identificación de: *Vista general, día, ciudad de Nueva Inglaterra. Y: Vista general, día, calle principal de una ciudad de Nueva Inglaterra.*

—Comprendo.

—Un momento —dijo Daley—. Probaremos otra cosa. Compramos toda esa cinta a una firma llamada Apex. Quizá sepan algo.

Los llamó por teléfono y les dio el nombre del programa, la fecha y números de las tomas, y les preguntó si había alguna identificación de aquella ciudad en particular. Esperó largo rato. Después dijo:

—Sí, claro... ¿Y no podrían decirme algo del productor? ¿O del operador? ¿Alguna idea de quién tomó esa película?

Esperó unos momentos más. Después colgó el teléfono y miró a Peter. Meneó la cabeza.

—Nunca han designado por su nombre a esa ciudad. El nombre del productor y del operador están registrados, pero ya hace tiempo que murieron los dos. Las bobinas de película que tenían las devolvieron en 1925.

—Entonces, no hay modo de encontrar el nombre...

—No —dijo Daley—. No lo hay.

Peter volvió al hotel y sacó pasaje aéreo para Boston. Hizo la maleta y dejó la habitación; luego tomó un taxi y se dirigió a La Guardia. A las cuatro en punto de

aquella tarde estaba en Boston.

Alquiló un coche en el aeropuerto y compró un mapa detallado de carreteras de Massachusetts y otro de Nueva Inglaterra.

Tomó habitación en un motel cercano. Había ya anochecido; era demasiado tarde para empezar ahora. Comenzaría enfilando la autopista a primera hora de la mañana.

Después de cenar, estudió el mapa de Massachusetts. La palabra «puritano» había surgido constantemente en sus alucinaciones. Parecía ser una clave, un símbolo, un indicador de dirección. Había leído bastante sobre los puritanos. Fundaron Massachusetts en 1640 y tantos, donde levantaron originariamente sus casas de reunión y sus iglesias, su molino de harina, sus aserraderos y sus talleres de forja. Crearon una austera oligarquía leedora de la Biblia, celebraban sus reuniones de ciudadanos, castigaban a los borrachos poniéndolos en el cepo, y, más tarde, quemaron a sus brujas. Massachusetts fue su plaza fuerte, aunque más adelante se esparcieron por otras partes de Nueva Inglaterra.

Massachusetts era, pues, para él la mejor posibilidad. Si fallaba allí, sería sólo el principio. Si era necesario, recorrería todos los malditos pueblos y ciudades de Nueva Inglaterra. Tenía que cubrir una gran extensión, y le costaría varios días dar con la ciudad, tal vez semanas. Pero él sabía que estaba allí, en algún lugar. Y la conocería cuando la encontrase.

Sí la encontraba.

A primera hora de la mañana, tomó la autopista. Con el mapa delante, había planeado el ataque a grandes rasgos. Primero, cubriría la faja circular de pueblos y ciudades que formaban un arco alrededor de Boston. Entonces continuaría mediante el recorrido de una especie de trama, de norte a sur, desviándose poco a poco hacia el oeste, hacia el Valle de Connecticut y los Berkshires. Su principal punto de referencia sería la torre. Y, por supuesto, aquel puente en arco del ferrocarril tendido sobre la calle principal.

Rodó a través de Medford, Malden, Woburn y Melrose. Luego pasó por Lynn, Wakefield, Peabody, Salem, Beverly y Danvers. Ahora evitaba las autopistas y carreteras de circunvalación, usando sólo las congestionadas arterias secundarias que unían una ciudad con otra. Únicamente de esta manera, pasando por las calles principales de cada ciudad y de cada pueblo, haría la ansiada identificación.

Después de eso, más al norte, Middleton, Newburyport, Amesbury. Luego, alejándose de la costa, desplazándose hacia el sudoeste, Haverhill, Methuen, Lawrence. Y en dirección sur, de nuevo hacia Boston, Reading, Burlington, Bedford.

No vio nada que se pareciera ni remotamente a su ciudad. Había varios puentes de ferrocarril tendidos sobre calles, pero ninguno de ellos con la forma y el color del que él buscaba. Había unas cuantas torres, pero ninguna que le recordase la que conocía. Sin embargo, vio en todas partes esta clase de letreros: Motel puritano, Restaurante puritano, Peluquería puritana, Drugstore puritano.

Avanzó por el sur de Boston. Quincy, Braintree, Weymouth, Brockton, Taunton, New Bedford, Fall River; evitó el cabo Cod. Por sus sueños, sabía que su ciudad no estaba rodeada por el mar. Tenía la impresión de que se encontraba en el interior.

Attleboro, Norwood, Framingham, Marlborough, Shrewsbury, Worcester.

Sólo dormía unas pocas horas cada noche. Apenas si se detenía para comer. Una rápida hamburguesa, seguidamente una vuelta por la ciudad, una rápida mirada, y de nuevo en marcha hacia la próxima población. Conducía hora tras hora. Se paró ante un millón de luces rojas. Las carreteras danzaban delante de sus ojos, las líneas blancas de la calzada oscilaban. En las horas de oscuridad, el cansancio y el aburrimiento se apoderaban de él. Conducía como un robot, por puro instinto. Dormía, agotado, en hoteles y moteles, y se despertaba al amanecer para continuar la búsqueda.

Leominster, Fitchburg, Gardner, Greenfield, Northampton.

Todas habían acabado por parecerle iguales. Iguales las gasolineras, los *drugstores*, los bazares, los tenderetes al borde de la carretera, la tiendas de recuerdos. Los mismos centros comerciales, el mismo tránsito, las mismas boleras, los mismos campos de golf, las mismas señales de tráfico, la misma gente en las calles. Todas las ciudades con la misma cara, pero con el nombre diferente.

Holyoke, Chicopee, Springfield, Westfield...

Gradualmente, veía que muy poco podía esperar de su búsqueda. Era una empresa descabellada.

No había visto nada que se pareciera ni remotamente a su ciudad. El registro de películas sólo decía: «Ciudad de Nueva Inglaterra». Podía hallarse en cualquier otro lugar, no necesariamente en Massachusetts. Podía estar en Connecticut, Rhode Island, Vermont, New Hampshire, incluso en Maine. El intento de encontrarla podía exigirle varias semanas. Y él no disponía ni de una semana. Sólo le quedaban cuatro días, transcurridos los cuales debería volar de nuevo hacia la Costa.

Había otra posibilidad, más deprimente, por supuesto. Tal vez ya había pasado por la ciudad y no la había reconocido. Cierto que tenía una buena imagen de aquel lugar. La llevaba, Dios lo sabía, bien grabada en su mente. Pero la conocía tal como era en los años cuarenta. Ahora estaba en los setenta. ¿Quién sabía el aspecto que tendría en la actualidad? Habían pasado treinta y cinco años, los suficientes para cambiar la apariencia de cualquier ciudad. Había habido el crecimiento demográfico de la posguerra, la realización de importantes proyectos de construcción de viviendas, habían aparecido edificios de gran altura, amplios centros comerciales, complejos de venta al por menor. Se habían derruido puntos de referencia que eran familiares, ensanchado calles, arrasado y reconstruido barrios enteros.

Tal vez había estado allí y no se había dado cuenta.

Al día siguiente, rodó por los Berkshires. Great Barrington, Stockbridge, Pittsfield, North Adams. No reconoció nada.

Siguiendo los indicadores de dirección, encontró la autopista de Massachusetts y fue hacia el Este, en dirección a Boston. Allí devolvería el coche y tomaría un avión para la costa.

Estaba terriblemente cansado del Estado de Massachusetts. Lo había recorrido por completo, de arriba abajo, hacia atrás y hacia adelante. Apenas había comido o dormido. Y se había dicho infinidad de veces que aquella ciudad por la que pasaba no era la suya, pero que podía ser la próxima. O la próxima. O la próxima.

Ahora ya no le importaba. Quizá volvería algún día y daría otra mirada, quizá recorrería entonces el resto de Nueva Inglaterra. Se tomaría el tiempo necesario, lo haría sin prisas. O, mirándolo de otro modo, tal vez no volvería jamás. ¿Para qué? ¿Con qué objeto?

«Dejemos los sueños en paz».

Sin embargo, sabía que jamás podría hacerlo. Su curiosidad no lo dejaría descansar nunca. Esta vez no había dado con la ciudad. Pero sabía que estaba allí, en algún lugar.

Era un caluroso día de primavera. La ardiente autopista se deslizaba bajo las ruedas de su coche, una interminable cinta de blanco y lustroso hormigón. Se mantenía a una velocidad de ciento treinta kilómetros. El ruido del motor y el

zumbido de los neumáticos lo hipnotizaban sumiéndolo en una especie de estupor. Tenía que hacer un esfuerzo para conservar los ojos abiertos. A la derecha de la autopista, las grandes señales verdes de carretera aparecían de pronto para desaparecer de golpe con sus destacadas letras blancas trémulas por la calina producida por el calor. Tenía que recorrer todavía más de ciento cincuenta kilómetros para llegar a Boston. Una vez en el avión, dormiría.

Un gran río apareció a la izquierda. No había estado antes en aquel lugar, pero sabía que era el río Connecticut. Más allá, en la otra orilla, había una ciudad.

De pronto, se despabiló por completo.

Sus ojos se clavaron en el río. Aquí, desde esta elevación, podía ver que formaba una peculiar curva en S invertida. Y, más allá, la ciudad.

Tenía el mismo aspecto que cualquiera de las otras ciudades que había visto. Sin embargo, no del todo. Había a su alrededor algo que la distinguía, algo en sus contornos, en su trazado. La forma en que sobresalían las colinas por detrás de la ciudad. Más abajo, tres puentes cruzaban el río. El primero, de color blanco, era un puente de carretera. El segundo, un puente ferroviario de caballetes. Y el tercero un viejo puente de acero con las vigas pintadas de rojo.

En el sueño, el río, en la lontananza, formaba esa misma curva en S invertida. Con todo, eso no era particularmente insólito; con toda probabilidad, el río formaba muchas curvas similares en su meándrico recorrido desde el norte hasta el océano. Sin embargo, esta S invertida estaba cerca de la ciudad.

En su sueño, había dos puentes, no tres. Pero el puente blanco parecía relativamente nuevo. Le parecía recordar el puente ferroviario de caballetes, así como el de las vigas rojas. Pero quizá no hacía más que creer que los había visto en sus sueños.

Buscó con la mirada el alto y delicado rectángulo florentino que se alzaba junto a una plaza pública. La torre con aquel mirador en que él había estado en su alucinación y desde donde había contemplado la ciudad y la plaza a sus pies.

Pero no había torre alguna. Y sin la torre, aquélla no era su ciudad. Sin embargo..., había *algo* en aquel lugar... Vio aparecer un gran letrero a la derecha de la autopista: Salida a un kilómetro.

Riverside. No significaba nada para él. No le recordaba nada. Sólo era un nombre como cualquier otro. Lo más acertado sería pasarla de largo y seguir para Boston. Y de allí, a casa.

Pero se vio disminuyendo la velocidad y desplazándose hacia el carril de la derecha para dirigirse a la rampa de salida. Casi como si su cabeza dijera una cosa y sus manos otra.

Cruzó el gran puente blanco y avanzó hacia el centro de la ciudad. Bridge Street. River Street. Columbus Avenue. Los nombres de los letreros indicadores de las calles no significaban nada para él. Había las gasolineras de costumbre, los mismos colores con coches usados, los mismos almacenes de venta al por mayor, los mismos

drugstores y cafeterías. Las acostumbradas multitudes en las calles, los mismos autobuses, el mismo tránsito. Sólo una ciudad más.

No obstante, volvió a tener la impresión de que había algo en ella... Algún que otro edificio le parecía familiar. La curva de una calle. El aspecto que el río y la orilla opuesta tenían desde aquí. Las fábricas del otro lado, con el humo saliendo a remolinos de sus chimeneas. Tan pronto le parecían familiares, tan pronto no. «Tomémoslo con calma. Éste no es el lugar. No puede serlo. Cuanto más se desea ver una cosa, tanto más se esconde de uno».

Tenía hambre. Decidió tomar un pisco-labis y seguir adelante. Mientras aparcaba el coche en lo que parecía ser una de las calles más céntricas, recordó que se había quedado sin dinero. Podía cobrar alguno de los cheques de viaje que llevaba. Había un Banco justamente al otro lado de la calle. La muestra decía: Puritan Bank and Trust. Entró en él.

Y entonces Peter lo vio: *Cotton Mather*.

El gran puritano estaba de pie sobre un pedestal en la parte trasera del Banco. Era una enorme figura, de tamaño mayor que el natural, tal vez con una altura de cerca de tres metros. Tenía el mismo aspecto que en el sueño. Una túnica color rojo oscuro, sujeta a la cintura por un cinturón de cuero. Sobre ella, una chaqueta grisácea sin mangas. Un jubón y unas calzas de piel ribeteadas de hule. Un gran sombrero cónico de ala ancha. Un amplio cuello blanco de lino. La expresión dura y severa. Los ojos fríos y sin vida.

«Bien, viejo amigo —pensó Peter—, hete aquí por fin. Finalmente nos hemos encontrado...».

Caminó hacia la parte posterior del Banco, hacia la efigie. Oyó resonar sus pasos sobre el suelo. Oscuramente, se daba cuenta del movimiento propio del Banco que tenía lugar en torno a él: gente haciendo cola para efectuar las transacciones, los cajeros detrás de la barrera de cristal, el murmullo y el susurro de las voces. El área en que se alzaba el puritano sobre su pedestal estaba cercada con cuerdas. Peter levantó la mirada para contemplar la efigie. El viejo puritano se elevaba por encima de él, gigantesco, aterrador. Tal como lo había visto en el sueño. Sus fríos ojos parecían mirar hacia abajo, clavarse en él.

—Qué... ¿Todo va bien, señor?

Peter giró en redondo. Un guardián uniformado del Banco lo miraba con curiosidad. Peter temblaba. Hizo lo posible por cobrar ánimos. Finalmente, consiguió sonreír.

—Ese personaje, ahí arriba. Nunca había visto cosa igual. Es muy... impresionante.

El guardián sonrió.

—Es usted benévolo con él. Mucha gente de por aquí lo encuentra francamente feo. Los directores del Banco han probado a veces a deshacerse de él. Pero, no sé..., la gente de la ciudad está acostumbrada a verlo aquí. Forma parte del Banco, ¿sabe

usted? La tradición y todo eso... Muchos de ellos echarían de menos al viejo Cotton si se lo llevaran de aquí. Parece que esté realmente vivo, ¿verdad?

—Sí, lo parece. —Miró al guardián—. ¿Es así como todos lo llaman...? ¿Cotton?

—Sí, señor. Por Cotton Mather. Supongo que es una especie de apodo.

—¿Hace mucho tiempo que él... eso... está aquí?

—Sí, por supuesto... Es algo así como una marca de fábrica del Banco. Está aquí desde que pusieron el Banco. Hará de ello unos cuarenta años. Lo que sí puedo asegurarle es que el viejo Cotton es un verdadero acaparador de polvo. Cada cinco años, más o menos, tenemos que quitarle los vestidos y ponerle otros nuevos.

—Claro...

Deseaba dar otra vuelta alrededor de la figura para volverla a contemplar. No era una cosa que sucediera todos los días eso de poder ver un sueño hecho realidad. Sabía que los ojos del puritano no eran más que cristal, pero tenía la curiosa sensación de que estaban vivos y que penetraban en él. Ahora sufría las consecuencias del sobresalto que había tenido. Sentía la piel de gallina sobre todo su cuerpo, y se daba cuenta de que no había dejado de temblar. El guardián seguía a su lado, con la mirada fija en él.

—¿Dónde podría cobrar unos cheques de viaje?

—Allá, señor. En cualquiera de aquellas ventanillas.

Se dirigió hacia una de las ventanillas. No se volvió para mirar atrás; no se atrevió. El sudor bañaba su frente. Sabía que no podía haber otra figura como aquella en ningún otro lugar del mundo. Y él la había encontrado. ¿O era ella quien lo había encontrado a él?

«Éste —pensó— es el lugar donde yo vivía. Antes de morir. Ahora no tengo la menor duda. Riverside, Massachusetts».

El empleado de detrás del cristal pagó el cheque de Peter.

—He visto que estaba usted contemplando al viejo quemador de brujas.

—Sí.

El empleado sonrió.

—Todos los que entran aquí por primera vez se detienen a darle una buena mirada. Atrae la vista, ¿no le parece? Llama mucho la atención. —Sonrió ahora con cara de lástima—. Pero, dígame usted, ¿le gustaría tener a ese horrible demonio clavándole la mirada en la cara todo el santo día? ¿Tal como yo he de soportarlo? — El empleado movió la cabeza con expresión de fastidio.

Peter cruzó la puerta del Banco y salió a la calle. Subió al coche y se dirigió hacia el norte. Por alguna razón, sabía que había una curva un poco más adelante y que después de ésta venía el cruce de dos grandes avenidas. Ahora sabía que había estado aquí antes. Algunos edificios, los más antiguos, le parecían familiares. Pasó por la curva, se paró ante una luz de tráfico y luego, sin vacilar, tomó por la calle de la izquierda. State Street, decía el letrero. Otro giro, ahora hacia la derecha. Y entonces lo vio. El puente en arco del ferrocarril tendido sobre la calle, allí delante. Era de

granito gris y estaba sostenido en cada extremo por una estructura parecida a un pequeño torreón. Tal como lo había visto en el sueño. Con la sola diferencia de que ahora parecía de un gris mucho más oscuro que el que recordaba.

Pasó por debajo del arco y, sin la menor duda, se dirigió hacia la próxima calle de la izquierda. Chestnut Street. «Es extraño», pensó. No podía recordar el nombre de ninguna de las calles que veía en sus sueños. No obstante, ahora, aquí, le parecía saber exactamente a dónde debía dirigirse. Y sabía con precisión lo que aparecería cuando girara hacia la derecha en la calle Chestnut.

La plaza pública estaba allí, tal como él esperaba. Había el mismo césped verde. Los mismos bancos verdes del parque en los bordes del paseo en diagonal. Las mismas dos estatuas. La placa decía: Court Square.

Pero no había ninguna torre.

Aparcó el coche y se puso a caminar por la plaza. En el lugar donde había visto la torre se alzaba ahora otro edificio. Era evidentemente nuevo y de líneas modernas. Funcional, todo de cristal y acero inoxidable. Alojaba el Tribunal Superior, el Departamento de Policía de Riverside, la Oficina del Archivero del Municipio y el Departamento de Parques.

Su inmediata reacción fue de disgusto. Quería encontrarla allí; lo había esperado. Era uno de los artefactos del museo de su memoria. Ahora lo habían destruido, lo que equivalía a una especie de profanación.

Un viejo, sentado en un banco, leía un periódico. Llevaba lentes bifocales y vestía con pulcritud. Peter fue hacia él.

—Perdone, señor.

El hombre bajó el periódico y se quedó mirándolo con sus azules y húmedos ojos.

—¿Qué?

—¿No había aquí una torre, años atrás?

—Sí, seguro que sí. La llamaban la Torre Municipal.

—¿Cuándo la derribaron?

—Me parece que en 1950. O tal vez en el 51.

—Vaya...

—También le daban otro nombre. El Campanile. Porque la habían construido según el modelo de alguna torre de Italia. Florencia, Venecia o alguno de esos lugares. Podía verse desde muchas millas a la redonda. Pero era ya muy vieja. Los ingenieros no la creyeron segura, y por esto la demolieron.

—¿Verdad que tenía un mirador o algo así en lo alto?

—Sí, ya lo creo. Y la vista era estupenda desde él. Yo solía subir allí con mis nietos. Personalmente, creo que eso de derribarla fue una verdadera vergüenza. La torre estaba muy bien en aquel lugar. Quiero decir que daba carácter a la ciudad. Pero ¿qué puede hacerse en tales casos? Esos estúpidos bastardos sólo piensan en destruir las cosas bonitas para poner algo feo en su lugar. El terreno valía demasiado. —El viejo dio un bufido—. La misma historia de siempre. Cuando hay dinero rápido de

por medio, nadie respeta nada.

El hombre volvió a su periódico. Peter encontró un banco vacío y se sentó en él. Se sentía abrumado, como si fuera a desvanecerse. Su corazón latía con violencia. Pensó: «Recapacitemos. Tratemos de poner las ideas en orden.

»Aquí es donde yo vivía antes de morir. Riverside, Massachusetts.

»Pero, *¿quién era yo?*».

SEGUNDA PARTE

Sólo volviendo a nacer podrá ver un hombre el Reino de Dios.

JESUCRISTO

Dios genera seres, y entonces los vuelve a enviar, una y otra vez, hasta que retornan a él.

EL CORÁN

Después de todo, no es más sorprendente haber nacido dos veces que haber nacido una. En la Naturaleza, todo es resurrección.

VOLTAIRE

La muerte no es más que sueño y olvido. Si la muerte no es el prelude de otra vida, el período intermedio es una burla cruel.

GANDHI

Sí un asiático me pidiera una definición de Europa, me vería obligado a contestarle: «Es esa parte del mundo que está obsesionada por el increíble engaño de que el hombre fue creado de la nada. Y de que su presente nacimiento es su primera entrada en la vida».

SCHOPENHAUER

Mí doctrina es: Vive de modo que puedas desear volver a vivir. Ése es tu deber. ¡Porque, de todos modos, volverás a vivir!

NIETZSCHE

No tenía idea de cuánto tiempo había estado allí sentado.

Sin embargo, los edificios que rodeaban la plaza dejaron de ser borrosos y quedaron enfocados, claramente recortados sobre el cielo que se oscurecía. El viento era más vivo, y sintió frío. Poco a poco, tomó conciencia del ruido del tránsito de las calles que rodeaban la plaza. El viejo había dejado el banco cercano al suyo. El periódico que había estado leyendo yacía abandonado sobre los listones de madera con las páginas azotadas por el viento. El ruido del tránsito era ahora más fuerte; sonaban los claxons. Tuvo la impresión de que era una hora punta. Una bandada de palomas se había detenido a sus pies; aguardaban esperanzadas.

Y de nuevo las preguntas martillearon su cerebro, atormentándolo.

«¿Quién era yo? ¿Cuál era mi nombre? ¿Por qué vivía aquí? ¿Qué clase de hombre era? ¿Y quién era Marcia? ¿Mi esposa? ¿Mi amante? ¿Qué clase de mujer era? Una asesina, claro, pero, ¿y antes de eso? ¿Por qué segó mi vida en plena juventud? ¿Fue descubierto su crimen y resultó ella convicta del mismo? Tal vez no. Tal vez nunca se descubrió que me hubiera asesinado. ¿Estará muerta? Quizá». Sin embargo, existían muchas probabilidades de que viviera todavía. Ahora, debería de tener unos cincuenta años. Y era posible que aún viviera allí.

Si era así, la encontraría. Por mucho que le costara, por más tiempo que necesitase, daría con ella.

Era posible que en aquel mismo instante, mientras él estaba sentado en la plaza, su asesina andaré por aquellas calles, o estuviera de compras en algún almacén, o condujera alguno de aquellos coches que él veía. Quizás él y Marcia se habían cruzado en la acera cuando él salía del banco, cuando bajó por la calle o cuando entró en la plaza. Tal vez se habían mirado el uno al otro y habían seguido su camino sin reconocerse. Ella no podía conocerlo, por supuesto; él estaba seguro de que no guardaba ningún parecido con su precedente reencarnación, con X. Ahora tenía un cuerpo diferente con una cara distinta, y su nombre no era el mismo. Su alma sí que era la misma, pero las almas no pueden verse. Ni pueden describirse. Las almas no tienen cara ni huellas digitales. Y, después de todo, el hombre que ella conoció estaba muerto. Ella misma le había quitado la vida.

Se preguntaba si *él* podría reconocerla a *ella*. Sabía que las probabilidades para ello estaban en contra. Al fin y al cabo, en el mundo de sus sueños él era un hombre joven. Ahora ella debía de tener mucha más edad, unos treinta años más. Era posible que se hubiese vuelto fea. Y gorda. Con la juventud borrada por el tiempo. Existía la posibilidad de que se cruzara con ella en la calle y no llegara a conocerla. Se estremeció al pensarlo.

Pero la situación también tenía su lado curioso. Ahora estaba confundido respecto a su propia identidad. A veces, pensaba en X como en una persona distinta y, en ciertos momentos, pensaba en X como si se tratara de él mismo. Pensó que dependía

del modo de mirar las cosas. Si consideraba la cuestión puramente en el terreno físico, el cuerpo de X había muerto ya hacía años entre el cieno y los hierbajos del fondo de aquel lago. «Y mi cuerpo —pensaba— no puede estar más vivo. No obstante, tenemos la misma alma. En este sentido, somos uno y el mismo. Y tal vez sea el sentido más importante».

El viento se hizo más inclemente. Ahora, lo que debía hacer era alojarse en algún hotel. Recordaba que había habido uno cerca de la orilla del río.

Se levantó y empezó a andar para salir de la plaza. Entonces, algo le llamó la atención: una gran piedra, o roca, cuya parte superior había sido convertida en una superficie plana. En este espacio liso, habían clavado una placa de bronce. En ella se leía la siguiente inscripción:

Aquí estuvo la posada de Parson,
donde Jorge Washington se detuvo
el 30 de junio de 1775,
cuando viajaba en su cabalgadura
de Filadelfia a Cambridge para
tomar el mando de las fuerzas
norteamericanas, así como el
21 de octubre de 1789,
cuando recorría en su coche
los estados de Nueva Inglaterra
como presidente.

ERIGIDO POR LA CONFRATERNIDAD DE JORGE
WASHINGTON, HIJOS DE LA REVOLUCIÓN
NORTEAMERICANA, 1914.

Releyó la inscripción de la roca. Jorge Washington bebió allí. Peter se preguntó si Washington permanecía ahora vivo en alguna otra encarnación. Era totalmente posible. El Padre de Norteamérica tal vez seguía viviendo en algún otro cuerpo, en alguna otra casa de carne, en algún lugar del mundo. Sabía, por sus lecturas, que muchos hombres habían pretendido que fueron Jorge Washington en alguna otra encarnación anterior. O Napoleón, o San Juan Bautista, o César. La mayoría de ellos, suponía, se hallaban recluidos en manicomios. No obstante, la idea ya no le parecía ridícula.

Él mismo era la prueba viviente de ello.

El nombre del hotel era Riverside.

Peter lo recordó vagamente de uno de sus sueños, aunque en la alucinación parecía más nuevo que ahora. Era un viejo edificio, levantado tal vez cincuenta años

atrás, y parecía fuera de lugar en medio de las modernas tiendas de la Main Street, la calle mayor. Constaba de unos diez pisos de altura y estaba construido con aquel granito oscurecido por el tiempo que, al parecer, era propio de aquella región. Debajo de sus terrazas y cornisas, había artísticas acanaladuras y gárgolas de lo que parecía mármol sucio.

Al entrar en el vestíbulo, se dio cuenta de que había estado antes allí. Todo le era vagamente familiar: las alfombras verdes, las palmas, el oscuro mostrador de caoba de la recepción, los accesos al restaurante y a los salones de descanso, cuyas puertas eran, en su parte superior, de cristal de Tiffany^[7]. Hasta le pareció recordar el reloj de pesas de madera de roble situado a la entrada del comedor.

Era fácil ver que el negocio no era allí muy floreciente. No había nadie en el vestíbulo. Aquello debía de estar en las últimas, pensó. Lo demolerían cualquier día y construirían en su lugar un nuevo, impersonal y altísimo edificio para oficinas, o quizás otro banco. Persistía en él la inexplicable impresión de que había frecuentado aquel lugar bajo la forma de X. En los años cuarenta, debía de haber sido un sitio elegante. Era posible que X hubiese traído a Marcia aquí muchas veces para tomar alguna bebida o para comer. Por supuesto, podía permitírselo. En los sueños, parecía gozar de buena posición.

No había nadie en la recepción. Hizo sonar la campanilla de encima del mostrador. Apareció un empleado, un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco y cara arrugada.

—¿Señor?

—Desearía una habitación.

—¿Para cuánto tiempo, señor?

—Pues, para un par de días.

—Creo que podremos alojarle bien. Tenemos una gran habitación alta que da a la fachada delantera por dieciocho dólares. Y otra en la parte posterior por quince.

—La habitación delantera me irá bien.

Firmó la tarjeta de registro. Peter observó a aquel hombre ya entrado en años. Entonces, le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que está usted en este hotel?

Aquella inesperada pregunta sorprendió al hombre. Miró con fijeza a Peter.

—¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Sólo por curiosidad.

—Pues, veamos... Vine en 1940. Hace treinta y cinco años que estoy aquí.

—Sí, claro... —Peter miró a su alrededor—. Debía de ser un buen sitio en aquellos tiempos.

—Sí, señor. Lo era.

Estaba pues aquí desde hacía bastante tiempo.

Bastante para haber conocido a X. Debía de saber qué aspecto tenía X. Y conocerlo por su nombre... lo mismo que a Marcia. De pronto, tuvo el irreprimible

deseo de decir a aquel hombre: «Soy alguien que usted conocía. Hace mucho tiempo. Alguien que probablemente venía a este hotel. Con una mujer llamada Marcia. Pero no sé mi nombre. ¿Puede usted decirme quién soy?».

Una locura. El hombre creería que estaba chiflado, y con razón. Sin embargo, estuvo a punto de soltarlo todo.

El empleado, sin dejarlo de mirar, con curiosidad, llamó a un botones de un golpe de campanilla.

Yacía ahora en la cama, agotadas todas sus energías y con el sistema nervioso aún en conmoción.

Recordó a la clarividente, a Verna Bird, echada en su *chaise longue*, con su roja y amplia bata, inmóvil en su trance. Y a Elva Carlsen, su secretaria, rígidamente sentada con las manos cruzadas, actuando como un conducto con el más allá. «Tenemos un alma aquí». «Sí, veo el alma». «Y tenemos un cuerpo que aloja esa alma». «Veo el cuerpo». «¿Ves otros antes de éste?». «Veo otros. Los cuerpos son diferentes y viven en diferentes épocas. Viven y mueren, conforme a la voluntad de Dios. Y el alma pasa de uno a otro». Y se recordó también a él mismo, escuchándola fascinado, mirando a Verna Bird a través de aquel ridículo altar.

Desde su visita a la casa de Laurel Canyon, se sentía confundido respecto a Verna Bird. ¿Era sólo una vieja charlatana que hacía de espantajo a precios fabulosos? ¿O poseía verdadera clarividencia, una percepción que iba más allá de la misma lógica? Ella le dijo que él había vivido muchas vidas con anterioridad, en tiempos pasados, a través de los siglos. Chalaf, el esclavo hitita, el paria japonés, y así sucesivamente. Pero eso era andar sobre terreno seguro. ¿Quién podía decir que mentía? ¿Quién tenía la posibilidad de probar que se equivocaba o que estaba en lo cierto? Era significativo el hecho de que se hubiera detenido precisamente poco antes de cualquier reencarnación que pudiese probarse documentalmente como falsa o verdadera. Había pretendido que no sabía nada de X.

Sin embargo, era curioso que todas sus vidas anteriores hubiesen terminado muriendo él ahogado de un modo u otro. De la misma manera que había terminado su última vida. No obstante, él no había dicho nada a Verna Bird de este sueño. Era una particularidad extraña. Y espantosa.

Entonces recordó lo que ella dijo en su lectura de Curación Espiritual sobre la posibilidad de que él se convirtiera en una especie de profeta. Él lo había desechado al instante como un puro disparate. Pero ahora, ¿en vista de lo que acababa de suceder?

Sintió un ligero escalofrío. Pensó que aquello era algo portentoso. La muerte no era el final de todo; era precisamente el principio. En realidad, nadie moría. La muerte era un largo sueño del que siempre se volvía a despertar. Un hombre no vivía tan sólo una vida; vivía muchas vidas.

El cuerpo, por supuesto, era mortal, era un caparazón temporal. Y era también cambiante. La carne con que habíamos empezado al nacer era continuamente reemplazada por nueva carne. Nuevos tejidos sustituían a los deteriorados. Hasta cierto punto, nuestro cuerpo era reencarnado incluso durante una misma vida. Nacía y renacía en su forma material. Recordó haber leído que las células de un cuerpo humano cambian por completo cada siete años. De niño, vivías en un cuerpo. Al llegar a la pubertad, seguías siendo *tú*, pero el cuerpo había cambiado por entero. Y, cuando alcanzabas la edad adulta, tenías ya otra vez un cuerpo totalmente nuevo. Pero, en el interior de todos esos cuerpos, seguía existiendo el *tú* original. Cuando el cuerpo había envejecido demasiado para seguir funcionando, simplemente lo mudabas. La carne se pudría y se convertía en polvo.

Pero el alma sigue su camino. Hacia otro cuerpo, un cuerpo recién nacido. Y así sucesivamente, obedeciendo a algún designio divino. No hay fin para ella. Y el principio es inmutable: *Seré mañana, o algún día en el futuro, lo que establezco hoy. Soy hoy lo que establecí ayer, o algún día en el pasado.*

Él, Peter Proud, sabía esto, ahora; lo sabía con toda seguridad. Pero nadie más lo sabía.

Se preguntó qué sucedería si corriera hacia la calle y allí se pusiese a proclamar lo que sabía: «No os asuste morir, buena gente, pues volveréis a vivir».

Se imaginó la incredulidad de las caras, las risas burlonas, lo que le llamarían: estafalario, chiflado, estrambótico, chalado. En tiempos pasados, habría sufrido el destino de los demás profetas. El populacho lo habría despedazado o lapidado hasta la muerte. Hoy, probablemente llamarían a un policía, lo darían por loco y lo recluirían.

Sin embargo, había alguien a quien podía decírselo: Hall Bentley. Alargó la mano para coger el teléfono, pero se detuvo. Pensó que podía igualmente esperar un poco. Era posible que, durante los dos días que le quedaban antes de marcharse, pudiera reunir más información. Era pues igual que se lo contara luego de una sola vez.

Se levantó y fue hacia la ventana. Era una noche sin luna, pero la ciudad de Riverside ardía de luces. Podía ver el movimiento del tráfico a lo largo de los cruces en trébol y de las autopistas del otro lado del río, semejantes a una serie de serpientes enojadas, así como la miríada de luces que parpadeaban en los suburbios de la ciudad. Pensó de nuevo en Marcia, y se preguntó si seguiría viviendo allá abajo, en algún lugar, entre aquellas luces.

Llegó a la conclusión de que eran muchas las probabilidades en contra de ello. Treinta y cinco años, año más, año menos, era mucho tiempo. Las personas morían, cambiaban de domicilio, o se perdían. Aun así, era, muy fundadamente, el único rastro que podía conducirlo a su propia identidad. Le bastaría encontrarla para saber en seguida quién era él.

Pero eso, pensó, no iba a ser cosa fácil.

Tras desvestirse poco a poco, se acostó y finalmente se durmió. Su descanso fue

perturbado por los sueños. Los tuvo todos, excepto cuatro: el Sueño de la ciudad, el Sueño de la Torre, el Sueño de Cotton Mather y el Sueño de la Cárcel.

A la mañana siguiente, desayunó en su habitación. Después, al no ocurrírsele nada mejor para empezar, se puso a examinar la guía telefónica.

Durante el poco tiempo que había estado allí, se había dado cuenta de que Riverside, con una población de tal vez doscientos mil habitantes, era una ciudad que nada tenía de pequeña. La guía telefónica incluía no sólo a los abonados de la propia Riverside, sino también a los de muchos distritos y pueblos circundantes.

Comenzó basándose en tres suposiciones. Primera: que Marcia no había resultado nunca convicta de su crimen. Segunda: que aún vivía. Y tercera: que aún residía en Riverside. Se puso pues a comprobar todas las Marcias que figuraban en la guía. Tenía la vaga esperanza de que uno de los apellidos llegara a chocar con algún nervio portador de memoria, de que lograra abrir algún diminuto compartimiento oculto.

Al llegar a la letra F, ya había dado con veinte mujeres con el nombre de Marcia. Ninguno de los apellidos le permitía evocar nada. Además, era posible que hubiera en Riverside otras cincuenta o cien Marcias cuya identidad quedase oculta por el hecho de constar sólo el nombre de sus maridos en la lista de teléfonos. Disgustado, cerró la guía y la echó sobre la cama. No iba a ninguna parte.

No obstante, sabía que Marcia era la clave. Si descubría quién era ella, sabría quién era él.

Bajó al vestíbulo. El empleado de edad estaba de servicio en el mostrador de recepción. Sonrió al acercársele Peter.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—¿En qué puedo servirle?

—Busco un lago por estos contornos.

—¿Sí? ¿Qué lago?

—No recuerdo su nombre. Viví aquí de pequeño, y mi familia tenía un chalet cerca de él...

El empleado lo miró, dubitativo.

—Verá... Tenemos muchos lagos por estos alrededores...

—Lo comprendo, pero puedo indicarle algo sobre el que me interesa. Había un gran hotel en sus cercanías. Se llamaba Puritano. Casa Puritana, Hostería Puritana o algo por el estilo.

—Ah, probablemente quiere decir el lago Nipmuck.

—¿Nipmuck?

—Sí, señor. Había el Hotel Puritano en la orilla norte. Pero cuando, hace cosa de cinco años, construyeron la nueva carretera y todo el tráfico fue a pasar por ella, lo derribaron y pusieron allí un Holiday Inn.

—Claro... ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Aquí —dijo el empleado—. Deje que se lo muestre en el mapa. —Cogió un

folleto plegable del mostrador—. Está a unos cincuenta kilómetros de aquí, pero cuando se halle en la autopista Miles Morgan tardará poco en llegar.

Nipmuck. El nombre le era bastante familiar.

Esta palabra tribal significaba: «lugar de pesca de agua fresca». Los nipmucks constituían una tribu de aquella región en el Massachusetts central. Habían seguido a las tribus hostiles al declararse la Guerra del Rey Felipe y más tarde huyeron al Canadá, o en dirección oeste, hacia donde se hallaban los mohicanos y otras tribus de las riberas del Hudson. Nipmuck. Un punto importante para tocar en su libro, el que terminaría algún día... tal vez.

Condujo el coche Main Street abajo. Las flechas indicaban que había una entrada a la autopista en el otro lado de la Court Square. Al pasar por delante del Edificio Municipal, detuvo un momento el coche junto al bordillo. Le había llamado la atención un letrero en un sector separado del mismo edificio: Departamento de Policía de Riverside.

Se le ocurrió de súbito que la respuesta podía estar allí. Quizá parte de la respuesta, quizá toda la respuesta. Si la chica de sus sueños había sido detenida y había resultado convicta de su crimen, seguramente tendrían allí algún dato al respecto. Aunque hubiesen pasado treinta y cinco años.

Empezó a dar la vuelta a la plaza en busca de sitio donde aparcar. A través del parabrisas, el tráfico era un movimiento confuso. El sudor le empapaba el cuello de la camisa. No podía ser más simple: sólo entrar y preguntar.

Entonces, se detuvo a pensarlo. No era tan simple como creía. En realidad, podía hacerse tremendamente complicado. Se puso a escribir el guión mentalmente. El rubicundo sargento de policía sentado detrás del mostrador le decía:

»—¿En qué puedo servirle, señor?

»—Verá... Tal vez podría darme usted una información, sargento.

»—¿Qué clase de información?

»—¿Tiene usted algún dato sobre un crimen cometido en el lago Nipmuck, allá por los años cuarenta?».

Se imaginó que el sargento, alertados de pronto sus duros ojos azules, lo miraba ahora con interés.

»—¿En los años cuarenta, dice?

»—Sí.

»—Hace mucho tiempo de eso. Tendremos que buscarlo. ¿Qué clase de homicidio fue?

»—Verá... Es posible que tuviera la apariencia de un accidente. Pero fue un asesinato. La víctima fue un hombre desnudo. Probablemente dragaron el lago para buscarlo, o tal vez encontraron su cuerpo que flotaba...

»—¿Cómo se llamaba la víctima?

»—No lo sé.

»—¿Recuerda el nombre del asesino?

»—Esto tampoco lo sé. Pero puedo decirle que fue una mujer.

»—Comprendo. Una mujer.

»—Sí.

»—Usted sabe que una mujer asesinó a un hombre desnudo pero no sabe cómo se llamaba esa mujer.

»—Ya se lo he dicho; no lo sé. No sé siquiera si la policía llegó a encontrar el cadáver o no. Si lo consiguieron, debe de constar en sus archivos».

Era fácil imaginarse cómo lo miraría el sargento... Como si tuviera que habérselas con un chiflado. Pero, peor todavía: sus duros ojos se volverían desconfiados.

»—¿Cómo se llama usted, señor?

»—Peter. Peter Proud.

»—¿Por qué se interesa por todo esto? Me... me interesa... y nada más. No ha contestado a mi pregunta, Proud.

»—Mire, sargento, todo lo que yo quería era alguna información...

»—¿Cómo sucedió exactamente ese homicidio? ¿Puede darnos usted detalles?

»—Pues... el hombre estaba nadando a la luz de la luna. La mujer llegó en un bote. Se llamaba Marcia. Golpeó dos o tres veces la cabeza del hombre con su remo. Él se hundió...

»—¿Cómo sabe que sucedió todo esto?

»—Pues... lo soñé. Sólo lo soñé.

»—Comprendo. Lo vio todo en un sueño.

»—Perdone, sargento... Siento haberle molestado. Dejémoslo...

»—Alto, señor. No tan de prisa. Será mejor que cuente toda esa historia al teniente...».

Dejó que su imaginación siguiera corriendo para intentar salir del aprieto con una torpe evasiva.

»—Lo vi todo en un sueño, teniente. Es cierto, sucedió de verdad. ¿Que cómo lo sé? Bueno..., yo soy el hombre asesinado. En mi vida anterior, es decir...

»Repite todo eso, Proud —se dijo—. Ya verás lo disparatado que suena».

Podían hacer muchas cosas, como echarlo simplemente fuera o retenerlo para su observación. También era posible que, por curiosidad, buscaran en los archivos. Y supongamos que no encontraran registrado ningún homicidio cometido en el lago Nipmuck en los años cuarenta. Eso probaría que Marcia se había escabullido, por supuesto. Sin embargo, la policía podría estar interesada en lo que Peter pudiera decir, por disparatado que pareciese, con el fin de abrir una investigación sobre... él. ¿Quién le había contado aquello, en realidad? ¿Dónde había obtenido la información? ¿Cuál era su verdadero interés en todo ello?

Se acercaba el mediodía, y las aceras estaban atestadas de gente que iba de

compras. Se quedó mirando a los transeúntes a través de la ventanilla del coche. Ahora, había adquirido la costumbre de observar las caras, para compararlas con los rostros que había visto en sus alucinaciones. En especial las caras de las mujeres a las que faltaban pocos años para cumplir los sesenta.

Se dirigió entonces hacia el lago. Al principio, sólo se había propuesto visitarlo, compararlo con el que veía en sus alucinaciones. Ahora se daba cuenta de que su investigación podía muy bien terminar allí. Era posible que descubriera en Nipmuck quién era él. *Si* la suerte lo acompañaba.

Entró en la autopista Miles Morgan y se mantuvo a partir de entonces a una velocidad de ciento diez kilómetros.

Cada vez se sentía más entusiasmado. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de la respuesta que le esperaba en el lago.

Era un hermoso y claro día de primavera. Al oeste, podía ver lo que en otro tiempo fueron los altivos Berkshires; al este, la cadena de colinas del Massachusetts central. Aquí, en el valle situado entre las dos elevaciones, había pequeñas granjas, a cuyo alrededor se araba la tierra sólo para plantar lo más necesario, y tabacales. La mayor parte del terreno estaba salpicada de rocas. Recordaba vagamente, de un curso de geología desde largo tiempo olvidado, que esta región había pasado por un gran período glacial. Enormes masas de hielo se habían abierto camino hacia el mar. Como gigantes que esgrimieran arietes, empujaron toneladas de grava y piedras ante ellas, con lo que llenaron de restos rocosos toda la región. En algunos lugares, podían verse tales depósitos apilados en forma de pequeños cerros redondos o de largas lomas de grava. Vio tres o cuatro canteras abandonadas llenas de agua.

Tuvo de nuevo la misma inexplicable impresión: «Yo había estado aquí antes de ahora».

Se preguntó si, como X, había nacido y crecido en esta zona de Riverside. Era completamente posible. En el sueño, X parecía tener, al morir, aproximadamente su edad actual: veintisiete años. Si ello era así y había muerto en el transcurso de los años cuarenta según indicaba el sueño, tenía que haber nacido entre 1910 y 1920. Tal vez, cuando era un chiquillo, había trepado por aquellos redondos montículos de roca volcánica o corrido a lo largo de las lomas de grava. Quizás había nadado en el agua clara de primavera que llenaba las canteras, tras haberse zambullido desde las inclinadas rocas procurando no desnucarse contra alguna protuberancia rocosa oculta por el cieno o los hierbajos. Aquí, debía de haber sentido por primera vez los redondeados guijarros bajo sus pies al vadear los arroyos o torrentes, y oído la canción del agua que se precipitaba desde las profundas grietas del granito para inundar Nueva Inglaterra en primavera, y, quizá también aquí, más de una vez, había sacado un gancho de pesca del rocoso fondo del río.

La señal de carretera lo cogió en pleno ensueño: SALIDA 16. LAGO NIPMUCK. Frenó de golpe. Los neumáticos chillaron sobre la calzada. Alguien hizo sonar con furia un claxon detrás de él.

Al cabo de pocos minutos llegaba al lago. Condujo con lentitud por la pista bituminosa de dos carriles durante el trecho en que ésta serpenteaba y daba vueltas siguiendo el contorno de la orilla. Vio el claro de piedra lisa en la montaña, exactamente como lo había visto en el Sueño del Lago. El Holiday Inn sobresalía por detrás del pinar, levantado en el mismo sitio que el hotel Puritano.

Pero no podía encontrar el chalet. En el Sueño del Lago, lo veía todo con gran claridad: el hogar al aire libre, la mesa plegable, el sendero de grava bordeado de piedras enjabelgadas que conducía al embarcadero. Y, por supuesto, el propio embarcadero. Recordaba la casa rodeada de bosque y la diseminación de chalets en torno al lago.

No obstante, ahora estaba totalmente confuso. Las orillas del lago estaban atestadas de chalets, uno junto a otro, con muy poco espacio entre ellos. Durante los últimos treinta y cinco años o más, el auge de la construcción había llegado hasta aquí. En algunos lugares, había dos o tres chalets entre el borde del lago y la carretera. Casi todos tenían la misma clase de embarcadero que él veía en el sueño. A sus ojos, parecían vagamente iguales, como si el mismo constructor los hubiese hecho todos de una vez. Eran casas de tipo popular, de aspecto hogareño, con pequeños letreros que decían: «Los Wilson viven aquí», o «George y May», o «Fred y Alice», o «Charlie y Joan». Ahora, en abril, todas estaban cerradas. Parecían abandonadas, un poco descuidadas, maltratadas por el invierno.

Fue pasando cerca de ellas lentamente. Ninguna le era nada familiar. Vagamente, advirtió que se encontraba en la parte opuesta a la del hotel, en algún lugar de la orilla sur. Pero uno podía hallarse en cien sitios de la orilla sur y encontrarse en el lado opuesto a cualquier punto del lado de enfrente. Además, nunca había visto, en su sueño, la parte del chalet que daba a la carretera, y no podía rondar ahora alrededor de todos los chalets de la costa sur. Y, después de tres décadas o más, era posible que la casa tuviera un nuevo embarcadero, un nuevo camino y un nuevo equipo de muebles y enseres exteriores. Existía incluso la posibilidad de que todo el viejo chalet hubiese sido derribado y que se hubiese levantado otro nuevo en el mismo lugar. Aun cuando se observaba la necesidad de alguna restauración, muchos de los chalets parecían claramente nuevos, como si se hubieran construido durante los últimos cinco o diez años.

La cosa le había parecido tan simple... Sus planes consistían en encontrar el chalet y enterarse de quiénes eran sus dueños. Éstos podrían decirle quién había sido su propietario en los años cuarenta o dónde era posible que se hallara. Entonces sabría su propio nombre. Pero no era fácil que eso sucediera por ahora.

Condujo lentamente por la bituminosa pista hasta que llegó a una plaza pública. Había aquí un espacio abierto desde donde podía ver todo el lago. Aparcó el coche, bajó de él, y caminó hacia una de las mesas plegables que se encontraba en la zona cubierta de hierba al borde de la arena. Se sentó en la mesa y dio una mirada general al lago.

Parecía tan tranquilo este lugar, tan vacío, tan despoblado... Dentro de un par de meses, Nipmuck reviviría. Esta playa se llenaría de bañistas, de sus risas y charlas, de bellas muchachas que se tostarían al sol, de niños que corretearían, que gritarían y se chapuzarían en el agua. La superficie del lago se cubriría de pequeñas embarcaciones, cuyos motores profanarían el silencio. Y, más allá de éstas, los árboles que ahora veía desnudos se vestirían de lujuriente verde veraniego.

Pero corría aún el mes de abril, y había tranquilidad, y el aire era todavía capaz de producir algún escalofrío. Una brisa que arrugaba la superficie del lago llegaba y se desvanecía a intervalos.

Fijó sus ojos en un punto hacia el centro del lago. «Allí —pensó— es donde yo morí».

Se preguntó qué había sucedido después de aquel momento. ¿Lo encontraron? ¿Dragaron el lago en su busca? ¿O flotó su cuerpo hasta la superficie? ¿Informó Marcia de su muerte? ¿O de su desaparición? Quizá quedó atrapado entre los hierbajos, allí abajo. Quizá aún estaba allá, en el fondo, podrido hasta los huesos, comido por los peces.

Continuó con la mirada fija en el punto del lago donde él calculaba que se había hundido. Entonces, el sol se escondió tras una nube. De pronto, no se sintió capaz de permanecer por más tiempo en aquel lugar. Se levantó y, caminando lentamente, volvió al coche.

Se detuvo para repostar gasolina en el lugar en que la pista que rodeaba al lago enlazaba con la carretera que conducía a la autopista.

La muestra decía: Casa Pop Johnson. Era una combinación de gasolinera y tienda de pueblo. El dueño salió a la puerta. Debía de tener unos sesenta y cinco años, y su andar era lento e inseguro. Llevaba una gorra de béisbol llena de manchas y una gruesa camisa a cuadros de maderero.

—Buenas tardes.

—Muy buenas.

—¿Lleno?

—Sí, por favor.

El dueño colocó la manguera, puso en marcha la bomba y se acercó a la parte delantera del coche para limpiar el parabrisas. Mientras el hombre humedecía el cristal con un bote rociador, Peter estudiaba su arrugada cara azotada por el viento. Tal vez lo sabría.

Tendría que contar al hombre alguna historia inventada, desde luego. Bajó del coche, fue hacia el aparato distribuidor de bebidas no alcohólicas situado frente a la tienda e introdujo en la ranura las monedas necesarias. Apareció al instante una botella de coca-cola. La destapó y bebió mientras pensaba en el modo de abordar al viejo. No había razón para que se negara a prestarle su ayuda. Caminó hacia él.

—¿Es usted «Pop»?

—Sí.

—¿Hace mucho que vive en Nipmuck?

—Toda mi vida. Nací cerca de aquí.

—Estaba pensando que tal vez podría darme una pequeña información.

—Haré lo que pueda.

—Bien, pues soy escritor, ¿sabe? Escribo historias de misterio sacadas de la vida real. En este momento, estoy escribiendo una serie de artículos sobre, bueno..., asesinatos famosos del pasado en Nueva Inglaterra. Para un periódico de Boston.

El viejo lo miró con fijeza.

—¡Qué me dice usted! ¿Conque asesinatos? Mi mujer está chiflada por todo eso. Mira todos los programas en la televisión. Personalmente, no me interesa demasiado.

—Alguien me ha contado que aquí, en Nipmuck, hubo un asesinato famoso. Hace ya mucho tiempo. Creo que en los años cuarenta. Al parecer, hubo mucha publicidad sobre el caso. He pensado que quizás usted...

El dueño pensó un momento, frunciendo los labios.

—En los años cuarenta... —Entonces, sus húmedos ojos se iluminaron—. ¡Claro, ya recuerdo! ¡Debió de ser el asesinato de Grady!

—¿Grady?

—Un hombre llamado Charles Grady. Tenía un chalet aquí, en Nipmuck.

—¿Sí?

—Encontraron su cuerpo que flotaba en el agua. Fue algo terrible.

Peter contuvo el aliento. Se oyó decir a sí mismo:

—¿Qué pasó?

—Nadie lo sabe. Nunca encontraron a quien lo hizo. Pero el cuello de Grady estaba cortado, y le habían dado de cuchilladas por lo menos en diez partes del cuerpo. Algún maníaco, dicen. No había ningún motivo para ello. Todo el mundo quería a Charlie. De todos modos, aquello metió el miedo en el cuerpo de toda la gente de estos contornos durante semanas. Atrancaban las puertas y no salían de noche. Tenían miedo de que el maníaco volviera y repitiera su hazaña. Pero no lo hizo nunca. Salió todo en los diarios. No recuerdo exactamente el año, pero podría buscarlo usted.

—Muchas gracias. ¿Y ése fue el único asesinato?

—Pues no me acuerdo de ningún otro. Si lo hubo, no lo sé.

Peter se tragó su decepción.

—Supongo que habrá muchos accidentes por aquí.

El viejo lo miró con fijeza.

—Sí... Gente que se ahoga.

—Ah, sí... Ha habido muchos a lo largo de los años. Se da el caso de que aquí, en el lago, hay muchas primaveras frías. La gente coge calambres. También hay siempre alguno al que se le vuelca el bote o la canoa y que se hunde hasta quedar atrapado por

los hierbajos. Hay unas hierbas muy recias ahí en el fondo. Y otras cosas por el estilo. Pero no es precisamente esto lo que usted busca...

—No.

El viejo miró de reojo el contador de la bomba de gasolina.

—Son cuatro dólares ochenta y cinco, señor.

Pagó al hombre, le dio de nuevo las gracias y se fue en el coche. Y pensó: «Eso es todo».

Buena, dulce y hermosa Marcia... Había logrado escabullirse, después de todo.

En el momento de iniciar su regreso a Riverside, empezó a llover. Al cabo de unos minutos, diluviaba.

Todavía le quedaba una carta por jugar. Era sábado. Tenía que estar de vuelta en Los Ángeles el lunes. El último período del curso empezaría pronto, y él tendría que trabajar intensamente en los detalles administrativos antes de que terminaran las clases. Pero, antes de volar hacia casa el próximo día, debía probar esta última posibilidad. Con lluvia o sin ella, tenía que comprobar el Sueño del Árbol. No confiaba mucho en el éxito de su intento, pero tenía que probar.

Dejó la autopista por una salida que lo condujo más arriba de la propia Riverside, hacia una atestada carretera de primer orden de cuatro carriles. De nuevo, mientras conducía, tuvo la misma inexplicable impresión: «Yo había estado en este sitio antes de ahora». Sólo que entonces conducía un Packard Clipper, y no un Pontiac alquilado.

Seguía lloviendo torrencialmente. Miró su reloj: las 2.30. Se dio cuenta de que tenía hambre. Giró hacia un centro comercial, aparcó el coche y corrió bajo la lluvia para entrar en un gran *drugstore* que tenía un mostrador con servicio de comidas. Pidió una hamburguesa a una camarera cuyo distintivo decía que se llamaba Joan.

—Qué día más malo...

—¡Y tanto!

—Joan, estaba pensando si podría usted ayudarme en una cosa. Busco cierto parque, aquí, en Riverside.

—¿Qué parque?

—No sé cómo se llama.

—Forastero, ¿eh?

—Sí.

—Pues tenemos tres parques en la ciudad. Si no sabe cómo se llama, está usted en un problema. —Miró la taza de café de Peter—. ¿Otra taza, mientras espera?

—Gracias. Como le decía, no sé el nombre de ese parque, pero sé que es un lugar muy espacioso. Y hay en él un mausoleo.

—¿Un *qué*?

—Una tumba, de esas de enterrar... Tiene un par de figuras. Estatuas, ¿sabe? Un hombre y una mujer. El hombre rodea a la mujer con el brazo...

—Ah, sí... Usted quiere decir la tumba de Bannister. Frederick Bannister. Dio la

mitad del parque a la ciudad. El Parque Woodland. Los que están encima son él y su mujer. Los enterraron allí.

—El parque Woodland.

—Exacto.

La chica fijó su mirada en él.

—Si sabía lo de la tumba de Bannister y todas esas cosas, tiene que haber estado allí. ¿Cómo no sabía entonces el nombre del parque?

—Viví aquí de niño. Recordaba la tumba, pero había olvidado el nombre del parque.

—Ah, ya...

—¿Cómo puedo ir?

—No está muy lejos de aquí. Vaya recto, calle Central abajo, cosa de ochocientos metros, y gire a la derecha en la calle del Roble. En seguida estará dentro. —Se volvió, cogió la hamburguesa del mostrador de servicio y puso una bandeja delante de Peter—. ¿Mostaza?

—Gracias.

—Es un día muy asqueroso para pasear por el parque —dijo ella—. Si piensa hacerlo, es mejor que lo deje para mañana.

—Eso.

Se engulló la hamburguesa en un santiamén. Al marcharse, advirtió que allí vendían paraguas baratos, y adquirió uno. Mientras andaba hacia el coche, vio que protegía, pero no mucho. Se levantó un fuerte viento que desvió la lluvia casi en sentido horizontal. Al llegar al coche, ya estaba empapado.

Entró en el Parque Woodland por la puerta principal. La lluvia levantaba salpicaduras al caer en los pequeños charcos que ya se estaban formando en las canchas de tenis de arcilla situadas a ambos lados de la carretera de entrada. El aguacero era tan fuerte que impedía casi del todo la visibilidad.

Por un instante, pensó abandonar de momento su idea y regresar al hotel. Tal vez podría volver aquí a primera hora de la mañana siguiente y coger luego el avión.

Pero decidió no hacerlo. Se encontraba aquí, y era el momento oportuno. Sabía que si regresaba ahora al hotel no podría dormir. Era mejor terminar de una vez.

El viento azotaba los árboles. Sus neumáticos rodaban chapoteantes por los charcos de la carretera. Pasó junto a una piscina de poca profundidad. Detrás de ésta, había una serie de edificios que, según supuso, constituían un parque zoológico.

Un letrero indicador con una flecha decía: Tumba Bannister.

Dejó atrás una serie de cuadros de béisbol y una bolera. A los ciudadanos de Riverside, pensó, no les faltaban facilidades recreativas. Avanzó por una carretera bordeada de olmos y de pequeños estanques con nenúfares. Entonces, vio la tumba.

Estaba a poco menos de doscientos metros de la carretera. Se alzaba sobre un montículo cubierto de césped. Era una estructura cuadrada, maciza. Las dos estatuas, hombre y mujer, parecían tristes bajo la lluvia. Los años y las inclemencias del

tiempo las habían erosionado en algunos puntos. La piedra estaba descantillada y desgastada en ciertos sitios y cubierta de blancas manchas excrementicias de los pájaros. Ambas figuras se inclinaban hacia adelante como si andarán contra el viento. La larga cabellera de la mujer flotaba hacia atrás. La pétrea cara del hombre estaba medio vuelta hacia su esposa. Todo el amor que podía mostrar una cara de piedra estaba expresado por la de Frederick Bannister.

Y en el interior de la tumba, al otro lado de sus gruesas paredes, yacían muertos los dos en sus ataúdes. Al menos, así lo creía todo el mundo. Pero él, Peter Proud, sabía algo más.

Tal vez habían sido ya reencarnados en alguna vida ulterior. Se preguntó si volverían a encontrarse como extraños. Si volverían a sentirse atraídos de nuevo el uno hacia el otro, como lo habían sido en esta vida.

Evocó el Sueño del Árbol. Él tenía unos trece o catorce años. A su lado se hallaba una muchacha de la misma edad, más o menos. Él tenía un cuchillo en la mano y estaba grabando unas iniciales en la corteza del árbol. La corteza era dura, y hacía un gran esfuerzo para cortar profundamente las letras. Pero no podía ver cuáles eran.

El árbol se hallaba a unos cien metros del mausoleo. Bajó el cristal de la ventanilla del coche para ver mejor y quedó de pronto paralizado por la sorpresa. En su sueño sólo había visto un árbol. En cambio, ahora vio una docena esparcidos por el mismo lugar, todos a unos cien metros de la tumba. Todos eran grandes árboles, viejos, nudosos y retorcidos. Sus altas ramas sin hojas se agitaban, rumorosas, en medio de la lluvia. La corteza de sus troncos brillaba con el lustre que la lluvia les prestaba.

Se trataba de dar con el árbol que buscaba. Tenía que ser uno de aquéllos, pero, ¿cuál? Hizo un esfuerzo para recordar desde qué ángulos había visto el mausoleo en su sueño, pero no había registrado nada al respecto. Simplemente, no lo sabía.

Peor aún: al detenerse a pensar en ello, las probabilidades se amontonaban contra él. Él, o X, no era más que un muchacho cuando grabó aquellas iniciales. En tal caso, el incidente debió de haber tenido lugar casi cincuenta años atrás. Era posible que la corteza, al crecer, hubiera cubierto por completo las iniciales y las hubiese borrado totalmente. Y no había modo de saberlo, al menos desde aquí. Dependía de la profundidad con que hubiesen sido cortadas.

Bajó del coche y abrió el paraguas. El viento gemía a su alrededor y lanzaba la lluvia inclinada bajo el paraguas y sobre su cuerpo. En unos momentos quedó calado. El paraguas, empujado por el viento, luchaba contra él dando fuertes tirones a su mano. El frágil utensilio corría el peligro de plegarse, destrozado, de un momento a otro. Al ver que de nada le servía, lo tiró. Rodó y rebotó por el suelo, giró locamente bajo las ráfagas de aire.

Escogió uno de los árboles al azar. Mientras corría hacia él, la lluvia le azotaba la cara y lo empapaba. Dio una vuelta en torno al árbol con la mirada fija en la corteza.

Corrió entonces hacia el segundo árbol. Nada. Y hacia el tercero. Nada.

Aquello era una insensatez, pensó. Tenía que estar loco para seguir allí fuera, corriendo por el parque como un grotesco y remojado *zombie*. Si le quedaba un poco de cordura, debía volver en seguida al hotel.

El cuarto árbol. El quinto. El sexto. Nada.

Entonces advirtió que había cometido un error. «Estúpido, estúpido. Idiota, idiota». Había observado la corteza de los árboles a la altura de los ojos de un adulto. Su talla era de un metro ochenta y cinco. En cambio, él era un muchacho cuando grabó las iniciales. Esto significaba que tal vez las iniciales fueron grabadas en la corteza entre veinte y treinta centímetros más abajo, suponiendo que aún fuesen visibles.

Seguía lloviendo de modo implacable. Tenía que acercarse a cada árbol para llegar a ver la corteza. Y entonces las vio: las iniciales. Eran muy débiles, tan débiles que había estado a punto de pasarlas por alto. Eran unas leves impresiones en la corteza. Y, tal como había calculado, estaban unos veinticinco centímetros más abajo que su presente visual. Con todo, supo al instante que eran las que había grabado casi medio siglo atrás. Se quedó allí, contemplándolas estúpidamente bajo la lluvia. Era un árbol viejo. Y debía ya de serlo cuando él grabó las iniciales. Y tenía que haberlas cortado muy profundamente. De otro modo, la nueva corteza habría crecido por completo encima de ellas.

Alargó la mano y resiguió con el índice el trazo de las iniciales. Había dos grupos.

J.C. - E.K.

Por ser un chico, debía de haber grabado sus iniciales en primer lugar. Steve quiere a Sally. Tom quiere a Elaine. Tony quiere a Rosa.

Por lo tanto, sus iniciales habían sido J.C.

X igual a J.C.

Al llegar al hotel, se desvistió y luego se sumergió en un baño caliente por espacio de una hora. Después pidió al servicio de habitaciones que le subieran dos whisquis dobles.

Llamó a recepción, y le encantó saber que podía utilizar un vuelo directo para California partiendo de Bradley Field, el aeropuerto entre Hartford y Springfield. El viaje en coche no sería muy largo, y podría devolver el Pontiac de alquiler en el aeropuerto.

El *whisky* empezó a entonar su estómago. Sentía un agradable calorcillo. Había estado demasiado tiempo en tensión, y ésta era la primera vez que se sentía relajado. Se bebió el segundo doble mientras pensaba: «Aquí es donde empecé... Riverside, Massachusetts. No, no es eso. Empecé en muchos lugares probablemente desde el principio de los tiempos. Cuando el Hombre, con H mayúscula, empezó por primera vez. Es posible que en mi primera reencarnación fuera una especie de hombre de Neanderthal, un hombre que se escabuliese de los mastodontes, que lanzara dardos a los jabalíes. Que arrastrara a mi mujer, cogida de los cabellos, hacia mi oscura y hedionda cueva y la golpeará con una porra si no se comportaba bien. Que hablara con gritos en vez de hacerlo con palabras.

»Muchas vidas. He vivido muchas vidas. Igual que cualquier otra persona.

»*Repíte todo eso. Ya verás lo disparatado que suena. Nadie, absolutamente nadie me creería jamás*».

Ahora se sentía muy bien. J.C., siguió pensando. ¿Qué debía de representar? Aquellas iniciales le parecían familiares. J.C. Penney, la cadena de bazares. J.C... J.C... Podía significar tantas cosas... John Carroll, Jacob Cohen, Jackson Coolidge, incluso Jesucristo. Rió.

De repente, se acordó. El viejo Hall debía saber lo que había pasado aquí. Marcó el número del parapsicólogo.

—Hall... Pete Proud.

—¿Sí?

—La encontré. La ciudad.

—¿Está seguro?

—Hablo en serio. Es un lugar llamado Riverside, Massachusetts. X vivía allí. Jorge Washington durmió allí...

Hubo un silencio. Después:

—Pete. Habla usted como si hubiera...

—¿Bebido? Sí, he bebido. Admito que he bebido un poco. Pero sé muy bien lo que estoy diciendo, Hall. Estoy lo suficiente sereno para eso. Yo vivía aquí. Aquí mismo...

Nuevo silencio. Luego oyó mascullar a Bentley en el teléfono:

—Si esto es realmente cierto...

—Le *digo* que es verdad. Vuelvo hacia casa por la mañana. Se lo contaré todo cuando le vea.

—¿En qué vuelo viene?

—En el vuelo de la mañana, desde Bradley Field.

—¿A qué hora llega?

—A las doce del mediodía.

—Nos veremos en el aeropuerto —dijo Bentley. Su voz sonó como si aquello fuera la despedida.

La voz procedente del sistema megafónico era nasal.

—Les habla su capitán. Nos acercamos a una zona de turbulencia moderada. Por favor, abróchense los cinturones.

Peter se abrochó el cinturón de su asiento y miró por la ventanilla. Estaban por encima de las Montañas Rocosas. Aquel viaje en avión parecía interminable. Recordó haber leído en algún lugar que el vuelo en dirección oeste, hacia los Ángeles, duraba una hora más que el vuelo en dirección este, hacia Nueva York. Cosas de los vientos.

Tendría que encontrar la manera de volver a Riverside lo antes posible. Aquella era la primera semana de abril, y el trimestre de primavera de la UCLA no finalizaba hasta el diez de junio. Sabía que no podría esperar tanto. Tenía que empezar a excavar de nuevo, como un arqueólogo en busca de artefactos que pudieran darle la pista de alguna civilización perdida. Se respaldó y cerró los ojos. Se puso a pensar en lo que le había sucedido durante aquellos últimos días. ¿Quién llegaría a creerle? Hall Bentley. La gente que tenía fe en la reencarnación. Pero nadie más. Tenía un mensaje para el mundo: nadie muere para siempre. Pero nadie lo creería.

La azafata apareció en el pasillo para cerciorarse de que todos los pasajeros se habían abrochado los cinturones. Tenía esa mirada aséptica, clínicamente limpia, que parecen tener las azafatas de todas las líneas aéreas. Peter tuvo la sensación de que la habían llevado hasta el avión en un camión refrigerado, y que luego había sido descargada y entregada cubierta por un envoltorio de celofán a prueba de humedad para conservar su frescura. El uniforme estaba pegado a ella tan apretadamente como un vendaje, como si su cuerpo hubiese sido fundido en un crisol y vertido en aquel molde de tejido, y dejado enfriar después de esmaltarlo.

Espeuló sobre la reencarnación de aquella muchacha. ¿Había pertenecido alguna vez aquel magnífico cuerpo a una repelente vieja? ¿A una bruja? ¿Había sido acaso en su vida anterior una mujer repulsiva? ¿Una tullida, quizás? En cualquier caso, ahora había sido bendita por un karma benévolo. No obstante, su joven cuerpo envejecería con el tiempo, se marchitaría y moriría. Le deseó mentalmente que siguiera el mismo curso en su próxima vida. Olió una exhalación de perfume cuando la muchacha pasó junto a él. Le recordó a Nora. La echó de menos. La llamaría al llegar. Sería una de las primeras cosas que haría. Se preguntó qué diría ella cuando él

se lo contara todo. Pero, de hecho, no se lo preguntó. Acababa de tener una idea buenísima...

El gran avión de reacción empezó a empinarse y a bajar de cabeza. Parecía elevarse algunos pies y luego precipitarse con una súbita y molesta caída a plomo. Era como si un monstruo enfurecido hubiera cogido ambas alas y estuviera sacudiendo el avión como un niño habría sacudido un juguete. Sentía en el estómago la mordedura del cinturón de seguridad. El capitán había dicho que la turbulencia sería de poca importancia. Con toda su melosidad, no había hecho más que mentir.

En algún lugar de la cocina, unos objetos cayeron ruidosamente al suelo. Tal vez platos, vasos, botellas. Le parecía que todas las costuras de las curvadas paredes de la cabina estaban en tensión y a punto de desgarrarse, que todos los remaches que sostenían la piel de aluminio del exterior clamaban libertad. Era fácil imaginarse la rotura de todo el ensamblamiento de la cola. Que, en algún sitio, algún sector de metal fatigado cediese, con lo que se precipitarían directamente al suelo.

Nunca se había sentido totalmente seguro en un avión. Su imaginación, suponía, era demasiado viva. Solía pensar en todos los pernos, tuercas, tornillos, cables y generadores, en todos los galones de combustible altamente inflamable en espera de una sola chispa descarriada. Sin contar con los rayos, y las bombas que podían esconderse en el compartimiento de equipajes, o los consabidos secuestradores.

Sin embargo, esta vez se sentía totalmente relajado, sin temor alguno. Era notable su serenidad.

Observó a los demás pasajeros. Había cesado toda conversación. Algunos se agarraban a los brazos de los asientos y miraban al exterior con aprensión. Otros estaban rígidos, con los ojos cerrados, lamentándose en voz baja mientras el gran avión se hundía y volvía a elevarse.

Delante mismo de él, una mujer cogió una bolsa de papel del bolsillo del asiento y se esforzó por vomitar en ella. Al otro lado del pasillo, otra mujer estaba sentada junto a su esposo con la cara color de tiza. Podía ver cómo movía los labios. Tenía los ojos cerrados y oprimía la mano de su marido, el cual estaba rígido de terror, como si temiera recibir alguna dolorosa inyección de una larga y aguda aguja.

Peter sentía deseos de inclinarse hacia ella y decirle que no tenía de qué temer. El avión, por supuesto, saldría felizmente de aquel trance. Casi siempre lo hacía. Pero en caso de que algo sucediera, su muerte no significaría el final, sino el preludio de otra vida. Se le daría otro billete. Se imaginó la reacción de la mujer ante tales palabras. Habría creído que estaba loco.

Y, entonces, con la misma rapidez con que se había presentado, la perturbación desapareció. Volaban de nuevo nivelados sobre el desierto. Al cabo de un rato, se encontraban ya encima de la ciudad, y el reactor comenzó a describir círculos perezosamente antes de tocar tierra.

Ahora, Peter podía ver, a través de la capa de neblina, las gasolineras y las parpadeantes luces de neón, las diminutas piscinas verdes y azules rectangulares,

redondas y en forma de riñón, los áridos cañones y colinas que se hundían y elevaban en escabrosos trazos que parecían las costillas de un león hambriento, y los centenares y centenares de casas, color rosa pastel, amarillo, azul y *beige*, esparcidas por el valle y apiñadas a veces como setas venenosas.

Podía ver las autopistas con los destellantes reflejos del sol procedentes de los techos de los coches que por ellas circulaban. No podía ver a sus conductores, pero ahora pensaba en ellos como en viejas almas con cuerpos nuevos. Ahora, conducían Chevrolets, Pontiacs o Cadillacs, corriendo a cien o ciento veinte kilómetros por hora por una autopista diseñada en la llamada Edad de Acuario, la última parte del siglo xx. Pero, en sus vidas anteriores, tal vez fueron centuriones romanos que conducían carros; o cristianos primitivos que iban a lomos de asnos; o discípulos de Mahoma que hacían sus peregrinajes a La Meca, a través de vastos desiertos, montados en camellos. Sabiendo lo que sabía no era extraño que se dejara llevar por su imaginación.

Pero, en algún punto de aquellas autopistas, en algún instante de aquel mismo día, dos de aquellos coches chocarían y terminarían como dos llameantes armatostes. Los cuerpos de sus conductores quedarían destrozados o quemados. Pero no sus viejas almas. No harían sino marcharse, en busca de nuevos hogares. Se unirían a los miles y millones de otras viejas almas, todas volando sin descanso por las montañas y mucho más allá de ellas, hasta el mismo infinito, todas en busca de nuevas moradas en que quedarse y producir una nueva vida.

Las viejas almas nunca mueren: perduran eternamente...

El avión aterrizó con un topetazo, rebotó una vez, dio de nuevo un fuerte golpe al volver a bajar y empezó a correr sobre el suelo. Los motores invirtieron su marcha con un bramido de protesta, y se dejó oír la música en conserva.

Unos minutos después, Peter dejaba la rampa para encontrar a Bentley esperándole. El parapsicólogo ni siquiera le concedió el tiempo necesario para recoger la maleta.

—Ya la recogerá más tarde —dijo. Había una extraña luz en sus ojos grises. Condujo a Peter al bar del aeropuerto—. Muy bien. Desembuche.

Cuando Peter lo hubo contado todo, Bentley guardó silencio unos momentos. Luego:

—Pete, no sé qué decirle de todo eso. Creo que todavía estoy tratando de creérmelo.

—Igual que yo.

—A partir de ahora, es usted único. Es la prueba viviente de la reencarnación. Usted lo sabe y yo también. Pero nadie más lo sabe... todavía. Sé que esto suena a fábula. Pero lo más importante es que siga usted vivo hasta poder probarlo de modo fehaciente. Debería permanecer usted aislado, bajo vigilancia, para protegerlo de cualquier enfermedad. Debería prohibírsele conducir. Ahora, su vida es preciosa. Ahora, es usted una bomba con un poder explosivo un millón de veces mayor que el de cualquier bomba nuclear que jamás se haya inventado. —Su voz tembló—. Dios mío... Eso deja atrás a cuanto pueda imaginarse. Un hombre, es decir, usted, con poder suficiente para convulsionar al mundo, reforma el modo de pensar de toda la raza humana. Pero seguramente ya ha pensado en todo esto.

—No en esos términos.

—Bueno, pues piense en ello.

—Me da un miedo horrible. Dios mío, ¿qué puedo hacer?

—Lo que tenía previsto. Volver a Riverside. Descubrir quién era usted. Conseguir el resto de las pruebas. Cuando consideremos que disponemos de las suficientes, me refiero a documentación real, lo haremos público. Y que todo el mundo se atenga a ello.

—Intento hacerme una idea de lo que sucederá. Cuando la gente descubra...

—No es fácil predecirlo. Sólo podemos seguir adelante con nuestro proyecto. Primero, me imagino una especie de choque a escala mundial, traumático, desde luego. Por un instante, creencia con reservas; luego, alborozo. Tras esto, la liberación masiva del miedo. Nunca más existirá ese vacío, esa desesperanza que todos sentimos al saber que, hagamos lo que hagamos en esta vida, todo terminará en polvo y eternidad. La muerte, o el miedo a ella, nos obsesiona, nos persigue desde el mismo día en que nacemos. Pero cuando la gente vea que le espera otra suerte... ¡Diantre!, ¿quién sabe cuál será su reacción?

Bentley siguió especulando. Cada cual encontraría un nuevo significado a la vida; no sólo en la propia, sino también en la vida de sus allegados, de aquellos a quien amase. Los que sufrieran en la vida no tendrían miedo a morir. Podrían incluso desearla, por saber que probablemente la próxima vida les resultaría más agradable. Hasta podría haber una oleada de suicidios entre esa gente, entre los inválidos sin esperanzas o los que padecieran enfermedades incurables, precisamente por dicha razón. Cuando muriese una persona querida, ello mitigaría el dolor de su pérdida. Podría incluso suceder que las apetencias humanas de riqueza perdieran su atractivo

una vez aceptada la premisa de que la fortuna terrena adquirida en una vida no haría ningún bien en la próxima. Si se aceptaba la interpretación kármica de la reencarnación, la única «suma y sigue» sería o el bien que se hubiese hecho o el mal que se hubiese producido. Cada cual sería recompensado o castigado en la próxima vida según como hubiese vivido la presente. La filosofía del «ojo por ojo, diente por diente» desaparecería de la faz de la tierra. La gente sólo se preocuparía de aumentar su saldo acreedor para la próxima vida. Abandonarían el odio y se mostrarían mutua compasión, tal vez incluso amor. Bentley prosiguió:

—Pero todo eso está aún en el futuro. Hablemos de ahora.

—¿Quién nos creerá?

—Buena pregunta. Necesitaremos pruebas, por descontado. En cuanto a ahora, tenemos esas cintas en la caja de seguridad, que prueban detalladamente sus alucinaciones antes de que llegara a saber nada sobre Riverside. Tenemos testigos dignos de confianza sobre lo mismo: Staub, Sam Goodman, e incluso su amiga... ¿Cómo se llama?

—Haines. Nora Haines.

—Sí, Ningún problema en este extremo. Ahora, lo más importante es probar su identidad anterior, en el otro extremo. Encontrar personas que le conocieron en su precedente encarnación.

—Como Marcia.

—Como Marcia. Si consigue encontrarla. Si vive todavía. Y otros. Probar que usted sabía cosas sobre ellos que nadie más podía saber, excepto en una vida anterior. También sería acertado mecanografiar un relato de lo que ha sucedido hasta ahora y depositarlo en una caja de seguridad, en otro Banco distinto.

—Aun así, ¿llegará a creerlo la gente?

—No. No todo el mundo. Sean cuales fueren las pruebas que les muestre, y me refiero a pruebas documentales, irrefutables, siempre habrá escépticos que dirán que se trata de un fraude, de un engaño, de un gigantesco golpe de teatro. El mundo está lleno de gente con una especie de pesimismo masoquístico profundamente arraigado. Tienen un odio y un miedo inconscientes a la vida y un hondo deseo de que cese para siempre. Y luego, por supuesto, habrá los otros...

—¿Qué otros?

—Los que tienen nociones preconcebidas y posiciones privilegiadas que defender. La Iglesia. Va usted a establecer una nueva religión, Pete, y la Iglesia no estará dispuesta a que eso suceda sin presentar batalla. Y la reencarnación *creará* una nueva religión; no hay la menor duda de ello. Entonces, habrá los científicos que consideran que lo que no puede dibujarse en un papel, o verse en un tubo de ensayo, o probarse mediante una ecuación, no puede ser cierto. Y, por supuesto, también algunos psiquiatras y psicólogos que se han reído de las nuevas ciencias «psi». Francamente, espero, con placer anticipado, dar un sobresalto a algunos de *ellos*. Es indudable que habrá algunos incrédulos, pero serán arrollados por millones de

verdaderos creyentes. Miles de millones.

»Pero, de momento, todo esto no importa. Podría pasarme días así, soñando planes. ¿Cuándo piensa volver a Riverside?

—No lo sé. Pronto.

—¿Por qué no precisa más?

—He de dejar arregladas algunas cosas. Hablar con el jefe de mi departamento de la universidad. Todavía tengo que dar clases durante el trimestre de primavera.

—Dios mío... —dijo Bentley con impaciencia—. Con todo eso, ¿aún se preocupa usted por unas cuantas clases?

—Sigue siendo un compromiso.

—Yo, en su lugar, volvería mañana mismo a Riverside. Es *allí* donde tiene el compromiso. Pero, como usted quiera. Si se ha intentado probar la reencarnación a lo largo de miles de años, no creo que importen mucho unas semanas más. —Hizo una pausa—. ¿Tiene alguna idea sobre su modo de proceder cuando vuelva allá?

Examinó con Bentley el Sueño de la Casa y el Sueño del Tenis, y las posibilidades que había tras ellos. Bentley asintió.

—Podría dar resultado.

—También podría fracasar.

—No —dijo Bentley—. Creo que encontrará lo que busca.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque creo que tenía que suceder. Estaba ordenado.

Peter clavó los ojos en Bentley.

—¿Qué quiere decir con *eso*?

—No sé... No soy un hombre religioso, Pete, pero al parecer, como usted mismo dijo en otra ocasión, todo estaba *dispuesto*. Como si un dedo divino le hubiese dado un golpecito en la espalda. Como si hubiese sido elegido para dar a conocer este mensaje. Como un... bueno, como un profeta.

Profeta. Pensó en Verna Bird. Un escalofrío subió a lo largo de su espalda.

—Suponga, Hall, sólo como base de discusión, que lo que dice usted es verdad. Hay miles de millones de personas en el mundo. ¿Por qué un tal Peter Proud? ¿Por qué yo?

—No lo sé. No hay respuesta para esta pregunta. Tal vez hubo un gran sorteo y salió su número. Contestaré a su pregunta con otra pregunta. De todas las personas existentes en el mundo de hace casi dos mil años, ¿por qué precisamente un simple carpintero de Nazaret?

No dijeron nada durante un largo rato. Los viajeros entraban y salían del bar. Diferentes chácharas surgían y cesaban. Una risa de vez en cuando. La voz del sistema de altavoces del aeropuerto se dejaba oír con insistencia como una intrusa. Llegaban aviones, salían aviones, la última llamada para tal o cual vuelo, y que el señor Fulano de Tal se presentara en el mostrador de información.

Por último, Bentley se movió y empezó a levantarse.

—Creo que será mejor que retiremos su maleta. Tengo ahí el coche y...

—Hall, espere un momento. Siéntese. —Bentley se sentó mirando con fijeza a Peter—. Aún nos falta hablar de una cosa.

—¿Sí?

—Si todo eso llega a suceder realmente, ¿qué será de mí? ¿De mi vida personal?

—No dudo de que puede figurárselo.

—Sí, puedo, pero quisiera saber su opinión.

Bentley sonrió débilmente.

—Me temía que tendríamos que discutir esta cuestión más tarde o más temprano.

—Pues discutámosla ahora.

—Muy bien. Supongo que podemos hacer algunas especulaciones razonables. Primero, tan pronto como todo eso se anunciara, se convertiría usted en la celebridad mundial del momento, en una figura polémica. Dejaría así de pequeña a Bridey Murphy. Para algunos, sería usted el Hombre del Siglo, o de todos los siglos. El hombre que habría traído a este mundo una nueva revelación, que habría aclarado el misterio de la muerte. Para algunos, sería una especie de nuevo Mesías.

»—¿Que todo esto suena a exagerado? Puede que sí. Pero cualquier exageración al respecto queda pequeña. En cierto sentido, sería usted para algunos el fundador, o por lo menos el profeta, de toda una nueva religión. Para otros, sería un farsante y un impostor. Para otros, aún, una especie de Satanás resuelto a destruir toda la idea del Cielo después de la muerte, así como otros conceptos firmemente apreciados por la iglesia cristiana. Sería a la vez el más grande de los héroes y el más grande de los villanos.

Peter se sentía agobiado, la cabeza le daba vueltas.

—Hall, no puedo asimilar todo eso. No creo tener valor suficiente.

—¿Eh?

—Todo eso me da miedo. No quiero tener la menor parte en ello. Mi instinto me dice que lo ignore. Que lo olvide. Que no me enrede en absoluto.

—No tiene usted alternativa.

—¿Qué quiere decir?

—Ya no pertenece a sí mismo —dijo Bentley—. Está metido en ello demasiado profundamente, ha ido demasiado lejos. Está usted comprometido. Comprendo su postura, Pete, fíjese bien, su vida personal ha dejado de tener importancia. Usted no puede ignorarlo, y yo he de recordárselo.

Pagaron la cuenta y salieron del bar. Entretanto, Hall Bentley miraba a Peter. Una pequeña sonrisa rodeaba su boca, pero sus ojos permanecían serios.

—Recuérdeme que he de conducir con cuidado.

Al salir del aeropuerto, el tráfico era intensísimo. A Peter le recordó la última vez que había estado aquí. En aquella ocasión, centenares de muchachos con las caras pintadas y vestidos con ropajes color de azafrán produjeron un embotellamiento. Tocaban tambores y platillos, y cantaban el *Haré Krishna*. Habían venido a recibir a

su gurú, el Ser Supremo, el Señor de todos los Señores, la Causa de todas las Causas, la Última Verdad de todas las Verdades, la Perfección de todos los Esfuerzos de Perfección.

Él sabía que formaban parte de toda la creciente escena del ocultismo. La mayoría de ellos ya habían probado todas las drogas psicodélicas. Sabían todo lo relacionado con la expansión de la mente y estaban interesados en todo aquello que les prometiera una cuarta dimensión. Del viaje del ácido^[8] al viaje del alma no había ni un paso. Y no eran sólo los muchachos quienes componían este renacimiento del misticismo. Lo constituía también la gente de más edad. Todo el mundo quería respuestas. La gente, reflexionó, sufría en todas partes las mismas frustraciones. Podíamos volar hasta la luna y poner hombres en ella, pero se tardó años en retirar a nuestros hombres del Vietnam. Sabíamos cómo mandar a todo el género humano al infierno, pero no podíamos deshacernos de las ratas de nuestros barrios bajos. Podíamos trepar a la más alta de las montañas, pero no podíamos tener apartados a los gamberros de los pocos kilómetros cuadrados de parques y jardines de la ciudad.

Esto no tenía sentido para los devotos del ocultismo. Para ellos, lo que tenía sentido eran las ideas o movimientos basados en la fe y la emoción. «Hermano, nos han encerrado a todos en la cárcel de la tecnología. Han hecho pasar nuestras mentes por la máquina computadora. ¿Y qué ha hecho esto por nosotros? Nada. Las han convertido en un desierto. Ahora, buscamos respuestas fuera de ellas porque no podemos buscarlas en ninguna otra parte».

Aquella vez, los muchachos de Krishna divirtieron a Peter con su modo de honrar a su profeta. El Gran Gurú, el Ser Supremo, la Última Verdad de todas las Verdades.

Ahora, sintió un escalofrío. «¡Dios mío, eso podría sucederme a mí!».

Cuando Bentley lo dejó en la plaza Summit, aún se sentía un poco aturdido.

Entró en el vestíbulo. Edna estaba delante del cuadro de interfonos. Aquella escena, familiar para él, lo tranquilizó. Había estado haciendo un excesivo esfuerzo de imaginación, había estado inmerso demasiado tiempo en lo irreal, en lo fantástico. Necesitaba divorciarse de todo eso por algún tiempo. Se inclinaba ahora por lo ordinario, por lo banal.

—Vaya... ¡Feliz regreso!

—Gracias, Edna. Me alegra verme de nuevo en casa.

—Aquí le hemos echado de menos. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Muy bueno.

—Hay un montón de llamadas telefónicas para usted.

Alargó la mano hasta su casilla de correspondencia y le dio un fajo de rosadas papeletas. Peter vio que la muchacha tenía abierto ante ella el libro de horóscopos.

—¿Cuál es mi horóscopo para hoy, encanto?

—A ver... Usted es un Libra, ¿no?

—Sí.

—Me gustan los Libra —dijo ella—. Los Libra suelen ser personas muy interesantes. Muy sensibles. ¡Si supiera qué otros signos tenemos por aquí! —Manoseó las páginas del libro y encontró la referencia que deseaba. Leyó un momento, y después—: ¡Caramba! Esto sí que lo encontrará interesante.

—Vamos, me muero de impaciencia —dijo él.

—Marte y Neptuno se acercan a su quinta morada solar. Neptuno se encuentra en la tercera morada, coincidiendo con Marte. Es un buen momento para estudiar sus varios intereses financieros y extender su esfera de acción. Repase todas sus pólizas de seguro en vigor, sus contratos y otros documentos legales para asegurarse de que se hallan conforme a sus deseos. Aproveche cualquier oportunidad que se le presente de hablar en público...

—No veo nada de extraordinario en todo esto.

—Espere —dijo—, aún no he terminado. Ahora viene lo más interesante. Su vida está a punto de cambiar de modo radical. Encontrará pronto un nuevo amor. La experiencia será intensa y profunda. Le espera un futuro totalmente nuevo.

—Edna —dijo él—, eso sí que me gusta, me gusta de veras.

Dedicó una sonrisa a la muchacha y se encaminó hacia el ascensor. Su horóscopo para hoy no estaba mal, excepto en un detalle desacertado: lo que él buscaba era un *antiguo* amor.

El apartamento olía ligeramente a cerrado. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par. Abajo, vio tres o cuatro muchachas desmadejadas sobre sillas y colchonetas de playa en la terraza de la piscina. «Ahora —pensó—, son jóvenes náyades tostándose al sol de California. Pero, ¿quiénes eran en otro tiempo?

¿Doncellas de Cleopatra? ¿Cantineras de los ejércitos de Napoleón? ¿Damas al servicio de la reina Isabel? ¿Reinas o esclavas?».

Se maldijo en voz baja a sí mismo. Estaba llegando a un punto en que no podía mirar a nadie sin especular sobre sus vidas anteriores. Tendría que dejar de hacerlo de modo tajante.

Marcó el número de Nora, pero no obtuvo respuesta. Se sentía muy cansado. El viaje en avión, la conversación con Bentley en el aeropuerto, todo.

Se extendió en la cama sin abrir la maleta. Tras algunos ensoñamientos, quedó profundamente dormido. Tuvo dos sueños: el Sueño de la Casa y el Sueño del Tenis. Oscurecía cuando despertó. Cogió el teléfono y marcó de nuevo el número de Nora. Esta vez contestó.

—Nora... Pete.

—Ah, ya has vuelto... —Su voz sonaba fría, distante—. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Oye, la encontré. La ciudad...

—Te felicito.

—Es un lugar llamado Riverside. En Massachusetts.

—Estupendo.

Él calló unos instantes.

—*Todavía* no me crees.

—¿Por qué no? Claro que sí, querido...

—Nora, cenemos juntos esta noche.

—Lo siento. Tengo un compromiso.

—¿Mañana, entonces?

—No —dijo ella—. Mañana tampoco.

—Comprendo. Estás muy ocupada.

—Muy ocupada.

—Bueno, otra vez será. Ya te llamaré.

—Eso, Pete. Otra vez.

Al colgar, Peter pensó: «Eso es todo». Curioso: no tenía la sensación de haber perdido a nadie. Sonrió entre dientes.

«Pronto encontraré un nuevo amor. ¿No es acaso lo que ha asegurado Edna?».

Al otro día vio al jefe de su departamento y obtuvo permiso para quedarse sólo durante las primeras cuatro semanas del trimestre y para que su ayudante llevara el resto del curso. Dio como excusa unas investigaciones urgentes que debía hacer sobre algunas tribus del Este. El jefe del departamento no vio con agrado la petición de Peter, pero, aunque de mala gana, accedió finalmente a ella, a condición de que estuviera de vuelta a tiempo para el período de exámenes.

El tiempo se le hacía interminable. Daba sus clases y conferencias, trabajaba en

su libro, pero le costaba hacerlo aun prestándoles el menor interés necesario. Su cuerpo estaba en Los Ángeles, pero el resto de él, su parte más importante, se hallaba a cerca de cinco mil kilómetros de distancia. A veces, estaba a punto de irse antes de tiempo y tomar el primer avión para Riverside, aunque con ello peligrara toda su carrera. Sin embargo, sabía vencer a su impaciencia.

Entretanto, continuaban las alucinaciones. El Sueño del Lago era, como siempre, el más frecuente y el más intenso. Pero cinco sueños habían dejado de manifestarse, desterrados, al parecer, a un limbo permanente. Eran el Sueño de la Ciudad, el Sueño de la Torre, el Sueño del Árbol, el Sueño de Cotton Mather y, hecho realmente curioso, el Sueño de la Cárcel.

Habló de ello con Hall Bentley, y el parapsicólogo dijo:

—Aunque no estoy seguro de lo que sucede, eso parece obedecer a una especie de proceso de expiación: liberación mediante alguna clase de representación, de nueva realización, de algún contacto, por vagos que sean. Ha visto usted las calles de la ciudad. Ha estado en el lugar que ocupaba la torre. Ha visto la efigie del puritano. Cada vez que entra usted en contacto con el tema de uno de los sueños, la alucinación correspondiente desaparece.

—Pero ¿cómo explica usted el caso del Sueño de la Cárcel? Éste también ha desaparecido.

—Explíquemelo de nuevo.

—Me encuentro en una cárcel donde estoy contando dinero.

—Tal vez la vio y no supo reconocerla.

—No. Ni siquiera llegué a ver ninguna cárcel en Riverside.

—Es curioso. Se trata de la única alucinación que no es verosímil. Quiero decir que la celda de una cárcel no es un lugar donde se acostumbre contar dinero.

Algo más lo desconcertaba. Había visto el lago. Pero el Sueño del Lago seguía manifestándose.

De pronto, recordó el tema de la tesis de Ed Donan: *Las relaciones de los iroqueses, su estrategia terapéutica de catarsis*. Tienes un sueño; debes volver a vivirlo, debes representarlo. Cuando un séneca sueña que compra un perro en Quebec, al otro día viaja hasta Quebec para comprar un perro. Cuando un hurón sueña que es torturado por un enemigo, al otro día se hace torturar por sus amigos. Si no procedes así, se presenta la enfermedad.

Ondinnonk.

Fue en avión hasta Bradley Field, alquiló un coche y en él se dirigió a Riverside.

Presentía que la clave de la identidad de X estaba en el Sueño de la Casa. Su mejor oportunidad de descubrir quién había sido residía en encontrar la casa. Si conseguía localizar la casa, podría saber el nombre de la persona que había vivido en ella. *Sí*.

La recordaba con la mayor claridad, con todos sus detalles. Sabía que la reconocería inmediatamente cuando la viese. Era una casa para dos familias, la parte superior de tablas de madera marrón, la inferior estucada de blanco, con un gran soportal de tres arcos. Era la tercera casa a partir de la esquina.

Comenzaría a buscarla el día siguiente. Decidió acostarse inmediatamente después de cenar para poder salir temprano por la mañana. Había cientos de calles en Riverside, y podrían pasar semanas —incluso meses— antes de dar con ella. Pero tenía que encontrarla: era su única oportunidad.

A la mañana siguiente, compró en una librería un plano en el que se detallaban todas las calles de la ciudad. Entonces, la dividió en barrios con un lápiz rojo. Su idea era la de cubrir un barrio por día subiendo en el coche por una calle y bajando por otra hasta haber recorrido toda la zona.

De repente, tuvo un pensamiento descorazonador. ¿Y si la hubiesen derribado tiempo atrás? Ya habían derribado casi media ciudad... Tal vez no habían dejado nada de la casa. Tal vez habían puesto en su lugar una maldita gasolinera o una casa de apartamentos...

Algunas circunstancias le eran favorables. En el Sueño de la Ventana, había podido ver el gran letrero luminoso de la terraza del Banco Puritano antes de que el chubasco de nieve lo oscureciera. No había ningún río de por medio. Ello indicaba que la casa estaba situada en algún lugar de la propia Riverside; no al otro lado del río, en la zona oeste de la ciudad. A juzgar por la distancia y el ángulo desde los que había visto el letrero, estaba completamente seguro de que la casa no se hallaba en la parte central o comercial de la ciudad, sino en uno de los muchos barrios residenciales. Y, por último, tenía la impresión, sacada del Sueño de la Casa, de que ésta estaba situada en una calle secundaria; no en una avenida principal con semáforos y grandes almacenes.

No contaba con mucho, pero era algo para comenzar.

Empezó a recorrer las calles. Tenía que conducir con lentitud, por el temor de pasar la casa por alto. *Sí* aún existía. Una calle arriba y otra abajo.

Al cabo de unos días, aquello se convirtió en una pesadilla. Le dolían los ojos, no sólo de observar ambos lados de la calle, sino de vigilar al mismo tiempo el tránsito delante de él. Hizo kilómetros y kilómetros en coche. Y tachaba una a una las zonas

que iba cubriendo. *El North End. El barrio de Eastwood. Hungry Hill. Las alturas de Riverside. El barrio de la plaza Pilgrim. Winchester. El parque Manor. El South End.*

En algunas calles, dominaban los grandes bloques de viviendas, y conducía velozmente al pasar por ellas. Otras eran visiblemente nuevas. Otras, aún, eran batiburrillos, mezclas de viejo y nuevo. Vio muchas casas para dos familias, pero ninguna que se pareciera ni remotamente a la de su sueño.

El barrio del Belmont Boulevard. Las inmediaciones de la Oak Avenue. La zona de la Central Avenue.

Al tercer día, se dio cuenta de la inutilidad de lo que estaba haciendo. Su convencimiento de que la casa ya no existía era cada vez mayor. Pero él, inflexible, persistía. Se recordaba a sí mismo que aquélla era su última oportunidad. No le quedaba otra opción, ni podía ya comprobar ninguno de los otros sueños.

Al sexto día, detuvo el coche en una calle del barrio del Arsenal. Se quedó allí largo tiempo, con la cabeza apoyada en el volante. Había llegado al límite de sus fuerzas, se encontraba sumido en la más negra de las depresiones. Se dijo que quizás era mejor que no encontrara aquella condenada casa. Al fin y al cabo, había estado perdiendo el tiempo en algo que no acababa de comprender. Y aun suponiendo que diera con la casa y descubriera a través de ella su identidad, nadie le garantizaba que ésta le gustara. Podía ser horrorosa. Era posible que si llegaba a destapar esta caja de Pandora, su reacción fuese la de ponerse a gritar.

Decidió entonces volver al hotel y tomar el primer avión para Los Ángeles. «Adiós, J.C., fueras quien fueses». Estaba harto. Hall Bentley sufriría una decepción, por supuesto. Sí, era una verdadera lástima, pero nada más. En cuanto a él mismo, sólo tendría que lamentar el hecho de no poder colmar su curiosidad durante el resto de su vida. Ahora se sentía aliviado. No tendría que representar el horrendo papel que Bentley le había descrito. Que los trajera otro, esos mensajes al mundo... Se le ocurrió entonces que, en realidad, en lo más profundo de su inconsciente, había *querido* fracasar desde el principio.

Ahora se sentía mejor. Puso el coche en marcha.

El hotel estaba situado en el lado de la ciudad opuesto a aquel donde él se hallaba. Examinó el plano y encontró un camino más corto para volver. En vez de ir por la Highland Avenue, con su tráfico y sus semáforos, podría atajar por la calle Albemarle hasta entrar en una gran arteria llamada Bridge Avenue. Ésta lo conduciría directamente al centro de la ciudad y a su hotel.

Al llegar donde se juntaban la Bridge Avenue y la calle Albemarle, se encontró en un barrio negro. Un denso *ghetto* de gente de color. Cuando sólo había dejado atrás unas cuantas manzanas de casas, Bridge Avenue abajo, paró de repente el coche. Empezó a sentir en su piel la punzada de mil agujas. Sabía que había estado antes allí. Reconoció el edificio de ladrillos rojos de la escuela, calle abajo. La gran gasolinera de la esquina. Y, frente a la gasolinera, una pequeña zona comercial que le pareció familiar. Muy familiar. Ahora, había allí un supermercado y una pizzería, así como un

bar llamado Hi-de-Ho. Sin embargo, le pareció recordar, como a través de la gasa de un velo, una tienda de golosinas, el taller de un zapatero remendón y también una panadería.

El letrero que indicaba el nombre de la calle decía: Almont Street.

«Éste era mi antiguo barrio. Yo vivía aquí. Ésta era mi calle».

No tenía la menor duda de ello. Simplemente, lo sabía. No se le había ocurrido recorrer esta zona. Le había pasado por alto el hecho de que los barrios blancos cambiaban radicalmente al correr de los años, hasta el punto de convertirse a veces en barrios totalmente negros. Y sabía que las casas viejas de los barrios bajos eran a menudo las últimas en ser derribadas. Se iban deteriorando hasta que sus inquilinos no tenían más remedio que marcharse y abandonarlas.

Como en sueños, oyó los broncos golpes de claxon de los coches parados detrás de él. Voces airadas le lanzaban gritos. Entonces se dio cuenta de que había detenido el coche en medio de la calle. Lo hizo arrancar, lo condujo hasta la próxima travesía, giró para deshacer el camino y, como una paloma que regresara al palomar, se adentró en la calle Almont.

Y entonces la vio. La tercera casa a partir de la esquina, a mano izquierda.

Número 28. Calle Almont. Había envejecido de modo considerable. El estuco blanco estaba resquebrajado y lleno de manchas. Alguien había pintado de blanco las carcomidas tablas, pero la pintura se estaba descascarando y dejaba ver el color marrón que cubría. Los marcos de las ventanas, alabeados, mostraban los prolongados efectos de la intemperie. El cuidado césped que recordaba era ahora una maraña de hierbajos. Todo estaba allí deteriorado, abandonado.

Detuvo el coche junto al bordillo, exactamente delante de la casa, y, sin moverse de su asiento, se puso a observarla. Apenas advirtió la presencia de tres negros que estaban sentados en el escalón superior del carcomido soportal. Lo miraban de hito en hito, con caras hostiles. Finalmente, uno de ellos se levantó, bajó lentamente a la rota acera y se dirigió hacia él. Era un negro corpulento, de aspecto tosco, con grandes y velludos brazos. Metió la cabeza en la ventanilla abierta del coche.

—¿Qué quieres, hombre?

—Nada.

—¿Por qué te has parado aquí, pues?

—Sólo para mirar.

—¿Para mirar *qué*?

—¿Es ésta su casa?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en ella?

—Hombre, ¿quién eres? ¿Qué mierdas estás haciendo aquí? ¿Eres de la bofia o algo así?

—No. —El negro le lanzaba miradas de indignación. Tuvo el presentimiento de que el hombre estaba a punto de abrir la portezuela y sacarlo de un tirón. Los otros

dos hombres se acercaron calmosamente. Le clavaron su fría mirada. Otros negros, transeúntes, se detuvieron para mirar lo que pasaba. Advirtió también su hostilidad.

—Yo sólo quiero saber...

—Tú no quieres saber nada, blanco. Y a mí no me da la gana de decirte nada. Éste no es sitio para los paliduchos. ¡Mira que atreverse a rondar por aquí haciendo preguntas! No me digas que no eres un poli. Mira, hombre, yo huelo a los caguetas como tú a una milla de distancia. Y ahora date el piro en seguida si no quieres que te casque...

Alguien golpeaba la ventanilla trasera. Oyó el chocar de una piedra lanzada contra el coche. La muchedumbre empezó a apiñarse a su alrededor. Era un extraño en los dominios de ellos, y un blanco, por añadidura. Puso el coche en marcha y se alejó de allí. Ahora sabía que estaba cerca de lo que buscaba.

Encontró la agencia de la propiedad inmobiliaria dos manzanas de casas más adelante, en la Bridge Avenue.

La atendía una sola mujer. Tenía unos sesenta años, era gorda y jadeante.

—¿El número 28 de la calle Almont? Sí, conozco la casa. Con los años, la hemos comprado y vendido una o dos veces. Hemos hecho lo mismo con casi todas las casas de las calles Almont, Bryant, y Baldwin. Se da el caso de que operamos en este barrio desde hace... bueno, más de cuarenta años. —Se encogió de hombros—. Sí, el vecindario ha cambiado mucho, desde luego. Usted mismo puede verlo. Ahora ya no hacemos gran cosa en esa zona...

—Tal vez podría darme usted algunos detalles sobre esa casa...

Ella lo miró con aire de incredulidad.

—¿Le interesa *comprarla*?

—No. Se trata de otra cosa. ¿Podría usted saber quién vivió en ella en los años treinta, o en los cuarenta no muy avanzada la década?

—Ahora mismo, no. Hace mucho tiempo de eso.

—Lo sé.

—Llevamos, desde mucho tiempo atrás, un registro de ventas que incluye gran número de casas de ese barrio. Propietarios, hipotecas y cosas por el estilo. Si hicimos alguna operación con el 28 de la calle Almont, y creo que sí, tendría que constar en él. —Lo miró con suspicacia—. ¿Es usted del FBI? ¿Investigador privado o algo por el estilo?

—No. Sólo se trata de una cuestión personal. Desearía saber quién vivió allí por aquellos tiempos. Si lo buscara usted, se lo agradecería mucho.

La mujer vaciló un momento. Luego:

—Puede que tarde uno o dos minutos en encontrarlo.

Ella salió para entrar en una habitación de la parte posterior de las oficinas. Él oyó como se abría el cajón de un archivador. Se sentó y esperó. El despacho donde se

encontraba estaba falto de ventilación, y hacía mucho calor en él. Sentía como el sudor le empapaba la camisa debajo de su americana. Se quedó mirando con fijeza, a través de la ventana, el tráfico de la Bridge Avenue. Le pareció que hacía una eternidad que esperaba sentado en aquel rojo sillón de cuero artificial. En realidad, sólo hacía dos minutos.

Por fin, la mujer volvió con una carpeta. Se sentó ante su escritorio, revolvió el legajo y sacó un papel. Al parecer era corta de vista, pues tuvo que acercar el papel a sus ojos.

—Veamos. De 1952 a 1955. Entonces vivía allí una familia italiana. Rovelli. Esto fue antes de que la zona se convirtiera en barrio negro, desde luego. Y, antes de ellos, una familia llamada O'Malley. De 1948 a 1952. Eso es. Compramos la casa para los O'Malley. Ahora lo recuerdo. Nos la vendió un hombre llamado Chapin. —Ralph R. Chapin, según dice aquí. Vendedor. Propietario registrado. Ocupó la casa durante mucho tiempo. Todos los años treinta y algunos de los cuarenta. Es el período por el que usted se interesa, supongo.

—¿Sabría tal vez algo más sobre la familia Chapin?

Ella lo miró con fijeza.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Quiénes eran los otros miembros de la familia...

—Lo siento. No tengo la menor idea... —Entonces, de súbito, hizo castañetear los dedos. Sus ojos se ensancharon—. Espere un momento. Un momento. Ahora sí que lo recuerdo. Había un hijo...

—¿Recuerda su nombre?

—Jeff. Ése era su nombre, Jeff Chapin. Eso de Jeff como diminutivo de Jeffrey, supongo.

—Jeffrey Chapin.

—Sí. Hay una sola razón que me lo haría recordar un millón de años. Es la de que el nombre de ese joven, que procedía de ese barrio, salió en los periódicos. Pero, si es el que usted anda buscando, mejor será que lo olvide.

—¿Sí?

—Murió hace mucho tiempo. Se ahogó mientras nadaba en el lago Nipmuck.

Al cabo de un buen rato, Peter se oyó decir:

—¿Recuerda en qué año sucedió eso?

—No. Ni aproximadamente. Pero, como le he dicho, todo salió en los periódicos.

El *Riverside Daily News* se alojaba en un moderno edificio todo cristal y acero inoxidable. Se hallaba sólo a cinco manzanas del hotel de Peter.

En el letrero del vestíbulo, leyó: Archivo y Biblioteca. Tercer piso.

El archivo era una gran sala sin ventanas. Estanterías y más estanterías llenas de volúmenes encuadernados del *News*, rotulados con indicación del volumen, mes y año. El bibliotecario era un hombre de edad, delgado y de aspecto anémico. Estaba sentado ante una vieja y vapuleada mesa de escritorio cuyos bordes mostraban las

señales dejadas por las quemaduras de mil colillas. La mesa estaba cubierta de periódicos y recortes. Tanto el hombre como la mesa hacían juego con el lugar.

—¿Qué nombre ha dicho que era?

—Jeff Chapin. Probablemente, Jeffrey.

—¿Y la fecha?

—No la sé.

—¿El año?

—Eso tampoco lo sé. Murió en los primeros años cuarenta. Ahogado en el lago Nipmuck. Sé que el *News* publicó entonces el correspondiente reportaje.

—¿Dice en los años cuarenta?

—Sí, en los años cuarenta. —Hizo una pausa—. ¿Cree que podrá encontrarlo?

—Verá, señor, no me da usted muchas facilidades para empezar. Tal vez podamos, o tal vez no. Depende de que fuera una persona conocida en la ciudad. Quiero decir una persona importante, ¿sabe? Depende del ámbito en que se movía y del alcance de sus actividades. Si el muerto no era nadie, yo diría que tiene usted pocas probabilidades de dar con él. *Podría* usted examinar diez años de diarios, claro, pero no creo que eso le gustase mucho. En cambio, si el nombre del muerto sonaba públicamente por el motivo que fuera, es posible que lo encontremos en nuestro registro.

—¿Registro?

—Sí, registro de fallecimientos. Llevamos una lista, por años, de las personas fallecidas. Número y fecha del periódico. Por si alguno de nuestros periodistas lo necesita para indagaciones o para buscar datos antiguos. Si puede esperarse un poco, se lo miraré.

—Se lo agradeceré.

El bibliotecario se volvió hacia un estante situado exactamente detrás del escritorio. Se alineaban en él una serie de desgastados cuadernos de referencias. Cogió uno marcado: «1940-1950». Los años estaban indicados en el borde de las páginas en forma de índice en escalerilla. Abrió el cuaderno. Peter pudo ver los nombres de los difuntos dispuestos en orden alfabético.

—Jeffrey Chapin. Jeffrey Chapin...

El dedo del bibliotecario recorrió rápidamente la página de arriba abajo. —Nada en 1940—. Volvió la hoja. —Nada en 1941. Ni en 1942, 1943, 1944, 1945..., 1946.

—Ya lo tengo —dijo de pronto el bibliotecario—. Está usted de suerte.

—¿Sí?

El bibliotecario señaló la anotación.

—¿Ve? Jeffrey Chapin. Número del 27 de septiembre de 1946. Primera página.

—¿Cómo puedo ver ese número?

—Sígame.

Condujo a Peter por entre varias filas de estanterías llenas de altos volúmenes encuadernados en tela. Por fin, se detuvo.

—Aquí lo tenemos. Septiembre de 1946.

Bajó el volumen. Era pesado. Jadeó al llevarlo a una desvencijada mesa, a cuyo alrededor había unas cuantas sillas. Dejó caer pesadamente el volumen sobre ella.

—Encontrará esa defunción aquí. Vuélvalo a poner en su sitio cuando haya terminado. ¿De acuerdo?

Peter asintió con un movimiento de cabeza. El bibliotecario se marchó arrastrando los pies. La estancia estaba oscura. Encendió la lámpara que había sobre la mesa.

Se sentó y se quedó mirando el gran volumen encuadernado en tela repleto de periódicos. Pasó algún tiempo sin que se atreviera a abrirlo. Le daba miedo hacerlo. Por fin, con los dedos temblorosos, abrió la cubierta y hojeó hasta encontrarse ante el número del 27 de septiembre del año 1946. Primera plana.

El papel estaba amarillento por el tiempo, la impresión había palidecido un poco. Entonces, vio el reportaje. Iba acompañado de una fotografía bastante clara.

EL CADÁVER DE JEFFREY ES RECUPERADO DEL LAGO NIPMUCK

*Según informó su esposa, murió
ahogado accidentalmente la noche del 25
de septiembre.*

El cadáver de Jeffrey (Jeff) Chapin, de 32 años, fue recuperado del lago Nipmuck a primeras horas de esta mañana. La policía estuvo dragando el lago durante dos días. Según Marcia Chapin, esposa del difunto, su marido se propuso cruzar el lago a nado por la noche. Admitió que estaba ebrio y que trató de disuadirlo sin conseguirlo. Después, intentó seguirlo en un bote pero no lo encontró. Alarmada, llamó a la policía. Según la señora Chapin, era un gran nadador y había cruzado el lago a nado muchas veces. Es probable que el señor Chapin fuese víctima de un calambre en las heladas aguas. A última hora de esta misma mañana, el médico forense emitió el veredicto de «ahogamiento accidental». El señor Chapin había residido toda su vida en Riverside. Era hijo de R. C. Chapin y, hasta los primeros años de su juventud, vivió en el barrio de la Bridge Avenue, en el n.º 28 de la calle Almont. Estaba orgulloso de su dieciseisavo de sangre india, por ser descendiente de los pequotas. Ya desde sus tiempos del bachillerato, era un atleta sobresaliente en el instituto, especialmente en el tenis, y más tarde fue calificado para varios torneos en Nueva Inglaterra y la costa del este. Durante varios años, fue un profesional del tenis perteneciente

al Creen Hills Country Club. Sirvió en la infantería de marina y fue licenciado con honores en 1943. Más tarde, contrajo matrimonio con Marcia Curtis, hija del señor y señora William E. Curtis, de la calle Mulberry. El señor Curtis es el presidente del Puritan Bank and Trust. Posteriormente, el señor Chapin pasó a ocupar un cargo en el banco como pagador, y en el momento de su muerte era subcajero. El señor Chapin deja una niña de tres meses, su hija Ann. La misa de cuerpo presente tendrá lugar el martes por la mañana en la Primera Iglesia de Jesucristo, el sepelio se efectuará en el cementerio de Hillside.

Peter estudió la fotografía. Aquella cara le sonreía. Estaba descolorida y un poco borrosa, pero aun así parecía tener vida.

Era un rostro de buen mozo, viril, vigoroso. Ojos oscuros, corte de pelo corto, el *short haircut* tan popular en los años cuarenta. La nariz un poco aguileña. La insinuación de unos pómulos altos. Buena mandíbula. Llevaba un jersey de tenis. Pero era la media sonrisa que se dibujaba alrededor de sus labios más bien delgados lo que fascinaba a Peter. Tenía algo de burlona, de divertida. Era incluso un poco cruel. Parecía estar diciendo: «Antes, yo era tú. Ahora, tú eres yo».

Estuvo estudiando un buen rato la cara del hombre que él había sido. Entonces, cogió de su cartera una lima de uñas y cortó cuidadosamente el artículo. Dobló el recorte y lo embutió en su cartera. Se sintió un poco avergonzado de este pequeño acto de vandalismo. Pero nadie lo echaría de menos, pensó.

Cerró el pesado volumen y lo colocó de nuevo en el estante. Caminó por los estrechos pasillos que dejaban entre sí las estanterías de libros hasta que se encontró cerca de la puerta. Cuando iba a salir, oyó la voz:

—Un momento, señor.

Se volvió. Confusamente, vio al bibliotecario sentado ante su escritorio. Peter no había advertido su presencia. El hombre parecía un poco incomodado. Claro..., esperaba que por lo menos le diese las gracias. El viejo señaló un registro sobre su mesa.

—Tendrá que firmar aquí.

—¿Firmar?

—Con su nombre. Todos los visitantes que usan el archivo tienen que firmar.

Peter retrocedió hacia el escritorio. El bibliotecario le alargó una pluma. Él firmó y luego se dirigió nuevamente hacia la salida.

—¡Oiga, joven! —Él se volvió. El viejo lo miraba con fijeza—. ¿Es una broma esto, o qué?

—¿Qué?

—Más valdrá que vuelva aquí y firme de nuevo.

Había firmado con el nombre de *Jeffrey Chapin*.

Lo tachó y escribió «Peter Proud» más arriba. Entonces, farfulló las gracias al bibliotecario y se fue.

Bajó en el ascensor, caminó a través del ajetreo del vestíbulo y salió a la calle. Subió al coche. Dio una ojeada al plano de la ciudad y se dirigió hacia Main Street.

Sabía exactamente a dónde tenía que ir.

TERCERA PARTE

Estuve aquí antes de ahora,
No sé decir cuándo ni cómo;
Conozco la hierba de allende la puerta,
El dulce y sutil olor,
Los suspirantes sonos, las luces de la playa.
Has sido mía antes de ahora...
Cuándo eso fue saber no puedo;
Mas al girar tu cuello
Para seguir el vuelo de aquella golondrina,
Un velo cayó y de antaño lo supe todo.

DANTE GABRIEL ROSETTI

El cementerio de Hillside estaba situado a más de un kilómetro y medio de los límites de la ciudad.

Se llegaba a él subiendo por la larga cuesta de una colina. Al llegar a la cumbre, Peter pudo ver debajo de él toda la extensión del cementerio. Era grande, mucho más grande de lo que suponía, y estaba cercado por un alto muro de piedra. Podía ver hileras y más hileras de lápidas mortuorias, estatuas y más estatuas, pequeñas tumbas de mármol, ángeles con los brazos y alas abiertos. Parecían los soldados de un blanco y silencioso ejército cuadrados en una verde y fresca plaza de armas.

Le parecía extraño que su otro cuerpo estuviese enterrado en algún lugar allí abajo.

El cielo se había oscurecido y, de cuando en cuando, se oía el siniestro zumbido de un trueno. Delgadas y negras nubes se deslizaban bajo un telón de fondo gris, rápidas, a poca altura, como furtivos guerrilleros. El viento era más fresco; susurraba una húmeda palabra: lluvia. Peter dio una mirada a su reloj. Eran las seis y algunos minutos. Pronto oscurecería. Tenía que darse prisa.

Se dirigió hacia la entrada principal. Dos puertas de hierro con rejas, ahora cerradas, interceptaban la carretera de entrada al cementerio. La puerta de las oficinas, próxima a la entrada, estaba cerrada. Llamó a ella con unos golpes. Nadie contestó. A aquella hora, las oficinas ya no estaban abiertas. Dio la vuelta hacia un lado del edificio y miró hacia dentro. Pudo ver, a través de las persianas, un par de escritorios, y un gran plano del cementerio en la pared. Sabía que allí, en algún lugar, tenía que haber un registro en que constase cada tumba con el nombre del respectivo yacente.

Por un momento, pensó que podía forzar la ventana y meterse por ella. Pero el tráfico que había en aquella carretera le hizo reconsiderar su intento. Fue de nuevo hacia las enrejadas puertas; estaban cerradas con cerrojo por dentro. La mitad posterior del edificio de las oficinas se adentraba en el cementerio. Algún empleado de las mismas debía de abrir las puertas desde el interior cada mañana. El fragor de un trueno lo dejó en suspenso. Se quedó inmóvil, indeciso. Pero sabía que no podía esperar. Su tumba estaba en algún lugar de allí dentro. Quería verla *ahora*.

Estudió la pared. Vio que era demasiado alta para trepar por ella. Subió entonces al coche y, conduciéndolo por encima de la hierba, lo situó paralelamente a la pared. Salió del vehículo y se encaramó sobre el capó. Ahora le fue fácil alcanzar la parte más alta del muro, agarrarse, pasar sobre él y saltar al otro lado.

Se detuvo, perplejo, ante la cantidad de tumbas que vio ante él. Quizás había un millar, y se extendían hasta más allá del horizonte, hasta el infinito. Piedras cuadradas, piedras rectangulares, algunas macizas, otras delgadas, y algunas pequeñas, pertenecientes a niños.

Empezó a andar, dejando atrás una hilera de losas, y después otra, en busca de su

tumba. No tenía la menor idea de dónde estaba. Todo lo que podía hacer era seguir buscando por aquel laberinto, mirar todas las lápidas de aquel maldito cementerio hasta que la encontrase.

Los truenos seguían retumbando, pero la lluvia se había alejado. El viento soplaba ahora con más fuerza y hacía girar las hojas muertas ante él en pequeños remolinos. Recorrió una hilera hacia arriba, otra hacia abajo. Entonces la próxima de nuevo subiendo y la siguiente bajando...

«¿Dónde demonios estará?».

Se iba irritando, se sentía frustrado. Había leído centenares de lápidas. Los ojos le dolían de tanto observar las inscripciones sin dejar de andar. Tenía que comprobarlas todas; de otro modo, se habría expuesto a pasarla por alto. Al cabo de un rato, calculó que había cubierto tal vez una cuarta parte del cementerio.

Le pareció sentir una gota de lluvia. Se estaba haciendo tarde. El plomizo cielo y la noche que se acercaba conspiraban para sumir el cementerio en una media luz sobrenatural. Cada vez le era más difícil ver con claridad. Dentro de quince minutos sería demasiado oscuro para...

Entonces la vio. Era una losa cuadrada. Maciza. De granito pulimentado. La inscripción era simple:

Jeffrey Chapin
esposo y padre amantísimo
1914-1946

Se acercó a la tumba y acarició la piedra con la mano. Pasó los dedos sobre las letras grabadas.

Jeffrey Chapin. Esposo y padre amantísimo.

Le parecía que la cabeza le iba a estallar. Tenía que morderse la lengua para no gritar. Vio allí cerca una sepultura abierta. Estaba recién excavada, preparada para el día siguiente. Los sepultureros habían dejado sus palas clavadas en el montón de arena apilada poco antes.

Por un instante tuvo un loco impulso. Deseó coger una de aquellas palas y, como un vampiro, cavar hondo en su propia tumba. Deseó llegar hasta el ataúd y levantar su tapa.

Y mirarse a sí mismo.

No sabía cuánto tiempo había estado allí de pie. Ahora, había oscurecido. Una gota de lluvia le dio en la cara, después otra. Sus poros rezumaban sudor. Podía apenas distinguir las lápidas que lo rodeaban. Pensó en todos los cuerpos corrompidos que yacían debajo de ellas. Cuerpos como el suyo, cuyas almas los habían dejado ya hacía tiempo para encontrar otra casa. Todas aquellas lápidas, pensó, con aquellas

inscripciones tan estudiadas, qué despilfarro... No hacían sino señalar dónde habían quedado los restos químicos del querido difunto.

Recuperó la razón. Era una idiotez seguir allí de aquel modo en plena oscuridad. A trompicones, volvió a la estrecha calzada del cementerio, fue hacia las puertas de hierro, las abrió y subió al coche. Ahora sabía muy bien cuál debía ser su próximo paso.

Mientras iba conduciendo, pensaba en él como Jeffrey Chapin. Su semejanza kármica era notable. Muchos aspectos del enigma iban aclarándose. Como la cuestión, por ejemplo, de los extraños y dolorosos ataques que sufría en la cadera. Ahora sabía la respuesta. Como en el caso del Sueño de la Cárcel. Por supuesto, no se trataba en modo alguno de ninguna cárcel, sino de las rejas de una ventanilla de pagos del Puritan Bank. Ahora esos departamentos se hallaban separados del público por un cristal. Pero en otro tiempo debieron de estar protegidos por barrotes o alguna clase de reja de hierro. El hecho de que soñara que estaba contando dinero en tal lugar hablaba por sí mismo.

Ahora sabía que, como Jeffrey Chapin, murió el 25 de septiembre de 1946. Como Peter Proud, nació el 10 de octubre del mismo año. Fue, pues, una reencarnación rápida. Y había, desde luego, el Sueño de la Criatura. En su precedente encarnación, había sido el padre de Ann, una niña de tres meses. Él y su hija tendrían ahora casi la misma edad. O, dicho con mayor exactitud, si su hija seguía viva, tendría tres meses más que él.

Bajó por la larga pendiente, y vio una gasolinera al pie de la misma. Ahora lloviznaba. Bajó del coche y entró en la cabina del teléfono del aparcamiento de la gasolinera. Una guía telefónica de Riverside colgaba de una cadena. Revolvió las páginas con dedos temblorosos. Las hizo girar hasta que aparecieron los nombres que empezaban con «C».

Y la encontró, tal como él sabía que sucedería

Chapin, Ann —16, Avenida Vista — 341-2262

Chapin, Marcia —16, Avenida Vista — 341-2262

Sin detenerse a pensarlo, introdujo una moneda en la ranura y marcó el número. Contestó una voz de mujer, suave, melodiosa, un poco confusa.

—Diga...

Él no respondió. No podía. *Dilo sólo para ti y verás lo disparatado que suena:* «Me llamo Peter Proud. Soy la reencarnación de su difunto esposo. El hombre a quien usted asesinó en el lago Nipmuck...».

—Diga... Diga... ¿Quién es?

Colgó.

La avenida Vista. Lujuriente, tranquila y exclusiva. Casas de estilo georgiano, coloniales, y, aquí y allí, una moderna. Calles que no se designaban como calles, sino

como caminos, avenidas, vías y carreteras. Espesuras de malvarrosa y forsitia en los rincones de los jardines, y abetos para dar verdor al invierno. Faroles clásicos con hinchados globos que daban luz amarilla. Cada casa con su garaje y su gran terraza. Un lugar de clubs de campo, sirvientas negras y velocidad limitada. Grandes perros guardianes y otros guardianes vestidos de policía.

Cuando llegó, había parado de lloviznar. El número 16 de la avenida Vista era una típica casa de estilo colonial: blanca, con postigos amarillos; ladrillo, piedra y madera en los pisos superiores; faroles en el camino de entrada y una extensión de cuidado césped.

Aparcó el coche al otro lado de la calle. A través de la puerta abierta del garaje, pudo ver la parte trasera de un Cadillac y de lo que parecía ser un Jaguar XKE. «Mi amor vive bien —pensó—. Muy apropiado para la hija de un banquero».

Las luces de la casa estaban encendidas, aunque las cortinas estaban echadas. Por entre las de una ventana de la planta baja, se escapaba una franja de luz. Se moría de curiosidad. Se sentía tentado de bajar del coche, correr a través del césped, agacharse debajo de la ventana y mirar adentro. Tal vez podría verla.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no hacerlo. La razón mantuvo cerrada la puerta de su coche. Cierta cantidad de luz se derramaba sobre el césped. Allí podía haber un perro. Podían tomarlo por un *voyeur*. No habría necesitado poco tiempo para explicar lo que hacía allí... *No habría podido* explicarlo. Hasta el hecho de permanecer sentado en el coche, observando la casa, lo hacía sospechoso.

Puso en marcha el coche y empezó a avanzar calle abajo. Mañana, decidió, sería otro día. Cuando acababa de doblar la esquina, se cruzó con un coche de la policía que giraba hacia la avenida Vista. Los hombres que iban en él lo miraron con curiosidad.

Llegó al hotel. Un mensaje le estaba esperando: Hall Bentley había llamado y quería que él le telefonara.

Marcó el número particular de Bentley.

—No sabía nada de usted, Pete... —Entonces, ansiosamente—: ¿Qué ha pasado? Peter dudó un momento.

—Nada.

—¿Nada en absoluto?

—Ni la menor pista. Al menos, por ahora.

—¡Maldita sea! —exclamó Bentley.

Había estado a punto de decir a Bentley lo que había sucedido. Pero se hizo atrás en el último instante. No quería que el parapsicólogo se metiera ahora en aquello. Bentley estaba demasiado impaciente; quería lanzarlo todo en seguida a los cuatro vientos. Pero Peter quería esperar. Quería saber más acerca de él mismo. Acerca de Marcia. Acerca de todo.

—Pete, ¿sigue llevando aquel diario?

—Sí.

—No se olvide de anotar nada. Ni el menor detalle. Más adelante, será de la mayor importancia, formará parte de las pruebas. Yo ya he empezado mi relato.

—¿Qué relato?

—Una descripción detallada de lo sucedido, desde mi punto de vista. Cómo vino usted a mi encuentro, por qué vino a verme. Sin especulaciones ni comentarios. Contando simplemente los hechos como son. Más adelante, cuando descubra usted quién es Marcia, y observe que digo *cuando descubra*, no *si descubre*, me haré con las declaraciones de Sam Goodman, Nora y el psiquiatra. Con el testimonio objetivo de usted sobre las consultas y conversaciones que tuvo con ellos...

—Hall...

—¿Qué?

—Si llego a descubrir quién es Marcia... ¿qué sucederá entonces?

—He pensado mucho en esto. Tan pronto como la identifique usted sin lugar a dudas, tomaré el avión para el este. Llevaré conmigo algún equipo de registro especial, de un tipo que me permita esconderlo en alguna parte de mi cuerpo. Entonces, haremos el careo con ella.

—¿Careo?

—Sí. Le daremos el golpe de gracia. Le diremos quién es usted en realidad. Pondremos las cartas boca arriba, le diremos que usted es la encarnación de su difunto marido. Se lo probaremos mediante lo que usted sabe. Entretanto, yo lo grabaré todo. Por supuesto, la noticia le producirá una tremenda emoción. De esto se cuidará la sorpresa que le daremos con nuestro modo de proceder. Es de esperar que lo primero que diga sea una confirmación de lo que usted sabe, lo que tendrá suma importancia como prueba.

—Hall, ha olvidado usted algo.

—¿Qué?

—¿No será eso... bueno, una especie de trampa? Si esta idea da resultado, puede que la obliguemos a admitir que ella cometió el crimen.

—Muy bien. Supongamos que lo hace. *Es una asesina, ¿no?*

—Sí, supongo que sí. Sólo que...

—Sólo ¿qué?

—Sólo que... bueno, que me parece una cochinada...

La voz de Bentley sonó a impaciencia.

—Oiga, Peter, ¿qué fue, sino una cochinada de las peores, eso de atraparlo en medio del lago, abrirle la cabeza a golpes de remo y esperar luego a que se hundiera? Quienquiera que sea, ha mantenido oculto su crimen durante largos años. Si todo esto da resultado, si llegamos a saber quién es, y si conseguimos que nuestra trampa funcione como hemos planeado, el problema es de ella, no nuestro. A estas alturas, no puede ya preocuparnos lo que suceda a una sola persona. Las razones son obvias.

—Sí —dijo Peter—, desde luego.

—Téngame al corriente. Déme, cada dos días, un informe de los resultados que

vaya obteniendo. Llámeme aunque no tenga nada de nuevo por decirme. Sepa usted que me estoy volviendo loco, aquí, esperando. Ya no me quedan uñas de tanto comérmelas. Tal vez debería ir al este a reunirme con usted.

—No —dijo Peter—. Déjeme averiguarlo solo, Hall.

—No sería ninguna molestia para mí. Podría cerrar la oficina por algún tiempo.

—No. Lo quiero hacer yo mismo. Aquí, no haría usted más que estorbar. Si descubro algo, ya se lo comunicaré.

Pudo oír el largo y ansioso suspiro de Bentley al otro extremo del hilo telefónico.

—Muy bien, como usted quiera. Sólo puedo decirle que no he vuelto a dormir más de dos horas por noche desde que usted se marchó.

A la mañana siguiente, condujo el coche hacia la avenida Vista.

Después, pensó, ya se las arreglaría para entrar en contacto con Marcia. Pero en este momento sólo quería verla, encontrarse con ella cara a cara, ver cuál era su aspecto en la actualidad, comprobar los efectos del paso de los años. La curiosidad era ahora un tormento para él. Seguía viéndola como la había visto en sus sueños: joven y hermosa. Había conservado esta imagen en su mente con obstinación, aun sabiendo que ahora aparecería mucho más vieja. ¿Se habría vuelto gorda? ¿Y fea? ¿Sería ahora una vieja viuda ocupada sólo en jugar al *bridge*?

Y la hija, su hija Ann, ¿cómo sería? Ahora, debía de tener veintisiete años. No era corriente que una mujer de aquella edad viviera aún con su madre. Pensaba en ella desapasionadamente. Para él, no era más que un nombre. En el Sueño de la Criatura, sólo la había visto como un bebé. «Y ahora —pensó— tengo una hija tres meses mayor que yo». De su anterior encarnación, naturalmente, pero cada vez pensaba más como si Jeffrey Chapin y él fueran el mismo hombre. Como, por supuesto, lo eran, si se consideraba que el alma era la única identidad real y que el cuerpo no era nada: mortal, no indispensable y destructible.

Esta vez, aparcó el coche calle abajo, a alguna distancia de la casa. Sabía que sólo podía quedarse en él por muy poco rato. Quienquiera que permaneciese sentado en un coche aparcado en un barrio residencial de categoría como aquél y se dedicara a vigilar determinada casa, se haría merecedor de sospechas. Incluso era posible que, transcurrido algún tiempo, alguien llamara a la policía. Había considerado la idea de conducir despacio calle arriba y calle abajo, con la esperanza de que ella saliera de la casa. Pero eso también habría sido igualmente sospechoso.

Pensó en otra posibilidad. Caminaría simplemente hacia la casa y tocaría el timbre con todo el atrevimiento. Pero, después, ¿qué? ¿Cómo se identificaría? ¿Como un vendedor a domicilio? ¿Como un recogedor de datos para el censo? ¿Como un empleado de la compañía del gas o la electricidad que fuese a examinar el contador? No, era ridículo. Nunca podría hacerlo. Él no era de ese tipo. Tarde o temprano, encontraría el modo de conocer a Marcia legítimamente. Resultaría embarazoso ser visto ahora de otra guisa.

De pronto, advirtió que sólo había un coche en el garaje: el Jaguar. Faltaba el Cadillac. No era desacertado pensar que el «Jag» perteneciese a Ann. Esto significaba que, de todos modos, Marcia no estaba en casa.

Decidió marcharse, permanecer una hora fuera y luego volver. Quizá podría coincidir con Marcia cuando ella volviese de dondequiera que hubiese ido. Entretanto, intentaría resolver el modo de entrar en contacto con las Chapin o de ser presentado a ellas. Esto no sería fácil, pues él no conocía a nadie en la ciudad.

Un instante después de haber puesto el coche en marcha, vio salir a una mujer del número 16 de la avenida Vista. Era joven y esbelta, vestía con una falda a cuadros y

un jersey azul. Llevaba un par de raquetas de tenis. Desde aquella distancia, pudo ver que su cabello era rubio y que llevaba lentes de sol. Estaba demasiado lejos para ver los detalles de su cara.

Tenía que ser su hija. No podría ser nadie más.

La observó mientras sacaba el coche a la calle con marcha atrás. Luego aceleró de golpe hacia delante, mientras los neumáticos del Jaguar chillaban un poco en la soleada calzada de la avenida Vista. Parecía tener prisa. Él pisó el pedal del gas y la siguió.

Era difícil mantenerse cerca de ella. Parecía una conductora experta por la ligereza con que entraba en el tráfico y salía de él. Tenía la esperanza de que se encendiera alguna luz roja ante ella, con lo que podría acortar distancias y darle una buena mirada.

Ella entró en la autopista y él la siguió. Corría a gran velocidad, y, por un momento, temió perderla. Entonces, la vio desviarse hacia una salida señalada: Green Hills. Otro giro a la derecha, y entonces lo vio. Lo reconoció al instante: era el mismo club deportivo que había visto en el Sueño del Tenis. Todo parecía igual: el gran edificio del club, incoherente y guijarroso; los ondulados caminos de acceso, el mismo pequeño lago, que ahora identificó como un obstáculo para uno de los agujeros del campo de golf. Ahora, había cuatro canchas de tenis. En la alucinación, sólo veía una. Debían de haber construido otras tres al correr de los años. Ella condujo el coche a través de la entrada, aparcó y entró. Él hizo lo mismo. Cuando llegó al edificio del club, no había rastros de la muchacha. Probablemente había ido al vestuario de señoras. Se quedó allí, indeciso, por unos momentos. Algunos miembros del club estaban tomando café en espera de su turno para jugar al golf. Lo miraron con curiosidad. En este lugar, todos conocían a todos.

Fue hacia el tablero de anuncios de la pared. Había los habituales, los de rutina en cualquier club: los varios torneos, y las listas, programadas por días y horas, de los socios que debían tomar lecciones de golf o de tenis. En la lista del tenis vio el nombre de Ann Chapin. Tenía clase durante la próxima hora, de once a doce.

Buscó al encargado, sacó su cartera y le mostró una tarjeta. Era una de esas tarjetas de favor de que proveen a sus socios los clubs privados de golf. Si el club a que se pertenecía era lo suficiente prestigioso, los otros clubs privados de todo el país hacían extensivos sus privilegios al interesado y le ofrecían sus facilidades. Su padre pertenecía aún a Los Ángeles Country Club, uno de los más exclusivos de California del Sur, y Peter era socio adjunto. El encargado dio una mirada a la tarjeta, sonrió y le tendió la mano.

—Bienvenido a Green Hills, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera jugar un poco al tenis.

—Muy bien, pero es posible que le cueste encontrar con quien.

—Gracias, tal vez pueda arreglarlo usted. A lo mejor, al profesor de tenis no le importará que practique un poco con él.

—Sí, eso. Ken Walker. Es un profesor excelente. —El encargado fue hacia un teléfono cercano al bar y marcó un solo número—. ¿Ken? John Wicker. Tenemos un invitado de California. Un tal señor Proud. Quisiera hablar con usted por si puede practicar un poco. —Colgó y se volvió hacia Peter—. Lo encontrará usted en su almacén. Salga por la entrada principal del edificio y vaya pendiente abajo hacia la derecha. Está cerca del tercer árbol. Mientras tanto, le prepararé un armario.

El profesor de tenis era un hombre alto, bronceado, de unos treinta y cinco años. Le sonrió afectuosamente mientras le daba la mano.

—Proud. Peter Proud. Es un nombre poco corriente, pero no desconocido. Usted jugó en el Torneo del Suroeste, en San Diego, ¿verdad?

—Sí, pero no llegué muy lejos.

—Bastó con que fuera calificado para tomar parte en él. No tiene de qué disculparse. En cualquier caso, bien venido a Creen Hills. ¿En que puedo servirle?

—Estaré aquí algún tiempo por negocios. Hace casi un mes que no toco una raqueta y me gustaría no enmohecerme mientras me halle aquí. Tal vez hoy le quedaría algún rato...

—Estoy comprometido para la próxima hora. ¿Qué tal después del almuerzo?

—Perfecto. Tengo algún tiempo libre. ¿Le importará si bajo a mirar un poco?

—Al contrario, yo se lo ruego.

El profesor salió. En el almacén, había un surtido completo de material de equipo de tenis y de golf. Compró dos raquetas de acero Wilson T-2000 y unos zapatos de lona, calcetines, unos pantalones cortos, una chaqueta de punto y un jersey. Fue al vestuario, se cambió y luego bajó a las canchas de tenis.

Ella, ahora, vestida con las blancas ropas de tenis, voleaba con el profesor. Había una fila de bancos al borde de la pista, y Peter se sentó en uno de ellos. Entonces, por primera vez, miró detenidamente a su hija.

Quedó pasmado de su belleza. Observó que sus ojos eran violeta, y tan oscuros que podía verlos desde donde estaba sentado. Su pelo era rubio, largo y fino. Lo llevaba atado por atrás en forma de una alta y ceñida cola de caballo, y, cuando corría para hacer una dejada o tenía que inclinarse para un servicio, la cabellera le caía sobre el hombro derecho. Cada vez que esto sucedía, se la echaba hacia atrás de un golpe de cabeza. Sus labios eran llenos, en sazón y móviles, rojizos sobre el fondo de su cara ligeramente morena. En ésta, la insinuación de unos pómulos altos parecía dar un sesgo oriental a sus ojos. Se movía por la pista con gracia exquisita. Sus piernas eran largas y soberbias: perfectamente formadas, sensualmente curvadas, de piel suave e impecable, de las que nunca se ven en una mujer corriente. Su belleza no era superficial. La poseía como si fuese algo natural en ella. Era una belleza espléndida, madura; la belleza de una mujer de veintisiete años en su máxima lozanía.

Recordó el Sueño de la Criatura, el breve y alucinante momento en que él, como Jeffrey Chapin, se paseaba por la habitación con ella en brazos. Parecía inconcebible que ahora él se hallase aquí, en una cálida mañana de primavera veintisiete años

después, en otra vida, contemplándola ya convertida en adulta, casi con su misma edad.

Vio que su tenis era bueno; de hecho, magnífico. Su golpe de raqueta tenía gran potencia y sus tiros eran muy precisos. Tenía un fuerte y buen *forehand* y un adecuado revés. Sabía cómo devolver un *lob* con un *smash*, sus dejadas y sus saques eran astutos, y cogió desprevenido a Walker una o dos veces con un fuerte golpe cruzado. El profesor no jugaba en broma con ella. Se veía obligado a jugar de verdad. De cuando en cuando, se detenían mientras Walker hacía sugerencias. Peter la juzgó sólo un poco por debajo del nivel exigido para un torneo profesional. «Bien... — reflexionó—, no es de extrañar... Es algo que lo lleva dentro».

Era el único que los estaba mirando desde las líneas laterales. Había advertido que ella se daba cuenta de su presencia y que sentía curiosidad por él. De vez en cuando, la muchacha le dirigía una mirada. Cuando él la sorprendía en esta actitud, ella volvía rápidamente la cabeza hacia otro lado.

Por fin se completó la hora. Ambos salieron de la pista. Peter cruzó la puerta de la misma y fue directamente hacia ella.

—¿Le gustaría jugar un poco más?

Ella se había inclinado hacia delante para enfundar la raqueta. Él observó la pletórica prominencia de su pecho debajo de la blusa. Ella lo miró, sorprendida y confusa.

—No sé...

—Claro, está usted cansada...

—No —dijo ella—. No estoy cansada en absoluto. —Y luego—: Es usted nuevo aquí, ¿no?

—Es un invitado —dijo Walker—. De Los Ángeles. —Los presentó. Se dieron la mano. El contacto de su carne era cálido, excitante. Los ojos violeta lo estudiaban. Parecían no tener fondo. De pronto, sonrieron. Eran francos, sin la menor afectación, de mirada muy directa. Decían: «Me gustas, Peter Proud, quienquiera que seas. Me gustas mucho. Y ni siquiera te conozco». Oyó que Walker decía:

—Sé que juega condenadamente bien al tenis, Ann. La hará correr. Se le presenta una buena oportunidad para practicar su revés.

—¿De acuerdo? —dijo Peter.

—Sí —respondió ella—, me gustará.

Jugaron casi una hora. Él falló la pelota algunas veces por contemplar la cara de la muchacha mientras ella corría. Encontraba la experiencia divertida. Oyó que él mismo gritaba:

—¡Devuélvala! ¡Devuélvala!

La muchacha que tenía frente a él no era Ann Chapin; era la madre de ésta, Marcia.

Él era Jeffrey Chapin, y esto sucedía muchos, muchos años atrás...

Finalmente, ella levantó la raqueta en señal de rendición.

—¡Uy! —exclamó—. Estoy molida. Basta, basta...

—Gracias por jugar.

—Gracias a usted. No se presenta a menudo la oportunidad de jugar con dos profesionales en un mismo día.

Él sonrió.

—Yo no soy profesional.

—¿No? Entonces no ha elegido la profesión adecuada. ¿A qué se dedica usted?

—Se lo diré luego. ¿Qué tal después de beber algo?

—Dios mío... —dijo—. Creía que no llegaría a pedírmelo nunca.

Caminaron, cuesta arriba, hacia el edificio del club. Él volvió a pensar en el Sueño del Tenis. Estaba seguro de que jamás volvería a torturarlo. Por haber vuelto a vivirlo, aunque no exactamente, pero sí de modo real, se desvanecería.

Tomaron una mesa en el recinto de la sala de tertulias, cerca del bar. Él pidió una ginebra con tónica, ella un vodka con tónica. Hicieron chocar los vasos y se sonrieron el uno al otro. De repente, ella rió.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó él.

—No quiero decírselo.

—¿Por qué?

—Podría ofenderse.

Él sonrió.

Pruebe, a ver qué pasa.

—Es su nombre. Peter Proud. Es un nombre curioso, extraño. Pero maravilloso. Me gusta.

—Yo lo odio —dijo él—. Pero forma parte de mí. No tengo, pues, más remedio que rechinar de dientes y soportarlo.

—¿Dónde aprendió a jugar de ese modo al tenis?

—En California del Sur. Allí todo el mundo empieza a jugar desde muy temprana edad. Te ponen una raqueta de tenis en tu mano de bebé antes que un sonajero. En Los Ángeles, si no juegas al tenis, creen que eres un bicho raro. En las fiestas y reuniones te dejan arrinconado. Y usted, ¿dónde aprendió *su* tenis?

—No lo sé. Es un juego que siempre me ha gustado. Mi madre fue socia de aquí durante muchos años, por lo que siempre lo tenía todo a mi disposición. Quiero decir las pistas, la enseñanza... Claro que si he de creer en los cromosomas, podría haberlo heredado de mi padre.

—¿Su padre?

—Fue el profesor de tenis de este club hace mucho tiempo.

—Ah... Entonces conoció aquí a la madre de usted.

—Sí. Supongo que es algo ya muy visto, pero probablemente se enamoraron jugando partidos de simples.

—No hay nada como un buen idilio tenístico —dijo él.

—Vaya... Así tiene usted experiencia en ellos, ¿eh?

—No hay idilios mejores.

—Bien —dijo ella—, bueno es saberlo por parte de un experto.

—Los que volean juntos se quedan juntos. Como su padre y su madre, que vivieron felices siempre jamás.

—No. Mi padre murió.

—Lo siento.

—No está obligado a sentirlo. Murió hace casi treinta años. Puede decirse que no llegué a conocerlo. Yo sólo tenía tres meses, entonces. Se ahogó en un lago. Aquello trastornó la vida de mi madre. Lo amaba con locura... —Entonces, se detuvo. Los ojos violeta mostraron asombro—. ¿Por qué le estoy contando todo esto?

—No lo sé.

—Apenas hace una hora que lo conozco, es usted una persona totalmente extraña para mí, y aquí estoy franqueándome como si esto fuera un confesonario. —Arrugó la frente mientras lo estudiaba—. Supongo que no será usted un cura con pantalones cortos...

—No.

—¿Tal vez un psiquiatra?

—No.

—Permítame, pues, satisfacer mi natural y viva curiosidad... sobre muchas cosas. Por ejemplo... ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí, en Riverside? ¿Por cuánto tiempo piensa quedarse? ¿Podré conocer el *verdadero* Peter Proud?

Peter le habló brevemente de sus actividades como profesor, del libro, de sus proyectos de investigación. Las palabras le salían con facilidad. Los ojos violeta no se apartaban de él. Notó que demostraban algo más que interés; eran casi posesivos. Ann, ya desde este primer encuentro casual, parecía haber registrado la entrada de Peter en su vida como un hecho importante. Sin hablar, le estaba diciendo: «Te queda mucho por saber de mí, y me queda mucho por saber de ti. Algo está sucediendo aquí, y ambos lo sabemos».

Cuando él hubo terminado, ella se quedó mirándolo.

—¿Dice usted que tiene sangre india?

—Sí. Nada de pómulos altos, pero tengo un dieciseisavo de séneca. O quizá un treintaidosavo. No estoy seguro de este detalle.

—Hablando de coincidencias... Yo también tengo sangre india, desde muy atrás. Por parte de mi padre. Mi madre dice que él se sentía muy orgulloso de ello.

—¿De qué tribu?

—De los pequots.

—No muy alejados geográficamente —dijo él—. Puede que no se trate de ninguna coincidencia. Tal vez nos conocimos en una encarnación anterior.

—¿Qué?

—Tal vez yo era un guerrero séneca y, por haber tomado el este por el sur, fui a meterme entre los pequots, y allí estaba usted. Hija de un jefe y de la más hermosa

squaw del este del Hudson. Entonces, hablé con su padre, y él probó mi habilidad en la caza y en la pesca, y la encontró satisfactoria. Después, le hice el pago de seis cinturones de *wam-pum*^[9], dos caballos y veinte pieles de castor, tras lo cual me la llevé a usted a mi tribu. Luego tuvimos cinco hermosos *papooses*^[10] y vivimos felices para siempre...

Hablaron durante media hora más. Ella le contó que había pasado la mayor parte de su vida en Riverside. Nunca había tenido que preocuparse por el dinero; su abuelo, ahora muerto, había sido presidente del Puritan Bank and Trust. Ann había ido a Wellesley, había conocido a un muchacho de Harvard y, cuando los dos se hubieron graduado, se casaron y se fueron a vivir a Nueva York. Él trabajó en el bufete de abogado de su tío y ella consiguió un empleo en el departamento de publicidad de Lord and Taylor. Resultó dispuesta para el aspecto creativo de esta especialidad, en la redacción de textos y otros trabajos por el estilo, y llegó a ganarse un buen sueldo. Sin embargo, el matrimonio no funcionó y se divorciaron, pero ella no quería hablar de eso. Por suerte, no tenían hijos, y la separación fue razonablemente amistosa. Hacía dos años que había vuelto a Riverside para quedarse. Escribía textos publicitarios como colaboradora independiente para Stanley's, el mayor bazar de la ciudad, y también corregía algún libro para dos editoriales de Nueva York. El tiempo que le dejaban libre estas ocupaciones lo empleaba jugando mucho al tenis y un poco al golf. Salía a veces con algún hombre, pero nadie llegaba a despertar su interés como para cambiar su vida. Todo aquello resultaba más bien insulso, pero no podía decirse que fuese incómodo. El tiempo pasaba, y ella tenía cada vez más años, pero ¿no era eso lo mismo que le sucedía a todo el mundo?

—Hay algo que no comprendo —dijo él—. Parecía tenerlo usted todo resuelto en Nueva York. Y, con el debido respeto a su ciudad natal, no me negará que es mucho más interesante que Riverside. No obstante, se marchó y volvió aquí. ¿Por qué?

Su cara se ensombreció. De pronto, los ojos violeta se velaron. Él vio que la pregunta no le había gustado, y se arrepintió de haberla hecho.

—Perdone —se apresuró a decirle—. Al parecer, he herido su sensibilidad en algún punto. Lamento haberle hecho esta pregunta. En realidad, sólo deseaba alargar la conversación para retenerla aquí. Sólo para que no se fuera tan pronto.

Ella sonrió.

—¿Se me ha visto mucho?

—Sí.

—No sé por qué he reaccionado de esta manera. La razón de mi regreso a Riverside no puede ser más simple. Mi madre estaba... bueno, enferma desde hacía algunos años. Me necesitaba.

—Comprendo. Así, ¿vive usted con ella?

—La mayor parte del tiempo. Pero tengo un rincón secreto sólo para mí. Un apartamento. Ni siquiera mi madre lo sabe. Sólo para poder ir allí de vez en cuando y desahogarme a puertas cerradas, gritando o como sea.

—¿Tiene usted algo de que desahogarse?

—¿No lo tiene todo el mundo?

—Supongo que ese apartamento suyo tendrá teléfono.

—Sí, lo tiene. Con número privado.

—¿Puedo pedírselo?

—Sí, puede.

—Pero usted no me lo dará.

—Todavía no. Supongo que no se molestará.

—No, claro que no. —Entonces, él sonrió—. Debe saber usted una cosa respecto a mí. No me desanimo con facilidad. Soy muy persistente.

Ella sonrió.

—Eso me gusta en un hombre.

—Muy bien —respondió él—. Lo intentaré en otra ocasión.

—Espero que lo haga. Quiero que lo haga.

—¿Otro trinquis?

Pareció sorprendida.

—¿Así, en pleno día? ¿Ante Dios y todo el mundo? ¿Delante de los serios socios del Green Hills Country Club? Por Dios, no. Además, tengo que conducir y, de todos modos, tengo que irme. Tengo una cita.

—¿Es muy importante?

—Mucho. Con mi peluquero.

Él le miró el pelo y sonrió.

—No permita que le cambie nada. —Luego—: ¿Tomará otra lección de tenis, mañana?

—Es posible. ¿Por qué?

—Pensaba que tal vez podríamos volver a jugar. —Él sonrió—. Para practicar un poco más su revés, ¿sabe?

—Me lo ha hecho practicar muy bien esta mañana. Tanto que creía que no iba a dejar ninguna pelota para mi *forehand*. Pero, sí. Me gustaría que volviésemos a jugar.

—Le sonrió—. ¿Pero no tiene trabajo por hacer?

—Puede esperar.

Ann rió, dijo adiós y salió en dirección a los vestuarios. Ahora, como antes, a Peter le chocó su modo de andar. Había algo especial en él. El balanceo de sus caderas, el ligero vaivén de sus nalgas ligeramente controlado, el gracioso ritmo de sus largas piernas eran soberbiamente femeninos. Intentó imaginarse aquel cuerpo sin sus ropas de tenis, totalmente desnudo. Pensó en ello con avidez. Se preguntó cómo sería la sensación de tenerla entre los brazos, de tener aquel cuerpo contra el suyo, cómo sería la fragancia de su pelo, el sabor de su rojiza boca, cómo sería su olor, y qué haría ella cuando aquellos fuegos que él sabía tan celosamente reprimidos estallaran en llamas...

De súbito, se odió a sí mismo. Se sentía un poco repugnante. No como un

libertino, pero sí como un *incestuoso*. Aquella muchacha, en otro tiempo, había sido su hija. Y aquí estaba él ahora, a la edad de veintisiete años, pensando como un viejo cochino.

Al otro día, volvieron a jugar al tenis. Y, al día siguiente, él llamó por teléfono a la casa número 16 de la avenida Vista.

—Diga...

—¿Está Ann?

—Sí. ¿Quién llama, por favor?

—Peter Proud.

La voz era aterciopelada, un poco vacilante. Más vieja que la que él recordaba haber oído en el lago, pero aún identificable como la de Marcia.

Se le puso piel de gallina. Ann acudió al teléfono. Peter le pidió que cenara con él aquella noche, y ella accedió.

Respiró hondo y tocó el timbre. Le pareció que había pasado una eternidad antes de que oyera acercarse alguien. Por fin, la puerta se abrió y apareció ella.

—Soy Peter Proud —dijo él.

—Y yo Marcia Chapin, la madre de Ann. Entre, por favor. —Cerró la puerta y se volvió hacia él—. Ann está arriba. Bajaré en seguida.

Los ojos azules que él recordaba tan bien lo estudiaron. Luego, ella dijo, intrigada:

—¿No nos habíamos visto antes?

—No.

—¿Está seguro?

—Seguro.

Ella siguió observándolo, confundida.

—Es extraño. Tengo la rara sensación de que nos..., pero, no; creo que usted tiene razón. Peter Proud, con su perdón, es un nombre tan chocante que lo habría recordado si nos hubiésemos conocido antes. —Después—: Ann me ha dicho que es usted de Los Ángeles, y que ésta es la primera vez que visita Riverside.

—Sí. Y lo mismo puedo decir de Nueva Inglaterra.

Él se daba cuenta de que aún estaba desconcertada, de que algo de su persona la inquietaba.

—Ay, no sé por qué nos hemos quedado aquí de pie. ¿Por qué no bebemos algo mientras esperamos?

—Gracias. Con mucho gusto.

Él procuraba no mirarla fijamente para no parecer descortés. Era la misma mujer que había visto en sus sueños, no existía la menor duda. Aun cuando sabía que la encontraría cambiada, había mantenido la ilusión, hasta cierto punto, de que tendría el mismo aspecto que la joven Marcia que él había visto tantas veces. Verla ahora fue un verdadero choque. Juzgó que tenía unos cincuenta años, quizás un año o dos más. Aquí y allí, estaba aún presente la sombra de lo que en otro tiempo fue excitante belleza: en sus ojos, en los rasgos ligeramente orientales de su rostro, en el balanceo de su cuerpo debajo de la bata roja que llevaba. Había mechones grises entre los cabellos que un día fueron negros como el carbón. Había engordado algo, aunque no lo suficiente para poder compararla con una matrona. Su cara era tenuemente macilenta, con una palidez interior que parecía casi enfermiza.

En cierto modo, él se sentía un poco desilusionado. Había esperado algo semejante a un drama en este primer encuentro. Después de todo, había vivido largo tiempo con aquella mujer, tanto en su vida anterior como en su vida presente. En la primera, ella lo había abatido en plena juventud, a sangre fría; en la segunda, lo había torturado lo indecible. Había venido de muy lejos para encontrarla, y le había costado algún tiempo. Sin embargo, no sentía indignación, ni resentimiento, ni deseos de

venganza. Sólo curiosidad. Quería saber *por qué* ella había hecho lo que había hecho, por qué había sido capaz de matarlo tan salvajemente.

Marcia lo condujo, a través de una gran sala de estar, a una combinación de estudio y salón de recreo con hondos sillones de cuero y un pequeño bar.

—Siéntese, por favor. ¿Qué desea para beber?

—Un martini, si no es molestia.

—Ninguna molestia.

Mezcló la bebida rápida y expertamente, como si fuera para ella una costumbre. Él advirtió que casi sólo se ponía soda. Pero era la habitación lo que lo fascinaba, y las fotografías que llenaban las paredes. Era, sin lugar a dudas, la habitación de un hombre, desde los muebles hasta cada detalle decorativo. No podía observarse en la estancia el menor adorno femenino. Sin embargo, que él supiera, no vivía ningún hombre en la casa.

Las fotografías le interesaron de modo especial. Había por lo menos veinte de ellas alineadas en las paredes, y cada una era una fotografía de Jeff Chapin. Algunas veces, Marcia estaba a su lado en la foto, la joven Marcia de sus sueños, con el mismo aspecto en que la había visto en ellos.

Ahora Peter Proud tenía una buena oportunidad para verse tal como había sido en realidad en su precedente encarnación. La fotografía del periódico le había dado una imagen vaga, un poco confusa. Éstas eran claras. Había una foto de Jeff en la línea de fondo de una pista de tenis, disponiéndose a servir. Una fotografía de él, sonriendo, en uniforme de marine. Otra del mismo género con Chapin, también de uniforme, sentado al borde de una carretera con dos o tres de sus compañeros, sonriente y tranquilo, con un cigarrillo que colgaba de sus labios. Y, en cada una de ellas, la dedicatoria: «A Marcia. Con todo mi amor. Jeff». Había instantáneas de Jeff y Marcia en el gran Packard Clipper, él mostrando los dientes al fotógrafo, ella sonriendo. Después, ellos dos echados en la playa. Y otra con Jeff riendo y llevando en brazos a una Marcia en evidente actitud de protesta, mientras empezaba a pisar el agua del mar. Todavía otra, una fotografía de boda, con un Jeff muy joven, tímido y confuso, y una Marcia joven, hermosa y radiante de satisfacción, rodeados de asistentes a la boda, gente que él no conocía. Había una fotografía con Jeff de pie detrás de un enorme pez que había capturado y que colgaba de un gancho en la plataforma de pesaje de un desembarcadero. Sostenía una caña de pescar y parecía hacer muecas a la cámara. Y aun otras: de nuevo Jeff Chapin ahora vestido de jugador de tenis y con la cara brillante de sudor, sonriendo y recibiendo una hermosa copa del presidente de un torneo; Jeff Chapin con traje de calle, sentado detrás de un escritorio, probablemente, pensó Peter, en el Puritan Bank and Trust. Y, por último, cuidadosamente enmarcada, la mención por la Infantería de Marina del Cabo Jeff Chapin por su distinguido valor en combate; y, debajo del documento, una medalla y un galón.

Era algo tremendo, sobrenatural, estar allí sentado en un profundo sillón de cuero,

tomando un martini y contemplando al mismo tiempo en aquellas paredes un panorama de su vida anterior, aquella especie de reportaje retrospectivo sobre quién era él y qué hacía entonces, aquellos momentos culminantes de su vida que se habían considerado dignos de fotografiarlos, enmarcarlos y colgarlos allí. Estudió las fotos con ojo crítico, y pensó: «No era precisamente un tipo mal parecido, nada de eso, sino muchísimo mejor parecido que ahora...».

—Era mi marido —dijo Marcia.

—Sí, Ann me habló de él.

—Era un hombre maravilloso. Ésta era su habitación favorita. Su escondite personal.

Él la miró con fijeza.

—Entonces, ha vivido usted siempre aquí desde...

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Siempre, desde 1945. El año anterior a su muerte. Le gustaba tanto esta casa... Después... después de que me dejara, no pude marcharme de ella. Aquí aún había demasiado de él, ¿sabe?

Había terminado su martini y se preparó otro. Con las tenacillas, cogió un cubito de hielo de un pequeño cubo de plata. Él pudo ver que su mano temblaba un poco. Marcia dedicó una enorme atención a esta simple tarea. Cuando volvió a sentarse, aguantó su propio vaso desmayadamente. De pronto, pareció más fascinada por el martini que él sostenía. Acababa de darse cuenta de que Peter estaba dando golpecitos con la uña en el borde del vaso mientras escuchaba el tintineo del cristal. Él notó que aquello la trastornaba, y se detuvo de golpe, consciente del modo como ella lo miraba.

—Perdone —dijo—. Un viejo y molesto hábito mío.

—No me molesta —respondió ella—. Sólo que es tan extraño...

—¿Sí?

—Él también tenía esta costumbre. Mi marido. Solía dar golpecitos en el borde del vaso, igual que usted.

Le pareció que Marcia se había puesto súbitamente pálida. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Peter. Si se había llevado más allá de la tumba una de las pequeñas excentricidades de Jeff Chapin, ¿no habría hecho lo mismo con muchos otros detalles que Marcia podría reconocer e identificar de la misma manera?

Él cambió de tema dirigiendo una mirada a las fotografías de la pared.

—Debe de ser algo terrible... Morir tan joven...

—Sólo tenía veintisiete años. ¿Le contó Ann cómo sucedió?

—Pues... me dijo que se había ahogado.

—Pero ¿no le dijo cómo?

—No.

—Las tragedias suceden de una manera tan estúpida... Sobre todo, si se presentan de modo inesperado. Pienso en ello, vuelvo a pensar en ello, una y otra vez, y me

digo que pudo no haber sucedido de aquel modo. *Pudo no haber sucedido...*

—Escuche, señora Chapin, tal vez no habría debido hablarle de eso. Debe de ser algo capaz de trastornar a cualquiera.

—No —dijo ella—. No. Sucedió hace ya tanto tiempo... Ya lo he superado. Hace mucho que lo he superado. Aunque es natural que no sienta usted interés por ello, no me importaría hablar ahora de eso. No me importa, de verdad. ¿Ve usted?, teníamos este chalet junto a un lago en las afueras de Riverside. El lago Nipmuck. Estábamos a últimos de septiembre, ¿sabe?, cuando todos los veraneantes ya han regresado a casa. A Jeff y a mí nos encantaba ir al chalet precisamente entonces. Había tanta paz y tranquilidad, era todo tan hermoso cuando las hojas empezaban a tomar colores otoñales...

Los ojos azules estaban ahora ausentes, muy lejos. Su voz era monótona, como si estuviera recitando un discurso muchas veces ensayado y muchas veces repetido. ¿Hablabla de esto con todos los extraños con que topaba? ¿Con qué frecuencia tenía esta conversación, decía este monólogo sobre su marido muerto veintiocho años atrás? Tal vez era esta habitación, con sus fotografías en la pared, lo que la había inducido a hablar de este tema. Y, por supuesto, de sus recuerdos culpables.

—Aquella noche se empeñó en nadar en el lago. Dijo que le gustaría nadar desnudo, que nadie podría verle, pues la oscuridad era completa. No solía hacerlo de tal manera ni a aquella hora. Había cruzado el lago a nado muchas veces, eso sí, y era un nadador muy resistente. Le rogué que no lo hiciera porque el agua estaba muy fría, pero él insistió. Había tomado, bueno..., un par de tragos, y se mostró obstinado. Cuando mi esposo se metía una idea en la cabeza, no había nada que pudiera detenerlo. Cuando hubo salido, pensé que aquello era una verdadera locura. ¿Qué haría cuando llegase a la orilla opuesta? No llevaba bañador. Y, además, el frío se apoderaría de él. Corría el riesgo de morir de una pulmonía. Así que saqué nuestra canoa y salí en su busca para recogerlo y hacerlo regresar conmigo. Pero... no pude encontrarlo. Había desaparecido. Debía de haberse hundido en algún lugar. Algo le sucedió, tal vez un calambre, no lo sé. Por otra parte, no había podido llegar a la otra orilla; no había pasado bastante tiempo. Di vueltas y más vueltas por el lago gritando su nombre. Pero había desaparecido. Fui a la otra orilla, al hotel, y llamé a la policía. Lo sacaron del fondo del lago... dos días después. ¿Ha visto usted alguna vez a alguien que se ahogó y que estuvo algún tiempo debajo del agua? Se ven tan blancos, tan abotagados, tan horribles...

Él escuchaba y, por primera vez, sintió una punzada de indignación. «Eres una farsante —pensó—. ¡Perra asesina!».

—Ay, perdone —dijo ella de improviso—. No sé por qué le estoy contando todo esto.

—No hay de qué perdonarla.

—Sí, debe perdonarme. Sé que lo he estado aburriendo.

—De ninguna manera.

Ella siguió disculpándose.

—Crea que estoy sorprendida de mí misma. Normalmente, no hago esto con nadie. Supongo que lo hice sin pensar. —Intentó sonreír—. Es lo mismo que cuando uno cuenta su operación. —Alargó la mano para coger el vaso de él—. ¿Otro martini?

—No, gracias.

Ella dio una mirada a su reloj de pulsera.

—Me sabe mal que tenga que esperar. No sé qué retendrá a Ann. Me ha dicho que se quedará usted aquí por algún tiempo.

—Sí. Varias semanas, por lo menos.

—Sí, claro... —Él tuvo la vaga sensación de que esta noticia la fastidiaba, a pesar de que su voz era impasible—. Supongo que debe estar muy ocupado con las investigaciones para su libro..., sobre los indios norteamericanos, ¿verdad?

—Ah... ¿Se lo ha dicho Ann?

Ella sonrió.

—Ann me ha dicho muchas cosas de usted. Es muy interesante eso de que esté haciendo un libro sobre los indios. Mi marido tenía sangre india, ¿sabe? Un dieciseisavo de pequot, y estaba muy orgulloso de ello. Por aquí, son raras las personas que tienen sangre india. Tengo entendido que esto es mucho más corriente en los Estados del oeste.

Peter estaba a punto de hablarle de su herencia séneca. Pero decidió no hacerlo. En aquel momento, entró Ann. Llevaba una chaqueta estampada de cuello camisero sobre unos pantalones de color blanco.

—Bien, por fin la tiene usted aquí —dijo Marcia.

—Sí.

—Perdone que le haya hecho esperar.

—No hay de qué perdonarla. He estado en muy grata compañía.

—Hemos conversado un buen rato —dijo Marcia, sonriendo—. Es muy simpático, Ann.

—Ya te dije que lo era, mamá. Pete, será mejor que nos vayamos.

—Pero, hija —dijo Marcia—. ¿No quieres sentarte un momento y beber algo?

—Perdona, no podemos. Hemos reservado mesa, y ya estamos haciendo tarde. Ola está preparando la cena y se quedará toda la noche, como de costumbre. —Luego, un poco ansiosa—: ¿Puedo marcharme tranquila?

—Sí, mujer.

—En caso de que me necesitaras, estaremos en Mario's. Encontrarás el número en el índice de los teléfonos.

—No te necesitaré —dijo Marcia.

—¿Estás segura?

—Segura. Y ahora, vete, y que lo paséis bien.

Cuando, ya en el coche, dejaban la casa, él se preguntó por qué Ann se había

mostrado tan inquieta y solícita. Pero no dijo nada sobre ello. Dirigió el coche avenida Vista arriba, y entonces Ann dijo:

—Bien, ¿qué piensa usted de ella?

—La encuentro muy simpática.

Ella sonrió.

—Un perfecto caballero y un verdadero diplomático. Ya veo que no se atreverá a decir nada más.

—¿Debo hacerlo?

—No sé. Me ha parecido que ustedes dos no hacían muy buenas migas.

—Vamos... ¿Qué le hace pensar eso?

—Llámelo intuición. Ciertas vibraciones que han cosquilleado mis sensibles antenas. Cuando he entrado, estaban los dos sentados mirándose el uno al otro con prevención. Me he dado perfecta cuenta.

—Bien —dijo él, sonriendo—, tal vez sí, pero acabábamos de conocernos. ¿Cómo podía saber que no acababa de ver por primera vez a mi futura suegra o algo por el estilo?

Ella rió.

—Supongo que lo dice en broma.

—No del todo. En realidad, ese pensamiento cruzó mi mente. Quizá cruzó también la de su madre. ¿No ven siempre las madres a los visitantes masculinos de la casa como a probables yernos?

—Creo que sí, pero sólo en las obras de Tennessee Williams. Sea como sea, creo que es usted un poco prematuro, desde luego.

—Desde luego.

—Pero, a pesar de todo, me gusta que haya pensado en ello. ¿De qué hablaron con mi madre?

—De varias cosas. Pero, sobre todo, de su padre.

Ella lo miró con fijeza.

—¿De mi padre?

—No sé cómo surgió el tema. Tal vez todas aquellas fotos de la pared. Lo cierto es que me contó todo lo que sucedió en el lago. La forma en que murió...

—Es extraño.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Nunca habla de este hecho con nadie. Ni siquiera conmigo. —Volvió a mirarlo fijamente—. ¿Por qué con usted?

—No lo sé.

Meneó la cabeza, desconcertada.

—Es realmente extraño. No lo comprendo.

—Tengo la impresión de que todavía lo llora, de que lleva todavía el luto en su corazón.

—Sí, así es.

—Pero, después de tanto tiempo, no es eso un poco...

—¿Morboso?

—Oiga, yo no he dicho eso...

—Ya lo sé. Soy yo quien lo ha dicho. Y la respuesta es sí. En este sentido, *está* un poco enferma. La muerte de mi padre fue un duro golpe para ella. De hecho, jamás llegó a superarla. Me imagino que debió de amarlo muchísimo. De vez en cuando es víctima de estas grandes depresiones. No es normal, ya lo sé. Nunca lo he comprendido...

«Yo sí —pensó él—. Su culpa, nena. La culpa es como un mono agarrado a tu espalda. El mono más grande y más pesado del mundo. La culpa puede volver loco a cualquiera».

—Esa habitación en que estaban ustedes, por ejemplo —estaba diciendo Ann—, es una especie de santuario. Yo nunca entro en ella; es demasiado deprimente. Y todas esas fotos de mi padre. Se mete allí sola, y es capaz de pasarse horas mirándolas, reviviendo sus recuerdos. Creo que ya me he acostumbrado a ello. Pero nunca deja de sobrecogerme un poco verla hacerlo. Me gustaría que cualquier día las sacara todas de allí y las arrinconara. Aún es bastante atractiva para su edad, ¿no le parece? Todavía podría encontrar otro hombre. Se sorprendería usted de lo alegre y cariñosa que es mi madre cuando quiere serlo.

—Entonces, ¿jamás volvió a casarse?

—No.

—Pero habrá habido otros hombres. Después de...

—No lo sé. Creo que, cuando yo era aún muy joven..., al menos me lo dijeron, hubo algunos. No duraron mucho, y no les hago ningún reproche. Yo también habría dado media vuelta si hubiese tenido que competir con un fantasma. Desde hace algunos años, mi madre se ha retirado casi de todo, se queda en casa la mayor parte del tiempo. Solía ir al club de vez en cuando para encontrarse con sus amistades. Ahora casi no ve a nadie. Fuera de mi abuela.

—¿La madre de ella?

—No. La de mi padre.

—Ah... Así, ¿vive todavía?

—Sí, si quiere llamarlo así. Medio viva sería la expresión adecuada. Es vieja, completamente senil. Perdió la memoria y no conoce a nadie. Toda su actividad se reduce a permanecer sentada en una silla de ruedas y a parlotear sin sentido. Está en una institución de las afueras de la ciudad. Hace un año que no he ido a verla. No puedo soportarlo; me deprime tanto ver a un ser humano marchitarse, consumirse de aquella manera... En cambio, mi madre se preocupa mucho por ella. Corre con todos los gastos, estancia, enfermeras, médicos, y no es nada barato. Y no sólo eso. Va a visitarla una vez por semana como mínimo; a veces, dos. Pasa media tarde con ella sólo para hacerle compañía.

—¿Aún sabiendo que la anciana no sabe siquiera quién es ella?

—Aquí está lo raro de la cuestión. De todos modos, mi madre no deja de visitarla. Ha tomado a la abuela bajo su entera responsabilidad. Supongo que todo eso tiene alguna relación emocional con mi padre...

»Ya estamos otra vez en lo mismo. Ahora soy yo quien lo ha hecho.

—¿Qué?

—Hablar de mi padre. —Lo miró con fijeza—. No sé qué pasa aquí. De repente, mi padre se ha convertido en el tema más importante de conversación. Llegó usted a la ciudad, y esto bastó para que mi madre y yo empezáramos a hablar de él a un extraño. Después de treinta años de su muerte, vuelve a primer plano al aparecer usted. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Bueno, esto no tiene sentido. Así que, si a usted no le importa, dejaremos correr el tema de mi familia. Ya hemos perdido bastante tiempo machacándolo, y todo eso es una verdadera lata. ¿Por qué no hablamos de nosotros?

—Claro, ¿por qué no? ¿Por dónde empezamos?

—Pues mire... Yo sé que usted es soltero y no ignoro a qué se dedica. Usted sabe que soy una señora sin compromiso y no ignora a qué me dedico.

—Y entonces, ¿qué?

—Pues que tengo que hacerle una pregunta.

—Adelante.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintisiete.

—¿Cuándo cumplirá los veintiocho?

—El diez de octubre.

—Dios mío... —dijo ella—. Esto me convierte en lo que se llama una mujer mayor. —Rió—. Me siento como un personaje de una obra de Colette. Me refiero a la mujer de cierta edad con infinita experiencia que seduce a un ingenuo joven.

—Supongo que no dirá eso en serio sólo por una diferencia de tres meses.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sé qué?

—Que tengo tres meses más que usted.

Lo miraba sorprendida. Los ojos violeta estaban perplejos.

—Lo dije al azar.

—No —repuso ella—. Usted *lo sabía*. ¿Cómo? Yo nunca se lo he dicho.

De pronto, Peter se acordó de algo. Algo que lo tranquilizó. Estuvo a punto de decirlo a gritos.

—Una de aquellas fotografías de la pared.

—¿Sí?

—Era una foto de su padre y su madre tomada en el césped de detrás de la casa u otro lugar parecido. Su madre tenía en brazos lo que parecía un bebé de pocos meses. Sin duda era usted. Había una fecha en ella, un día del mes de julio, creo.

—Sí, el veinte de julio.

«A partir de ahora, tendré que andarme con cuidado —pensó—. Deberé pensar antes de hablar. Dejar ver que sé sólo lo que se espera que sepa».

—Veinte de julio —dijo él—. ¿Cuál es su signo?

—¿Signo?

—Signo del Zodíaco.

—Ah, Cáncer.

—Pues yo, ya lo sabe usted, soy un Libra.

—¿Es un buen signo?

—Perfecto. Los Libra y los Cáncer ligan muy bien. *Muy simpático*^[11]. Se enamoran a menudo entre ellos y suelen unirse para toda la vida. El momento actual es precisamente muy favorable para ello, pues Júpiter se halla en la séptima morada solar y Mercurio está al final de su período retrógrado.

Ella lo miró un instante con fijeza y luego rió.

Cuando se hubieron marchado, Marcia Chapin puso la televisión. Daban un programa de noticias, pero no podía concentrarse. Cerró el aparato y abrió otra botella de soda.

Se sentía excitada, con los nervios de punta. La soda no servía para nada. Sólo era útil para tenerla dentro del vaso que se sostenía en la mano. Advirtió que su mano temblaba mientras lo aguantaba. «Lo que ahora necesito es un buen trago», pensó.

Sólo hacía una hora, se sentía muy bien. Pero eso era antes de que él entrara en la casa. Pero no bien lo hubo observado detenidamente, sucedió algo extraordinario. De súbito se sintió tensa. En algún lugar, un nervio se había puesto a rechinar. La aversión hacia él había sido instantánea. Había algo en aquel hombre que le repelía. ¿Qué era? ¿Su cara? ¿Su voz? Aquello no tenía sentido. Era bien parecido, iba bien vestido, su sonrisa era afectuosa y se había mostrado muy cortés. Nada de lo que había dicho o hecho había pasado de la raya.

Entonces, ¿por qué?

Lo consideró como una de esas cosas misteriosas que suceden a veces entre las personas. Se conoce a alguien totalmente extraño y, de modo automático, se experimenta una reacción hostil. Esa persona no te ha dicho nada, no te ha hecho el menor daño, pero no puedes soportar su presencia. A veces, caminas por una calle atestada de gente, cientos de personas se arremolinan a tu alrededor y, de pronto, ves una cara, sólo una, que te incomoda. A veces, incluso te obsesiona.

Había tenido la sensación, la seguridad, de que lo había conocido antes, de que lo había visto en algún lugar. Sin embargo, esto no era posible, pues lo habría recordado.

Tuvo un ligero estremecimiento. Fijó la mirada en las botellas alineadas en el estante de cristal, detrás del bar. «Diez pequeños indios, todos en fila, y uno de ellos desaparecerá...».

Y aquel hábito de él..., el de dar golpecitos con la uña en el borde de su vaso de martini... Aquello le había producido una verdadera conmoción. ¿Coincidencia? Sí. ¿Qué otra cosa podía ser? Pero, ¡vaya coincidencia...! Jeff lo hizo siempre. Era un hábito que jamás se pudo quitar, a pesar de que la volvía loca al cabo de un rato de sufrirlo. «Jeff, querido, ya vuelves a hacerlo... Tic, tic. ¿Quieres estarte quieto, por favor?». Y entonces él le decía, con una sonrisa: «Lo siento, *papoose*, lo hacía sin darme cuenta». *Papoose*... Él la llamaba así alguna que otra vez. Luego ella le contestaba: «Es muy molesto, ¿sabes?». Y él le decía, riendo: «Creo que debería aprender a emborracharme con vasos de papel».

Después, pensó en aquella noche del lago, como lo había hecho un millón de veces. Habían estado bebiendo martinis: Beefeaters secos, tal como a él le gustaban. En este momento, no podía recordarlo más claramente: de pie, frente a ella, completamente desnudo, riéndose de sus acusaciones, sí, *riéndose* de ellas, con su

vaso en la mano, al que daba golpecitos con la uña... y con aquella enorme cosa que él tenía, el hinchado pene de glande rojo, sobresaliendo, erecto, de su entrepierna; recordó su cara, sus ojos fríos y perversos debajo de la sonrisa, recordó cómo dejó el vaso y cómo avanzó hacia ella... «Dios mío, Dios mío, necesito un trago». ¿Cuánto hacía? ¿Un mes? ¿Cuántas coca-colas, sodas y cervezas de jengibre había bebido desde el último? ¿Cuántas cajas de Tab y de Diet-Rite había consumido? ¿Cuántas tazas de café? Y todavía aquella sed, aquella apetencia. Dejándose llevar de la imaginación, día tras día, pensando en el sabor, en la sensación de la bebida que se le deslizaba garganta abajo y le calentaba las entrañas, su misma alma, y le daba fuerzas y bienestar, y que, sobre todo, la liberaba de toda tensión al aturdir su memoria, al no dejarla pensar, aunque sólo fuese por muy poco tiempo.

«Pero lo prometí a Ann. Lo prometí al doctor Harvey. Lo prometí a Ola. Y no quiero volver a aquel sitio. Jamás quiero volver a ver aquella maldita habitación, ni caminar por el jardín con una enfermera, ni beber aquellas cantidades de jugo de fruta, ni tomar todas aquellas pastillas, ni sudar en aquella sauna. No quiero volver allí, nunca más...».

Pensó en lo que había en el fondo del cajón del escritorio, en el piso de arriba. La pistola que Jeff trajo de la guerra hacía ya tanto tiempo. A él le gustaban las pistolas. En sus salidas al campo, le había enseñado cómo funcionaban. Ella detestaba su vista y su tacto, pero no lo demostraba para complacerlo. Cierta vez, lo vio disparar contra un animalito. Ahora no recordaba qué clase de animal era. Recordaba, *eso sí*, el agujero en su cabecita, la goteante masa de sangre y sesos.

«No —pensó, con un escalofrío—. Oh, no, no...». La botella le hacía señas. Resultaba curioso, pero era una botella determinada. Había otras en el estante, pero era la botella de ginebra Beefeater, la que ella había usado para preparar el martini de Peter Proud, la que la atraía. La misma ginebra que ella y Jeff pusieron aquella noche en *sus* respectivos martinis.

Cogió la botella, la mantuvo en sus manos y la acarició. Le gustaba su tacto. Era sensual, fálico, casi erótico. Desenroscó el tapón. «De esta abertura mana la fuerza y el poder, la calma y el bienestar, el olvido. Puedes esconderte aquí, en esta botella, aunque por poco tiempo...».

—Señora Chapin.

Se volvió. Ola, su sirvienta de color, había aparecido en el vano de la puerta. Su mirada era acusadora.

—No debe usted hacer esto.

—Tengo que hacerlo, Ola.

—Pero usted prometió a Ann...

—Lo sé, lo sé..., pero necesito uno. Sólo uno.

—Señora Chapin, ¿por qué no lo deja correr? La cena ya está lista. Hay un rosbif estupendo, tal como a usted le gusta. Le haré café. Después, podrá tomar su pastilla y mirar un poco la televisión y...

—¡Maldita Ola! —Casi lloró—. Lo necesito. ¿No lo comprendes? ¡Lo *necesito*!

—No lo necesita en absoluto, señora Chapin. Sólo son figuraciones tuyas. Ha estado mucho tiempo sin tomar nada de eso. ¿Por qué volver a empezar?

—¡Fuera de aquí, Ola! ¿Quieres irte de aquí de una vez?

—¿Y la cena, qué?

—Estaré dispuesta para la cena. Sólo tomaré un traguito. Sólo uno. Lo juro. Y ahora, por favor, ¡fuera de aquí!

Ola se encogió de hombros y se fue. Marcia Chapin inclinó la botella y vertió la ginebra en el vaso. Ni siquiera se preocupó de añadirle hielo o vermut.

Se la bebió de un tirón; sus ojos se cerraron en éxtasis.

Cuando volvió a abrirlos, vio a Jeff. Estaba en todas las fotografías de la pared. Jeff riéndose de ella, Jeff con el brazo alrededor de su cintura, Jeff y ella corriendo hacia el mar. De pronto, enjugó una lágrima... y llenó de nuevo el vaso.

«Jeff, Jeff, tú, hermoso y lascivo hijo de perra, ¿por qué hiciste lo que hiciste?

»Y, Dios mío..., ¿por qué hice yo lo que hice?».

Cenaron en un restaurante italiano en el centro de la ciudad. Más tarde, cuando él la acompañó a su casa, se quedaron un momento junto a la puerta. Ann volvió la cara hacia él, invitándole con los labios.

Peter la rodeó con su brazo. Sintió el femenino cuerpo estrecharse contra el suyo. Por un instante, estuvo francamente incrustado a ella. La roja y húmeda boca de Ann, medio abierta, tocaba casi la suya. Él sabía que su contacto, su sabor, lo incitarían a ir más allá. O, por lo menos, a intentarlo.

Entonces, volvieron a él aquellos escrúpulos, aquel mismo sentimiento de culpabilidad, al recordar quién era ella, y quién era él en realidad. Tabú.

Puso suavemente la mano sobre la cara de Ann, se la ladeó, y besó a la muchacha en la mejilla. Al soltarla, observó su cara de sorpresa. Los ojos violeta estaban confusos. No ofendidos, sólo confusos.

—Gracias, querido —dijo ella—. Muy delicado. Buenas noches.

Ann cerró la puerta. Él se quedó inmóvil, odiándose, con la sensación de haber hecho el tonto.

Al volver al hotel, le entregaron un mensaje de Hall Bentley; «Llámeme, por favor».

Sabía que no podía hacer aguardar a Bentley eternamente. Más tarde o más temprano, tendría que contarle todo al parapsicólogo. Pensó que aquel momento era tan bueno para hacerlo como cualquier otro.

Cuando hubo terminado su relato, hubo un largo silencio al otro extremo de la línea. Y, por fin, el doctor Bentley dijo:

—Dios mío, lo ha conseguido... Lo ha llegado a saber...

—Sí.

—¿Cómo se siente?

—No lo sé.

—¿Asustado?

—Creo que sí.

—No se lo reprocho. Estoy tan asustado como pueda estarlo usted. Nunca creí que la cosa llegara tan lejos. Jamás lo creí, de veras... Así que X equivale a Jeff Chapin, y Jeff Chapin equivale a Peter Proud.

—Sí.

—Usted lo sabe y yo lo sé. Ahora, nuestra tarea es la de probarlo a todos los demás. Por lo tanto, hemos de pasar al terreno de la táctica y la estrategia. Lo primero es lo primero. Supongamos que vuelo a Riverside mañana mismo. Concertaremos una cita con Marcia Chapin, y grabaremos lo que diga en una cinta. Ya le dije el procedimiento que pienso emplear. Traeré copias de las cintas que ya tengo. Duplicados, por supuesto, de los originales guardados en las cajas fuertes. Los guardo para los más escépticos. No caeremos en el error que cometió Morey Bernstein con Bridey Murphy. Soltó primero la historia a un simple periódico. Nosotros necesitaremos un impacto de mayor amplitud, un impacto de alcance mundial. Tal vez deberíamos poner a nuestro servicio una firma de relaciones públicas. Ellos sabrían cómo organizarlo todo: televisión, entrevistas periodísticas...

—Alto, Hall.

—¿Eh?

—Todavía no estoy preparado para todo eso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero esperar un poco.

—¿Por qué?

—Digamos que tengo mis razones. Razones personales.

Hubo un largo silencio. Luego:

—Pete, sean cuales fueren, he de respetarlas. Pero no podemos permitirnos la menor espera. No podemos exponernos.

—¿Por qué no?

—Pues porque, como ser humano y vulnerable que es usted, podría morir en cualquier momento. Un coche puede atropellarlo esta noche, o puede ser víctima de un ataque cardíaco mañana mismo. Admito que las probabilidades de que esto suceda son muy pocas, pero siempre es posible. Si eso sucediera, la prueba más importante iría a parar a la fosa con usted. He de añadir que Marcia Chapin también es mortal y que también podría morir entretanto. Con lo que todo se iría al traste. Debe darse usted cuenta de la urgencia con que es preciso actuar...

—De acuerdo. Pero aún quiero esperar. Quedan todavía muchas cosas por descubrir, y pienso hacerlo a mi manera, por mí mismo...

Bentley se mostró súbitamente irritado.

—Por amor de Dios, Pete, ¿acaso no sabe de qué estamos hablando? No es un

momento para detenerse en pequeñeces. Tiene usted algo que decir a este maldito mundo. Es lo más importante que haya oído la raza humana desde el principio de todos los tiempos. Ahora no cuentan sus razones personales...

—Son mías.

—Bueno, creo que es mejor que vuele al este...

—No.

Hubo una larga pausa al otro extremo de la línea. Luego Bentley dijo:

—Muy bien. Quizá no sea yo quien deba mandar en esto. Usted manda. Pero permítame que le pregunte: ¿Cuándo? ¿Cuándo levantaremos la tapa?

—Ya se lo diré.

—Muy bien —dijo Bentley. Parecía enfadado—. Pero hágalo pronto, Pete. *Bien pronto.*

Dijo adiós y colgó.

No había mentido a Bentley. Tan pronto como revelaran la noticia al público, todo se le escaparía de las manos. Mucho de lo que quería saber quedaría enterrado bajo una avalancha de sensacionalismo, tal vez perdido para él de modo irrecuperable. Quería saber quién había sido él en realidad, es decir, quién había sido Jeff Chapin. Y Marcia. Quería saber qué había sucedido entre ellos. *Por qué* ella hizo lo que hizo.

Y después, por supuesto, estaba Ann.

Lo cierto era que empezaba a reconsiderar su modo de pensar sobre toda aquella condenada cuestión. No había dicho nada al respecto a Bentley, desde luego. Pero el parapsicólogo ya sabía que él se movía arrastrando los pies. Necesitaba tiempo. Tenía que pensar.

Hasta ahora, sabía muy poco acerca de Jeff Chapin. Los únicos datos que tenía eran los hechos que se reseñaban en la nota necrológica de Chapin. Había sonsacado a Ann sobre su padre, pero no se atrevía a ir más allá de cierto punto. Ella querría saber el porqué de su interés, y, naturalmente, él no podría decírselo. Además, estaba claro que Ann no sabía mucho sobre su padre; sólo lo que su madre le había contado. Y todo lo que Peter había sabido por Marcia se limitaba a la impresión de que Jeff Chapin era un marido cariñoso, y que ella pensaba en él todavía. Las fotos de la pared lo probaban. Y a él le gustaría comprobarlo. Pero ello requeriría tiempo, y suerte. Jeff Chapin había muerto muchos años atrás. Probablemente, tendría que reconstruir el retrato del hombre que él había sido en otro tiempo mediante los pedazos y fragmentos que pudiese recoger. Tendría que encontrar un contemporáneo de Chapin. Alguien que lo hubiese conocido bien.

Tuvo una idea. Telefoneó al club y concertó otro partido con Walker. Él y el profesor volearon un buen rato y luego jugaron dos duros sets. Se reunió una pequeña multitud, atraída por aquel desafío de expertos. Los aplausos estallaban con frecuencia. El sol calentaba mucho y, al terminar la confrontación, ambos hombres

sudaban profusamente. Él ganó el primer set, Walker el segundo.

Después, Peter invitó a beber a Walker en la terraza. Haciéndole preguntas indirectas, se enteró de que un hombre llamado Dennis Reeves había sido el profesor ayudante de Chapin. Cuando Chapin se fue a la guerra, Reeves le sucedió. Ahora estaba cansado del tenis, y, con su esposa, había puesto una pequeña tienda de artículos de deporte en el centro de la ciudad llamada «Tenis para Todos».

Sabía que tenía que encontrar alguna forma plausible de abordar a Reeves. De otro modo, éste querría saber por qué se interesaba por Jeff Chapin. Se decidió por una argucia. Era muy poco consistente, pero era lo mejor que se le ocurrió.

El ex profesor era un hombre que pasaba un poco de la sesentena, de cara roja y cabello blanco como la nieve. Tenía una nariz encarnada, venosa y bulbosa bajo unos húmedos ojos azules. Había sido un atleta en otro tiempo, pero ahora había llegado a una gordura enfermiza. Todo delataba en él al aficionado a la bebida.

—Mi padre vivió aquí, en Riverside, hace mucho tiempo, ¿sabe usted, señor Reeves? Luego se trasladó a California y jamás volvió. Jeff Chapin era un amigo de su juventud. Ya desde niños habían sido inseparables. Me hallo aquí en viaje de negocios, y mi padre me pidió que fuera a verlo para saludarlo de su parte y ver qué había sido de él...

—Perdería el tiempo, señor Proud. Jeff murió hace años.

—Sí, esto ya me lo han dicho. Sin embargo, sé que mi padre sentirá curiosidad por saber qué clase de hombre fue y qué le sucedió. Tal vez usted podría decirme algo de él.

—¿Quién le habló de mí?

—Ken Walker, del Creen Hills. Me dijo que usted había sido profesor ayudante de Chapin. Creía que probablemente lo conocería usted muy bien...

—Tan bien como todo el mundo. Y mejor que muchos.

—¿Podría decirme algo de él?

La cara de Reeves se estiró.

—Podría. Pero no me gusta hablar mal de los muertos.

—Si dispone usted de algunos minutos, le agradecería que me pusiera al corriente. Si fuéramos a beber algo, tal vez podríamos hablar entretanto de ello...

Reeves respondió inmediatamente a esta sugerencia. Dio instrucciones a su mujer para que cuidara de la tienda y le dijo que volvería dentro de poco. Fueron a un bar de la misma calle, dos puertas más abajo.

Reeves vio a Peter en forma de *bourbon on the rocks*.

—Puesto que usted me lo pregunta, permítame que se lo diga sin rodeos: el Jeff Chapin que yo conocí era un mal hijo de perra.

—¿Si?

—Ahora que ya me he sacado eso del pecho, ¿quiere usted que prosiga?

—Sí, por favor.

—Quizás era un buen chico cuando era amigo de su padre. Pero no creció de esa

manera. No sé mucho sobre él de los tiempos anteriores a su llegada al club, pero por estos alrededores era una especie de celebridad local como jinete de carreras de caballos. Jugaba algo al béisbol y al fútbol, según tengo entendido, pero su juego era el tenis. La raqueta era algo connatural en él. Mucha potencia, y fantástico en el servicio. Procedía de una familia pobre, vivía en algún lugar del barrio de la Bridge Avenue. El padre de usted debe de saber dónde.

—Sí. En la calle Almont.

—Bien. En cualquier caso, como he dicho, procedía de una familia pobre. O llamémosla de la clase media baja. Cuello de camisa azul. Su padre era soldador en la Standard Valve Company. Claro que los chicos de esa clase no aprenden el tenis en un club privado. Lo aprenden en las pistas públicas, como Pancho González. Fuera como fuese, el caso es que resultó muy bueno en él. Ganó algunos grandes torneos en Nueva Inglaterra y sus alrededores, fue calificado para el Campeonato de los Parques Públicos Nacionales, y otros por el estilo. Era considerado como un aficionado. Pero lo cierto es que no paraba de trampear.

—¿Trampear?

—Hacía apuestas clandestinamente. Por dinero. Engañaba a sus oponentes dejándoles ganar uno o dos partidos, para hacerles creer que estaba en baja forma. Luego, los vencía cuando le interesaba.

—¿Cuándo sucedía todo eso?

—Creo recordar que esto tenía lugar unos pocos años después de que saliera del instituto.

—¿No llegó a entrar en la universidad?

—No. O no quería ir o no podía permitírselo. Creo que le ofrecieron una a dos becas de enseñanza atlética, pero cuando las escuelas se enteraron de sus trampas le retiraron las ofertas. Fuera como fuese, Green Hills, que sólo tenía entonces un campo de golf, puso algunas pistas de tenis. Empezaron a buscar un profesor. No encontraban la persona adecuada a sus necesidades. Los profesores de primera categoría ya estaban colocados en otros lugares, y no querían dejar sus puestos. Jeff era joven para el cargo, pero era un fanfarrón con mucha fachada, y además se había ganado cierto renombre.

Reeves terminó su *bourbon* y pidió otro.

—Yo había conocido a Jeff en los medios tenísticos, y me tomó como ayudante. Aunque el hijo de perra también a mí me exprimió. Tenía que darle el diez por ciento de cuanto cobraba por las lecciones que yo daba personalmente. Todo por debajo de la mesa. Era un hombre que siempre tenía la vista puesta en los billetes. No puedo dar la culpa de eso a nadie. Supongo que es nuestra Gran Ética Norteamericana. Pero para todo hay un límite...

»Lo cierto es que Jeff pasó a ocupar el puesto de profesor en Green Hills. Era endiabladamente encantador cuando quería. De modo especial con las mujeres. No puede negarse que le iban detrás. Era un hombre condenadamente bien parecido, viril

y sexual. Sabía cómo sonreírles y cómo halagarlas. No sé..., tenía esas cualidades que las mujeres encuentran irresistibles. Varias de ellas, y hablo de algunas de las mujeres del club, apenas podían esperar el momento de irse a la cama con él cuando sus maridos se ausentaban. Por su parte, era un verdadero animal en lo que se refería al sexo. Nunca tenía bastante. Pero, junto con esto, mostraba también un rasgo suyo muy cruel.

—¿Sí? ¿En qué sentido?

—Con las mujeres. Especialmente, cuando había estado bebiendo. Era un sádico bastardo cuando bebía. A veces, pegaba a una muchacha por un quítame allá esas pajas. Lo sé muy bien. Éramos casi de la misma edad, y fuimos en dos o tres ocasiones a citas dobles... hasta que no pude ir más con él. Una vez, una muchacha, una camarera, lo llevó a los tribunales. Mostró las señales de sus golpes, pero no pudo convencer al juez de que era Jeff quien se las había hecho, y se zafó del asunto.

»Sus amigos, y por cierto que no tenía muchos, lo llamaban el indio borracho. Tenía un poco de sangre india, de sus antepasados, y nunca te lo dejaba olvidar. Le gustaba hacerse el superpatriota pretendiendo que era el único norteamericano ciento por ciento de la ciudad. Con sólo beber un poco, se iba en seguida de la boca y llamaba a los demás *spiks*^[12] negros, judíos y cuanto pueda usted imaginarse, insultándolos en sus propias caras. Todo esto le creó dificultades en más de un bar, y su cara recibió algún que otro puñetazo en varias ocasiones. —Entonces, miró a Peter y dijo, con voz algo ronca—: Demonios, no sé por qué estoy hablando tanto. A su padre, todo esto le importará un pito, señor Proud. Será mejor que me calle...

—No. Continúe. Ha despertado usted *mi* interés. Y olvide eso de señor Proud. Mi nombre es Pete.

—Pete. Sí... Veamos, ¿dónde estaba? ¿Le he hablado de Marcia Curtis?

—No.

—Bien. Por aquel entonces, era socia del club. Hija de William Curtis, presidente del Puritan Bank and Trust. Le hablo del año 1940, poco más o menos. Era casi una niña, entonces, con sus diecinueve años, pero, eso sí, la más bella y encantadora de cuantas muchachas haya jamás visto. Todos los del club, y hablo tanto de los que trabajaban allí como de los socios, estaban locos por ella. Tenía muchas más citas de las que podía atender, y me refiero a los chicos más ricos de la ciudad y de las mejores familias. Por desgracia, estaba chiflada por el tenis. Y cuando conoció a Jeff Chapin, ¡cataplum! Iba detrás de él sin mirar lo que hacía. Después de esto, jamás volvería a mirar a otro hombre...

»Como he dicho, Jeff sabía oler el dinero, y vio que se le presentaba su mejor oportunidad. Hizo todos los papeles para conquistarla. Y seguro que a ella no le disgustó su comportamiento en la cama. Ambos sabían que si el padre de la chica se enteraba de aquellas relaciones, Jeff sería expulsado del club en el acto. Se encontraban, pues, en lugares apartados, moteles y sitios así. Entonces, un día, se escaparon y se casaron. Luego volvieron y pusieron al viejo ante el... ¿Cuál es esa

expresión francesa para decirlo?

—¿*Fait accompli*?

—Eso. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para que nadie pudiera remediarlo. El club era un lugar muy picajoso, y a la junta no le gustaba eso de que uno de sus empleados se hubiese fugado y casado con una de sus socias..., por lo que lo pusieron de patitas en la calle y a mí me dieron su puesto. A pesar de ser el esposo de Marcia Curtis, y técnicamente entonces miembro del club, no llegaron ni a incluirlo en la lista de los socios. El padre de Marcia pensó por un momento en desheredarla. Pero Jeff se había quedado sin trabajo, y no tenían medios de subsistencia.

»Pero entonces vino la guerra. Como le he dicho, Jeff era un tipo de lo más superpatriota, e inmediatamente se alistó como marine. Lo enviaron al Pacífico, y fue herido en el costado, una granada en la cadera o algo por el estilo, y con todo eso le dieron varias medallas. He de reconocerlo: a pesar de que era un bastardo, demostraba que los tenía bien puestos cuando era necesario un acto de valor. Los marines lo licenciaron, y volvió hecho un gran héroe. Salió su nombre en los periódicos y le echaron fiestas, homenajes y todo eso. El padre de Marcia se encontró en un compromiso. Dio a Jeff un escritorio en la parte trasera del banco junto con un gran título, y creo que también un gran sueldo. Un año después de eso, el viejo murió, y Marcia heredó un enorme montón de dinero...

—¿Cuándo fue eso?

Reeves frunció el ceño y luego sacudió la cabeza. Ahora, su voz era todavía más ronca.

—No puedo recordarlo exactamente. Allá por el 44, creo, o tal vez el 45. Fuera como fuese, se trasladaron a aquella gran casa de la avenida Vista, y los dos vivieron a lo grande. Jeff se compró un enorme y despampanante Packard Clipper. No puede usted imaginarse cómo le gustaba conducirlo y exhibirlo por la ciudad... Y Marcia siempre iba con él. Pero, de pronto, lo vieron dando vueltas por ahí con alguna que otra pelandusca. Ya le he dicho, desde el principio, que Jeff era un putero. Entonces, tuvieron una criatura..., una niña, creo. Un par de meses más tarde, Jeff y su esposa fueron a pasar un final de semana en un chalet que tenían en el lago Nipmuck. Fue en otoño, y aquel loco, aquel maldito chalado, después de haber bebido lo suyo, tuvo la ocurrencia de atravesar el lago a nado. Según los periódicos, Marcia intentó detenerlo pero no pudo conseguirlo. Le dio un calambre donde fuese cuando se hallaba en medio del lago, y se ahogó. Dragaron el lago en su busca y, por fin, lo encontraron. Así fue, poco más o menos. Su mujer vive todavía en la misma casa, en la avenida Vista, al menos que yo sepa...

Ya en el coche, de regreso, reflexionó sobre la clase de hombre que había sido en su vida anterior.

Si debía creer a Reeves, había sido un verdadero bastardo, de los de primera categoría. Si se aceptaba la justificación de la reencarnación, tenía mucho que expiar. La ley del Karma era así: se daba otra oportunidad a un ser humano, éste se perfeccionaba, se enmendaba, restauraba su vieja alma para convertirla en algo un poco mejor en esta vida. Si antes había hecho daño a otros seres ayudaría a otras personas semejantes a ellos en esta vida. La rectificación kármica. Se da a un ser humano otra oportunidad, y se redime de los pecados cometidos en su vida anterior.

Pensó de nuevo en el Sueño del Lago. Sólo dos noches antes, había sido molestado por él mientras dormía. Recordó que estaba bebido al salir del chalet. Recordó las señales rojas de los golpes en el cuello y los hombros de la joven Marcia Chapin. Aquella noche, estuvo lo suficiente enfurecida para matarlo a sangre fría. ¿Por qué? ¿Bastaron unos golpes físicos para empujarla tan lejos? ¿O había sido aquello la gota que había colmado el vaso de su paciencia, por así decirlo? El sueño parecía indicar que no era la primera vez que le pegaba de aquella manera. Recordó cómo había forcejeado en el agua y cómo la había mirado cuando ella estaba en el bote, y sonó en sus oídos lo que dijeron:

«—Lo lamento de veras, lo lamento.

»—Ya lo sé. Lo has lamentado tantas veces...».

Ahora empezaba a ver alguna luz..., la suficiente, por lo menos, para hacerse una idea bastante acertada de lo que había sucedido.

Durante las dos semanas siguientes, vio a Ann con frecuencia. Volvieron a jugar al tenis. Él la llevó a cenar varias veces, una de ellas al Riverside Civic Center. Otras dos, las Chapin lo invitaron a hacerlo en su casa. Marcia Chapin se mostró cortés con él, pero distante. De vez en cuando, él la sorprendía en actitud de estudiarlo con curiosidad. Ella le hizo preguntas sobre su obra, como si la tenía muy adelantada y cuándo la terminaría. Él le contestó, sin inmutarse, que estaba invirtiendo en ella más tiempo del que había previsto. Tenía que clasificar un gran número de pequeñas subtribus, miembros de federaciones y confederaciones más importantes, del sur de Nueva Inglaterra. Todos ellos tenían sus propios poblados y cacicazgos.

Ella le dijo que, puesto que él disponía de una corta licencia, suponía que pronto debería volver a la UCLA, con el tiempo suficiente para preparar los exámenes de sus estudiantes y poner las notas. ¿Cuándo sería esto?, quiso saber.

Él le contestó que el primero de junio. Y explicó que podía arreglar las cosas de modo que sólo tuviera que irse una semana, o tal vez ni eso.

Marcia tenía la clara impresión de que, cuanto más pronto se marchara él, mejor se sentiría ella.

Un domingo por la mañana, Ann lo llamó.

—Pete, ¿te gustaría ir a un sitio en coche?

—¿Adónde?

—Es un lugar llamado Valle Tranquilo. A unos setenta y cinco kilómetros de aquí.

—Parece realmente bucólico. ¿Nos llevaremos lo necesario para comer en el campo?

—No —dijo ella—. No se trata de una salida al campo, sino de todo lo contrario. Si dependiera de mí, creo que no iría. Es algo que no puedo eludir.

—¿Qué quieres decir?

—Mi abuela está allí. La abuela Chapin. Reside en una casa de reposo. Ya te lo dije. Mi madre suele ir todos los sábados, pero esta mañana no se encuentra muy bien y me ha pedido que vaya en su lugar. Hace más de un año que no he estado allí, y no me gusta ir sola.

—Muy bien. ¿Cuándo voy a recogerte?

—Yo lo haré. Y oye, Pete...

—Sí...

—Eres un encanto de chico... por complacerme.

Lo cierto era que él se alegraba de aquella oportunidad. Tenía intención de visitar a la anciana más tarde o más temprano, pero habría tenido que hacerlo valiéndose de alguna artimaña. Habría tenido que explicar plausiblemente por qué él, un extraño, tenía interés en verla. Yendo con Ann, este problema quedaba resuelto.

Sentía curiosidad por Ellen Chapin. Que él supiera, era la única pariente carnal

aún viva de Jeff Chapin. Y, por supuesto, del modo más extraño que se quisiera, era su madre. Sin embargo, no se sentía particularmente emocionado ante la perspectiva de a la anciana. Sólo la consideraba como un retazo más de los muchos que componían la identidad de Chapin, como una parte de la vida y del tiempo de su anterior encarnación. Y, además, no había aparecido nunca en ninguna de sus alucinaciones.

La Casa de Reposo del Valle estaba situada a gran distancia de la carretera principal. En los terrenos de su parte delantera, se extendían una serie de terrazas y de zonas de césped moteadas de pequeños jardines y árboles, y cruzadas por meándricos caminos bordeados de bancos metálicos pintados de blanco. El día era ventoso y más bien frío, por lo que no se veía en el exterior a ninguno de los ancianos residentes. El conjunto de la institución constaba de varios edificios como los que suelen destinarse a dormitorios, construidos de ladrillo rojo suavizado por hiedra trepadora.

Entraron en el pabellón de la administración.

—Desearíamos ver a la señora Ellen Chapin —dijo Ann en el mostrador de recepción.

—¿Son ustedes parientes o amigos?

—Yo soy su nieta. Él, un amigo.

La muchacha comprobó una ficha.

—La encontrarán en la habitación 106.

Se adentraron en un pasillo mullidamente alfombrado, y pasaron ante un puesto de flores, un puesto de regalos y otro de libros, un pequeño *drugstore* y un salón de belleza. El lugar tenía el opulento aspecto de los sitios caros. Peter pensó, con horror, que Marcia Chapin no había ahorrado nada para que su suegra gozara de los mejores cuidados. Probablemente, su reflexión había sido: «Una vez muerto el bastardo, y habiendo sido yo quien lo mató, es lo menos que puedo hacer».

Un buen número de residentes ancianos se hallaban en la sala de recreo. Sus caras estaban secas y marchitas, sus cuerpos llenos de artritis, sus ojos no tenían expresión. Estaban sentados en sillones de playa o ante mesas con la parte superior de cristal, la mayoría de ellos frente a un televisor, viendo uno de los últimos seriales de la tarde. Los ojos de aquellos viejos eran vidriosos, y Peter tuvo la impresión de que, en realidad, no sabían lo que se desarrollaba ante ellos, de que no seguían en absoluto el hilo del argumento, sino que se limitaban a fijar la mirada en la pantalla por el solo hecho de que estaba allí. Al pasar por su lado, ninguno de ellos sintió la curiosidad suficiente para hacerle volver la cabeza.

Sintió lástima por toda aquella gente. Habría querido iluminar sus caras inexpresivas y sin esperanza. Habría querido decirles que todos tendrían otra oportunidad.

—Detesto este lugar —le susurró Ann—. Siempre que vengo aquí me vienen ganas de llorar. Si un día llego a ser tan vieja, no permitiré que me arrinconen en un sitio como éste. Antes me mataré.

La puerta de la habitación 106 estaba abierta. Antes de entrar, se quedaron un momento mirando al interior.

Ellen Chapin estaba sentada en el borde de la cama. Una rolliza enfermera de media edad le estaba dando a cucharadas lo que parecía ser una papilla de cereales o algún alimento para niños que tomaba de un tazón. La enfermera no siempre hacía blanco con la cuchara. La anciana balbuceaba algo mientras hacía lo posible por tragar. Un poco de papilla se escurrió por su mejilla.

—Ya estamos, señora Chapin —dijo la enfermera, con tono alegre—. Ya hemos terminado. Así se hace. Muy bien.

El balbuceo de la vieja mujer era del todo incoherente. Llevaba una bata floreada que parecía tragarse su delgada figura. Sus hombros eran estrechos y caídos, la línea de su espalda, sentada como estaba en la cama, era visiblemente gibosa. Sus piernas eran como dos garrotes, y mostraban las nervaduras de grandes venas varicosas. Su cara era arrugada y de una blancura yesosa. Sólo sus ojos, azul oscuro, parecían tener vida. Como los de una criatura, sin pestañear, estaban fijos en la enfermera, como si le costara entender sus palabras.

—Esto es, guapa. Hoy lo ha hecho usted muy bien.

La voz de la enfermera era suave. Ni ésta ni la señora Chapin se habían dado cuenta de que ellos las observaban desde el hueco de la puerta. Ann dio en ella unos ligeros golpecitos. La enfermera se volvió, pero Ellen Chapin siguió con la mirada fija.

—Soy Ann Chapin, su nieta. Éste es el doctor Proud, un amigo.

La enfermera dejó el tazón.

—Entren, por favor. Soy la señorita Hagerson. Con su madre, nos hemos visto aquí muchas veces.

Ann señaló a la anciana con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo está?

—Casi igual. Sigue viviendo sólo en su propio mundo, la pobre. Claro que ya hace mucho tiempo que está así. —La enfermera sonrió—. Su abuela es muy apacible, nunca nos causa molestias. —Se volvió hacia la señora Chapin—. ¿Verdad, querida, que nunca nos causa molestias?

La vieja mujer aún no se había dado cuenta de que ellos estaban en la habitación. Su inexpresiva cara estaba vuelta hacia otro lado, y su boca seguía moviéndose. Peter la observaba. Pensó de nuevo: «En otro tiempo, ésta fue mi madre». No sintió nada en particular, excepto lástima.

La enfermera dio un cariñoso golpecito en la mejilla de Ellen Chapin.

—Vuélvase, querida. Tiene visitas. Qué bien..., ¿eh? —La anciana no respondió. Con suavidad, la enfermera cogió la cara a Ellen Chapin entre sus manos y le hizo girar la cabeza en dirección a ellos, igual que si manipulara la cabeza de una muñeca—. Es su nieta. Está aquí con un amigo.

Los ojos azules de la anciana enfocaron a Ann sólo un momento, después miraron

a Peter.

—No sabe quién es usted, naturalmente —dijo la señorita Hagerson—. Pero ha advertido que hay alguien más en la habitación, que tiene visitas. Y estoy segura de que le gusta. Incluso las personas como ella, que han perdido todo contacto con la realidad, pueden sentirse solas...

La enfermera calló de repente al ver la expresión de la cara de Ellen Chapin. La anciana miraba a Peter de hito en hito. Él sintió un ramalazo de inquietud. La anciana había detenido su balbuceo, y su inexpresivo rostro se había animado. Sus ojos, fijos en Peter, hacían grandes esfuerzos, como si quisieran traspasar la niebla. De pronto, sonrió.

—Jeff —dijo.

Peter quedó estupefacto. Sintió en su piel la punzada de infinitos alfilerazos. Miró a Ann. Ésta contemplaba a la anciana boquiabierta.

—¡Qué curioso! —dijo la señorita Hagerson—. Cree que es usted su hijo, doctor Proud. Nunca había hecho nada semejante. Con nadie...

—Jeff, querido, ¿dónde estabas? —La voz de la vieja era ahora perfectamente clara, y demostraba lucidez. El cambio, después del balbuceo de unos minutos antes, era sorprendente—. ¿Por qué estuviste tanto tiempo fuera? ¿Por qué no venías a verme?

Ellen Chapin se levantó de la cama y fue hacia él con los brazos abiertos en espera de su abrazo. Su se puso a temblar. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

«Dios mío —pensó Peter—, ¿qué sucede? ¿Tendrá esta mujer alguna clase de percepción extrasensorial que no poseen las personas normales?». Él no tenía el aspecto de Jeff Chapin, su voz era distinta a la suya y no hablaba como él. Sin embargo, era evidente que, en la mente de la anciana, él era incuestionablemente su hijo. Era increíble y aterrador.

Ella seguía mirándolo, alzando hacia él sus ojos anegados de lágrimas. Se enderezó y puso sus temblorosas manos sobre los hombros de Peter. Él miró, como si buscara ayuda, a Ann y a la enfermera. Sus caras estaban llenas de lástima. Le decían: «Complázcala, sígale la corriente».

La tomó en sus brazos, sintió una ligera repugnancia; y aún más que eso: miedo. Deseaba quitársela de encima, pero el delgado cuerpo de la mujer se apretaba contra el suyo mientras sollozaba sobre su hombro.

—Todo va bien, madre —dijo él—. Todo va bien...

—Has estado encantador, ¿sabes? —dijo Ann.

—¿Qué?

—Representando tan bien ese papel. Habrás tenido que hacer un gran esfuerzo.

—Sí.

—De todos modos, la has hecho muy feliz. —Y, al cabo de un momento—: Me

pregunto por qué tú precisamente, le recordaste a su hijo.

—Que me maten si lo sé.

De pronto, Ann se puso a reír.

—¿Sabes quién soy yo? Soy la versión femenina de Hamlet. Acabo de ver el fantasma de mi padre. Aunque tú *eres un poco* joven para eso.

La noche siguiente, fue invitado a cenar a casa de las Chapin. Él y Ann tenían intención de ir después al cine.

Durante la cena, Marcia Chapin habló muy poco. Parecía tensa, retraída. Él había advertido que, de nuevo, ella lo observaba disimuladamente. Y, también de nuevo, tuvo la seguridad de que él no era de su agrado. La conversación había sido forzada, inconexa. Ann había sido casi la única en hablar.

De improviso, Marcia, rompiendo su silencio, se volvió hacia Peter.

—Ann me dijo lo que sucedió cuando fueron a ver a mi suegra.

—¿Sí?

—¡Qué raro que lo tomara por... Jeff! ¿Por qué lo haría?

—No lo sé.

—Es muy extraño, eso. Quiero decir que usted no se parece en nada a mi marido. Ni siquiera habla como él...

—Estoy tan sorprendido como usted, créame.

—¿Sorprendido? —dijo Ann—. Quedó pasmado.

—Pero ¿por qué *usted*? —dijo Marcia—. Ellen Chapin ve a muchos otros hombres. Psicólogos, doctores, empleados... Entran y salen de la habitación a todas horas. ¿Por qué lo vio a *usted* como a Jeff?

—Por Dios, mamá —dijo Ann—. No sé por qué le das tanta importancia a una cosa como ésta. La explicación puede ser muy simple. La abuela Chapin vive ausente, en otro mundo. Debía de estar soñando que papá volvía. Ya sabes como parlotea. Tal vez le estaba *hablando*, por lo menos en su imaginación, cuando vio a Pete. No hizo más que creer que era papá, esto es todo. Al fin, y al cabo, ella no es capaz de reconocer a nadie. Fue alguna especie de ilusión... o alucinación.

Ann cogió la cafetera eléctrica.

—¿Más café, Pete?

—Sí, gracias.

—¿Mamá?

—No, querida —Marcia Chapin se levantó—. Perdonadme los dos, me voy arriba. Tengo un terrible dolor de cabeza.

Marcia Chapin estaba echada en la cama, aún tensa y muy cansada. También estaba enfadada con ella misma por su modo de comportarse en la mesa. Sabía que ello había contrariado a su hija. Más tarde se disculparía. Podía utilizar el pretexto de siempre: los nervios.

Nervios. Era una palabra muy buena y muy útil. Lo cubría prácticamente todo. Había sido su excusa típica, su pretexto para esconderse en todas aquellas botellas durante años. Contando con ella, no tenías que explicar las verdaderas razones,

aquellas razones que a veces creías que iban a volverte loca.

Peter Proud. Un nombre cómico. Un nombre digno de figurar en un libro de cuentos infantiles. Pero no veía nada de cómico en el hombre en sí. De hecho, lo consideraba como una especie de amenaza.

Presentía que su presencia allí representaba un peligro, aunque no sabía cuál.

Él había dicho que había venido para trabajar en su libro. Parecía bastante plausible, pero, con todo, ella no acababa de creérselo. Su intuición le decía que se había trasladado a Riverside por alguna otra razón, y que la había buscado a ella y a Ann deliberadamente. Su primer encuentro con Ann, por ejemplo, era sospechoso. Era posible que hubieran coincidido accidentalmente en las pistas de tenis del club, pero eso le parecía demasiado casual. Y el modo como se había congraciado con Ann. Ella lo miraba con muy buenos ojos, probablemente con amor.

En todo momento, había tenido la sensación de que él la observaba, de que su interés por ella era más que casual. Pero lo que más la inquietaba era el interés que parecía demostrar por Jeff. Hacía demasiadas preguntas indirectas sobre Jeff, y escuchaba las respuestas con demasiada curiosidad. ¿Por qué tenía que sentirse fascinado por un hombre que había muerto hacía ya casi treinta años?

A veces, se preguntaba si él era quien decía que era. ¿Era aquel nombre absurdo, Peter Proud, su *verdadero* nombre? ¿Quién era, a fin de cuentas? ¿Podía ser un detective? ¿Sabía algo de lo que sucedió aquella noche en el lago? No, era ridículo pensarlo. Él probablemente no había nacido cuando murió Jeff. Hacía mucho tiempo que el caso había sido cerrado, y recordado sólo por ella.

Decidió telefonar a la UCLA la mañana siguiente, sólo para comprobar si él era quien decía, para ver si su nombre figuraba realmente en la lista de la facultad.

Y había aún otra cosa que la preocupaba. No era precisamente aquel hábito suyo de dar golpecitos al borde del vaso con la uña. Esto era, por supuesto, pura coincidencia. Se trataba de que, diez días atrás, ella había ido al club para recoger a Ann e ir a almorzar. Cuando llegó allí, Ann estaba jugando al tenis con él, y ella se sentó en un banco para contemplar el juego. Estaban ambos tan entregados al mismo que no advirtieron su presencia. Estaban voleando y, de pronto, Peter se puso a gritar a Ann: «Devuélvela, devuélvela». Servía y luego corría hacia la red gritándole: «Devuélvela». Exactamente como Jeff solía hacerlo con ella en la cancha hacía muchos años, exactamente con la misma palabra: «Devuélvela». Se había quedado atónita. Entonces, al mirarlos jugar, vio a dos otras personas distintas en la pista...

Existía la probabilidad de que todo se hubiese debido a su imaginación, naturalmente. Era imposible que Peter Proud hubiese utilizado exactamente aquella palabra en la pista. Recordó que había tomado un par de tragos antes de salir para el club, y que la mañana era calurosa. Mientras estaba sentada allí, bajo el sol, se había sentido un poco aturdida. Lo que probablemente había sucedido era que, mientras los miraba jugar, su mente retrocedió hacia el pasado, y empezó a imaginarse que Peter era Jeff y Ann ella misma, y que volvía a jugar al tenis con Jeff como en otros

tiempos, como antes de que estuvieran casados, en aquella misma pista. Y así fue cómo, de súbito, oyó a Jeff que le gritaba: «Devuélvela, devuélvela».

También había dado demasiada importancia al hecho de que Ellen Chapin lo hubiese llamado Jeff y lo hubiera abrazado como si fuera su hijo. ¿Quién podía saber lo que sucedía en el cerebro de la loca anciana? La madre de Jeff recibió un duro golpe cuando éste murió, y su mente empezó entonces a dormir. El sueño había durado varios años, hasta que la anciana perdió por completo el contacto con la realidad. Fue entonces cuando tuvieron que internarla.

Tendría que vigilarse, vigilar en todo momento lo que dijese o hiciese. «“Debo controlarme”, pensó». Tenía que parar de beber por varias razones. Había leído en alguna parte que, cada vez que se tomaba un trago, se destruían varios miles de células cerebrales. Tenía que dejar la bebida de una vez para siempre. Veía cosas donde no existían. “Debo relajarme, relajarme”.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente de la bañera, la espolvoreó con una generosa cantidad de sales de baño, se desnudó y se metió en ella. Por espacio de una hora, permaneció echada allí, con la cabeza reposando en el extremo de la bañera, con los ojos cerrados, sumergida en el caliente y sedante líquido.

Finalmente, volvió al dormitorio, secándose todavía con una gran toalla rusa. Ahora se sentía algo mejor, un poco más en paz. Se detuvo desnuda ante el espejo y se contempló con ojo crítico. Lo que vio no le gustó. Tenía cincuenta y dos años, pero pensó que en este momento parecía tener mucho más, no tanto por el cuerpo como por la cara. Observó la palidez enfermiza de su cutis, la tumefacción bajo los ojos. Había pequeñas venas rojas en su nariz. Los azules ojos parecían pálidos y húmedos. «La responsable de todo esto es la maldita bebida —pensó—. No me cuido. Debería hacer ejercicio, dejar de beber por tanto tiempo como pueda...».

Sus senos parecían colgar un poco. Se puso una mano bajo cada uno de ellos y los levantó, haciendo que apuntaran a su reflejo en el espejo. Recordó que a Jeff le gustaba este gesto. Siempre que lo hacía, parecía excitarlo sexualmente. Sostenía sus senos y los dirigía hacia él, azuzándolo, riéndose de él. Cuando ella procedía así, Jeff la poseía allí mismo y en aquel mismo instante. Claro que entonces ella era joven, joven y hermosa, y el fuego quemaba con tanto ardor dentro de ella como dentro de él.

De pronto, se dio cuenta de que su esposo la estaba mirando. Su cara asomaba por el marco de una fotografía que reposaba sobre una mesita. Le sonreía de aquel modo especial tan suyo: malicioso y muy sexual. Cabello corto negro como el azabache. Unos ojos oscuros que la miraban valorándola. Vio ahora en ellos el mismo deseo que tan bien recordaba. El mismo deseo de su cuerpo que había mostrado durante todo el tiempo de su matrimonio.

Marcia se volvió, sosteniendo todavía sus senos con las manos, y apuntó los pezones hacia él. Entonces, dijo:

—¿Recuerdas esto, querido?

La cara de su marido no cambió. La misma sonrisa inalterada, los mismos dientes tan bien alineados como siempre mostrando su blancura en contraste con su cara de hombre guapo.

—Oh, Jeff, Jeff, farsante, cariñoso, odioso, traidor hijo de perra. Tú, maldito perseguidor de faldas, mujeriego, puerco infiel. Si no hubieses dormido con ella aquel final de semana, precisamente aquel final de semana de entre los demás, tal vez estarías ahora aquí conmigo.

Se echó en la cama, todavía desnuda, y hundió su cara en la almohada. Medio dormida, rememoró, durante un rato, cómo había sucedido todo...

Se casó con Jeff Chapin en 1941, cuando ella tenía sólo diecinueve años. Se había sentido fuertemente atraída hacia él físicamente, tanto que cualquier otro hombre palidecía en comparación a él. Era un hombre hermoso y viril, y nunca tenía bastante de ella. Y ella nunca tenía bastante de él. Ella lo amaba apasionadamente. Empezaron a darse cita, a escondidas, en moteles situados a lo largo de las carreteras de los alrededores de Riverside. Una o dos veces por semana, ella se quedaba hasta más tarde en el club, y se encontraban afuera, en las pistas de tenis, en la oscuridad de la noche. Su apetito de ella parecía insaciable. Su comportamiento sexual era a menudo salvaje; solía atacarla como un animal... especialmente cuando había bebido. A veces, le daba miedo. A veces, ella llevaba el cuerpo cubierto de magulladuras y arañazos. En estas ocasiones Marcia pensaba que era un bruto sin sensibilidad, y consideraba la posibilidad de romper con él. Pero sabía que no podría. Se sentía como pegada a él. A veces, podía ser muy dulce y delicado.

Ella sabía que sentía interés por otras mujeres. Sabía que tenía otra vida en algún lugar fuera del club, en otra parte de la ciudad. Sabía que frecuentaba bares con otros compinches, y que había otra mujer —una pelirroja llamada Molly Warren— con la que se le veía con frecuencia. No tenía idea de quién era aquella mujer, de dónde procedía o a qué se dedicaba, pero no temía su competencia. Para Marcia, el simple deseo animal que Jeff sentía por ella era una especie de seguridad. Era consciente de que había sido una estúpida, como suelen serlo a menudo las chicas jóvenes. Demasiado énfasis en el sexo, y demasiado poco en otras cosas. Sin embargo, lo amaba por lo que era.

Finalmente, ella y Jeff se fugaron. Su padre se puso furioso. No quiso siquiera ver a su flamante yerno ni hablar con él. «Ahora tendrás que vivir con tus propios medios, Marcia —le dijo—. Has hecho una estupidez que ha sido tu ruina. Ese Chapin es un perdulario. Sólo quiere tu dinero... o, mejor dicho, mi dinero. Pero no lo tendrá».

Su padre intentó anular el matrimonio, pero ella era mayor de edad, y no pudo hacer nada en tal sentido. Por otro lado, cuando la junta directiva del Green Hills supo lo que había pasado, despidieron inmediatamente a Jeff. En ello se dejó sentir también la influencia del padre de ella. La madre de Marcia tuvo un derrumbamiento

nervioso cuando se enteró de lo sucedido, y murió un año más tarde.

Aquel año se hablaba de guerra, y Jeff se alistó como marine. Ella tomó un pequeño apartamento en el extremo este de la ciudad y, sin otros ingresos que su asignación, lo esperó. Dos años después —¿o fueron tres?—, volvió hecho un héroe. Había sido herido en el costado, y le habían dado dos o tres medallas al valor en combate, y la ciudad no sabía cómo distinguirlo. Era el primer héroe de verdad que tenían, y los periódicos estaban llenos de fotografías y hazañas suyas, y se daban fiestas en su honor en todas partes. Incluso le organizaron un pequeño desfile en la Calle Mayor, y ella fue sentada orgullosamente cerca de él en el compartimiento trasero de un coche abierto.

Ante todo esto, su padre se ablandó. Su madre había muerto y estaba solo. La necesitaba. En aquellas circunstancias, era difícil no aceptar a Jeff Chapin. Asignó a ambos una cuantiosa pensión y dio empleo a Jeff en el banco. Su idea era la de que Jeff empezara como pagador, de modo que fuera conociendo lo que era el negocio bancario, para trasladarlo después, con otro cargo superior, a un escritorio alejado de las ventanillas. Por aquel tiempo, ella entró en posesión de una buena cantidad de dinero que su madre le había dejado en depósito.

Tras esto, compraron la casa de la avenida Vista. Y la vida con Jeff fue maravillosa. Iban a todas partes y hacían cuanto se les antojaba. Jeff compró un Packard Clipper, y en él iban a Nueva York o a Boston muchos fines de semana, y se divertían en los clubs y toda clase de espectáculos. Compraron un chalet en Nipmuck y también pasaron allí maravillosos fines de semana. Incluso el club de Green Hills suavizó su actitud, pues no podían dejar fuera de él a un héroe de guerra, y permitieron que Jeff usara las instalaciones y terrenos, considerando que él estaba casado con ella y que ella era socia.

Sin embargo, no pudo seguir jugando al tenis a causa de su desventaja física. La herida del costado, sobre la cadera, se había curado, aunque le había quedado una gran cicatriz. Algo había fallado al operarlo, y a veces Jeff sufría grandes accesos de dolor en la cadera. El dolor se presentaba de repente y desaparecía tan de improviso como había venido. Cuando le sucedía esto, Jeff bebía para soportar mejor el dolor. Ella se horrorizaba al verle beber. Podía volverse rudo, incluso cruel. Empezó a beber más y más, tanto si tenía el dolor como si no. Una o dos veces, al no someterse, espantada, a sus deseos, él la golpeó hasta derribarla. Lo amenazó con dejarlo, y lo hizo por algún tiempo. Pero él fue en su busca, le rogó que volviera y le prometió que jamás volvería a ponerle la mano encima. Y ella volvió.

Poco después, llegaron a ella rumores de que Jeff se veía con Molly Warren, la pelirroja. Hizo resueltamente oídos sordos a todos ellos. Al no ver ningún cambio en su ardor por ella, lo consideró como una prueba de que las habladurías eran falsas. Entonces, quedó encinta de Ann. En los últimos períodos de su embarazo, como era lógico, tuvo que negarse a Jeff. Esto no le gustó nada. Se paseaba desesperadamente por los alrededores de la casa embrutecido por el alcohol, y seguía bebiendo. Empezó

a llegar tarde por las noches. Decía que había encontrado éste o aquel amigo y que habían ido a tomar unas copas. Empezó a llamarla, dos o tres veces por semana, para decirle que llegaría muy tarde a casa y que no lo esperara levantada. Ella lo aguantó en silencio, a pesar de que estaba segura de que el «amigo» era una mujer. Tal vez había más de una. No lo sabía; se propuso no pensar en ello.

Por fin, vino el parto de Ann. Fue largo y muy difícil. Hubo complicaciones, y en cierto momento el doctor estuvo preocupado, pero salió muy bien del trance. Estuvo dos semanas en el hospital. Jeff la visitaba brevemente todos los días, pero parecía incómodo, impaciente, ansioso por marcharse. Y mostraba muy poco interés por su hija. Ella se hizo la reflexión de que los hombres no se interesaban realmente por las criaturas hasta que crecían y adquirían cierta personalidad, hasta que sabían andar y hablar. Más aún: sospechó que habría deseado un chico en vez de una niña, y que estaba desilusionado.

Acababa de volver a casa con la niña cuando recibió aquella llamada telefónica. Una mujer que no dio su nombre, pero cuya voz rezumaba regocijo y malicia, dijo:

—Señora Chapin, creo que debería usted saber que su marido ha estado loqueando por ahí con una guapa pelirroja. Durante todo el tiempo que usted estuvo en el hospital. —Ella la llamó mentirosa, pero la voz prosiguió, pronunciando despacio las palabras—: Lo siento, querida, pero si le interesa saber realmente dónde está el nido de amor, pruebe en el motel Highview.

La mujer colgó antes de que ella pudiera decir nada más. No tenía idea de quién era, aunque se le ocurrió que tal vez se trataba de alguna otra mujer conocida de Jeff, alguna celosa que quisiera perjudicarlo. No podía imaginarse que ninguna de sus propias amistades fuese capaz de herirla de aquella manera. Estaba segura de que no tenía enemigas de aquella clase.

No dijo nada a Jeff. Si lo hubiese hecho, se habría limitado a negarlo. Y quizás era una mentira mal intencionada, después de todo. No obstante, la llamada telefónica se enconó en ella, creció como un cáncer. Finalmente, se dio cuenta de que *necesitaba* saber, pues de lo contrario acabaría loca. Acudió a un detective privado.

Dos días más tarde, el detective volvió con su información. Un hombre que respondía a la descripción de Jeff había alquilado la habitación 14 del motel Highview por dos semanas: desde el momento en que ella ingresó en el hospital hasta el día en que volvió a casa con la pequeña. El hombre iba con una mujer, una pelirroja. El propietario identificó sin lugar a dudas a Jeff y a Molly Warren mediante fotografías que el detective le mostró.

Más tarde o más temprano, ella lo sabía, tendría que decidirse a zanjar la cuestión con Jeff. Cada día sentía el ultraje con mayor intensidad. Ya era reprobable que él se hubiese acostado con aquella mujer en circunstancias normales, pero que hubiera escogido precisamente el momento en que ella iba a tener a su hija y en que se encontraba desamparada en el hospital, era más de lo que podía soportar. ¿Cómo podía ser tan condenadamente insensible, tan cruel?

Después de esto, ella le negó su cuerpo. Puso pretextos: aún no estaba en condiciones; el doctor le había dicho que se abstuviera por algún tiempo. Era increíble, pero todavía lo deseaba físicamente, aun cuando lo que le había hecho la sublevaba. Sabía que jamás podría perdonarlo, pero todavía lo ansiaba. Pensó que tenía que estar loca o perturbada para abrigar aquellos sentimientos. Suponía que, aunque de un modo muy torcido, aún lo quería. Lo que él había hecho era monstruoso, imperdonable. Sin embargo, retrasaba el momento de decirle lo que sabía, pues inmediatamente tendría que romper con él.

En cuanto a Jeff, frustrado, se fue envileciendo. Cada día bebía más. Ella se desinteresó de él y prestó toda su atención a la pequeña. No se quejaba cuando algunas noches llegaba tarde a casa o no llegaba en absoluto. Esa casi total retirada por parte de ella lo desconcertaba. Él sabía que algo fallaba, pero no sabía qué. Sugirió que pasaran un tranquilo final de semana en el chalet del lago Nipmuck. Ella estuvo de acuerdo; pero ambos sabían que aquél sería el momento de poner las cartas boca arriba.

Después de aquello, ella había pensado en aquella noche en el chalet todos los días de su vida. La había soñado miles de veces. Recordaba todos los detalles de lo que sucedió, cada una de las palabras que pronunciaron. Todavía la obsesionaba...

Él se puso a beber y, de pronto, se descolgó con esto:

—Bueno, Marcia, ¿qué sucede? ¿Por qué me has tratado de esa manera? ¿Qué demonios te pasa?

Entonces, ella se lo dijo. Él ni siquiera se mostró arrepentido. Al contrario, se puso furioso. No por lo que ella sabía, sino por la forma como lo había averiguado.

—¡Eres una perra! ¡Mira que espiarme...! ¡Pagar a un detective...! —Entonces ella le dijo que lo abandonaba. De momento, él no lo creyó. Se disculpó—. Muy bien, lo siento, no fue más que un capricho pasajero, y ahora ya ha terminado todo. Jamás volveré a verla. ¿Te basta esto?

Ella contestó:

—No. No puedo seguir viviendo contigo después de lo que me hiciste. No permitiría que jamás volvieras a acercarte a mí. Jamás.

De repente, él rió. Y dijo:

—¡Eres una perra y, además, una farsante! Tú no puedes vivir sin mí. Ahora mismo, me estás deseando. —Ella le dio un bofetón. Él la miró con fijeza y dejó escapar otra carcajada—. Muy bien, nena. Si piensas dejarme, déjame. Pero, antes de marcharte..., ¿qué te parece si lo hacemos una vez más, para que no te vayas tan triste?

Se quedó de pie ante ella, sonriéndole, y en seguida empezó a desvestirse, hasta que estuvo completamente desnudo. Ella lo observaba horrorizada. Él estaba allí, de pie, enorme y velludo, oliendo a macho, con su gran pene rojo henchido de sangre, duro y erecto. Sacudió las caderas, con lo que el miembro golpeó contra sus piernas. Ella encontró todo aquello nauseabundo, obsceno.

Jeff bebió un martini. Al terminarlo, le dijo, sonriendo diabólicamente:

—¡Cómo vas a echar esto de menos! ¿Verdad, *papoose*?

Ella estaba sentada en el sofá. Él dejó el vaso y, decidido, se le acercó. Ella se levantó con intención de escaparse hacia el dormitorio, pero él la cogió. Ella luchó como una fiera para soltarse, clavándole las uñas, arañándolo, pero él era terriblemente fuerte. Le arrancó las ropas, haciéndolas trizas, hasta que quedó también desnuda. Ella siguió luchando salvajemente para escaparse, lo que lo puso furioso. Entonces, él empezó a pegarle, agarrándola por el cuello y golpeándola en la cabeza y los hombros, mientras le gritaba ebriamente:

—Te van a violar, nena. Más vale que te echas y te prepares a disfrutar.

La hizo caer sobre el sofá de un empujón y montó sobre ella. Aún luchó contra sus pretensiones. Juraba e intentaba echar las piernas hacia un lado. Pero, de pronto, ya no pudo seguir luchando contra él. No por haber agotado las fuerzas, sino porque *deseaba* a Jeff. Se odió a sí misma —recordaba aún aquello con vergüenza—, pero lo deseaba. Puso sus brazos alrededor de la espalda de él y lo atrajo hacia ella, sintió ablandarse y humedecerse su interior, y oyó como él empezaba a reír mientras la penetraba... Ella se puso a gemir de placer. Finalmente, en el climax, gritó y chilló el nombre de él, mientras le clavaba las uñas en la espalda y se destestaba por ser tan bestial como él.

Cuando todo hubo terminado, él se apartó rodando y se incorporó. Sonriendo, dirigió la vista hacia abajo para mirarla, y ella se puso a llorar silenciosamente, porque sabía lo débil que se sentía frente a él, y porque sabía que él lo sabía. Y que por mucho que la humillara o la violara, las cosas no cambiarían.

Él todavía estaba bebido, y se sentía contento de su victoria. Se llenó un vaso de *whisky* y se lo bebió de una sola vez. Fue entonces cuando tuvo la idea de cruzar el lago a nado. Fue una decisión repentina, loca, sin sentido, propia de su estado de embriaguez. Había nadado de un extremo a otro del lago muchas veces, dijo, pero nunca completamente desnudo, y entonces, según él, se encontraba en el estado de ánimo adecuado para hacerlo.

Sin demasiada energía, ella trató de disuadirlo diciéndole que encontraría el agua fría, pero él se limitó a sonreírle y salió.

Ella se quedó un rato echada en el sofá por sentirse algo mareada, y entonces empezó a preocuparse por él y por su seguridad allí fuera, en el lago. Estaba borracho, y corría el mes de septiembre. Ella sabía que el agua estaba muy fría. Aunque era un excelente nadador, podía confiarse demasiado, y entonces nadie sabía lo que podría suceder.

Se puso el abrigo de pieles y salió, subió a la canoa y la condujo lago adentro. Pasó un rato sin que pudiera dar con él, pero finalmente lo divisó.

Dirigió la canoa hacia él, y pudo ver que estaba muy cansado. Recordaba, una a una, las palabras que se cruzaron entonces. «Marcia —dijo—, fue sin querer... Yo no quería decirte lo que te dije allí abajo. Lo lamento». Ella lo miró con frialdad y le dijo

que subiera al bote. «Ya lo sé —dijo ella—. Son tantas las veces que lo has lamentado...». Luego él le dijo que estaba bebido y que no sabía lo que decía, que se odiaba a sí mismo por lo que había hecho allí abajo, que la quería, que siempre la había querido. Y ella contestó que muy bien, que jamás volverían a hablar de ello.

Pero ella sabía que todo lo que él le acababa de decir era mentira. No la quería, sólo la poseía, y aquello *volvería* a suceder. Sabía que, para él, nunca sería más que un cuerpo, una especie de animal que seguiría usando a su conveniencia y para su placer, del cual se cansaría cualquier día, y entonces no haría sino tirarlo. Habría más palizas, y más Molly Warrens, y más humillaciones, cada vez más terribles. Y sabía que, a pesar de todo, ella nunca lo dejaría, porque tenía una necesidad enfermiza de él, y porque era totalmente esclava de aquella necesidad.

No podía soportar aquel pensamiento. Allí fuera, en la oscuridad del lago, vio extenderse ante ella toda la perspectiva de su vida, y la detestó. En aquel instante, se dio cuenta de que el único modo de quedar libre de él, de liberarse totalmente, era que él muriese.

En verdad, actuó sin saber lo que hacía. Él estaba allí, en el agua, alzando su mirada hacia ella, con sus cabellos chorreantes de agua, con su mojada cara brillando a la luz de la luna... y, de pronto, ella levantó el remo y lo golpeó una y otra vez. Jamás pudo olvidar la mirada de sus ojos en aquel momento. Él gritó: «¡No, Marcia, no!», e intentó cogerse al bote. Ella volvió a levantar el remo y descargó el golpe sobre sus dedos agarrados en el borde de la canoa. Él se soltó y la miró un breve instante con ojos llenos de sorpresa y horror, y luego se hundió bajo la superficie de las aguas. Desde entonces, había visto aquellos ojos clavados en ella a través de más de mil vasos de martini y de *whisky*.

Ella dio parte de su desaparición como supuesto ahogado, y se dragó el lago hasta que se encontró su deformado e hinchado cuerpo. Tuvo que identificarlo en el depósito de cadáveres a petición de las autoridades, y cuando vio su blanca cara abotagada por el agua se volvió y vomitó. Tampoco hubo modo de que olvidara jamás aquello.

El cuerpo no presentaba heridas, ni señales de sangre o de cualquier otra clase, excepto la piel arañada en algunos de sus dedos. Esto produjo cierto desconcierto en los primeros momentos, pero se llegó a la conclusión de que, al chocar contra el fondo, probablemente se había arañado los dedos en una roca. Ella era Marcia Chapin, hija de William E. Curtis, presidente del Puritan Bank and Trust, y había dado parte de la desaparición de su marido como supuesto ahogado. Cuando contó su historia, fue dada por buena por las autoridades. Le dieron el nombre de muerte por ahogamiento accidental, y eso fue todo.

Y había vivido casi treinta años con todo aquello siempre presente, y sólo había encontrado una manera de olvidarlo, aunque fuese por poco tiempo.

«Dios mío —pensó—, necesito un trago».

Por unos momentos, luchó contra aquel deseo. Dejó la cama, se puso una bata y

fue de un lado a otro de la casa. Se contempló de nuevo en el espejo. Miró por las ventanas. Abrió y cerró cajones sin motivo, cambió los ceniceros de sitio, enderezó un cuadro de la pared.

Finalmente, bajó las escaleras, entró en el estudio, cogió una botella de vodka y se puso medio vaso. Se lo bebió de un trago.

El latigazo del vodka hizo fluir un renovado valor por todo su cuerpo. Volvió a coger la botella de Smirnoff y se quedó mirándola. Sentía cariño hacia ella, afecto. «Mi pequeño, mi querido y dulce escondrijo», pensó.

Se vertió otro trago. Las fotografías de su marido muerto la contemplaban desde la pared. Levantó el vaso hacia él en un desafiante brindis.

—Maldito seas, Jeff, tú te lo buscaste.

Entonces se puso a llorar.

Cuando salieron del cine, la noche se había puesto calurosa. Había salido la luna llena. Mientras caminaban hacia el coche de Ann, ésta dijo:

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Pues que sería una lástima irse directamente a casa. Hace una noche tan hermosa...

Él deslizó su mano alrededor de la cintura de Ann. Caminaban casi pegados el uno al otro. El contacto del cuerpo de la muchacha lo excitaba. Se levantó una ligera brisa que lanzó los cabellos de ella sobre la cara de Peter, quien notó la sutilidad de su perfume.

—¿Qué planes tienes?

—Un paseo en coche.

—¿A dónde?

—A un lugar favorito mío.

—¿Qué clase de lugar?

—Tú conduce —dijo ella—. Y no hagas tantas preguntas. Ya te diré hacia dónde tienes que dirigirte.

Bajaron la capota del coche. Pasaron por algunas calles suburbanas, y entonces, por indicación de ella, el coche empezó a subir por la larga ladera de una colina, por una carretera bordeada de altos y magníficos árboles. Miró de reojo a Ann. Tenía la cabeza recostada en el respaldo del asiento. Sus ojos estaban cerrados, sus cabellos volaban al viento y cantaba una tonada al azar.

A Peter todo le era muy familiar. La carretera, los altos árboles, con la sola diferencia de que, esta vez, el coche no era un Packard Clipper del año 1941, sino un Jaguar del 1974. Y la muchacha que tenía al lado no era una pelirroja, sino una rubia. Se preguntó qué habría sido de la pelirroja de aquellos tiempos ya tan lejanos.

Pero ésta era Ann Chapin, y se sentía todavía confuso respecto a ella. A veces, la veía como a una hija, ya veces como a una extraña. Precisamente a causa de estos inextricables sentimientos, la había dejado en paz. Podía decirse que ni siquiera la había tocado. Él sabía que esto la desconcertaba, pero, ¿cómo diablos podía explicárselo? No iría a decirle: «Ann, nunca me he insinuado porque en otro tiempo fui tu padre».

Sin embargo, no podía desearla con mayor fuerza. Recordó algo que Freud había dicho o escrito: «Un padre siempre abriga sentimientos incestuosos hacia su hija». Pero luego arguyó, para convencerse a sí mismo: «Ann Chapin fue creada por otra persona, por otro cuerpo..., por Jeff Chapin. Y ese cuerpo se está pudriendo ahora en su tumba del cementerio de Hillside. Mi cuerpo presente es *mi* cuerpo, y ahora, en el año 1974, no puede estar más vivo. Es un período completamente nuevo, una vida totalmente distinta».

Hacía rato que rodaban colina arriba. De pronto, irrumpieron en una herbosa extensión en declive moteada de árboles. La pendiente se interrumpía en el borde de un alto acantilado, y más abajo, a lo lejos, se extendía una vista panorámica del valle, con las luces de Riverside que formaban una rutilante alfombra y el río que semejaba una brillante cinta que cortara la ciudad por el medio.

Él tenía la clara impresión de haber estado allí antes de ahora.

Bajaron del coche y caminaron hacia el borde del acantilado. Se sentaron en una roca llana y, por algún tiempo, contemplaron el panorama sin decirse nada. Entonces, ella preguntó:

—¿Te gusta?

—Muy hermoso.

—A este lugar lo llaman la Montaña de Granito. Podría decirse que es una etapa de todos los enamorados de Riverside. Mi madre me contó que mi padre solía traerla a este sitio antes de que se casaran. No estoy segura, pero creo que fue aquí donde se le declaró.

Estaban sentados muy juntos en la losa de roca, y, de repente, ella volvió la cara hacia él. Su boca era roja y reluciente, y estaba medio abierta. Él la besó, y la volvió a besar, con fuerza; luego la empujó hacia atrás, y su mano se introdujo debajo de su jersey para coger, como en una copa, el curvado y suave montículo de un seno. La mano de ella buscó y, al primer contacto, la rigidez y dureza se hicieron presentes, de lo que él se regocijó, pues había temido que, dadas las circunstancias, no estuviese en condiciones de actuar.

Se oyó decir a sí mismo:

—Volvamos, vayamos a mi habitación.

—No —dijo ella—. Aquí, *ahora*.

Entonces, Ann se levantó y lo tomó de la mano; caminaron hasta quedar fuera de la luz de la luna, a la sombra de unos árboles cercanos.

Cuando todo hubo terminado, quedaron quietos y silenciosos un buen rato. Luego ella volvió la cabeza hacia Peter.

—Estaba empezando a no saber qué pensar de ti, ¿sabes?

—¿Alguna pregunta?

—Por Dios, no —sonrió—. No hace falta.

Él la acompañó a casa, y ella lo invitó a entrar para tomar café. Cuando llegaron a la sala de estar, vieron a Marcia Chapin.

Estaba extendida en el sofá, piernas y brazos abiertos, en una posición grotesca, borracha perdida. La cabeza colgaba por el borde del sofá de modo que casi tocaba el suelo. Sus piernas estaban ampliamente separadas, extendidas hacia arriba, sobre un brazo del sofá, la bata que llevaba había caído a ambos lados, por lo que quedaba casi por completo descubierta. Peter vio sus largas piernas blancas, la espesa velloidad

del pubis y, un poco más arriba, la marca de nacimiento azul en forma de diamante que tan bien recordaba. En la alfombra, al alcance de su mano, había dos botellas de vodka y un vaso. Una de las botellas estaba vacía. La otra, que había sido abierta, yacía al lado de la primera con su contenido derramado sobre la alfombra.

Él desvió la mirada. La escena era obscena. Ann fue hacia su madre y cubrió su desnudez con la bata. Luego se volvió hacia él con la cara tensa, algo pálida.

—Lamento que hayas tenido que verla de esta manera. De todos modos, la habrías visto así más tarde o más temprano. —Luego dijo amargamente—: Mi madre es una alcohólica incurable. Lo es desde hace mucho tiempo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Ya estamos acostumbradas.

Se acercó a su madre y se puso a sacudirla.

—Despierta. Despierta, mamá. Soy Ann.

Marcia Chapin abrió los ojos. Su turbia mirada se detuvo en su hija. Murmuró algo, intentó levantarse del sofá, pero no lo consiguió y volvió a caer. Peter se dispuso a dar un golpe de mano.

—Te ayudaré a subirla arriba.

—No —dijo Ann—. Por favor. Prefiero que no lo hagas. Me ayudará Ola. Está arriba, en su cuarto.

La muchacha subió las escaleras a toda prisa. Él se quedó en el mismo sitio, mirando a la mujer cómo dormía. Su repugnancia se había disipado; ahora sólo sentía lástima y cierta vaciedad. De nuevo, recordó que aquella mujer lo había asesinado en su encarnación anterior, le había cortado la vida antes de que hubiera llegado a su plenitud. Pero ahora ya le daba lo mismo. Era feliz en esta nueva encarnación. Jeff Chapin había muerto. De un modo realmente curioso, él y Marcia estaban en paz. Ella le había quitado su antigua vida, pero le había dado algo de inestimable valor en ésta: Ann. Ya no importaba *por qué* ella había hecho lo que había hecho. A fin de cuentas, podía hacerse una idea de lo que había sucedido. Ahora quería olvidarlo, dejarlo correr. Su misión en Riverside ya había terminado; no tenía por qué seguir permaneciendo allí. Quería olvidar cuanto se refería a Jeff Chapin y reasumir su identidad como Peter Proud.

Tal vez era mejor, reflexionó, no saber lo que se había sido en las reencarnaciones anteriores. Los re-encarnacionistas argüían que este conocimiento daba atisbos, cierta orientación, sobre el modo de conducirse en la vida presente. No obstante, podía ser que fuera mejor no conservar ningún recuerdo prenatal. Podías encontrarte con que habías sido un personaje de lo más sórdido. Podrías haber sido un ladrón, un asesino o un burdelero. Eso acarreaba una conmoción, un trauma más o menos importante, cierto perjuicio para tu presente yo.

Por ejemplo, el hecho de haber descubierto que él había sido alguien llamado Jeff Chapin. No se gustaba como Chapin. Probablemente, era mejor vivir la vida como se presentase. Bastaría con saber que vivirías otra vida cuando hubieses muerto y

olvidarse de los detalles. Quizá los antiguos griegos tenían la idea adecuada. Los dioses, decían, sumergen todas las almas que van a nacer en el Río del Olvido, con el fin de hacerles olvidar cuanto se refiera a sus vidas anteriores. Si se pensaba en todas las angustias y tormentos que muchos de nosotros tenemos que sufrir en el curso de una vida, ¿por qué salir en busca de todas las frustraciones y dolores de cabeza de las otras vidas?

Marcia Chapin se movió un poco. Abrió los ojos un momento y los alzó hacia él. Eran vidriosos, sin expresión. No lo reconoció. Los volvió a cerrar.

Ann bajó con Ola. La negra cara de ésta mostraba toda la pesadez del sueño. No pareció sorprendida. Las dos, ellas y Ann, pusieron a Marcia de pie.

—Bueno... —dijo Peter a Ann—. Será mejor que me marche.

—No —dijo ella—. No te vayas todavía. Por favor. Bajo en seguida.

Más tarde, cuando hubo bajado, hizo café. Parecía cansada, pero ansiosa de hablar.

—Supongo que mi madre empezó a beber después de haberse ahogado mi padre —dijo—. No lo sé con seguridad, claro; yo entonces era una criatura. Pero recuerdo que en mis primeros tiempos de colegiala ya bebía. Sin parar. Bebía durante todo el día, hasta quedar postrada al llegar la noche. Yo llamaba entonces a mi tía Helen, y ella venía a pasar la noche con nosotros. Cuando mi madre volvía a serenarse, sus remordimientos eran horribles. A veces, me daba miedo. Temía que llegara a matarse.

»No traje más a casa a mis compañeros de clase. Todo eso continuó durante mis años de instituto y universidad. No tardó en abandonarse por completo. Dejó de cuidar su cara, su cabello, sus vestidos, todo. Se quedaba sentada en aquel estudio horas y horas mirando las fotografías de mi padre... y bebiendo. Finalmente, tuvimos que internarla por algún tiempo. Los psiquiatras hablaban con ella y nos daban la explicación de siempre: tensiones, sobreesfuerzos, los problemas de la mujer alcohólica en la sociedad de hoy. Pero yo sabía que su problema era mucho más simple. Sencillamente, seguía evocando ese fantasma, y la única manera de ahogarlo era la de meterlo en una botella. No sé por qué su caso fue así. Otras mujeres pierden a su marido, pero se recuperan; siguen viviendo. Vuelven a casarse. Pero, por lo que fuese, mi madre no podía hacerlo. Era una situación realmente morbosa. Y sigue siéndolo...

La muchacha siguió explicando que, cuando su madre volvió del sanatorio por primera vez parecía dócil, tranquila. Parecía no preocuparse por nada. Ola o Ann cocinaban para ella. No probó la bebida por espacio de varios meses. Hasta que un día desapareció.

—En aquel momento, yo me encontraba en Nueva York —prosiguió Ann—. Vine en seguida a casa. La encontraron en un hotel barato de Boston. Iba desaseada, estaba medio muerta de hambre, medio loca. Se había roto la cuerda. No recordaba dónde había estado ni lo que había hecho durante todo aquel tiempo. Después de aquello, dejé Nueva York y regresé a casa para siempre. Volvimos a recluirla, esta vez en un

sanatorio distinto. Lo probaron todo: psiquiatría, medicamentos... Nada dio resultado. Cuando volvió a salir, ingresó en la organización Alcohólicos Anónimos. No probaba ni una sola gota. Empezamos a creer que se había curado. Entonces, una noche, al volver a casa, la encontré al pie de la escalera. Había rodado por ella, borracha perdida, y le sangraba la cabeza. No sé los puntos que tuvieron que darle. Finalmente, nosotros, es decir, el tío Ralph, la tía Helen y otros parientes, llegamos a la conclusión de que la cosa no tenía remedio. Pensamos que podríamos hacerle la situación llevadera sin necesidad de más probaturas inútiles. Estos últimos años, se ha portado muy bien. De hecho, pasa temporadas de varias semanas sin probar ni gota. Pero, claro, vuelve siempre a lo mismo. Ya ves, pues, por qué no puedo moverme de aquí y por qué necesita mis cuidados. En realidad, no tiene a nadie más.

Cuando volvió al hotel, le dieron dos mensajes telefónicos de Hall Bentley. Le pedía que le telefonara en seguida.

Estrujó los avisos y los tiró en la papelera. Aún no estaba en condiciones de hablar con Bentley, todavía no. No hasta que tuviera en su mente una idea realmente clara de lo que tenía que decirle.

El Centro Cívico estaba situado cerca del centro de la ciudad. Era muy moderno, un tributo al progreso cultural de Riverside. Había sido proyectado como una especie de Centro Lincoln de segunda categoría.

Tenía un teatro, una sala de actos y una sala de conciertos, y estaba rodeado de fuentes y plazoletas.

Peter aparcó el coche en una de las plantas más bajas del laberinto de garajes situado debajo del complejo. Entonces, él, Ann y Marcia Chapin subieron a la explanada a través de una serie de pequeñas escaleras mecánicas.

Peter estaba sorprendido por el aspecto de Marcia. Llevaba un vestido largo de raso y varias sartas de perlas. Parecía descansada y tranquila, a la vez que animada por la multitud y las circunstancias. Sus ojos centelleaban. Pensó que, a pesar de su edad, era aún una mujer llamativa cuando se engalanaba. Clase. De vez en cuando, se cruzaban con personas que ella conocía, quienes saludaban a Marcia efusivamente y parecían verdaderamente contentos de verla.

—¡Dios mío! —dijo ella—. No había visto a algunas de estas personas desde hace años.

—La culpa es tuya, no de ellos —dijo Ann—. Deberías salir más a menudo.

—Sí. Creo que tienes razón.

Él cogió a las dos por el brazo y las condujo, a través del denso gentío, al gran salón de descanso iluminado con arañas. «Esta noche —pensó Peter—, Ann no puede estar más atractiva». Llevaba un vestido largo negro, liso y ajustadamente ceñido a las caderas, con un atrevido escote que dejaba provocativamente al descubierto la redondez de la parte superior de sus blancos senos. Completaban su atavío unos pendientes de oro en forma de bucle con zafiros, y dos largas cadenas de oro de estilo antiguo alrededor del cuello, también con zafiros. Había un aura especial a su alrededor, sensual y muy femenina. Peter advirtió que los hombres se volvían para mirarla. A él le complació su interés... y le fastidió un poco.

El acomodador los condujo por un lado de la sala. Cada cual tomó su asiento. Había el habitual murmullo preliminar. Los músicos ya estaban en el escenario, probando los instrumentos. Peter examinó su programa, y le gustó su contenido. *Sinfonía corta*, de Aaron Copland; luego, el *Concierto n.º 3 en sol para violín*, de Mozart; y finalmente, la *Sinfonía n.º 5 en do sostenido menor*, de Mahler.

El director alzó la batuta y la orquesta empezó la *Sinfonía corta*. Peter no era un fanático de Copland, pero escuchó con gusto aquella obra. Él era un hombre que seguía los conciertos con seriedad. Le gustaba concentrarse desde el principio, a diferencia de los habituales latosos del público que no conseguían situarse hasta transcurrido un buen rato. Los identificaba como los «abanicadores», unos tipos que creaban su propio y reducido ambiente agitando los programas ante sus caras. Observó por allí algunos ejemplares de otras especies: «los cabeceadores», «los

pateadores», los «cuchicheadores» y aun otros más.

Apareció después Sergei Pavlik para la obra de Mozart, y el aplauso fue tremendo.

Peter se recostó en la butaca y cerró los ojos. Se sumergió en la música como en un tibio mar. Su mente empezó a ir a la deriva sin que él se esforzara en impedirlo. Estaba cansado. La noche anterior no había dormido bien. Era delicioso estar sentado allí, relajarse...

Flotaron imágenes ante él. Nombres, caras. Las de Hall Bentley, de Yerna Bird y Elva Carlsen. «Tenemos un alma aquí». «Sí, veo el alma». «Y tenemos un cuerpo que aloja esa alma». «Veo el cuerpo». La cara de Sam Goodman. La cara del doctor Ludwig Staub, gruesos lentes, acento marcado, corbata de lazo con lunares. «Si puede servirle de consuelo, le diré que no son de carácter esquizoide. Los sueños de los esquizofrénicos suelen ser sin relieve, nada evocadores». El Laboratorio del Sueño de Sam Goodman, y la cochina estridencia del timbre despertador. «Tengo un sueño, doctor...». «La vela roja representa al Diablo, la vela blanca es Dios. El Amor y el Odio, el Amor y el Odio. Soy un hombre de muchas vidas. Chalaf, Makoto Asata y Caballo Rojo. De pie a la luz de la luna, mirando al frío lago, frío lago...».

Vio la luna, sintió la sutil cuchillada del viento, y rió a carcajadas, mientras pensaba: «¡Eh, eh, miradme, contemplad al Gran Jefe Dos Lunas blandiendo en el aire su clava de guerra! ¡Heme aquí en la floresta primitiva, junto a las relucientes aguas del Gitche Gumeé! No hay nadie más que yo por estos contornos. El Gran Jefe Dos Lunas. El último mohicano».

A lo lejos, al otro extremo del lago, el letrero luminoso le hacía señales: *Puritano, Puritano*. Entonces, desde el borde del embarcadero, se dejó deslizar dentro del agua y comenzó a nadar. Después, se sintió cansado, y llegó Marcia en el bote, y le golpeó la cabeza con el remo, y...

Oyó, a lo lejos, pronunciar un nombre. Lo decía una voz de mujer, como si llamara a alguien, pero no era su nombre. Sonaba así como: «Pete, Pete...». La voz se fue acercando, a través del lago, y él se preguntó de quién diablos podía ser, ¿y por qué «Pete»?

—*Pete, por amor de Dios. ¡Despierta!*

Abrió los ojos. Ann Chapin, sentada en la butaca de al lado, le sacudía el brazo. Tenía la cara pálida y los ojos llenos de horror.

—¿Qué pasa?

—Hablabas en sueños, ahora mismo. *Gritabas*.

Miró a su alrededor, desconcertado. Tuvo un vislumbre de Marcia, quien, después de haber dejado su asiento, corría pasillo arriba hacia la salida. Su cara estaba blanca como el yeso. El público estaba alborotado. Había gente de pie en torno a él, con cara de sorpresa, tratando de ver quién había gritado. En el escenario, algunos de los músicos intentaban seguir con el concierto como podían, pero el resultado era desastroso. La mayoría de ellos se habían levantado y, parpadeando, intentaban ver, a

pesar del deslumbramiento, quién había lanzado aquellas voces. Sergei Pavlik estaba de pie, con el violín bajo la barbilla y la mano en alto sosteniendo todavía el arco, petrificado en plena ejecución. La expresión de su cara era de verdadero pasmo.

—¡Vamos, usted! ¡Fuera de aquí!

Se volvió para ver a dos acomodadores que, con sus ademanes, le indicaban airadamente que saliera al pasillo. Se levantó, con Ann, y avanzó a lo largo de la fila, tropezando con todas las rodillas que encontró a su paso. Un hombre masculló una palabrota al pasarle él por delante. Cuando, por fin, llegó al pasillo, los dos jóvenes acomodadores lo agarraron con rudeza.

—Vamos, joven.

Agarrotaron sus brazos y lo empujaron pasillo arriba, hacia la salida más próxima. Ann los siguió. Los cuellos se estiraban; un mar de cabezas se había vuelto para mirarlo. El director se volvió hacia sus músicos y trató de hacerlos entrar de nuevo en la vereda de Mozart. Manosearon esforzadamente sus instrumentos para encontrar un nuevo punto de partida a medio concierto.

En el salón de descanso, Ann preguntó por su madre. Un acomodador dijo que una señora vestida de verde había salido corriendo de la sala de conciertos y que parecía histérica. Había llamado un taxi y se había ido. Algunas personas rodearon a Ann y a él: un alto empleado del Centro Cívico, un periodista y un policía uniformado. Aunque aturdido, oyó lo que decían. Algo sobre los cargos que se le imputaban. Conducta desordenada. Alteración de la paz en un lugar público. Oyó que Ann trataba de justificar los hechos. Algo sobre el problema que él tenía, el de hablar en sueños. No, no estaba bebido.

Peter empezó a salir de su aturdimiento. Les dijo que lo lamentaba muy de veras, que había tenido una especie de pesadilla, que había caído en algo parecido a un enseñamiento, y que desconocía por completo lo que había pasado. Se disculpó de nuevo, profusamente. Y, de pronto, se encontró fuera con Ann. Estaban sentados en una barandilla, cerca de una de las fuentes.

—Lo siento —dijo él.

—Pero, ¿qué te ha pasado?

—No lo sé. No me lo explico.

Ella se encogió de hombros.

—No era tu voz, en modo alguno. Parecía la voz de otra persona, de otro hombre completamente distinto. Ha sido horrible. Empezaste a farfullar aquellas palabras..., algo sobre lo que lamentabas lo que habías hecho o dicho... y entonces, de repente, gritaste el nombre de mi madre.

—¿Eso hice?

—Dijiste algo disculpándote de lo que habías dicho y hecho, y después algo más sobre lo que la amabas, y luego, de golpe, gritaste: «¡No, Marcia, no!». Ante Dios, la Boston Symphony y todo el mundo. Con aquella salvaje voz de loco...

—¿Yo hice eso?

—Y eso no fue todo. Mi madre te miraba como si fueras un fantasma. Y, de pronto, se puso a gritar: «¡Jeff, Jeff!». —Ann le clavó su mirada—. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé —mintió él—. No lo sé en absoluto.

—Creo que se me heló la sangre. Aquella expresión de mi madre... ¿Te sucede a menudo eso de hablar mientras duermes?

Él volvió a mentir.

—No.

—Bueno, llámalo como quieras, pero lo cierto es que ha sido algo sensacional. Probablemente saldrá mañana en los periódicos. —De pronto, mostró una leve sonrisa—. Pobre Sergei Pavlik... Si hubieras visto la cara que ha puesto... Y, desde luego, nos hemos quedado sin Mahler.

—También eso me sabe mal.

—Mejor será que vayamos en seguida a casa. Mi madre me preocupa.

Bajaron al garaje y subieron al coche. Él aún temblaba. Dejó el garaje y salió a la calle a gran velocidad, olvidando la señal de *stop* de la salida. Se oyó el alarido de unos frenos. Un gran Buick se detuvo en la calzada a unas pulgadas del costado del Pontiac.

—Sería mejor que condujera yo —dijo Ann en voz baja.

Por el camino, Peter pensó en todo ello. Sabía qué era lo primero que debía hacer. Y tenía que hacerlo inmediatamente.

A la mañana siguiente, tomó el coche y se dirigió al lago Nipmuck. Encontró lo oficina de un agente de la propiedad inmobiliaria que se encargaba de la venta y alquiler de chalets de la orilla del lago.

Al agente le fue fácil identificar el chalet cuando supo que había sido construido para Jeffrey Chapin. El hombre dijo:

—Ahora la casa pertenece a unos que se llaman Swanson. Pero no ha figurado nunca en nuestra lista de arriendos de verano. Los Swanson siempre pasan el verano allí mismo. —Entonces, el agente aguzó su ingenio—. El lago está muy lleno este año. Nos hallamos a primeros de junio, y prácticamente todo está alquilado. Sin embargo, quedan dos o tres casas que seguramente le interesarán.

—No —insistió Peter—. Quiero la que le he dicho. Y no la quiero para el verano. ¿Qué le parece sólo para las dos próximas semanas?

—Lo intentaré. Pero aquí los alquileres suelen ser por meses.

—Muy bien. Conciértelo para un mes.

El agente estudió a Peter.

—El alquiler actual es de unos mil al mes.

—Perfecto. Pero me gustaría saberlo en seguida.

El agente buscó un número y lo marcó en el teléfono. Habló brevemente con el propietario. Entonces, puso la mano sobre el micrófono y dijo a Peter:

—No les interesa. Piensan ocupar ellos mismos el chalet en junio.

—Dícales que les ofrecemos dos mil —dijo entonces Peter.

El agente lo miró con fijeza. Su boca se abrió un poco al caer su labio inferior.

—Señor Proud, déjese de bromas... Por este dinero yo podría conseguirle...

—Adelante. Dícales que dos mil.

El agente dio el nuevo precio. Volvió a poner la mano sobre el micrófono y sonrió.

—Esta vez, les ha hecho usted una oferta que nadie podría rechazar. ¿Cuándo se traslada usted allí?

El agente le indicó la situación del chalet en un mapa de las orillas del lago.

En el sueño, había visto el chalet sólo de noche. No tenía idea del aspecto que ofrecería de día. Ni de qué cambios habría sido objeto a lo largo de más de treinta años. No obstante, cuando llegó allí lo reconoció en el acto. Era sorprendente, pero casi no se notaba ningún cambio. Había un embarcadero mayor y los detalles estaban más cuidados. Algunos de los árboles que recordaba habían sido cortados, y ahora había a ambos lados unos chalets que antes no estaban. El chalet se veía recién pintado y con algunos adornos verdes. Observó, al otro extremo del lago, el mismo pinar, pero ahora el alto letrero luminoso decía: Holyday Inn.

Encontró la llave y entró. Aquí nada le era familiar. Los muebles eran de arce barato. En el interior de la casa, la cretona dominaba en todas partes; se notaba olor a cerrado. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas para que entrara el aire. El teléfono estaba conectado. Los Swanson debían de usar la casa los finales de semana.

Telefoneó a Ann y le dijo lo que había hecho. Tenía el propósito, explicó, de terminar su libro allí, apartado de cuanto pudiera molestarle. A ella le sorprendió que hubiese encontrado y alquilado el mismo chalet que habían construido para su padre tantos años atrás. Él dijo que, primero, no tenía idea de que fuera el chalet de los Chapin. Todo había sido una increíble coincidencia; el agente con quien había hablado lo tenía en la lista, y él lo había tomado.

—Pete, a veces, no te entiendo. ¿Por qué has hecho una extravagancia como ésta, así, de repente?

—Un impulso que he tenido.

—Pero precisamente el chalet de mi padre... En el lugar donde... bueno, ya sabes. Donde sucedió aquello. Con tantos chalets como hay por allí...

—Ya te lo he dicho. Fue pura coincidencia.

—Ya lo sé, pero me estremezco sólo de pensar en ello.

—Sólo pensé —dijo él—, que me gustaría una casa junto al lago, y he alquilado una. Esperaba que lo pasaríamos muy bien en ella durante el verano. Pero si te preocupa tanto, me desharé del chalet.

—Lo siento, querido —dijo ella—. Creo que soy una tonta.

—No, mujer. Mira, esta noche llevaré allí algunas cosas desde la ciudad. ¿Quieres acompañarme? Al parecer, este final de semana será de los más hermosos.

—Estupendo —dijo ella—. Pero no podré estar ahí antes de las once. Tengo una reunión de la directiva en el bazar. Después, quiero ir un momento a casa y dar un vistazo a mi madre antes de salir. Su estado es desastroso desde lo del concierto.

—Muy bien —respondió él—. Entonces, te esperaré tarde. ¿Sabes dónde es? Ella pareció sorprendida.

—¿Cómo no voy a saberlo? Mi madre me lo ha indicado infinidad de veces. — Luego, con dulzura—: ¿Sabes una cosa, Pete?

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también.

Peter colgó. Bien, Ann llegaría tarde al chalet. Para él, estupendo. Así le sobraría tiempo para hacer lo que quería hacer.

Estaba haciendo la maleta para el final de semana en el lago cuando llamaron a la puerta con los nudillos.

—Hola, Pete.

—Oh, Hall...

La enorme mole de Bentley llenó el hueco de la puerta. Sonreía.

—¿Sorprendido?

—No.

—Entonces, me esperaba usted.

—Suponía que vendría. Más tarde o más temprano. ¿Cuándo ha llegado?

Bentley se dejó caer en un sillón. Encendió un cigarrillo con parsimonia. Sus ojos grises estudiaron a Peter. No eran acusadores, solamente curiosos. Sonrió con afabilidad.

—Hace casi una hora. Tomé habitación en un hotel y vine en seguida hacia aquí. Normalmente, habría telefoneado, pero se daba el caso de que no había contestado usted a mis últimas llamadas. Tenía que haber una razón, y empecé a preguntarme cuál podía ser. Se me ocurrió que tal vez se había enterado de algo que yo no sé. Y que no quería decírmelo...

—Lo siento. Pensaba regresar a la costa la semana que viene para explicárselo todo.

—Muy bien. Ya me tiene aquí. Explíquemelo ahora.

Peter sabía que no podía seguir ignorando a Bentley. Ahora ya no tenía objeto. Se lo contó pues todo, sin dejar nada. Cuando hubo terminado, Bentley guardó silencio unos instantes. Luego:

—Usted sabía esto desde hace semanas y no me lo dijo. ¿Por qué?

—Me llevó algún tiempo atar todos los cabos.

—¿Por qué no me telefoneó sobre la marcha? —preguntó Bentley—. Lo que quiere usted decir es que ha decidido no llevar a término nuestros planes.

—Exacto.

—Comprendo. —La voz de Bentley era inexpresiva, controlada—. La cosa es así de fácil. Usted se limita a decir «no», y lo manda todo a paseo.

—Lo siento, Hall. Está decidido.

—¿Y si me dijera por qué?

—Creo que puede imaginárselo. No he dejado de tener ciertos temores y recelos durante todo este tiempo. Yo los despreciaba porque nunca creí de verdad que esto llegara a ocurrir. Pero ha sucedido. Conozco mis limitaciones, Hall. No quiero convertirme en una institución mundial; no quiero ser un fenómeno. Quiero conservar mi identidad y mi cordura. Si la gente quiere un profeta, que lo busque en la Biblia. No estoy hecho de esa madera.

—¿Tan simple es la cosa?

—No tanto como parece. No se trata sólo de mí. Debe tenerse en cuenta a otras personas.

—A una asesina, por ejemplo.

—Bueno... Eso sucedió hace ya mucho tiempo. Ha pagado con creces lo que hizo. El castigo que se ha dado ella misma es muy superior al que habría podido infligirle la Comunidad de Massachusetts. Y, hasta cierto punto, no le faltaron razones para hacer lo que hizo. Jeff Chapin era un bastardo de primera categoría. Podría decirse que recibí el pago que merecía. Si todo eso se hace público, se volverá loca. En este momento, le falta poco para estarlo. Después, hay Ann...

—Ah... —dijo Bentley. Sonrió con frialdad—. Ahí está el detalle.

—Muy bien —dijo Peter. La observación de Bentley lo enfureció, pero se contuvo—. Estamos enamorados. Pienso casarme con Ann, llevármela a Los Ángeles, vivir con ella en paz, e incluso tener hijos. Ni siquiera sabe que su madre fue una asesina, ni quién era yo antes de que naciera en esta vida. Si el asunto se hiciera público, tampoco su vida le pertenecería. Pasaría a ser un bicho raro, como yo. No haría sino convertirse en un payaso más de ese enorme circo mundial que usted tiene en proyecto. No sólo sería su ruina, sino que destruiría cualquier posibilidad que tuviéramos de llevar una vida tranquila y decente.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. Me gusta ser quien soy y me gusta el futuro que me propongo tener, y no quiero hacerlo saltar todo por los aires para hacer de Jesucristo Segundo, o eclipsar a Bridey Murphy, o conseguir que graben en piedra el nombre de usted y el mío.

Bentley lo miró con fijeza.

—¿Quiere usted decir que me muero por alcanzar la gloria cogido a sus faldones? ¿Que ansío deleitarme con toda esa hermosa publicidad? ¡Dios me libre! ¿Cree usted de veras que espero todo eso con ilusión?

—¿Y no es así? Mire, no le respondo nada. Sé que tiene un interés personal en todo eso. Ha sido ridiculizado por sus colegas durante años, y anhela chasquear a los escépticos que se han reído de usted. Usted es un científico, y esto podría no sólo significar una especie de vindicación, sino la aparición de su nombre en los periódicos...

—Pete —Bentley lo interrumpió sin perder la serenidad—, se equivoca usted.

—¿Ah, sí?

—Se equivoca. Se da el caso de que soy un hombre de gustos tranquilos. Pienso como usted. Si todo eso mueve mi entusiasmo es por otras razones. Ese circo, como usted lo llama, también me horroriza a mí. Debe saber que a mí me sucede exactamente lo mismo que a usted. Yo me convierto en el fenómeno número dos. Estoy de acuerdo en que la notoriedad, la controversia, el acoso de la gente, pueden representar mucho más de lo que cualquier hombre pueda soportar. Pero esto también me implica a mí. Nadie puede introducir una nueva religión sin que intenten

lapidarlo. Y las piedras que le lanzaran a usted también me alcanzarían a mí. Es posible que acabemos *los dos* clavados en sendas cruces, uno al lado del otro. ¿Cree usted realmente que deseo todo eso?

Bentley guardó silencio por un momento. Peter sabía que decía la verdad. Entonces, el parapsicólogo prosiguió:

—Ha perdido su perspectiva, Pete. No dejo de condolerme por las tres personas que resultarán perjudicadas. Pero yo le hablo de miles de millones de seres. El mundo entero. Toda la condenada raza humana. No existe comparación posible. Creo haberle ya dicho que no tiene usted derecho a elegir. Está demasiado metido en ello; está comprometido. Y yo también. Podemos ser un par de mártires a pesar nuestro, pero debemos al mundo lo que sabemos. No veo otro modo de interpretarlo. ¿Cree usted que tenemos derecho a enterrar un mensaje como éste? ¡No!

»Ahora, le sugiero que vayamos a ver a Marcia Chapin y grabemos lo que diga. Estará desprevenida, y estoy seguro de que obtendremos alguna confirmación interesante...

—Hall, usted no me ha escuchado...

—¿Qué?

—Le *he dicho* que es imposible.

—Pete, no puede usted hacer esto.

—Lo siento.

Bentley estalló.

—¡No es sólo un maldito loco! ¡Es un egoísta bastardo!

—Si eso es todo...

—No, no es todo. —Los ojos grises lanzaban chispas—. Usted podrá volverse atrás, pero yo no.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tómelo como quiera. Llámelo una advertencia.

El parapsicólogo abrió la puerta, luego la cerró tras él de un fuerte golpe.

Algunos minutos después, sonó el teléfono. Era Marcia. Su voz se oía en el receptor como un chillido histérico.

—¿Quién es usted? —dijo la desquiciada voz.

—¿Cómo? Estaba bebida e histérica.

—Maldito sea... ¿Quién demonios es usted? ¿Por qué ha venido aquí? ¿Qué quiere de nosotras?

—Señora Chapin, yo...

—Mi hija me ha dicho que ha alquilado nuestro antiguo chalet en Nipmuck, el que fue mío y de Jeff. Y que esta noche va allí con Ann. ¿Por qué? ¿Qué se propone? ¿Qué quiere probar? En nombre de Dios, ¿por qué me persigue?

—Señora Chapin, es algo que no puedo explicarle. Pero yo no la persigo...

—No me mienta. Ha venido aquí para atormentarme, lo sé muy bien. Me está volviendo loca. Ha venido a investigar. Usted no es Peter Proud. Usted es otra cosa.

Es la imagen del mal. Un diablo, un fantasma, algo así. Pero, por favor... —Se puso a llorar—. Déjenos tranquilas. Deje tranquila a Ann. Regrese al lugar de donde ha venido. —De repente, su voz subió de tono para convertirse en un grito—. ¡Vete, bastardo! ¿Me oyes? ¡Vete y déjanos en paz!

Colgó.

Cuando Hall Bentley llegó a su habitación del hotel, desenganchó delicadamente de su chaqueta el diminuto micrófono. Debajo de su americana, un hilo casi invisible unía el micrófono con una cajita sujeta a la parte interior de su ancho cinturón. Abrió la caja y, con dedos cuidadosos, sacó una pequeña bobina de cinta.

Además de su maleta, había traído consigo un pequeño magnetófono. Ahora, puso la bobina de cinta en el aparato y apretó un botón. Primero, apareció su propia voz, previamente registrada, a modo de introducción.

«—Es sábado, a primera hora de la mañana. Fecha: primero de junio de 1974. Soy el doctor Bentley, parapsicólogo. Lugar: la habitación de Peter Proud en la ciudad de Riverside, en el estado de Massachusetts. He volado desde Los Ángeles para entrevistarle sobre el tema de su reencarnación y pruebas de la misma...».

Hubo una larga pausa. Entonces, el ruido de la puerta de un ascensor al abrirse y al cerrarse de nuevo. Ritmo de pasos a lo largo de un pasillo. Luego, silencio por unos instantes. A continuación, el abrirse de una puerta...

«—Hola, Pete.

»—Oh, Hall...

»—¿Sorprendido?

»—No.

»—Entonces, me esperaba usted».

Cerró el magnetófono, sacó la cinta, la puso en una cajita y la rotuló. La introdujo en un compartimiento de almacenaje del magnetófono, junto con otras cintas ya guardadas allí. En cada una de ellas, se leía: SERIE REENC. DE PETER PROUD, y las distintas fechas de grabación.

Se echó en la cama y encendió un cigarrillo. Clavado allí en Los Ángeles y sin saber nada de Peter, había sospechado que algo fallaba, que su sujeto, o cliente, o como se le quisiera llamar, se había vuelto atrás de su acuerdo. Y aquella visita lo había confirmado. Hall Bentley había ido a ella preparado. Quería tener grabadas en una cinta magnetofónica cuantas palabras pudiera obtener de Peter Proud. La entrevista recogida en la cinta oculta ayudaría a Bentley a hacer pública la historia. La conversación era por completo espontánea y sería difícil no darle crédito. Aunque Proud la negase más tarde, la cinta constituiría la verdad, y su negación una mentira. Habría sido infinitamente mejor disponer de él, en carne y hueso, para que contara su historia cuando se difundiera por la prensa y la televisión. Pero, a falta de eso, las cintas serían lo más adecuado; esta cinta en particular, además de las que habían

grabado en Los Ángeles, así como, por supuesto, la cinta final. La que aún no había grabado.

La de la entrevista con Marcia Chapin.

Se imaginó la reacción de ella cuando le hiciera escuchar las cintas que detallaban las alucinaciones de Proud y todo lo demás. Sabía que aquello sería una brutal experiencia que haría estallar su mente. Sin duda alguna, al oír la reproducción del crimen tal como ella lo había cometido, sería presa de la histeria. Probablemente se pondría nerviosa como para confesar, es decir, para declarar que, en efecto, había asesinado a su esposo exactamente de aquella manera. Sería el argumento decisivo.

Aún no conocía a Marcia Chapin. Pero en aquel momento le daba lástima. Era posible que Proud tuviese razón. Era posible que enloqueciera después de aquello. Esperaba fervientemente que no sucediera así. Sería mucho mejor que conservara la razón, que pudiera contestar los centenares de preguntas que le harían. Se consideraba un hombre compasivo. No le gustaba lo que estaba planeando. Pero tenía que hacerlo. Tal como había dicho a Proud, no podía permitir que las vidas de unos pocos individuos fueran un estorbo. La cuestión era demasiado importante. Él, Hall Bentley, tenía en aquellas cintas magnetofónicas la respuesta al misterio de la muerte. Sí, disponía de la intimidad de algunas personas sin que lo supieran y sin su consentimiento. Pero lo hacía por una causa sagrada. En este caso, los fines justificaban plenamente los medios.

Proud aún no lo sabía, pero estaba destinado a ser un fenómeno. Podía gritar que se había invadido su vida privada, podía incluso querer matarlo. Sí, lo lamentaba. Pero no podía ser de otro modo.

Lanzó una nube de humo hacia el techo y se imaginó por unos momentos lo que sucedería. Vio los negros titulares, el estallido de las noticias en la televisión y el Telstar, las multitudes apiñadas en las calles y tal vez orando en las iglesias. Oyó también las carcajadas de los escépticos, a los irreductibles gritando fraude. Vio las fotografías de los periódicos, los fragmentos de película en la televisión: imágenes de Peter Proud, Marcia y Ann Chapin. Y, por supuesto, de él mismo, Hall Bentley. Era terrorífico. Se puso a sudar sólo con pensar en ello. Por un momento, consideró la posibilidad de volverse atrás.

Pero no podía. Sabía que tenía que seguir adelante, que tenía que excitar a las masas con aquella pócima de brujas y recibir las consecuencias. Algunos de sus colegas del *establishment* que lo habían atacado tendrían ahora que disculparse.

«Bien —pensó—, ¿por qué esperar?». Podía ponerlo todo en marcha ahora mismo. Miró su reloj. Pasaban unos minutos de las seis. Probablemente la encontraría en casa.

Alargó la mano y cogió la guía telefónica de la mesita de noche. Encontró en seguida el número que buscaba.

Estaba desmadejada sobre un diván en su dormitorio, mirando con fijeza la botella que tenía sobre una mesa cercana. Estaba medio llena. Se puso otro trago.

«En serio, Marcia —pensó—, tendrías que acabar con esto. Tendrías que hacer un esfuerzo. Ves fantasmas, vampiros, *zombies*.

»Después de todo —siguió pensando—, quizá debería volver a aquel lugar, aunque no fuese por demasiado tiempo. Sólo para encontrarme conmigo misma. Pese a lo que haya dicho de aquel sitio, no podía ser más tranquilo. Nadie te molestaba. Tenías tiempo para pensar las cosas detenidamente. Más tarde, desde luego, volvería a casa. Cuando *él* hubiese regresado al lugar de donde había venido.

»Que haga lo que quiera. Bueno, es posible que él vaya esta noche al chalet para buscar algo. Sea lo que sea, no lo encontrará. Hace ya casi treinta años de aquello. Y eso es mucho tiempo, muchísimo tiempo. *Querido Peter Proud. Querido y misterioso Peter Proud*. Puede usted mirar hasta que se le salten los ojos. No encontrará nada».

Sí, *tenía que* parar de beber. Porque empezaba a oír cosas que no existían. Como aquella noche en el concierto. *Creyó* que oía realmente la voz de Jeff. *Creyó* que oía salir de la boca de Peter Proud lo que ella y Jeff se dijeron aquella noche. Naturalmente, era imposible. Todo era fruto de su imaginación. De ahora en adelante, tendría que vigilarse. Sintió haberle telefoneado hacía un rato. Le había gritado histéricamente. A estas horas, la tendría seguramente por una desequilibrada. Pero ahora se había calmado. Era importante no perder el juicio...

Sonó el teléfono, y lo cogió. Al otro extremo de la línea sonó una voz extraña para ella.

—¿La señora Chapin?

—Sí...

—Usted no me conoce. Mi nombre es Hall Bentley. Sé algunas cosas de Peter Proud que le interesarán. Le interesarán muchísimo. Supongo que, con su permiso, puedo ir a verla ahora mismo.

Por fin, Peter llegó al chalet. Eran las diez en punto.

Antes de entrar, se detuvo junto a la puerta y contempló el lago. Una media luna hacía su ruta por el cielo. El lago reflejaba su mortecino brillo. Destellaba, en cambio, sobre la canoa de aluminio varada en la orilla al lado del embarcadero. La noche era fría, pero no soplaban el menor viento. Vio al otro extremo del lago el letrero luminoso del Holiday Inn que asomaba por encima del pinar, el mismo pinar sobre el cual se había mostrado, muchos años atrás, un letrero distinto. Podía oír, atenuado, el distante zumbido de los coches que circulaban por la autopista de la orilla opuesta. En cambio, reinaba en el lago un silencio casi sobrenatural. Era demasiado pronto para que hubiesen llegado los residentes veraniegos. La mayoría de los chalets de la orilla del lago se veían aún a oscuras y cerrados, con alguna que otra luz aquí y allá.

Entró en la casa y empezó a deshacer la maleta. No se había llevado muchas cosas: algunas ropas y un par de botellas de *whisky*. Había alquilado el chalet por un mes, pero, en realidad, le bastaba con una noche.

Había hecho todo aquello para poder reproducir el Sueño del Lago. Recrearlo, hasta donde fuese posible. Estaba seguro de que así desaparecería de sus sueños para siempre, como lo habían hecho todos los demás. Éste era el último, pero había persistido tenazmente. Sabía que era el único modo de exorcizarlo definitivamente. Por supuesto, sería una reconstrucción no demasiado exacta. Marcia no estaría presente, lo que le restaría autenticidad. Pero, por lo menos, podría realizar los mismos actos y movimientos. Había visto que esto era suficiente en el caso de los otros sueños. Estaba aún desconcertado acerca de cómo se efectuaba aquel proceso. Revivías el sueño; lo representabas, y quedabas así liberado de él. Como el *ondinnonk* de los iroqueses. Pero el cómo no importaba; la cuestión era que daba resultado. No deseaba ninguna otra repetición de la experiencia que había sufrido en el concierto.

Después de esta noche, habría desaparecido su última alucinación. Y quedaría libre. «El último mohicano», pensó con ironía.

Se sentó y abrió una botella de *whisky*. Disponía de mucho tiempo antes de que Ann llegara. Necesitaba un trago. La casa era opresivamente silenciosa. Todavía se notaba en ella el olor a humedad y a cerrado que había percibido aquella tarde. Contempló los muebles baratos de arce, los sillones y sofás demasiado rellenos, con su tapicería y paños de adorno manchados por la grasa de los cabellos. Los Swanson, pensó, no habían contribuido mucho a mejorar el interior de la casa. Se preguntó cómo serían los muebles en los tiempos del sueño. Probablemente de los mejores. Jeff y Marcia podían permitírselo.

Tomó otro trago. Empezó a sentirse bien. Si había tenido algunas dudas sobre aquel mágico drama que iba a representar, ahora se habían disipado. Estarían solos durante todo el fin de semana. Sonrió. Se preguntó cuántas de aquellas horas

transcurrirían en la cama. Todo aquello estaba a su inmediato alcance; bastaría con que se lo propusiera. Se había detenido en un supermercado y había comprado gran cantidad de comida. La nevera estaba prácticamente abarrotada.

Otro traguito para el camino. Se puso otro *whisky* y se lo bebió de una sola vez. Entonces, se desvistió. Desnudo, fue hacia la ventana y descorrió las cortinas. La media luna seguía su ruta por el cielo, pero no era mucha la luz que proyectaba sobre el lago. Advirtió que todos los chalets de los alrededores estaban a oscuras. No había nadie por allí. Nadie lo vería. Seguía sin soplar el viento, pero hacía frío; sintió un escalofrío. Miró hacia abajo, hacia el lago. Tenía un aspecto casi cristalino, el agua se adivinaba helada. Se imaginó lo fría que estaría. Por un momento, pensó abandonar todos sus planes. Era algo irracional, verdaderamente. Una charada sobrenatural. Estuvo tentado de volver adentro, vestirse y esperar a Ann. Pero se sentía vacío, incapaz de pensar con serenidad. *Ondinnok*. Sonaba como algo mágico. Irracional.

Caminó por la corta pendiente hacia el embarcadero. Recordó que había grava la noche en que Jeffrey Chapin, desnudo como un necio gusano, había seguido el mismo camino. Ahora, el suelo estaba embaldosado. Y las piedras enjalbegadas que bordeaban el sendero habían desaparecido.

Llegó al embarcadero. Se quedó indeciso, tembloroso por el frío. El lago se extendía ante él, en su espera. Lo oyó susurrar entre los barriles de aluminio que sostenían el embarcadero. Parecía frío, condenadamente frío. Vio el letrero luminoso del Holiday Inn al otro lado del lago. Le hacía señas, cálido e incitante. Tal vez, pensó, cuando viniera Ann, no se quedarían en el chalet. Era demasiado vulgar, poco acogedor. Quizá la llevaría al Holiday Inn. Podrían beber un poco en el salón del parador, tomar una habitación espaciosa y confortable, y pasar allí el final de la semana... como el señor y la señora Proud.

Se sentó cautelosamente en el borde del embarcadero y miró hacia abajo, hacia el agua. Podía ver las piedras del fondo entre los oscilantes hierbajos. Se quedó allí unos momentos, pensando aún en lo que iba a hacer. Y, por fin, se decidió. «Hasta aquí he llegado; hagámoslo ahora y terminemos de una vez».

Hizo una profunda inspiración y sumergió los dedos de los pies en el agua con un movimiento de balanceo de las piernas. Estaba fría. ¿Y qué? Hizo otra inspiración, más larga y más profunda.

«¡Bien, aquí voy yo!».

Se deslizó dentro del agua. El primer choque lo aturdió. Pero, pasado aquel primer momento, no le pareció tan mal. Se propuso ir en línea recta hacia el centro del lago, en dirección al letrero luminoso. No pretendía nadar hasta el otro extremo. Nada de eso. Sólo se alejaría unas cuantas yardas de la orilla, lo que bastaría para sus fines. Al cabo de un rato, es decir, cuando empezara a sentir el frío en sus huesos, daría media vuelta y regresaría.

Nadaba con facilidad, suavemente. Estaba acostumbrado a las aguas más templadas de las piscinas y playas de California del Sur, y la frialdad de esta agua lo

estimuló. El *whisky* de su estómago aún le daba su calor. La sangre zumbó en él con un agradable hormigueo.

Sólo un poco cansado, se volvió de espaldas e hizo el muerto. Vio la mancha pelada en la ladera de la montaña, el claro de piedra lisa. Tal como lo vio Jeff Chapin desde aquel mismo lugar casi treinta años atrás. Pero, ahora, los árboles de su alrededor, que se extendían muy espesos por el resto de la montaña, no llameaban con los colores del otoño, sino que vestían las tiernas hojas verdes de la primavera. No obstante, el agua estaba probablemente tan fría como la noche en que Jeff Chapin nadó por última vez.

Ahora él, tras recobrar la posición normal, nadó un poco más, lago adentro. Era un buen nadador de fondo, y no se cansaba fácilmente, por lo que llegó casi al centro del lago sin darse cuenta de que había ido tan lejos. Decidió regresar.

Cuando empezaba a hacerlo, vio que unos faros de automóvil giraban hacia el camino de entrada del chalet. Por un momento, su resplandor le dio en la cara. Incluso desde tan lejos, llegaron a cegarlo. Luego, bruscamente, se apagaron.

«Es Ann —pensó—. Por lo visto, su reunión debe de haber terminado mucho antes de lo previsto». Llegaba con dos horas de antelación.

Siguió nadando para regresar. Una nube pasó por delante de la luna apagando su luz. Ahora, todo se había sumergido en la oscuridad. Estaba un poco cansado, y empezaba a notar el frío. Sentiría un verdadero placer cuando volviera al chalet y tomara allí un baño caliente. Después, bebería un poco con Ann y desaparecería con ella bajo las mantas. Se sintió mejor sólo con pensarlo. Por supuesto, ella lo había sorprendido, había llegado en plena representación. Tendría que darle alguna explicación cuando llegase a la orilla. Ann querría saber qué demonios estaba haciendo allí, nadando en el lago Nipmuck en medio de la noche. Tendría que inventar alguna historia. Las luces del chalet caían ahora frente a él. Ann estaba probablemente dentro, preguntándose qué le habría sucedido a él. Habría encontrado su coche allí, desde luego. Aceleró el ritmo de sus brazadas. La nube acabó de pasar sobre la luna y el lago volvió a iluminarse.

Entonces, vio el bote.

Iba directamente hacia él, se acercaba con rapidez. Podía oír el ruido del motor. Vio la luz amarilla que reflejaban los costados metálicos de la canoa. Debía de ser la que había visto varada en la playa, junto al embarcadero. Hizo un esfuerzo para ver mejor. Advirtió que quien iba en el bote era una mujer.

Sonrió. Ann lo había enfocado casualmente con los faros del coche y ahora venía a recogerlo. Ya se imaginaba lo que ella le diría por haber cometido aquella estupidez. Pero, cuando el bote estuvo más cerca, vio que la mujer que lo conducía no era Ann.

Era Marcia Chapin.

Él paró de nadar y se sostuvo con el movimiento de los pies. Se quedó mirando cómo se acercaba. Hizo un nuevo esfuerzo con los ojos. Tal vez era Ann, después de

todo. Tal vez lo engañaba su imaginación. Tal vez volvía a tener el sueño.

Pero era Marcia, sin lugar a dudas. No se había equivocado. Ahora podía distinguir su cara con toda claridad. Tensa, pálida. Con una expresión extraña. Una máscara sobrenatural a la luz de la luna.

«Dios mío... —se preguntó—. ¿Ella? ¿Qué hace aquí?». Sin embargo, sabía la respuesta.

El miedo le agarrotó el cuello. Empezó a estremecerse con violencia. Fascinado, la miraba como se acercaba. Se sentía completamente desamparado. No sabía ni cómo ni dónde huir. El lago se había convertido para él en una trampa. De repente, rió al pensar en lo absurdo de la situación. Aquello tenía que ser un sueño. No podía ser real.

«Hasta aquí llegamos, Marcia. Tú y yo, nena.

»Pero eso fue en 1946, y ahora estamos en 1974. Y esto es pura realidad. Este lago es real, ese bote es real, la noche es real, esa mujer que tengo delante es real, y el frío, el miedo y las náuseas que siento no pueden ser más reales».

Ella paró el motor. El bote, por inercia, llegó, flotando, hasta unas pocas yardas de él. Marcia miró hacia abajo y le clavó la mirada. Sus ojos brillaban, ardían. La luz de la luna acentuaba la palidez de su cara, daba a su rígido rostro un sórdido matiz. Vio que llevaba un abrigo de paño. Aquella lejana vez, fue un abrigo de pieles. Estúpidamente, se preguntó si llevaría algo más debajo.

—No tenías que haber vuelto, Jeff.

Él tenía que pensar. *Pensar*.

—Yo no soy Jeff —contestó—. Soy Peter Proud.

—No, querido. Sé muy bien quién eres. Tu amigo me lo ha dicho.

Peter podía ver el temblor de su boca. Había espuma en sus labios. Se dio cuenta de que estaba completamente enloquecida.

—Marcia —dijo él, desesperado—. Escúcheme, por favor...

—¿Por qué no te quedaste donde estabas? —Su voz era un lamento, casi un quejido—. ¿Por qué tenías que volver, Jeff? No tenías derecho a hacerlo.

—Escúcheme. Por Dios, Marcia, escúcheme. Yo no soy en absoluto su marido. Jeff Chapin murió. ¿No lo comprende? Él *murió*. Yo soy otra persona. Peter Proud...

—Yo te amaba, querido. Te amé como nunca podrás imaginarte. Pero tú nunca lo creíste así. Nunca más me has dejado tranquila. En todos estos años, no me has permitido ni un momento de descanso. Y ahora has vuelto para atormentarme. Eres malo, Jeff. Mucho más que antes. Eres un monstruo infame. Y no sólo para mí. Sobre todo para Ann. Has vuelto y has seducido a tu propia hija. Nuestra pequeña. ¿Cómo has podido hacer esto, Jeff? Eres su padre. ¿Cómo puedes haber hecho una cosa tan cochina? Has dormido con ella, asqueroso bastardo. Y ella no sabe quién eres, Jeff. Pero yo sí. No mereces volver a vivir. Y me obligas a volverlo hacer... Igual que la otra vez.

Por el tono de su voz, parecía resentida, atormentada. Peter calculó la distancia

entre él y el bote. Éste se había ido acercando, hasta poco menos de un metro. Con un par de rápidas brazadas, podía cogerla desprevenida. Era muy posible. Agarrarse al costado del bote y volcarlo. Pero estaba cansado y entumecido por el frío. No sabía si le alcanzarían las fuerzas. No obstante, sabía que tenía que intentarlo. Era su única oportunidad. Pensó que ella lo golpearía con el remo, como la primera vez. Tenía que ir con mucho cuidado: moverse hacia un lado, bucear o algo por el estilo.

En realidad, no tenía idea de las intenciones de Marcia. Ella podía ver que estaba cansado. Quizá se proponía impedirle que nadase hacia la orilla, maniobrando el bote de modo que siempre le cerrase el paso y él tuviese que intentar rodearlo una y otra vez, y amenazándolo al mismo tiempo con el remo para mantenerlo a distancia, hasta que se cansara de tal modo que le fuese ya imposible seguir avanzando y se ahogara.

—Tú te lo has buscado, maldito Jeff, por no haber querido seguir muerto... — prosiguió ella.

«¡Ahora!».

Peter se lanzó hacia el bote, batiendo brazos y piernas. Vio la cara de sorpresa de Marcia, su boca que se abría. La vio levantarse y meter su mano debajo del abrigo. Un instante antes de conseguir agarrar el costado del bote, lo vio, dirigido directamente hacia su cara. El cañón de una pistola. La boca del arma no estaba a más de un metro de su cara. En el preciso momento en que sus dedos alcanzaban el borde de la embarcación, vio el fogonazo cegador, oyó el estruendo, que retumbó por todo el lago.

En su último fragmento de tiempo, la imagen de la cara de Marcia se grabó en la retina de sus ojos. Él la transfirió a su mente para la eternidad. Sólo conservó un instante más el conocimiento antes de hundirse. Después, el lago se cerró sobre él. Descendió lentamente, muy lentamente, volteando dos o tres veces, hasta que, por último, el fondo lo detuvo, y allí quedó, inmóvil, con la cara enterrada en un profundo lecho de cieno.



MAX EHRLICH (Springfield, Massachusetts, EE. UU., 10 de octubre de 1909 - Los Ángeles, California, EE. UU., 11 de febrero de 1983) fue un escritor estadounidense. Licenciado en la Universidad de Michigan en 1933, comenzó su carrera colaborando en periódicos como el Springfield, Massachusetts Republican.

Escribió tanto novelas como guiones para la radio, el cine y la televisión. Adaptó muchas novelas, obras de teatro y cuentos para la radio.

Su obra se acerca mucho a la ciencia ficción y al género fantástico, logrando premios a lo largo de su carrera como el Writers' War Board o una beca Huntington.

De entre su obra cabría destacar títulos como *Edicto Siglo XXI* («The edict», 1971) o *La reencarnación de Peter Proud* («The Reincarnation of Peter Proud», 1973), que fue llevada al cine con el mismo título en 1975.

Notas

[1] *University of California, at Los Angeles*: Universidad de California en Los Angeles. (N. del T.) <<

[2] En inglés, *proud* significa «orgullosa». (N. del T.) <<

[3] Nótese que la terminación de *Grundy* suena casi igual que la última sílaba de los días de la semana en inglés: *Monday, Tuesday, Wednesday, etc. (N. del T.)* <<

[4] Famoso teólogo puritano, nacido y muerto en Boston (1663-1727). (*N. del T.*) <<

[5] Estilo de arquitectura doméstica caracterizada por una planta oblonga, un piso o un piso y medio, un tejado en forma de pirámide muy empinada, una chimenea central, y la entrada principal en uno de los lados largos. (*N. del T.*) <<

[6] Poder sobrenatural que, según la religión vudú, puede entrar en el cuerpo de un muerto y devolverle la vida. Se da igual mente el nombre de *zombies* a los «muertos-vivientes», mudos y sin voluntad, que en las Indias Occidentales son sólo capaces de movimientos automáticos y a los que se atribuye la recuperación de la vida gracias al referido poder, aunque se supone que se trata sólo de personas recuperadas de un estado cataléptico producido por drogas. (*N. del T.*) <<

[7] Cristal de Tiffany: bello cristal opalino producido mediante un proceso patentado (hacia 1880) por Louis Tiffany, hijo del famoso joyero de Nueva York, él mismo pintor y artista especializado en vitrales y líder del movimiento del Art Nouveau en los Estados Unidos. *(N. del T.)* <<

[8] *ácido*: LSD, droga alucinógena. (N. del T.) <<

[9] Cuentas de concha pulidas, usadas como dinero y adorno por los indios norteamericanos. (*N. del T.*) <<

[10] Niño de los indios norteamericanos. (*N. del T.*) <<

[11] En castellano en el libro original. (*N. del T.*) <<

[12] Español o persona de habla española, como un mexicano o un portorriqueño, en sentido despectivo. (*N. del T.*) <<